

Sophie Saint Rose



Fue una suerte

D.J.57

encontrarte

Fue una suerte encontrarte

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

—Sine, date prisa —la apuró su madre preocupada porque los invitados llegarían antes del anochecer.

Sine apartó su larga trenza morena con la mano, sin preocuparse de si la manchaba con la harina que aún tenía en las manos. Su madre chilló sobresaltándola —¡No! —. Se acercó a ella con un trapo en la mano y empezó a sacudirlo sobre su trenza intentando quitar los restos de su brillante cabello. — Mira lo que te has hecho. Se nota muchísimo.

—Me lo peinaré y nadie se dará cuenta. Madre, te veo un poco nerviosa. No es la primera vez que tenemos invitados. —Le guiñó uno de sus preciosos ojos verdes y su madre sonrió. —Se lo pasarán bien, ya verás. Y padre no tendrá ninguna queja.

—Siempre tiene quejas —dijo por lo bajo.

Sine vio su preocupación en sus ojos negros y se inquietó porque no le decía lo que ocurría. La observó mientras colocaba en una bandeja los panes que acababa de hacer. —Madre, ¿ocurre algo? Llevas unos días en que casi no pronuncias palabra. Y nunca hablas mal de padre, aunque tienes motivos de sobra.

—No me ocurre nada, ¿por qué piensas eso? Vamos, date prisa que las mesas están sin preparar.

La cogió por el brazo para mirarla de frente. —¿No me ocultas nada? Si algo te preocupara, me lo dirías, ¿verdad?

Su madre sonrió con cariño. —Claro que sí. Eres mi ángel. No tenemos secretos. —La besó en la frente. —Ahora hazme caso que no tenemos todo el día. Y quiero que te cambies de vestido antes de que lleguen, ¿me has entendido?

—Sí, madre —susurró sintiendo que no había sido sincera. No la miraba a los ojos. Apretó los labios volviendo a su trabajo y distraída se limpió las manos en el delantal antes de coger uno de los enormes cuencos de fruta que ella misma había preparado esa mañana. Salió de la cocina y entró en el gran salón acercándose a toda prisa a la mesa más alejada. Supervisó el trabajo de las otras mujeres, que ya habían terminado de limpiar, y cuando vio que no había suficiente leña al lado de la enorme chimenea de piedra, ordenó a Aselma —Que

los hombres traigan leña.

—Sí, Sine —respondió la anciana yendo hacia la puerta. Divertida vio que la abría como si tuviera miedo del tiempo que hacía fuera y gritaba —¡Tú! Leña para el hogar del Laird. ¡Date prisa! —Cerró de un portazo y se dio la vuelta. Sine levantó una de sus cejas negras. —Ah, no. Mis viejos huesos no están como para aguantar inclemencias.

Se echó a reír moviendo la cabeza de un lado a otro porque no podría con ella ni aunque lo intentara. Caminó sobre el suelo de piedra de regreso a la cocina mientras Aselma la seguía. —¿Es cierto que los McGugan se quedarán aquí?

—Es la casa del Laird. Debe agasajar al Laird McGugan y no le va a hacer dormir en cualquier sitio. —Pasó tras su madre que estaba poniendo en las bandejas los bollos de jalea que ya estaban preparados. —¿Verdad, madre?

—Verdad. Sus hombres se quedarán en el salón y el Laird dormirá en la habitación de Sine con sus hijos.

Aselma asintió. —¿Y dónde dormirá Sine? ¿En la habitación de Judith? —preguntó hablando de la madre de su padre. La miró de reojo—. Puede dormir en mi cabaña.

Su madre forzó una sonrisa. —No será necesario. Mi hija ya ha preparado su lecho a los pies de mi cama.

La anciana entrecerró los ojos cogiendo otro de los cuencos de fruta, mientras varias mujeres que en ese momento entraron en la cocina, cogieron otras fuentes con las verduras que se servirían.

—¡No, no! Dejad eso cerca del hogar para que no se enfríe. Encargaos de sacar las jarras. Serviremos la comida cuando lleguen, no antes. Y la carne. Aselma, comprueba cómo va el jabalí que está al fuego. No quiero que les falte de nada. Todo tiene que estar perfecto.

—Sí, señora —dijeron todas a la vez antes de empezar a sacar lo necesario para que sus invitados bebieran.

—Espero que haya suficiente cerveza.

—Madre, aquí hay de todo como para un mes.

—Más bien parece que estamos celebrando algo en lugar de ser una visita habitual. —Aselma se cruzó de brazos mirándola fijamente con sus ojos azules.

—Que tontería. El Laird quiere agasajarle para no perder su amistad. Es un aliado poderoso y no debemos disgustarle. —Preocupada se apretó las manos. —Como algo salga mal...

—Nada va a salir mal. —Sine advirtió a Aselma para que no la preocupara

más.

—Hija, ve a cambiarte. Tienes que estar hermosa. Y suéltate el cabello. Puedes ponerte la tiara que me regaló tu padre en nuestro matrimonio. Estarás tan bonita...

Asombrada vio que su madre se emocionaba y salía corriendo de la cocina. Pálida iba a seguirla, pero Aselma la cogió de la muñeca deteniéndola. — Suéltame, quiero ir con ella.

—Aquí pasa algo raro, Sine.

La miró sin entender. —¿De qué hablas?

—Tu madre lleva nerviosa varios días. Y tu padre casi no habla. Han discutido y ahora vienen estos invitados. Nunca he visto invitados a los que se les fuera a agasajar tanto. Parece que celebramos una boda... La boda de la hija de un Laird.

Sine se echó a reír. —¿Pero qué locuras se te ocurren? —Tiró de su muñeca, pero la mujer no la soltó. —¿Qué haces, vieja? Suéltame, quiero hablar con madre.

—Pues habla claro porque creo que esta noche se celebran tus esponsales. Más te vale que entres en ese matrimonio con los ojos bien abiertos.

Muy seria soltó su mano y Sine negó con la cabeza sin poder creérselo. — Padre no haría algo así. Él me quiere.

—Es el Laird y su única misión en la vida es asegurar nuestra supervivencia. Como ha dicho tu madre, los McGugan son poderosos. Si me apuras el segundo más poderoso de las Highlands. ¿Recuerdas quién es el primero?

Sintiendo que su corazón latía más deprisa de los nervios susurró —El clan del Bendecido. Los McInnis.

—¿Sabes por qué llaman así a Grant McInnis? —preguntó muy seria poniéndole los pelos de punta.

—He oído cosas.

—¿Qué cosas?

—Que le llaman así porque al nacer le creyeron muerto y su padre le sacó de la casa por los malos augurios. He oído que le iba a enterrar cuando le avisaron que su esposa se moría también y fue con ella dejando al bebé sobre el frío suelo. Cuando volvió después de que falleciera su esposa, el niño tenía los ojos abiertos y lloraba con fuerza demostrando que estaba muy vivo.

—No solo le llaman así por eso. Le llaman así porque después de todas las batallas a las que se ha enfrentado, sobre todo con los que cruzan el mar que vienen a robar lo que es nuestro, después de librar tantas batallas no tiene una

sola cicatriz en su cuerpo. Ha convertido su clan en el más poderoso de las Highlands y todos le temen. Y según tengo entendido, porque a nosotras nunca nos cuentan nada, la última vez que nuestro Laird fue a visitarle, le trató con desprecio. —Sine dio un paso atrás impresionada. —Al parecer bebió demasiado, como siempre, y tuvo la poca sensatez de provocarle ante sus hombres. McInnis no le mató de milagro. —Aselma sonrió con desdén. —Tu padre en lugar de reconocer su error y pedir disculpas, salió de allí soltando pestes por la boca.

—¿Cómo sabes eso?

—Como me entero de todo, porque me lo dice mi nieto. Salió del castillo McInnis con el corazón en la boca y se sintió humillado por el comportamiento de tu padre, que siendo el Laird había dejado en evidencia al clan. Dio gracias al cielo por salir de allí con vida.

Cuando entraron las mujeres para coger uno de los barriles la sujetó de la mano y la llevó a la puerta de la cocina que salía al exterior. Sine se dejó llevar aún impresionada porque su padre había dicho a todos que en esa visita todo había ido bien. Que tendrían a los McInnis de aliados muchos años mientras él viviera. Cuando llegaron a la parte de atrás de la casa del Laird, Aselma miró a un lado y al otro comprobando que no las escuchara nadie y susurró —Por eso cuando me enteré de que venían los McGugan sospeché que esta reunión era para unir alianzas, ¿entiendes?

—Necesita a los McGugan.

—Exacto. Entre ellos y nosotros somos tan poderosos como los McInnis. Y ahí entras tú.

—¿Yo?

—Nada una más que un matrimonio, Sine. ¡Espabila! Tú eres lo que necesita tu padre para que los McGugan no se echen atrás dentro de un par de años. Unidos por un matrimonio, la unión de la sangre.

Asustada negó con la cabeza. —Pero si no le conozco. No le he visto nunca.

—¿Y crees que tu madre conocía a tu padre antes de casarse? —preguntó como si fuera una incauta—. A ella también la casaron. Su padre la vendió por una alianza, como tu padre va a hacer contigo.

Pálida dio un paso atrás. —No. No lo hará. Padre me quiere —dijo insegura porque no sabía si su padre había querido a alguien alguna vez.

—¡Despierta, diablos! ¿Por qué crees que tu madre está así? ¿Porque tu padre la ha golpeado de nuevo? Ya tiene la piel curtida de los golpes. No, es porque va a perder lo único que ama en esta vida. Te va a perder a ti.

Asustada vio la verdad en sus ojos y corrió hasta la puerta abriéndola de golpe. Sin aliento cruzó la cocina para atravesar el salón. No podía ser. Padre no podía hacerle eso. La quería. Angustiada subió los peldaños de madera y al llegar arriba vio la puerta de la habitación del Laird entornada. Sus botas de piel no hicieron ruido sobre el suelo de madera y pudo escuchar desde allí el llanto de su madre. Se apresuró y alargó la mano para abrir la puerta cuando un golpe la sobresaltó deteniéndola en seco.

—¡Deja de llorar, mujer! Es lo mejor para el clan —dijo su padre deteniéndole el corazón dándose cuenta de que la vieja tenía razón—. Además, ya va siendo hora de que se case. No has sido capaz de darme un hijo, pero tengo la hija más hermosa de las Highlands. Al menos aportará al clan un buen matrimonio.

—No lo hagas, mi Laird. Haré lo que quieras, pero no me la quites.

—¡No es tuya para que te la quedes! Es mía, ¿entiendes? ¡Y haré con ella lo que crea más conveniente! —Le escuchó tomar aire. —No me obligues a ser duro contigo, Iblis. Harás lo que te ordeno.

—¡Se revelará cuando se dé cuenta de lo que ocurre! ¡No la conoces! ¡No conoces a tu propia hija!

—¡Mi hija hará lo que yo quiero como ha hecho siempre!

—¡No lo hará! Cuando se entere... —Escuchó un tortazo y un sollozo. Sine palideció apoyando su mano temblorosa en la pared.

—Ni te atrevas a contradecirme —siseó con rabia—. Harás lo que yo diga y más vale que no le metas ideas extrañas en la cabeza, porque si lo haces te mato. ¡Se casará esta noche! Brody McGugan es rico y poderoso. Será Laird cuando su padre fallezca. No hay candidato mejor y será el yerno adecuado. ¡No se hable más! —El sonido de su voz acercándose a ella hizo que Sine entrara en su habitación, escondiéndose tras la puerta abierta. Retuvo el aliento escuchándole decir —¡Maldita mujer! Ya me ha enfadado. Siempre con sus quejas.

Cuando le escuchó alejarse, rodeó la puerta sacando la cabeza ligeramente. Ya había bajado. Salió de la habitación mirando la escalera y caminó de puntillas hasta la habitación de su madre cerrando la puerta a su paso. Estaba arrodillada ante la chimenea llorando desgarrada y asustada se acercó. —Madre...

Sorprendida levantó la vista y muerta de miedo miró hacia la puerta. —¿Qué haces aquí? —Se levantó a toda prisa. —Sine no te has cambiado.

Sine la miró a los ojos fijamente. —¿Por qué no me lo habías dicho, madre?

Iblis cerró los ojos sentándose en la cama cubierta de pieles como si no pudiera más. —¿Quién te lo ha dicho? —Sonrió con tristeza. —Aunque da igual,

¿verdad? —Agachó la mirada. —Siento haberte mentido. Tu padre me ha obligado. No sabía qué hacer. Si te ibas... —Se echó a llorar de nuevo cubriéndose el rostro con las manos y Sine se sentó a su lado abrazándola. —Lo siento. —Su madre se aferró a ella llorando sobre su hombro y Sine sintió un nudo en la garganta que hasta le impedía hablar. Descubrir que significaba tan poco para su padre era devastador. Aunque sabía que se le iba la mano con su madre, a ella nunca la había pegado y en su estupidez creyó que eso significaba que la quería. No podía ser más ingenua.

Durante años tuvo que dominar su carácter, porque su madre le había indicado que lo hiciera en presencia de su padre. Y cuando un día tiró una muñeca al fuego sin querer, su padre echó la culpa a su madre recibiendo unos buenos golpes en su presencia. Así que aprendió a portarse bien desde niña para evitar los problemas y cuando el Laird estaba en casa, que no era a menudo porque siempre estaba visitando a alguien, ella se comportaba como la hija perfecta para que no hubiera conflictos que perjudicaran a su madre. A veces no podía evitar odiarle con toda el alma por lo que le hacía, por como la pegaba e imponía su autoridad por cualquier nimiedad, pero durante todos esos años algo en su interior también le decía que con ella era distinto y era porque la amaba. No podía estar más equivocada. Para él era menos que nada. Como una oveja que se sacrificaba para pedir a los antiguos dioses una buena cosecha. Y ahora su padre iba a sacrificarla a ella por el bien de su clan.

Sintiendo que la rabia la recorría de arriba abajo pensó que era cierto lo que decía Iblis. El Laird no la conocía. Y no la conocía porque aquella mujer que la había traído al mundo, había cubierto toda su vida cualquier cosa que pudiera desagradar a su marido y por lo tanto solo veía en ella una mujer dócil y una hija complaciente. Apretó las mandíbulas furiosa. No, el Laird no la conocía en absoluto si creía que se iba a casar de esa manera.

Cuando su madre se calmó un poco Sine la besó en la mejilla y acariciando su cabello negro susurró —Madre, tenemos que irnos.

Iblis se apartó mirándola asustada. —¿Qué dices, Sine? Nos matará.

—Si te quedas te matará igual y sabes que lo hará si yo me voy. Y me voy, madre. No me voy a casar con un hombre al que nunca he visto y tener un matrimonio como el tuyo.

—Dios mío, Dios mío... —Iblis se levantó apretándose las manos. —Esto es culpa mía —dijo angustiada—. Si no hubiera llorado...

—No es culpa tuya, madre. —Sonrió irónica. —Imagínate mi reacción si me hubiera enterado esta noche. Al menos aún tenemos unas horas para irnos de

aquí.

Iblis incrédula la miró con sus ojos negros. —Nos van a coger. Piensa lo que dices. ¿Cómo vamos a salir por la puerta como si tal cosa cuando estamos a punto de tener invitados? ¿No crees que lo verán extraño?

Sine sonrió. —No, porque no nos verán. —Se levantó y la cogió por la mano tirando de ella hacia la ventana. Le señaló el carro que Aselma había traído esa mañana con los barriles de cerveza. —Nos iremos en eso. —La apartó de la ventana. —Ahora hazme caso, no debemos perder el tiempo.

—Hija...

La cogió por los brazos. —Sé que estás asustada, pero si no nos vamos ahora, lo más probable es que no nos veamos nunca más y lo sabes. En cuanto yo no esté aquí padre hará contigo lo que quiera o puede que yo mate a mi marido con el primer tortazo y el clan McGugan me quite del medio. —Su madre asintió reprimiendo las lágrimas porque la conocía muy bien. —Y prefiero morir a no verte más porque eres lo que más quiero en la vida, madre. —Iblis la abrazó con fuerza. —Te quiero.

—Y yo a ti, mi niña bonita. —Se apartó de repente y limpió las lágrimas. —Muy bien, necesitaremos comida, provisiones...

—Déjame eso a mí. Tú arréglate y baja atender tus obligaciones. Di que me estoy acicalando para nuestros invitados —le indicó muy seria—. Te avisaré.

Se pasó la mano bajo la nariz asintiendo. —Bien. —Levantó la barbilla y Sine apretó los puños al ver que su mejilla estaba sonrojada por el golpe. —Acuérdate de coger mis joyas y algo de abrigo. Por si lo necesitamos.

—Tranquila, madre. No te faltará de nada. —Iblis fue hasta la puerta apresurada. —Madre, que no le falta cerveza al Laird —dijo irónica. Iblis sonrió maliciosa—. Mucha cerveza. Seguro que está sediento.

—Sí, hija.

En cuanto salió de la habitación cerrando la puerta, Sine perdió la sonrisa yendo hasta el baúl de su padre. Maldito bastardo. Así que pensaba venderla por cubrirse el trasero. Tiró de la tapa hacia arriba y cogió el colgante de oro en forma de estrella que había pertenecido a su abuelo por parte de madre y del que su padre se había apropiado. Al ver dos anillos de oro siseó —Esto por enfadarme.

Abrió el baúl que estaba al lado, que era el de su madre. Sacó la caja de madera donde tenía sus joyas, que no eran muchas para ser la esposa del Laird, y la abrió para meter los anillos y el colgante. Apurándose miró hacia la puerta sin preocuparse demasiado por si llegaba su padre, porque seguro que ya estaría

festejando su matrimonio. Jurando por lo bajo cogió otro vestido, unas botas forradas de piel y la capa de piel más gruesa que tenía, cuando vio una gruesa tela de lana en tonos anaranjados y verdes. El kilt de su abuelo. Lo cogió a toda prisa y dentro envolvió todo lo que había cogido. Con el hatillo en la mano corrió hasta su habitación y metió dentro una muda, otra capa y otras botas. Aunque estaban a finales de agosto no hacía buen tiempo y no quería que su madre se resfriara en el viaje.

De pie en su habitación ya preparada para el Laird y sus hijos, miró de un lado a otro por si quería llevarse algo y entonces se detuvo en seco perdiendo todo el color de la cara al darse cuenta de una cosa. Su padre nunca le había regalado nada. Solo telas para sus vestidos cuando llegaba de alguno de sus viajes. Decía que tenía que verse hermosa como si fuera una obligación y ahora entendía el porqué.

Sin pensar más en ello se agachó para coger el hatillo y fue hasta la puerta con paso ligero, pero cuando iba a cerrar la puerta entrecerró los ojos. — Malditos cabrones. — Entró de nuevo en la habitación y con rabia apartó la piel que cubría la sábana. Fue hasta el costurero y sonriendo maquiavélica cogió las agujas una por una para colocarlas en el colchón de lana. — Que tengas dulces sueños, Laird — susurró colocando de nuevo las mantas encima.

Cogió el hatillo y salió cerrando tras ella. Retuvo el aliento acercándose a las escaleras y se agachó ligeramente para escuchar lo que ocurría en el salón. Todavía no habían llegado. Corrió por el pasillo y llegó a la habitación de la abuela. Pegó el oído a la puerta, pero no escuchó nada y abrió metiendo la cabeza. — ¿Abuela? ¿Me cepillas el cabello?

Sabía que le diría que no porque nunca quería hacer nada por ella. Para esa bruja era una auténtica decepción porque no había tenido algo muy importante que había que tener entre las piernas. De hecho, se lo recordaba mucho. No tienes lo que hay que tener entre las piernas para decirme esto o lo otro. Recordaba un día en que hasta se lo dijo a su hijo que se quedó pálido de la impresión. Algún día tenía que preguntarle a su madre de qué hablaba. Si no se sonrojaba, claro, porque cuando se hablaba de eso siempre parecía que le daba mucha vergüenza.

— ¿Abuela? — Entró en la habitación y sonrió porque estaba vacía. Seguro que estaba con la bruja de su amiga despellejándolas como siempre. Porque para la abuela nunca hacían nada bien.

Fue hasta la ventana y la abrió mirando hacia afuera. Al estar en la parte trasera de la casa allí nunca había nadie. Tiró el hatillo al suelo y se mordió el

labio inferior porque había una buena altura, pero no podía salir por el salón y despedirse con la mano de la que se iba. Solo esperaba no quebrarse una pierna. Se sujetó a la ventana con una mano y sacó una pierna sentándose en el alféizar de la ventana. ¿Por qué parecía que cada vez estaba más alto? Si se sujetaba con las manos y se dejaba caer la distancia sería algo menor. —Eso es, Sine. —Se sujetó con las manos en la madera y haciendo fuerza en los brazos dejó caer su cuerpo poco a poco. Casi no resistía su peso, pero le entró el pánico porque desde allí aún parecía mucha altura. Gimió intentando tirar de su cuerpo hacia arriba, pero no podía subir. —Rayos. —Sin darse cuenta movió las piernas y reprimió un gemido de dolor cuando se golpeó las espinillas contra la pared. No tenía más remedio que dejarse caer. Miró hacia abajo. Menudo porrazo se iba a pegar. En ese momento escuchó una risa justo debajo antes de que una cabeza rubia de hombre saliera de la cocina. Malcom, la mano derecha de su padre. Él perdió la risa poco a poco mirando a su derecha y Sine se dio cuenta de que había visto el hatillo. Hizo una mueca porque ya no había opción antes de dejarse caer sobre él.

Madre, qué leñazo. Medio mareada se sentó espatarrada y al sentir algo blandito debajo levantó la falda para ver el cuerpo del hombre de su padre justo debajo. El kilt se le había levantado un poco y frunció el ceño al ver una cosa pequeñita entre sus piernas. ¿Sería de lo que hablaba su abuela? Mira, Malcom lo tenía. ¿O era una verruga enorme? Lentamente volvió la cabeza hacia atrás y vio que estaba totalmente sin sentido. Puede que muerto. Por echar una miradita no se iba a enterar. Bah, no tenía tiempo para eso.

Se levantó y al hacerlo su kilt azul y verde se levantó aún más mostrando la verruga. Puaj, qué asco. Estaba rodeada de pelo. Con cara de horror le cogió de las piernas y tiró de él con esfuerzo detrás de la leña. —¡Hay que comer menos! —Bufó mirando de un lado a otro cogiendo otro leño y le arreó en la cabeza con fuerza. —Este ya no se levanta.

Fue hasta el hatillo y lo escondió con Malcom. Entró en la cocina sacudiéndose las palmas de las manos y como sabía que su padre no entraba en la cocina ni muerto, tranquilamente se acercó a Aselma cogiendo un bollo de jengibre. —Asel...

La mujer gruñó y dejó de cortar la carne. —¿Qué ocurre? Solo me llamas así cuando quieres algo.

Le hizo un gesto con la cabeza y la anciana la siguió hasta el exterior. Cuando cerraron la puerta dijo con la boca llena —Madre y yo nos vamos de aquí. Necesito tu carro y provisiones.

La mujer suspiró cruzándose de brazos. —No iréis muy lejos en el carro. Los hombres de tu padre os traerán enseguida.

—Ya, lo necesito para salir de aquí. Después me llevaré el caballo de tu nieto. —Se chupó el dedo pulgar y le guiñó un ojo. —Trae el carro aquí en unos minutos. Si alguien te pregunta, es para cargar los barriles vacíos.

La anciana asintió. —Cogeré primero la comida.

Escucharon un gemido y Sine se volvió yendo hasta la leña. Aselma la vio coger un leño y golpear dos veces al suelo. La vieja dio un paso hacia ella. —¿Qué haces?

—Nada, un problemilla que ya he resuelto.

Aselma se acercó más para ver a Malcom muerto en el suelo. Jadeó llevándose la mano al pecho. —Voy a por la comida. Tienes que irte ya.

—Eso decía yo, pero eres tú la que quieres conversar.

La anciana cogió sus faldas y corrió hacia la casa. Sine entró unos segundos después y como si nada siguió comiendo. Mejor llenar la panza ahora que después no tendría mucho tiempo. Cuando estuvo llena, bebió algo de cerveza y estaba dando el último trago cuando entró su madre con una jarra de madera rota. Se puso a su lado y susurró —Tu padre ya está medio borracho. Queda poco para el anochecer. Estarán al llegar.

—Come algo. Después no tendremos tiempo. —Su madre asintió cogiendo un pedazo de carne de la bandeja y metiéndoselo en la boca. Comía a hurtadillas como si no fuera la dueña de la casa y eso la enfadó muchísimo porque hasta ese momento no fue consciente de lo que había conseguido su padre. Volver a su madre un ser que temía a todos. Muy tensa fue hasta la puerta de la cocina y sonrió a una de las mujeres del clan. —Que no falte bebida en la mesa del Laird.

—Sí, Sine.

Aselma cogió un paño. —Señora, ¿puedo llevarle algo de comida a mi nieto que vigila en la empalizada? Seguro que no le ha dado tiempo a cenar.

Iblis miró a su hija que asintió y dijo en voz alta —Claro que sí, vieja. Llévale a tu nieto lo que te apetezca.

—¿Desde cuándo te encargas tú de alimentar a tu nieto, Aselma? —preguntó su abuela sorprendiéndolas de la que entraba en la cocina—. ¿Acaso no sabe alimentarse solo? Continúa con tus obligaciones.

—Sí, señora —dijo Aselma agachando la mirada antes de salir al salón con una jarra en la mano.

Su abuela la fulminó con sus mismos ojos verdes. Estaba muy elegante con su vestido verde y el kilt del clan. Hasta había peinado sus largos cabellos

rubios, que aún no lucían demasiadas canas para la edad que tenía, en una trenza alrededor de la cabeza. —¿Qué haces ahí parada? ¿No se suponía que te estabas arreglando? ¡Estás hecha un desastre!

—Es que creí que me necesitaban, pero ya veo que no. Oh, de la que subo voy a llevar más leña a mi habitación. No vaya a ser que tengan frío.

—¡Date prisa! —ordenó molesta—. El Laird McGugan está a punto de llegar y debes estar al lado de tu padre como es tu obligación.

—Hasta ahora esa no había sido mi obligación —dijo haciéndose la tonta.

—¡Pues ahora lo es! ¡Date prisa, te digo!

—Sí, abuela.

Judith apretó los labios mirándola con rabia. Odiaba que la llamara así. Tenía cincuenta y cinco años y no se veía a sí misma como la abuela de nadie. Y mucho menos de alguien mucho más hermoso que ella.

Como no quería conflictos con ella y mucho menos en ese momento, salió de la cocina a toda prisa por la puerta de atrás. Juró por lo bajo yendo hacia la leña. Cogió varios troncos y escuchó como el carro se acercaba. Al parecer Aselma, que no era tonta, había salido por delante y había acercado el carro. Sonrió cuando se detuvo a su lado. —Bien hecho.

—He ordenado que unos hombres echen paja para trasladar los pollos desde la aldea para la comida de mañana. Así no me ensucian el carro. —Le guiñó el ojo. —Sube y escóndete bajo la paja.

—Mi madre...

—Yo iré a por ella. Date prisa. —La anciana bajó del carro con agilidad para su edad y corrió hacia la casa. Sine no perdió el tiempo. Cogió el hatillo y se subió al carro por detrás tumbándose y cubriéndose bien con la paja, aunque sabía que nadie revisaría el carro porque no tenían por qué. Escuchó pasos apresurados y apartó la paja de la cara cuando sintió que el carro se movía. Sonrió a su madre que subía en ese momento tumbándose a su lado y cubriendo su vestido azul con la paja.

—No hemos podido coger la comida —dijo la anciana azuzando al caballo—. Tengo algo en casa. No hay problema. No habléis hasta que yo lo diga.

Tumbada una al lado de la otra, sintió como su madre buscaba su mano y Sine se la cogió para tranquilizarla. Si estaba así de asustada ahora, ni se quería imaginar cómo estaría cuando salieran de las tierras de su padre. Además, ni había preguntado a dónde iban. Y la verdad no tenía ni idea de a dónde dirigirse. Entonces sí que se iba a poner nerviosa.

Cuando el carro se detuvo, Aselma susurró —No os mováis. Se están

acercando.

A Sine se le cortó el aliento y escuchó los vítores de su clan a modo de bienvenida. Su madre apretó su mano. El carro empezó a moverse de nuevo y se detuvo apenas dos minutos después. —Voy a por el caballo. No os mováis hasta que yo lo diga.

—No tenemos tiempo.

—Shusss.

Su madre temblaba de miedo y se aferraba a su mano como si no quisiera soltarla jamás. Si las cogían estaban muertas. Su padre las mataría por la humillación.

Sine agudizó el oído, pero el alboroto de su clan se oía a lo lejos, así que no sabía si había alguien cerca de la carreta. Se estaba impacientando y pensó en levantar la cabeza cuando su madre susurró —Espera...

—Madre, no hay tiempo.

En ese momento escucharon los cascos del caballo y como bufaba. Sine dio gracias al cielo. No les quedaba mucho tiempo para que se dieran cuenta de que ya no estaban en la casa del Laird. Enseguida empezarían a buscarlas y encontrarían el cadáver de Malcom, lo que sería un desastre.

—Vamos, vamos —susurró su amiga a su lado.

Ambas se sentaron de golpe apartando la paja y Sine cogió el hatillo saltando de la carreta por un lateral con agilidad. Su madre quiso hacer lo mismo y casi se parte la crisma cayendo espatarrada ante ella. —Madre, si empezamos así vamos mal.

—Ay...

Se agachó y la sujetó de los brazos levantándola con esfuerzo porque ella no hacía más que gemir de dolor. Preocupada la miró a los ojos. —¿Qué te duele?

—Nada. Vamos. —Al caminar hacia el caballo se dio cuenta de que cojeaba un poco.

Aselma la apremió —Date prisa, niña. Tu padre se enterará enseguida.

Se acercó a su madre y la empujó por el trasero para subir al caballo. —Vuelve a la casa y entra por la cocina para que no te vean. Hazte la sorprendida porque te robamos el caballo.

—No te preocupes por mí. —Sin perder el tiempo subió tras su madre que cogió el hatillo. Aselma se acercó dándole otro. —Aquí lleváis comida. —Sus ojos se empañaron de lágrimas de la emoción. —No nos volveremos a ver.

Sine sujetó las manos de la anciana y reprimió las lágrimas porque hasta ese momento no fue consciente de todo lo que dejaba atrás. Sus amigos, su tierra...

todo lo que había conocido desaparecería de su vida. Sintiendo un nudo en la garganta susurró —Cuídate mucho, Aselma. Te quiero.

—Que el Señor os acompañe. Iros, iros ya. —La mujer soltó sus manos mientras las lágrimas corrían por sus mejillas y Sine cogió las riendas azuzando el caballo.

Su madre con ambos hatillos sujetos a los brazos se aferró a su cintura mientras bajaban la colina, alejándose de la aldea lo más rápido que podía. Fue un alivio llegar al bosque, pero no tanto cuando se hizo noche cerrada y casi no podían ver hacia donde iban porque las copas de los árboles ocultaban la luna.

—Deberíamos detenernos, hija —dijo su madre asustada. Iblis miró a un lateral y se estremeció al escuchar un gruñido—. ¿Qué ha sido eso? ¿Un lobo?

—Una ardilla, madre.

Iblis jadeó indignada. —¿Me estás mintiendo?

Sine no pudo evitar reír. —Tranquila, madre. Nos tienen más miedo ellos a nosotras que nosotras a ellos.

—Lo dudo.

Ella también lo dudaba, pero no quería asustarla más. Sobre todo porque en su prisa por huir no tenían nada con lo que defenderse. Ni un miserable cuchillo. Estaba claro que las fugas había que pensarlas un poco. —No podemos detenernos. Si nos siguen nos encontrarán enseguida.

—¿Enseguida? Si ya hemos recorrido mucha distancia. —Sine puso los ojos en blanco. —Por cierto, ¿a dónde vamos?

Otra cosa que tenía que haber pensado antes de salir de su casa. Ahora empezaba a pasarle por la cabeza que tenía que haber matado a su prometido en un descuido. Hubiera sido mucho más práctico. Frunció el ceño. Aunque aún quedaba otro hijo y seguro que su padre no se daba por vencido. No, había hecho lo correcto.

—¿Hija? —Su madre se enderezó sobre el caballo. —Habrás pensado a donde vamos...

—Pues...

—¿Al clan de mi padre? —preguntó ilusionada—. Seguro que nos acogerán.

Sine hizo una mueca. —Madre, es el primer sitio donde nos buscarán. Y son demasiado...

—¿Demasiado qué?

—Aliados, madre.

Iblis lo pensó unos minutos. —¿Entonces a dónde vamos? ¿A un clan enemigo? —preguntó escandalizada.

—¡No! —La miró sobre su hombro ocurriéndosele una idea brillante. De hecho, no sabía cómo no se le había ocurrido desde el principio. —No es enemigo, madre.

—Ah... durante un momento pensé que se te había ocurrido una barbaridad. —Iblis soltó una risita. —Aunque no sería raro.

—Muy graciosa, madre.

—Bueno, ¿y a dónde vamos?

—Vamos al sudeste, madre. Tú no te preocupes por nada que yo me encargo.

—¿Ahora no vamos hacia el norte?

—Es para despistar.

—Qué lista eres, hija. No sé cómo no te conseguimos casar antes.

—Ya empezamos...

—Si hubieras aceptado al herrero no estaríamos en este lío. A tu padre no se le hubiera ocurrido esto. Ya estarías casada y con un hombre bien fornido.

—Es tuerto, madre. ¡Y fue padre quien le dejó así al enterarse de sus intenciones cuando yo aún no sabía nada del asunto!

—Con todo lo que hay para mirar no sé porque le miras a la cara.

Gruñó azuzando a su caballo. —¿Queréis dejar de buscarme marido?

—Igual en el clan al que vamos hay un hombre apuesto para ti. —Nada, que no se olvidaba del tema. —Además, tenemos que casarte cuanto antes por si tu padre te encuentra. Casada ya no tiene nada que hacer.

—Madre, dudo que padre quiera casarme ahora. Lo que querrá es retorcerme el pescuezo.

Iblis se mantuvo en silencio y después de unos segundos Sine miró hacia atrás. Un rayo de luna iluminó su rostro. —No te preocupes. No le verás más.

—¿Y si nos encuentra?

—Tendremos que hacer todo lo posible para que no sea así.

Capítulo 2

Tuvo que reducir el paso porque en cuanto empezó a amanecer el caballo no podía más. Al ver por donde salía el sol, enderezó su rumbo y se detuvo al lado de un riachuelo para que el caballo bebiera. Iblis gimió sentándose bajo un árbol apoyando la espalda en el tronco. —¿Estás bien? —Preocupada se acercó y se agachó a su lado. —Déjame ver el pie.

—No es nada. —Iblis cerró los ojos, pero Sine con cuidado subió su falda para ver que bajo su suave bota de piel el tobillo estaba algo hinchado. —No está roto. No es nada. —Sine se levantó y cogió el hatillo que su madre había dejado caer al lado del caballo. —Abrígate, madre. Estás helada.

Sacó las capas y las botas que le sujetarían más el pie. La ayudó a cambiarse el calzado y ató las tiras de cuero alrededor de su tobillo con fuerza. Metió las joyas en las botas que su madre se había quitado y las envolvió en uno de los vestidos atándolo muy bien. —Duerme un poco.

La cubrió con el kilt de su abuelo y Iblis sonrió mirándola a los ojos. —No se puede tener hija mejor.

—Dímelo dentro de unos días.

—Te lo diré siempre. —Sus ojos se cerraron del agotamiento y Sine la observó durante unos segundos. Se incorporó y pensando en el lío en el que se había metido se acercó al riachuelo. Se lavó la cara y pasó la mano por los ojos. Se moría por dormir un poco, pero alguien debía vigilar. Un arma. Necesitaba algo con lo que defenderse.

Mirando a su alrededor bufó al ver las piedras. No podía defenderse a pedradas contra las espadas de los hombres de su padre. Caminó por la ribera del río pensando en ello. Un arco y flechas. No tenía las puntas de flecha. Ni un cuchillo le serviría contra las armas de su padre. No, tenía que ser más lista y no encontrarse con ellos. Y seguramente no se los encontraría porque no irían hasta las tierras de Grant McInnis. ¿Cómo va a pensar que su hija está en el clan que quiere derrocar con su alianza de matrimonio? Se mordió el labio inferior. Ahora tenían que sobrevivir en el viaje hasta allí y convencer al Laird McInnis de que las acogiera. Y por lo que había oído de él no era fácil de convencer cuando algo se le metía en la cabeza. Bueno, por intentarlo no perdía nada. Si no las quería

allí buscaría otra salida. Sus preciosos ojos verdes miraron el agua. Qué tontería, ahora no debía preocuparse por eso. Lo que debía preocuparla y mucho era huir de los hombres de su padre. Se le pusieron los pelos de punta al pensar en Avalbc. Ese era el verdadero problema porque esa bestia era el mejor rastreador de las Highlands. Siempre se jactaba que había perseguido a unos ladrones de ovejas hasta su guarida y que los había despellejado a todos. Si su padre había ordenado que las buscara, puede que llegara hasta el clan de McInnis y era algo que no podía permitirse.

Su madre pasó la rama llena de hojas tras el rastro de su caballo durante un buen trecho hasta llegar a la hierba donde esperaba ella con su montura. —¿Crees que será suficiente? —Cogió su mano y Sien tiró de ella hasta colocarla detrás.

—No lo sé, madre. —Cogió las riendas agotada después de todo el día cabalgando. —De todas maneras, ahí delante hay un río. Escucho el agua. Un poco más al este lo cruzaremos.

Su madre asintió. —¿Quedará mucho para llegar?

—Por lo que oído en el salón sobre los viajes de los hombres unos tres días. Mantente callada, madre. Por todo lo que hemos cabalgado, estoy segura de que estamos en las tierras de otro clan y no me quiero ni imaginar quiénes son.

Iblis asintió intentando demostrar que no estaba asustada. —¿Cómo sabes que vamos en la dirección correcta? —susurró su madre—. En toda tu vida lo más lejos que has llegado ha sido al bosque.

—No lo sé, madre. —Agotada se pasó la mano por la frente. —Escuché que el clan McInnis está en el sudoeste y es hacia donde creo que voy.

Lo difícil iba ser dar con el clan sin preguntar siquiera. Sabía que iba hacia el este por la salida y puesta del sol, pero de ahí a encontrar el clan y más sin dejarse ver en ninguna aldea por miedo a ser descubiertas...

—¿Has dicho el clan McInnis? —chilló su madre espantada.

Gimió porque ni se había dado cuenta de lo que decía. Eso le indicó que debía descansar. —Vamos a detenernos.

—¡Sí! ¡Vamos a detenernos! ¡Porque creo que has perdido el juicio! ¡Echaron a los de nuestro clan de sus tierras! ¡Casi les matan! ¿Por qué crees que a nosotras nos van a acoger? De verdad Sine, a veces se te ocurren unas cosas...

—Madre baja la voz. —Se tensó cuando escuchó un crujido y volvió la vista a la izquierda para ver un hombre sobre un árbol. —¡Agárrate! —gritó azuzando

el caballo.

Salió a galope esquivando los árboles cuando escuchó un silbido segundos antes de que un hombre enorme saltara de un árbol justo delante de ella. El guerrero con el cuchillo en la mano gritó que se detuviera girando a su paso para evitar que le arrollara. Sintió la quemazón en la pierna y su madre gritó —¡Te ha cortado!

Sine miró hacia atrás comprobando si las seguían y entonces escuchó el sonido de un cuerno. —Están dando la alarma.

Dios... Intentó pensar rápidamente porque le daba la sensación de que esos hombres protegían la aldea donde vivían. Eran vigías, así que estaban allí para impedir que pasara nadie y ellas acababan de cruzar el límite sin permiso. Antes de darse cuenta estarían rodeadas de guerreros. —Madre, necesitamos una buena historia. —Miró hacia atrás. De momento no las seguía nadie.

—¿Una buena historia? —gritó histérica.

—¡Piensa algo! —Azuzó más su caballo. —¡No pueden saber que somos Calhoun! ¡Si son aliados nos enviarán a casa y si son enemigos estamos muertas, madre!

Iblis perdió todo el color de la cara antes de que unos brazos la cogieran por el torso elevándola. Sine gritó al sentir que su madre la soltaba y miró hacia atrás para no encontrársela. Detuvo el caballo muerta de miedo y lo volvió. Con la respiración agitada miró el camino y sintiendo como se le erizaba la piel supo que no estaban solas. Hizo que el caballo avanzara unos metros. —¿Madre?

Escuchó un gemido y levantó la vista para encontrársela sentada sobre una rama con un puñal en la garganta que sujetaba un crío que no debía tener más de quince años. La miró fijamente con sus ojos negros y sonrió con malicia. — ¿Quién sois y que hacéis en las tierras de los McAngus?

Ella miró a su madre intentando averiguar si eran amigos o enemigos, pero su madre solo temblaba de miedo y no le extrañaba porque ese chico podía matarla sin pestañear. Lo veía en sus ojos. —Estamos de paso —respondió mostrando el miedo que sentía—. Por favor, déjala. Solo queremos irnos. No le hagas daño.

—¿De paso a dónde?

Escuchó un crujido tras ella y se volvió para ver a un hombre con una espada en la mano. Se le heló la sangre por cómo la miraba. No era la primera vez que la miraban con deseo, pero esa lascivia le puso los pelos de punta. Un gemido de su madre la hizo mirar hacia ellos asustada y gritó —¡Déjala!

El chico se echó a reír con desprecio y para su sorpresa pasó la mano libre

sobre los pechos de su madre. —¿Se pueden aprovechar, verdad jefe?

—Por supuesto que sí.

Sobresaltada vio que el hombre estaba casi a su lado y éste agarró su trenza tirando de ella con fuerza provocando que cayera al suelo. Reprimió un grito de dolor girándose sobre la hierba por cómo le dolía el hombro. Escuchó un sollozo de su madre antes de sentir como la cogía por el tobillo de la pierna herida y le abría las piernas. Sine gritó sentándose y golpeándole con la frente en la nariz con fuerza. Medio mareado cayó hacia atrás y Sine le arrebató la espada poniéndole la punta bajo la barbilla. —Maldito cerdo —siseó con rabia levantándose—. Dile a tu amigo que suelte a mi madre sin hacerle ningún daño o te juro por los dioses pasados y los que vendrán, que mañana no verás el amanecer.

—Estás muerta, zorra. ¿No sabes quién soy? —gritó furioso.

Sonrió maliciosa. —Sé quien soy yo.

—¿Mi Laird? —preguntó el chico inseguro.

Rayos era el Laird del clan. Pero no demostró su miedo mirándole fríamente a los ojos. —¡Dile que la baje! ¡Ahora! —La punta de la espada le obligó a levantar la barbilla. —No querrás verme enfadada, te lo aseguro.

—¡Donald, bájala!

Sine vio de reojo como el chico sujetando a su madre de una mano la bajaba dejándola en el suelo. Iblis se acercó a ella asustada casi cayendo cuando tropezó con una piedra. Cuando llegó hasta ella, Sine la cogió por el brazo poniéndola a su espalda. —Ahora nos vamos a ir y no nos seguiréis.

—Como he dicho antes, estás muerta, zorra —dijo él con rabia.

—No nos seguiréis —dijo su madre saliendo de detrás—. Porque sino su prometido se enfadará muchísimo y a él sí que no querréis verle enfadado.

El Laird McAngus se echó a reír mientras Sine la miraba como si estuviera loca. ¡No podía decirle quien era su prometido! Hablarían con su padre y sabrían qué dirección habían tomado. Sería un desastre. —Madre... —La advirtió con la mirada.

Al ver que Sine se había tensado más el Laird entrecerró los ojos. —¿Su prometido?

Tres hombres salieron de detrás de los árboles con espadas en la mano e Iblis chilló de miedo escondiéndose tras su hija de nuevo. Sine apretó las mandíbulas antes de ordenar —¡Alejaos! ¡Os juro que como no me dejéis marchar, tendréis que elegir otro Laird!

—¿Quién es su prometido, mujer? —preguntó el Laird divertido pasándose

la mano por debajo de la nariz para limpiarse la sangre.

—¡Eso a ti no te importa! ¡Solo estábamos de paso y seguiremos nuestro camino!

—El Bendecido. —A Sine se le cortó la respiración mirando a su madre como si se le hubiera ido la cabeza. Ésta sonrió orgullosa. —Se casará con el Bendecido.

El Laird miró a sus hombres y uno de ellos gritó —¿Y dónde está su escolta?

—No lleva el kilt de los McInnis. ¡Es mentira, Laird! —gritó el del árbol—. Llevan el kilt de esos estúpidos Hobkirk.

—¿A quién llamas estúpido, imbécil? —gritó su madre con rabia—. ¡Mi padre fue su Laird muchos años y te aseguro que no dirigía estúpidos!

El Laird frunció el ceño. —¿Eres la hermana de Mordrain Hobkirk?

Iblis levantó la barbilla orgullosa. —Esa soy yo.

—Madre, ¿quieres callarte? —Sine empezaba a perder los nervios. Apretó la punta de la espada contra su piel y éste se tensó. —Diles a tus hombres que se alejen. ¡Ahora!

—¿Dónde está tu escolta? —preguntó muy tenso mirándola a los ojos.

—Los mataron —dijo su madre como si fuera una auténtica desgracia.

Sine la miró incrédula. Menudas mentiras soltaba sin despeinarse. Aunque no sabía de qué se extrañaba. Llevaba mintiéndole semanas cuando sabía de sobra que su padre iba a casarla y ella no se había imaginado nada, así que mentía estupendamente. La escuchó atentamente —Nos atacaron de noche. Nosotras estábamos en el bosque y cuando llegamos todos estaban muertos. Necesitamos llegar a las tierras de los McInnis. —De repente se echó a llorar. —Esos bastardos los mataron a todos. —Se tapó la cara con las manos. —Seguro que el Laird ha perdido amigos en la matanza. Un horror. ¡Un horror! Buscará venganza.

—¿Quiénes fueron? —preguntó el Laird muy tenso—. ¿De qué clan?

—No lo sabemos. Fue todo tan rápido... No les vimos —respondió Iblis en su llantina.

—¿Y los caballos? —preguntó el chico del árbol que no era estúpido en absoluto. —¿Dónde están los caballos? ¿Por qué solo tenéis uno?

—¡Mi madre no sabe montar a caballo, idiota! ¡Y no tengo por qué dar más explicaciones! Madre, nos vamos. Trae...

—No. —En el momento en el que el Laird dijo eso el chico bajó del árbol de un salto y los demás las rodearon. —No os vais a ningún sitio hasta que sepa todo lo ocurrido.

—Laird no te fíes. Creo que mienten.

—¡Hijo cállate!

Asombrada miró al chaval que se sonrojó y furiosa dijo —Vaya cosas que le enseñas a tu hijo. ¡A atacar y a violar mujeres desprotegidas!

El Laird palideció. —No fue mi intención. No sabía quién eras.

—¡Eso es lo mismo! —gritó con rabia—. Debería matarte, cerdo asqueroso.

—Laird... —Uno de los hombres dio un paso adelante con la espada preparada.

—¡Aléjate! ¡No la dañéis! ¿Queréis que McInnis nos mate a todos?

A Sine se le cortó el aliento. Ahora entendía lo que su madre había hecho. Crear la duda para que su temor por el Bendecido las dejara libres. —Diles que se alejen.

El Laird dudó. —No puedo dejar que os vayáis solas y que os pase algo en mis tierras. Una escolta os llevará hasta las tierras de Grant McInnis.

Eso sí que no. En cuanto se enteraran de su mentira las matarían. Eso si no lo hacían antes por confiar en esos cerdos. Cuanto más lejos mejor. —¡No me fío de vosotros! ¡Iremos solas!

—Soy aliado de tu prometido. Te juro por lo más sagrado que si eres la mujer del Bendecido no te pasará nada. —Su mirada decía claramente que como no lo fuera, se iba a divertir mientras ella perdía la vida.

—Hija... —Su madre asustada se aferró a su vestido. —No nos pasará nada. Lo ha jurado y debemos creer en su palabra. Es un Laird. Les necesitamos para llegar seguras.

—Laird, está sangrando mucho —dijo uno de los hombres preocupado.

Su madre miró su pierna y jadeó del susto por la sangre de su bota. Se agachó levantando su vestido para mostrar un buen corte a la altura de la pantorrilla. Perdió todo el color de la cara y gritó —¡Ayudadla por favor!

—No es nada, madre.

El Laird sin moverse vio el corte antes de levantar la vista hacia su rostro. —Con ese corte no irás muy lejos. Morirás desangrada. ¡Baja el arma! —ordenó furioso—. ¡No quiero problemas con Grant McInnis!

Vio el temor en sus ojos y sintiendo que no aguantaría mucho más el peso de su enorme espada, miró indecisa a su madre que susurró —Si no dejas que nos ayuden, moriremos igual. Tenemos que arriesgarnos a confiar en su palabra, cielo. No tenemos otra opción.

—Haz caso a tu madre, muchacha. No te pasará nada si has dicho la verdad. Palabra de McAngus.

Agotada dejó caer el brazo sintiendo un dolor terrible en la espalda, pero no lo demostró apoyándose en ella mientras el Laird se incorporaba. —¡Traed el caballo! ¡Debemos llevarla a la curandera de inmediato! —Intentó cogerla en brazos, pero Sine asustada dio un paso atrás cojeando. El Laird apretó los labios y asintió mientras su madre la sujetaba por la cintura.

—¿Te duele mucho? —susurró su madre mientras colocaban la montura a su lado.

—No es nada, madre. —Forzó una sonrisa cogiéndose a la silla de montar soltando la espada. Levantó el pie y todos vieron como reprimía un gemido de dolor al subir sola a la silla. Incluso sujetó el brazo de su madre para que subiera tras ella. En ese momento llegaron varios hombres a caballo y el Laird gritó órdenes a sus guerreros antes de subirse a una de las monturas. Al menos parecía que querían ayudarla. Solo esperaba no estar cayendo en una trampa de la que no pudieran escapar. —Me pondré bien enseguida, ya verás.

—Grant, ¿quieres más queso? —preguntó Janet seductora con los codos apoyados sobre la mesa apretando los pechos para ofrecerle una buena vista de ellos.

Sonrió dejando la jarra de cerveza sobre la mesa y se acercó a ella. —¿No deberías estar atendiendo tus obligaciones?

Ella hizo un mohín apartándose con coquetería del hombro un mechón de su sedoso cabello rubio. —¿Y qué crees que estoy haciendo, mi Laird? —Su dedo índice tocó su barbilla recién afeitada mirándole con deseo, antes de acariciar su hombro hasta llegar a su enorme cuello enterrando sus dedos en su cabello rubio. —Atender mis obligaciones.

—Ya me has atendido. El baño fue de lo más satisfactorio. —Alejándose de ella apoyó su fuerte espalda en el respaldo de la silla y cogió su jarra con aburrimiento. —Atiende las necesidades de otro esta noche. —Se giró para hablar con Brice que observaba divertido el espectáculo. —¿Se han encendido las hogueras del perímetro?

—Sí, mi Laird.

Janet se tensó mirando muy enfadada a su Laird. Con ganas de pegar cuatro gritos se levantó de la mesa y se alejó para gritar a una de las sirvientas. —¡Agua caliente! ¡Quiero bañarme!

Su primo Brice reprimió la risa y sus ojos castaños brillaron de diversión. — Buena la has hecho. Ahora estará insoportable varios días por tu rechazo.

—Se le pasará —dijo sin darle importancia.

—Espera ser tu esposa algún día.

Grant se echó a reír. —¿Mi esposa?

—Sí, tu esposa. —Stew se sentó a su derecha y se pasó la mano por su barba morena. Su amigo miró sus ojos grises con seriedad. —Te aconsejo que te deshagas de ella porque se está poniendo muy mandona. Cree que es la dueña del castillo y cómo ve que su objetivo no llega, se frustra y tenemos que soportar su mal carácter.

—Tienes la piel muy fina, amigo.

—Y ella la lengua muy afilada. Ayer insultó a mi madre —dijo Brice muy serio—. Y tuve que soportar sus lágrimas dos horas. —Frunció el ceño rascándose su barba castaña expresando su molestia. —Como no lo soluciones tú, alguna de las mujeres se tomará la justicia por su mano y puede que tu amante salga mal parada.

—Y como se entere de lo de Monna...

Grant fulminó a Stew con la mirada. —¿Qué de Monna?

—Vamos, primo. Va diciendo por ahí que la estás cortejando.

El asombro de su cara era evidente. —¿Que yo qué?

—Que la cortejas. Hasta su padre lo dice. —Stew asintió dándole la razón a su primo. —Como te has parado al regresar de caza un par de veces para hablar con ella...

—¿Pero qué les pasa a las mujeres de este clan? —rugió golpeando con fuerza la mesa haciendo que medio salón les mirara—. ¡No voy a casarme con nadie!

—Bueno, Laird... —dijo incómodo su primo—. Algún día tendrás que casarte. Tienes ya veintiséis años.

Su Laird no salía de su asombro. —¿Estoy en la flor de la vida! ¿Crees que necesito una esposa porque voy a estirar la pata?

—Claro que no, Laird. Pero necesitas un heredero.

—¡Si tengo seis hijos!

Confirmándolo en ese momento cruzaron el salón cuatro de su prole siguiendo a uno de los cachorros. La pequeña Torrie cayó de rodillas porque apenas tenía cuatro años y medio. Pero la niña se levantó moviendo sus ricitos rubios y gritando a pleno pulmón porque sus hermanos la habían dejado atrás. Grant el mayor de siete años fue hasta ella y la cogió de la mano. El Laird sonrió orgulloso viendo al pequeño Stew en brazos de su madre que le guiñó un ojo desde el hogar. —Y bien hermosos que son. No necesito esposa.

Nadie dudaba del amor del Laird por sus hijos, pero sus amigos se miraron. Stew le hizo un gesto a Brice que negó con la cabeza. El Laird gruñó —¡Soltadlo de una vez!

Stew suspiró antes de mirarle con sus ojos negros. —Laird son hijos nacidos fuera del matrimonio. Sus madres son sirvientas.

—¡Son mis hijos! ¡Grant será mi sucesor!

Varios del salón asintieron dándole la razón a su Laird y su hijo sonrió cogiendo a Torrie en brazos y sentándose delante de la chimenea con ella encima.

—Tu esposa...

—¿Qué esposa?

—¡La que tengas en el futuro! —Al ver que no entraba en razón Stew perdió los nervios. —¡Tendrás que casarte! ¡Es tu deber!

El puñetazo del Laird le tiró del asiento haciéndole caer sobre el duro suelo de piedra. —¿Alguien más va a decirme que debo buscar esposa? —gritó a los cuatro vientos haciendo que todos miraran a cualquier sitio excepto a él—. Eso creía. —Fulminó a su primo con la mirada. —¿Algo que decir, primo?

El negó con la cabeza vehemente. —Lo que tú digas, Laird. Si no quieres casarte, no te casas y ya está.

—Eso pensaba. —Dejó la jarra sobre la mesa con fuerza. —¡Cerveza!

Un chico se acercó corriendo con la jarra y le sirvió a toda prisa. La puerta del castillo se abrió de golpe y Artek el oso entró con la espada en la mano. Todos se tensaron excepto el Laird, que bebió tranquilamente dándole la espalda. Brice se levantó. —¿Qué ocurre?

—Se acerca un grupo. El cuerno ha sonado. Aliados.

—¿Y por qué te preocupas? —preguntó Grant sin mirarle siquiera.

—No me gusta. Nadie se acercaría a nuestras tierras de noche. Ocurre algo.

—Esperemos a ver quiénes son antes de dar la alarma. —Aunque todo el mundo podría pensar que el Laird no le daba importancia, él era el primero al que no le gustaba esa visita. Habían sido atacados varias veces de noche por los vikingos del norte y nadie que estuviera en su sano juicio cruzaría sus tierras de noche por la cuenta que les traía porque ante un desconocido no preguntaban. Simplemente mataban. Lo sabían toda las Highlands. Habían perdido a demasiados de los suyos como para arriesgarse. —Espero que tengan una buena excusa para importunarnos.

—Son unos ilusos —dijo Stew aún sentándose en el suelo pasándose la mano por la barbilla.

—Como tú —dijo Brice divertido—. Te lo advertí.

Su amigo gruñó mientras Artek fruncía el ceño. —¿Qué diablos te ha pasado?

—Se ha caído —dijo el Laird dando por terminada la conversación—. Ve a ver quiénes son. Y diles que ya puede ser importante porque de otra manera no les atenderé hasta mañana. —Miró a su alrededor y sonrió de medio lado al ver al lado de la chimenea a una sirvienta de la que no recordaba el nombre. Aunque no recordaba el nombre de casi ninguna. Pero esta era pelirroja y según recordaba no se movía mal en el lecho. Le hizo un gesto con la mano y ella sonrió encantada acercándose a toda prisa moviendo su melena pelirroja de un lado a otro. Recordaba ese cabello. Era imposible olvidarlo.

Cuando se acercó, él alargó la mano cogiéndola por la muñeca para sentarla sobre sus fuertes muslos. La muchacha rió abrazándole por el cuello y el Laird besó el suyo llevando la mano a su trasero.

Stew levantó una ceja viendo como las mujeres más mayores del clan jadeaban ofendidas saliendo de allí a toda prisa. Brice gimió golpeándose la frente como si no tuviera remedio mientras Artek sonreía divertido. Bah, era joven. Debía disfrutar de los placeres de la vida. Él ya tenía cuarenta y seis años y había comprobado lo corta que podía ser. Sabía que los mayores deseaban estabilidad para el clan con un matrimonio. Y por la mejilla de su amigo también sabía que había tocado el tema. No había nada que fastidiara más al Laird que le mencionaran una boda y seguramente era porque su padre se había casado cuatro veces y cuando era niño le decía que no había nada más agobiante que una esposa. Y empezaba a comprobarlo sin casarse siquiera. No, su Laird no se casaría jamás.

—Voy a ver si ya han llegado.

El Laird levantó la vista mirándole muy serio y demostrando que nada le distraía de sus obligaciones, ni siquiera una bella mujer. —Que no entren en la aldea armados. Da igual que sean aliados.

—Sí, Laird. Descuida.

Su hombre se alejó y Grant miró a Stew haciéndole un gesto con la mirada para que le acompañara. Stew salió del salón de inmediato y tres de sus hombres le siguieron dejando su cena a medias.

Brice entrecerró los ojos. —¿Qué estás pensando?

—Algo no me gusta. Solo un estúpido se acercaría a nosotros de noche. Tengo el presentimiento de que se nos avecinan problemas. Ten los ojos bien abiertos.

Brice con los ojos como platos observaba a los hombres del clan McAngus que acababan de dar el mensaje de su Laird. Giró la cabeza lentamente hacia Grant que seguía sentado en su silla con cara de no haber entendido palabra. De repente levantó a la pelirroja del regazo apartándola y entrecerró sus ojos grises. —Repite el mensaje de tu Laird —dijo con voz lacerante.

Los mensajeros se miraron el uno al otro intentando no demostrar el terror que les recorría por la expresión del jefe de los McInnis. El de la derecha carraspeó. —El mensaje de nuestro Laird es el siguiente —enfaticó para que quedara claro que ellos no tenían nada que ver—. Su prometida está gravemente herida, pero viva. No puede ser trasladada en este momento. Aunque han asaltado a su grupo, ella y su madre siguen con vida —dijo como si le costara un esfuerzo enorme—. El Laird pensaba traerla de inmediato, pero le subieron las fiebres y está en cama. Por eso nos han enviado a nosotros. Llegó al clan hace cuatro días.

Grant miró a Brice que se encogió de hombros sin saber qué decirle, así que su primo miró a los hombres y preguntó divertido —¿Es bella?

—Oh... —dijo el otro de inmediato—. Tan bella que quita el aliento. —Nervioso miró al Laird. —Quiero decir... Muy bella, pero yo no la he mirado mucho. Porque es vuestra, Laird. Ni se me ocurriría mirar algo suyo y mucho menos a su esposa, pero sí que es bella. Mucho. De hecho no he visto una mujer tan bella en mi... —Carraspeó cuando su compañero le dio un codazo. —Mucho, muy bella.

Brice con curiosidad apoyó los codos sobre la mesa. —Descríbela. A ver si no va a ser la misma.

—Tiene el cabello negro como las alas de un cuervo. —El hombre sonrió mostrando dos dientes mellados. —Y unos preciosos ojos verdes de un color extraño. De un profundo color verde y unas preciosas pestañas negras los rodean. —Suspiró mirando la pared como si estuviera recordando. —Tiene la piel muy blanca. Parece suave como la de un bebé y varias pecas en su pequeña nariz que le dan un aire travieso. —Soltó una risita estúpida asombrándoles. —Y sus labios, Laird... —Grant entrecerró los ojos levantándose lentamente. —Tiene unos labios carnosos, más grande el inferior que el superior. Y sus piernas... —El puñetazo le lanzó a la mesa más próxima haciéndole rodar al otro lado.

Brice hizo una mueca de dolor cuando le escuchó quejarse. Ese se había quedado sin dientes. Eso le pasaba por fijarse tanto en lo que no era suyo. Giró la

cabeza al otro mensajero que temblaba como una hoja mirando hacia arriba para ver el rostro de su Laird que parecía que quería matar a alguien. —¿Qué más? —bramó su jefe amenazante.

—Yo no he visto nada, mi Laird. Pasó de refilón a mi lado —dijo tartamudeando—. Casi ni la vi.

Le sujetó de la camisa levantándole. —¿Qué más?

—Es flaquita y no muy alta. Pero tiene carácter —respondió rápidamente—. Dicen que se defendió de mi Laird cuando intentó detenerla por cruzar sus tierras.

Grant entrecerró los ojos. —¿La hirió él?

Sus dientes empezaron a castañear. —¿Él? No, por supuesto que no. Creían que era un enemigo y la hirieron en la pierna. Uno de los vigías. No sé cuál.

Stew dio un paso al frente. —¿Venían hacia aquí y las atacasteis?

—No se detuvieron y...

Artek cruzado de brazos observándolo todo tenía el ceño fruncido dándole un aspecto feroz. —No me gusta, Laird. ¿Y si es una trampa?

—¡No, no! —gritó el mensajero—. Mi Laird no la creyó. Quiere noticias sobre si esperabais a vuestra prometida, porque si no se la quedará él. Se ha encaprichado. La muchacha le ha impresionado con su orgullo y belleza. —Se cubrió el rostro con las manos para decir a toda prisa. —¡Aunque no la he visto mucho! ¡Lo prometo!

Grant gruñó dejándole caer al suelo y se volvió hacia Artek. —Quedas al mando.

—Laird...

Su jefe no le hizo ni caso yendo hacia la puerta. Brice rió levantándose. —Tiene curiosidad.

—Pues la curiosidad mató al gato —dijo Artek molesto. Le hizo un gesto al mensajero—. Largo de nuestras tierras. ¡Ahora!

Stew silbó a sus hombres que se pusieron de guardia de inmediato para seguir a su Laird y Artek le señaló. —No le quitéis la vista de encima. Brice...

—No me lo perdería por nada.

—Cubridle las espaldas.

Capítulo 3

Después de entrar en las tierras de los McAngus sin haberse detenido en dos días, Brice comentó —Primo, para no querer esposa, te veo muy interesado en esta de mentira. Casi ni has abierto la boca en estos días.

Stew reprimió una sonrisa al escucharle gruñir montando a caballo a su lado.

—Cierra la boca, Brice.

—Vamos, dime por qué vamos a estar cuatro días a caballo sin contar los de vuelta para ver a una mujer que ha debido volverse loca para decir que ibas a ser su esposo.

—Quiero saber la razón para decir eso —dijo molesto—. ¡Ahora cierra el pico!

—¿Qué sea bella no tiene nada que ver?

—¡No!

—¿Así que irías a ver a cualquier mujer que dijera algo así? Pues Monna...

El Laird azuzó su caballo poniéndose delante y Stew rió por lo bajo. —Le has molestado con tus preguntas.

Brice sonrió. —Lo sé.

—Cuidado amigo, por muy familia que seas, si tiene que partirte la boca no dudará en hacerlo.

Se echó a reír. —También lo sé.

En ese momento se pusieron en guardia al escuchar los cascos de unos caballos y sacaron sus espadas. —¡Son McAngus! —gritaron los mensajeros que iban tras el grupo.

Sin relajarse vieron cómo se acercaban y como el Laird de los McAngus se aproximaba muy serio. Grant enderezó su fuerte espalda sin desenvainar su espada y cuando se acercó a él, éste retuvo a su caballo que se inquietó porque la montura de Grant estaba demasiado cerca.

—Iba a tu encuentro.

—Eso ya lo veo —dijo fríamente—. Lo que no entiendo es la razón.

—Ha fallecido. Era para que no hicieras el viaje en vano.

Se tensó por sus palabras. —¿Dónde está su madre? —Miró a sus hombres uno por uno y cuando su hijo llevó su mano a la espada, supo que mentía. —No

la veo entre los tuyos.

—Ha solicitado volver a su clan. En este trance no podía negárselo. Estaba destrozada, la pobre. Entiéndelo, Laird.

—¿Y su cuerpo? —Le miró a los ojos. —¿Se lo ha llevado para enterrarlo en su clan?

—Por supuesto que no. Ha sido enterrado por los malos augurios. — Incómodo se revolvió sobre su silla. —No podíamos dejar que llevara el cadáver hasta las tierras de los Hobkirk.

Grant levantó una ceja al escuchar el clan de su prometida. Aquello se ponía interesante porque los Hobkirk nunca querían conflictos con nadie. De hecho siempre les daban la razón a todos los clanes para no verse envueltos en ninguna disputa. Que su prometida perteneciera a ese clan le extrañó. —Así que su madre se ha ido.

El Laird, que tenía la edad de su padre cuando falleció, asintió moviendo su melena castaña, grasienta por su falta de aseo. Calan McAngus era un buen aliado, pero nunca había sido de fiar. Sabía de sobra que estaba de su parte porque no había nadie tan fuerte como los McInnis. No era porque les tuviera aprecio. Si pudiera y consiguiera algún beneficio con ello, le traspasaría con su espada sin dudarle porque era una rata que le mordería en cuanto tuviera la oportunidad. Grant podría olvidar el asunto y volver a casa. Pero él no era así. — Quiero llevármela a mis tierras. Nosotros nos encargaremos de su traslado. — Azuzó su caballo y Calan perdió parte del color de la cara viéndole pasar ante él.

—¡Grant, no puedes hacer eso! ¡Es una profanación!

No se detuvo siguiendo su camino.

—Dudo que esté en camposanto —dijo Brice muy tenso—. ¿O tenéis sacerdote en tu clan?

Calan se sonrojó. —¡No, claro que no, pero está enterrada y hemos orado como dice ese viejo cura que hay que hacer!

—Me la llevaré —dijo Grant dando por terminada la discusión.

Sus hombres le siguieron y al pasar ante los McAngus, estos les miraron con temor. Brice susurró a su Laird —Mienten.

—Lo sé. Será interesante saber por qué quieren arriesgarse a una guerra por una simple mujer.

Stew asintió. —Esto se pone interesante.

—Mucho. Me empieza a interesar mucho.

En ese momento Calan les alcanzó y sonriendo falsamente dijo —En cuanto lleguemos a casa haremos una buena fiesta. Hace tiempo que no disfrutas de mi

whisky, Grant.

—Estaré encantado de probarlo. ¿Cómo van las cosas? ¿Algún problema del otro lado del mar?

—Con las nieves llegó una embarcación. Eran pocos. Apenas doce —dijo furioso—. Pero no tuvimos necesidad de avisarte. Les matamos como a ratas que es lo que son esos ladrones.

Grant asintió. —Bien hecho. Ahora háblame de mi mujer. ¿Qué ocurrió para que enfermara? Dame todos los detalles.

Calan que se había confiado le miró sorprendido. —¿Detalles?

—¿De qué ha muerto? ¿Dónde estaba su escolta? —Sus ojos grises le dijeron que no le dejaría en paz hasta saberlo. —Todos los detalles.

Carraspeó mirando de reojo a su hijo que se había puesto a su lado como si necesitara que le defendieran. Grant disimuló su diversión por su intento de protegerle porque ni él ni veinte como él conseguirían que no llegara hasta donde quería. —¿Qué ocurre, Calan? ¿Me ocultas algo?

—No, por supuesto que no. La encontramos atravesando nuestras tierras en dirección a las tuyas.

—Como debe ser porque es mi mujer.

Calan se sonrojó. —No lo sabíamos.

—Espero que no la tocaras, Calan... —Le miró fríamente a los ojos. —Tendría que matarte.

—No, por supuesto que no. Se hirió en su huida y cuando la convencí de que nosotros la llevaríamos hasta ti la llevamos a mi casa. Pero enfermó. La curandera dice que la herida de la pierna era profunda y no lo superó. —Agachó la cabeza negando. —Una pena. Una mujer tan hermosa... Hubiera sido una digna esposa, Laird.

—¿Quién mató a su escolta?

—No lo sabemos. Ellas estaban en el bosque cuando los atacaron. Cuando regresaron ya estaban todos muertos. Su madre no dijo mucho más. No se separaba de ella en ningún momento y cuando falleció solo dijo que quería regresar a su clan. Dos hombres la acompañaron de vuelta. Para protegerla.

—Para protegerla... Es irónico que digas eso cuando has matado a mi mujer. —Detuvo el caballo. —¿O no murió por la herida que le hizo alguno de tus hombres?

Calan perdió todo el color de la cara. —No fue intencionado. Invadieron nuestras tierras y no se detuvieron. ¡No sabíamos quién era! Tú hubieras hecho lo mismo.

—Y por eso no estás retorciéndote de dolor mientras tus tripas salen de tu vientre. Porque puede que yo hubiera hecho lo mismo.

Aliviado Calan miró a su hijo. —Continuemos. Seguro que quieres regresar a casa cuanto antes.

—No hasta que descubra todo lo que ha ocurrido. Desde el principio.

Estaban cansados, así que al anochecer cazaron unas liebres y en dos grupos se sentaron alrededor de una hoguera para comer algo caliente. Sus hombres notando la tensión no querían acercarse a ellos. Brice tiró el hueso de liebre tras su espalda y disimulando susurró —Esto no me gusta.

—Opino lo mismo —dijo Stew—. Intentarán matarnos en cuanto nos crean dormidos.

—Entonces no os durmáis. —El Laird dio un mordisco a su pata y masticando tranquilamente estiró las piernas. —Brice, en cuanto el chico vaya al bosque, quiero que le sigas y averigües lo que está pasando.

Su primo asintió levantándose como si fuera al río a lavarse. De hecho desde allí le vieron quitarse su kilt y meterse en el agua, desapareciendo de su vista tras unos árboles.

—¿Crees que sigue viva? —preguntó Stew echando un leño a la hoguera.

—Creo que nos ocultan algo. No sé si sigue viva. Brice lo averiguará enseguida.

—Esto no va a acabar bien. ¿Estás seguro de que quieres meterte en esto por una desconocida?

Le miró a los ojos tensándose. —No es por una desconocida. Esa mujer no me importa nada. Lo que me importa es descubrir por qué quiere meterme en esto. Si venía en mi busca, es por una razón. Y que hayan matado a su escolta es intrigante como poco. ¿Por qué dejarlas vivas a ellas si eran ellas a quien querían matar?

—Porque no mataron a su escolta.

—Eso creo. Como creo que al verse rodeadas de los McAngus dijeron lo primero que se les ocurrió para que no les hicieran más daño.

—Que era tu mujer.

El Laird sonrió antes de seguir comiendo.

—¿De quién huyen? ¿De los Hobkirk?

—Solo hay una manera de saberlo y es encontrándola. A ella o a su madre.

—¿Y por qué Calan nos ha avisado de que estaba herida? Podía haberse

callado cuando la encontró si quería quedársela.

Grant asintió y vio por el rabillo del ojo que Donald se levantaba para ir hacia el bosque. —Igual sí que está muerta y solo somos desconfiados por naturaleza. Si es así podrás dormir a pierna suelta, amigo. —Se levantó sintiéndose observado por los McAngus. —Voy a lavarme.

Su amigo siguió comiendo mientras se alejaba. Se quitó el kilt mostrando su musculoso cuerpo y deshizo los cordones de cuero para descalzarse las botas que le llegaban por encima de las pantorrillas. Se metió en el agua y dejó que esta le cubriera hasta los hombros antes de sumergirse. Salió a la superficie y dando la espalda a los suyos miró al otro lado del río. El sonido de una piedra chocando con otras le pusieron alerta pero no movió un gesto mientras sus manos apartaban el cabello de su cara. Entonces lo vio. Una tela blanca tras una enorme roca. Estaba mojada lo que indicaba que había salido del río cuando ellos llegaron. Como si nada Grant se lavó las axilas caminando unos pasos río arriba y vio su perfil. Tenía la cabeza agachada y se abrazaba las piernas. Estaba temblando empapada y muerta de frío. La luz de la luna la iluminó y vio sus piernas a través de la tela. Ella se abrazó con fuerza intentando controlar los temblores y otra piedra bajo su pie se deslizó. Al escuchar el sonido, temerosa levantó la vista y sus ojos se encontraron. Grant dio un paso hacia ella y la muchacha se levantó asustada. Se quedó sin aliento al ver su hermoso cuerpo a través de la húmeda tela. Todo su ser reaccionó con fuerza, demostrando su deseo por cada curva de su cuerpo y por sus pezones endurecidos bajo el camión. Era tan hermosa que cualquier hombre mataría por tenerla. El miedo en sus ojos hizo que levantara la mano intentando calmarla. —No te muevas —ordenó en voz muy baja—. No te voy a hacer daño.

La chica salió corriendo en dirección al bosque y Grant juró por lo bajo corriendo tras ella. Saltó las rocas siguiéndola. La vio correr entre los árboles, pero su pierna herida la hizo gemir de dolor cayendo al suelo. Grant se agachó a su lado. —¿Te has hecho daño? —La cogió por los hombros para incorporarla y sintió su fría piel. —Estás helada —dijo asustado. Si había estado enferma, moriría de fiebres. Aún no se había recuperado.

—Suéltame —siseó intentando apartarle empujándole del pecho. Grant la miró a los ojos y ella se estremeció de miedo—. Suéltame —suplicó mientras sus preciosos ojos se llenaban de lágrimas—. Por favor no me lleses allí de nuevo. Haré lo que quieras.

—¿Y a dónde quieres ir?

—Necesito llegar al clan de los McInnis. ¿Me ayudarás? —Esperanzada

cogió su mano con la poca fuerza que tenía. —No tengo con qué pagarte, pero si me llevas allí... —Se echó a llorar agachando la mirada avergonzada. —Por favor... Haré lo que sea.

Entendiendo que le creía del clan McAngus entrecerró los ojos. —¿Qué hay allí que desees tanto como para que arriesgue mi vida y traicione a mi clan por ti? Mi Laird quiere que te lleve de vuelta. ¿Por qué habría de arriesgar mi vida por llevarte hasta Grant McInnis?

Cerró los ojos como si se diera por vencida y Grant la cogió por los hombros con rabia por verla abatida. Necesitando respuestas preguntó —¿Quieres que te lleve allí y que maten a los míos? —Ella no respondió quedándose en la misma posición. Una lágrima recorrió su mejilla y a Grant se le retorció el corazón. Parecía hundida. —¿Es tu prometido como dicen?

—Déjame ir. Haz que no me has visto.

—¿Y que mueras en el bosque? ¡Estás descalza! —La cogió por los hombros pegándola a él y siseó —¿Es cierto que serás su mujer?

Ella levantó la vista y le retó con la mirada. —¡Sí!

Grant sonrió porque era cierto que tenía valor. Era valiente, hermosa y era suya. Lo supo en cuanto la vio y en ese momento ella se lo había confirmado. Él miró su boca y sintiendo que su corazón se aceleraba, agachó la cabeza rozando sus labios con los suyos. Sintió como se le cortaba la respiración y su miembro se endureció con fuerza por el roce de sus pezones contra su torso. Atónita se apartó mirándole con los ojos como platos. —¿Me has besado? —Parecía de lo más sorprendida. —¿Cómo te atreves, gañan?

—¿Gañan? —Divertido intentó cogerla en brazos.

—¡Suéltame! —exigió enfadándose y arrastrándose hacia atrás.

—Necesitas entrar en calor. Así que gañan. ¿Ya no quieres mi ayuda?

—¡No! —Intentó alejarse, pero Grant la sujetó con fuerza contra su torso. — ¡No pienso ser tu zorra para que me ayudes! ¡Cuando Grant McInnis te ponga las manos encima, te despedazará!

—¿No me digas? ¿Le conoces muy bien?

—Mucho. —Entrecerró los ojos. —¿Qué habéis hecho con mi madre?

Grant la miró. —¿Tu madre?

—¿Dónde la habéis metido? —le gritó a la cara—. ¡Cuando le cuente a mi prometido lo que me habéis hecho, arrasará tu clan! ¡Prepárate para morir!

—Llevo preparado para eso media vida. ¿Qué te hemos hecho?

—¿No lo sabes? —preguntó sorprendida.

—Acabo de llegar del este. Sé muy poco de ti. Ni siquiera sé tu nombre.

—¡Ni lo sabrás! ¡Y no me toques que estás desnudo! —Su mirada fue a parar a su entrepierna sin poder evitarlo y lo señaló asombrada. —¡Y tienes eso entre las piernas! —Al parecer él tenía lo que se necesitaba para ser un hombre. Y bien grande que lo tenía. Su abuela diría que era un hombre como Dios mandaba, sí señor, porque todo lo que había visto era impresionante, incluido eso. Nada que ver con el de Malcom.

Grant carraspeó muy incómodo porque era evidente que era muy inocente. —Ya veo que nunca has estado con ningún hombre.

Le miró sin comprender. —¡Claro que he estado con algún hombre! ¿Qué tonterías dices? —Intentó levantarse, pero él no la soltó. —¡Qué me dejes, te digo!

Decidió ponerse serio porque era muy cabezota. —¡Déjate de tonterías, mujer! ¡Estás helada y no puedes irte a las tierras de los McInnis tú sola! ¡Y descalza además!

—¡Necesito llegar allí para que el Bendecido me ayude a recuperar a mi madre y os despedace a todos!

—¿Y quién te dice que él te ayudará? Somos sus aliados. ¿Y si no le importa tu madre? Al fin y al cabo, solo es una mujer.

El rostro de la muchacha perdió el poco color que le quedaba en la cara y realmente partía el corazón su desilusión. —¿Crees que no me ayudará?

—Tú lo sabrás si le conoces tan bien. —Sorprendiéndola la cogió en brazos y ella chilló golpeándole en la cabeza. Grant la miró sorprendido mientras la sangre corría por su sien. Mirándole asustada él se tambaleó hacia tras y Sine sin soltar la piedra que tenía en la mano saltó de sus brazos al suelo. Él cayó sentado antes de poner los ojos en blanco cayendo de espaldas desmayado. Sine preocupada fue hasta él de rodillas y estiró el cuello para ver su rostro. El guerrero tenía la cabeza realmente dura. Hizo una mueca y sus ojos recorrieron su fuerte cuerpo. Ahora entendía perfectamente lo que su abuela quería decir. Ese sí que era todo un hombre. Pero desgraciadamente era un hombre del clan equivocado. Suspiró acariciando su cuello diciéndose que era una pena. ¿No le habría matado? Asustada puso su oído sobre su pecho y al oír el sonido de su corazón suspiró del alivio. Apoyándose en su torso se levantó disfrutando del contacto de su piel. Alejó la mano sintiendo que perdía algo.

—Una pena, hermoso. Una verdadera pena. A mi madre le hubieras gustado.

Se giró para caminar entre los árboles alejándose de su cuerpo y miró hacia atrás para ver que seguía allí tumbado. Esperaba que no cogiera frío. Aunque ya estaban en verano por la noche refrescaba. Chasqueó la lengua dándose la vuelta

y alejándose. Aún tenía mucho camino que recorrer para encontrar al Bendecido.

Un golpe en la mejilla le hizo gruñir y cuando abrió los ojos se vio tumbado al lado del fuego sintiendo un punzante dolor en la cabeza. Miró de un lado a otro a sus amigos, que estaban a cada lado de él con los brazos en jarras. — ¿Dónde está?

—¿Dónde está quién? —La voz del Laird de los McAngus le hizo levantar la cabeza para verle a sus pies. —¿Qué diablos ha ocurrido?

—Cuando estaba en el río escuché un ruido y fui a ver. ¡Algo me golpeó la cabeza!

Sus amigos fruncieron el ceño. —Daremos una vuelta para buscar a quien ha sido.

—¡Por supuesto! —gritó el Laird de los McAngus—. ¡Buscadle! —Sus hombres salieron en diversas direcciones y le aseguró muy serio —Le encontraremos. Será un ladrón que temió verse sorprendido.

—¡Eso espero! —Alargó su mano y su primo la cogió ayudándole a levantarse. Gimió llevándose la mano a la cabeza y siseó —Traedme mi kilt. — Miró al Laird furioso. —Quiero hablar con mis hombres. ¡A solas!

—Grant, ¿no pensarás que mi clan ha tenido algo que ver...?

Le fulminó con la mirada. —¿No me has oído? ¡He dicho a solas!

El Laird apretó los labios y con rabia cogió el kilt que le tendía Stew. La había perdido de entre los dedos. Estaba claro que con esa muchacha no podía confiarse. Y ahora estaba sola por esos malditos bosques.

—¿Qué ocurre, Grant? ¿Qué ha ocurrido realmente? —preguntó Stew en voz baja.

—¡Se ha escapado, eso ha ocurrido! —Molesto por ser tan estúpido se abrochó el cinturón sujetando el kilt y después se pasó el sobrante por el hombro. Se agachó para ponerse las botas. Diablos, la cabeza le iba a estallar.

—Tienes una buena herida —dijo Brice preocupado—. Necesitas atención.

—Necesito encontrarla.

—¿Encontrarla? —preguntaron los dos a la vez.

Se ató la bota y se incorporó haciendo una mueca. —Al parecer mi prometida está viva. Al menos de momento.

Cuando salieron de su asombro le siguieron hacia su caballo. —¿Tu qué? —preguntó Stew viendo cómo se montaba—. ¿A dónde vas?

—¡Subiros al caballo! Tenemos que dar con ella antes de que le pase algo.

No será difícil encontrarla.

—¿Hablas en serio? ¡Si la aldea de los McAngus está a un día de distancia al menos! —Cogió las riendas deteniéndole. —Laird, ¿seguro que no ha sido un sueño?

—Te digo que la he visto.

—¿Aquí en medio del bosque en plena noche? —Brice se acercó al caballo. —¿No sería una ánima?

—¡Déjate de decir tonterías! ¡Era muy real! ¡La he tocado!

—¿Y cómo sabes que era tu prometida?

Sonrió hincando los talones. Sus amigos se miraron sin entender nada antes de correr hacia sus monturas para seguir a su Laird. Sus hombres hicieron lo mismo poniéndose en camino. Grant cruzó el río y se adentró en el bosque. Sus amigos se pusieron a sus costados.

—¿Te vas a explicar o tenemos que adivinarlo? —preguntó Brice molesto.

—Me lo ha dicho ella. Quiere llegar a nuestro clan. No podrá conseguirlo sola —dijo preocupado—. Atentos.

Stew le cogió por el brazo deteniéndole. —No sabes lo que Brice ha averiguado.

Se volvió hacia su primo. —¿El chico ha hablado? ¿Qué has descubierto?

—Es duro de pelar, pero después de un par de golpes lo contó todo. Se las llevaron a la casa del Laird hará unos diez días y la atendió la curandera. Quemó su herida y se repuso bien.

—Así que esa rata me ha mentido —dijo con rabia.

—La muchacha quiso ponerse de camino de inmediato. El chico ha dicho que no se fiaba de su padre.

—Porque es lista. Mucho.

—Calan las sorprendió intentando escaparse. Golpeó a su madre y las separaron. Robaron sus joyas. Las tenían entre algo de ropa que eran sus únicas pertenencias.

—¿Dónde está su madre?

Brice apretó sus labios. —Escapó del cuarto donde la habían encerrado. Creen que se despeñó en uno de los acantilados porque es donde perdieron su rastro y no se puede bajar por la pared para comprobar si está allí su cuerpo. Eso me ha dicho, pero Laird... no sé. No le he creído.

Grant juró por lo bajo azuzando su caballo. Ya se encargaría de ese maldito Calan cuando la encontrara.

Agotada se sentó en una roca. Al menos el sol ya había salido. Cerró los ojos dejando que la calentara. No soportaría otra noche como esa. Además, sus pies ya sangraban por las heridas y cada paso era una auténtica tortura. Ni siquiera la herida de la pierna le dolía tanto. Así no llegaría nunca a las tierras de los McInnis. Pasó la lengua por sus labios agrietados. Tenía que beber. Había oído a los guerreros de su padre que sin beber el cuerpo moría enseguida, pero sin comer aguantaba varios días. Sus tripas rugieron demostrando que hacía tres días que casi no había probado bocado. Las moras que había encontrado por el camino no eran suficiente alimento. Eso le hizo recordar a su madre y se preguntó si la cuidarían bien. No tenían que haberse escapado. Como cojeaba y no pudieron robar un caballo, apenas habían recorrido unas millas cuando las encontraron. El Laird la metió en la habitación tirándola al suelo y cuando se dio cuenta de que su madre no entraba gritó desesperada. Él sonrió cerrando la puerta y se tiró a ella golpeándola hasta que le dolieron las manos. Había escuchado su llanto y sus ruegos. Después nada. Una lágrima corrió por su mejilla esperando que siguiera viva. Cuando consiguió escapar de nuevo por la ventana no podía arriesgarse a que la pillaran otra vez buscándola por la casa del Laird, así que huyó sola con la esperanza de encontrar ayuda.

Había llegado al río cuando se dio cuenta de que los hombres de McAngus la estaban buscando. Se escondió y les escuchó hablar alrededor del fuego, así que decidió salir de su escondite tras unas rocas para cruzar el río. Estaba ya al otro lado cuando uno de ellos fue a bañarse. Se quedó allí muy quieta esperando por si regresaba y la veía. El otro la sorprendió. Pensando en el guerrero se dio cuenta de que tenía razón. ¿Por qué iba a ayudarla el Laird de los McInnis? Estaba segura de que no le haría ningún caso cuando le rogara su intervención. Eran aliados. No se enfrentaría a otro clan por una desconocida que solo quería meterle en problemas. No tenían que haberse dirigido allí. Todo aquel plan había sido un absurdo desde el principio. Solo faltaba que la encontrara su padre para rematarla.

Los cascos de unos caballos la tensaron y asustada miró hacia atrás para ver la cabeza de un caballo girando un recodo. Se tiró al suelo y casi sin fuerzas se arrastró hasta detrás de un árbol.

—Laird ahí hay otra —escuchó decir. Sine miró a su derecha sin salir de su escondite. La estaban buscando.

Escuchó como alguien juraba por lo bajo. —Está claro que es dura de pelar —dijo otra voz—. Debe tener los pies en carne viva para sangrar así.

—Atentos.

Se le cortó el aliento al escuchar la voz de ese hombre. ¿Era su guerrero? No podía mirar. Escuchó que pasaban tras ella y como se detenían. Sine volvió la cabeza para escuchar lo que decían y retuvo el aliento porque no se oía nada. ¿Se habrían ido? No podía ser. Se mordió el labio inferior esperando, pero cuando después de unos minutos no escuchó nada más, se preguntó si la hierba habría amortiguado que se habían ido. Insegura se inclinó muy lentamente para echar un vistacito. Los tres miraban el árbol sobre sus caballos. Asustada volvió a su sitio sintiendo que su corazón retumbaba en su pecho. Sí, era su guerrero y estaba furioso. Realmente furioso.

—¡Mujer, vas a hacer que pierda la paciencia!

Los tres mirando el tronco del árbol gruñeron cuando no se movió. —Primo, está claro que no te hace caso.

—Stew... tráela.

—¿Yo? —preguntó con asombro—. ¿Y por qué yo?

—¡Deja de protestar! ¡Haz lo que te digo!

Brice reprimió la risa y Stew le miró con sus ojos negros como si quisiera darle una paliza. Puso cara de inocente. —Las órdenes son las órdenes.

Gruñendo bajó del caballo y con grandes zancadas fue hasta el maldito árbol. Brice y Grant vieron como dejaba caer la mandíbula del asombro, quedándose allí parado como si le hubiera dado un aire. Brice y Grant se miraron. —¿Qué ocurre? ¿Le ha hechizado?

—¡Déjate de tonterías! —Miró a su amigo que aún no había reaccionado. — ¡Stew! ¡Tráela, te digo!

Eso le hizo reaccionar y para su asombro le vio sonreír como un tonto. —Si es tan amable, mi gentil dama, de seguirme... —Un puño salió de detrás del árbol golpeándole en el ojo con fuerza. Stew se cubrió el ojo con la mano soltando por la boca todos los improperios del mundo. Escucharon un jadeo de lo más femenino antes de que el puño saliera disparado de nuevo dándole en el otro ojo. Brice se echó a reír a carcajadas con tal fuerza que casi se cae del caballo. Su amigo con las manos cubriéndose los ojos dio un paso al frente chocándose contra el árbol y Grant pensó que a Brice se le rompería el costillar cuando vio como la mano de la mujer le empujaba por el pecho tirándole hacia atrás.

Grant suspiró sin poder creérselo. —¿Brice?

—Sí, jefe. —Aún riendo se bajó del caballo y cuando rodeó el árbol perdió la sonrisa de golpe. Una pierna salió de detrás del árbol dándole en la entrepierna y

Brice bizqueó cayendo de rodillas gimiendo.

—Será posible, mujer. —Perdiendo la paciencia bajó de su caballo y rodeó el árbol empujando a su primo que cayó al suelo llevando las manos a sus partes. Molesto gritó —¡Eres un inútil! No servís para na... —Al levantar la vista se quedó sin palabras. Si era hermosa de noche, de día robaba el alma a cualquier incauto que la mirara. Su melena suelta llegaba a sus caderas y se le había ondulado ligeramente mostrando el brillo de su sedoso cabello. Y esos labios... De noche no se veía el color sonrojado que contrastaba con su preciosa piel. Y esos ojos... Tenía razón aquel idiota, eran de un verde oscuro, pero del color del mar. Del mar embravecido.

—¿Qué miras? —preguntó enfadada levantando la barbilla.

—A mi mujer. —Alargó la mano y la cogió de la muñeca tirando de ella. Sine se resistió intentando golpearle con el otro puño y Grant solo tuvo que apartar la barbilla antes de seguir adelante haciéndola trastrabillar al perder el equilibrio.

—¡No soy tu mujer! —Tiró de su brazo con fuerza, pero él siguió caminando. Sine chilló de la rabia e intentó patearle el trasero, pero se hizo daño en la pierna. Grant puso los ojos en blanco cogiéndola por la cintura y sentándola sobre el caballo sin ningún miramiento. —Estate quieta —ordenó cogiendo las riendas cuando ella vio la oportunidad de huir a caballo. Apretándole las manos se volvió hacia sus amigos que seguían lamiéndose las heridas. Serían flojos. —¿Queréis mover el trasero de una vez? ¡Hay que regresar a casa!

Sine se agachó mordiéndole la mano con fuerza y Grant se apartó de dolor. Asombrado vio sus dientes bien marcados mientras su supuesta novia agarraba las riendas azuzando a su caballo para salir a galope tendido sin saber a dónde iba porque en ese momento se estaba dirigiendo más al norte de lo que debía.

Sus amigos se pusieron a su lado. —¿Qué haces que no la sigues? —preguntó Stew como si fuera un sacrilegio no hacerlo.

—¿Es que ya no la quieres?

Miró a su primo que parecía encantado de que hubiera cambiado de opinión. Brice ni vio llegar el puñetazo que le tiró al suelo. Stew hizo una mueca al verle sin sentido. —Esto nos retrasará.

—Quédate con él. —Se subió al caballo de Brice y cogió las riendas. —Os veo en casa. ¡Esperad a los demás!

Stew protestó al verle partir y gritó —¡Cuida tu espalda!

Capítulo 4

Sine miró hacia atrás y juró por lo bajo al ver que el guerrero la seguía. Hincó sus talones de nuevo y miró al frente pensando que seguramente no estaría solo. Había oído como uno de ellos hablaba con el Laird. Seguramente estaría por allí esperando a que la atrapara su hombre. No entendía a lo que estaba jugando, pero estaba claro que quería cogerla. Pasó entre unos árboles y al mirar hacia atrás de nuevo su cabello se enredó en una de las ramas tirándola del caballo. Rodó chocando contra el tronco y gimió por el dolor del costado cerrando los ojos.

—¡Mujer! —El guerrero saltó del caballo y se arrodilló a su lado. —¿Qué te has hecho? ¿Qué te duele?

Todavía sin aliento abrió los ojos y él le gritó a la cara —¡Te dije que te detuvieras! ¿Es que nunca haces caso?

Sabiendo que aquello era el fin sonrió cortándole el aliento. —Eso mismo dice mi madre.

—¡A mí me harás caso! —Miró su cuerpo cubierto por aquel camisón y vio que la sangre manchaba la tela de su costado. —¡Estás sangrando! —gritó furioso antes de rasgar la tela mostrando su pecho izquierdo.

Ella jadeó indignada, pero Grant no le hizo caso viendo el corte. No era profundo. Seguramente había sido con una piedra al caer. Él palpó la zona y Sine gimió. —¡Diablos! ¡Como te hayas roto el costillar no me servirás para nada en semanas!

Sine parpadeó. —¿Y para qué tengo que servirte?

La miró como si tuviera la culpa de todo antes de cogerla por la nuca para acercarla a su rostro. —¿Para qué sirve una mujer?

Sine lo pensó unos segundos. —¿Para hacer la comida?

—¡Ya tengo sirvientas que hacen eso!

—¿Para zurcir la ropa?

—¡También lo hacen las sirvientas!

Sus ojos se abrieron como platos de la indignación. —¡Pues lo otro también pueden hacerlo las sirvientas!

—¿Entonces para qué quiero una mujer?

—¿Pero qué hablas de mujer ni mujer, gañan?

Grant gruñó. —Vuelve a llamarme así y...

—¡Gañan! —le gritó a la cara—. ¡Voy a casarme con Grant McInnis!

Él levantó una ceja. —Pues estoy de acuerdo. —Se notaba que ella no entendía nada y besó sus labios sorprendiéndola. Ella gritó de la indignación, pero la rodeó con sus fuertes brazos entrando en su boca. Sine no sabía ni lo que sentía en ese momento, pero cuando su lengua la acarició su estómago se encogió sintiendo que la traspasaba un rayo. El guerrero se apartó ligeramente pasando la lengua por su labio inferior antes de besarlo con suavidad. Aún impresionada ni se dio cuenta de que la levantaba llevándola a su caballo. Solo podía mirarle a la cara sin saber ni qué decir. Él cogió el kilt que tenía amarrado a la silla y se sentó detrás de ella. Le puso el kilt sobre los hombros y cuando iba a cruzárselo por delante pasó su mano por su pecho al descubierto. Lo que sintió hizo que se pegara a su torso y él le susurró al oído —Yo soy Grant McInnis. Ahora dime tu nombre, esposa. Tu Laird te lo ordena.

Se quedó de piedra y lentamente bajó la vista viendo el kilt que le había puesto. Los colores azules y verdes, distintos a los de los McAngus casi la marearon. Sintiendo el corazón latiéndole en los oídos con fuerza se volvió para mirar su rostro. —¿Qué has dicho?

—Te he preguntado tu nombre, esposa.

La había llamado esposa. Esposa, esposa. No era un decir. Cuando un Laird decía eso era un hecho. Abrió los ojos como platos preguntando con horror. —¿Me he casado?

Grant frunció el ceño. —¿Acaso no era lo que querías?

—¿Yo? —gritó a los cuatro vientos.

—¡Pues ya está hecho!

Sine miró al frente sintiendo que el corazón se le salía por la boca de la impresión. ¡Se había casado con Grant McInnis! Sintiendo que le faltaba el aire se desmayó entre sus brazos.

Grant frunció el ceño viéndola sin sentido. —¿No te habrás dormido? —La sujetó con su fuerte brazo y le dio una palmadita en la cara. —¿Estás cansada? No me extraña, mujer. Es que eres algo inquieta. —La pegó a él con cuidado. —Si te hubieras quedado conmigo cuando te lo dije ayer noche no estarías así. —La cubrió con el kilt para que no pasara frío y gruñó al ver la sangre en su dedo gordo del pie. —¡A partir de ahora me harás caso! —gritó molesto por sentirse así por una mujer—. ¡Y no voy a ser un marido fácil, te lo advierto! ¡Yo mando y tú obedeces sin rechistar! ¡Sino serás castigada! —Ella suspiró sobre su pecho y

a él se le cortó el aliento por ver sus preciosos ojos verdes de nuevo, pero no los abrió. Grant gruñó otra vez y le palmeó la cara intentando que despertara. — ¡Mujer, que no me has dicho tu nombre!

Ella gimió como si le estuviera doliendo y preocupado la puso más recta. — Bueno, duerme un poco. Ya me lo dirás más tarde.

Intentó girarse y gimió de dolor, pero una caricia en la espalda la hizo sentir mejor. Suspiró moviendo la mejilla sobre la almohada cuando su mano rozó algo suave. Sus dedos tocaron lo que parecía pelo y frunció el ceño palpando con la mano unos bultitos que estaban muy duros. Palpó hacia abajo y su índice tocó algo que se hundía. Parecía un circulito. Siguió bajando y tocó más pelo. Bastante más pelo. Frunció más el ceño al notar que lo que tenía debajo de la palma se endurecía. Era redondeado y duro, pero a la vez era suave. Lo tocó hasta abajo y al volver a subir notó que era más grande. Qué raro. Aunque estaba cansada decidió abrir los ojos somnolienta y vio que estaba al lado de un hombre. Aún medio dormida gritó sentándose de golpe. Gimió de dolor llevándose la mano al costado para ver al guerrero con cara de estar sufriendo. ¿Guerrero? ¿Qué guerrero?; Era su marido!

—¿Te han herido? —preguntó espabilándose de golpe apartando el Kilt para ver su herida. Al ver su sexo endurecido parpadeó entendiéndolo que había tocado. Ante sus ojos se enderezó con fuerza quedándose tieso como una vela.

—Preciosa... —Cogió su mano y la llevó a su sexo. —Acaríciame.

—¿Te duele?

Él gruñó guiando su mano arriba y abajo. Fascinada vio como arqueaba su cuello hacia tras. No estaba sufriendo. Disfrutaba de lo que le hacía. Sintió algo por dentro que le aceleró la respiración. Aquello no podía ser bueno. —¿Esto no será pecado? —preguntó apartando la mano.

—No, preciosa. —Agarró su mano de nuevo poniéndola en su sexo. —Entre un matrimonio no.

—Ah. —Frunció el ceño. —Y seguro que eres Grant McInnis, ¿verdad? Porque si no eres Laird no puedes casarme. Y si no estoy casada...

—¡Estás casada! —Se sentó cogiéndola por la nuca para atrapar sus labios besándola con pasión. Ella gimió diciéndose que si era pecado iría al infierno de cabeza con tal de seguir disfrutando de lo que le hacía. Grant la tumbó en el suelo y su mano fue a parar a su pecho. Gritó de placer en su boca cuando su pulgar rozó su pezón y su marido apartó sus labios para mirar sus ojos. Sine

tembló por dentro por la pasión que reflejaba su mirada. —Acaríciame —dijo él con voz ronca.

Sine movió su mano sobre su sexo y él cerró los ojos como si su tacto fuera lo mejor del mundo. Se mordió el labio inferior. —¿Lo hago bien?

Abrió los ojos y gruñó antes de besarla de nuevo. Gimió en su boca cuando su fuerte mano acarició su muslo. Él apartó su boca y miró hacia abajo gruñendo cuando vio el camisón. Tiró de él hacia arriba dejando la venda de su pierna al descubierto y la miró molesto. —¿Estás llena de heridas! —Con los ojos como platos asintió. —¿No lo hagas más!

—¿Que no me hiera?

—¿No! —Tiró del camisón hacia arriba y ella parpadeó con el camisón en la cabeza. ¡Así no le veía! Chilló cuando sus labios atraparon uno de sus pezones y se retorció cuando esos labios bajaron por su vientre hasta llegar a su sexo. Mareada de placer ni se dio cuenta de lo que iba a hacer hasta que su lengua recorrió sus delicados pliegues. Sorprendida levantó la cadera intentando apartarse, pero él la sujetó por los glúteos agarrándola con fuerza antes de atrapar el botón de su placer y torturarla una y otra vez volviéndola loca. Sine sintió como su cuerpo se tensaba con fuerza y cuando pasó su lengua de nuevo gritó de éxtasis mientras su acelerado corazón volaba.

Sintió como se tumbaba sobre ella y apartaba su camisón para mirar su rostro ido de placer. —Buenas noticias, esposa. No tienes roto el costillar. —Su sexo entró en ella de un solo empujón y ella gritó sujetándose a sus hombros por el dolor que la traspasó robándole su donceller. —Él juró por lo bajo y cuando Sine le miró furiosa negó con la cabeza. —No me mires así. —La vio apartar su mano y alargarla para coger una piedra. —¿Ni se te ocurra, mujer! ¡Cómo vuelvas a partirme la cabeza, vas a verme furioso! —le gritó a la cara. Sine hizo una mueca soltando la piedra y poniendo la mano de nuevo sobre su hombro. Su marido sonrió. A Sine se le cortó el aliento por lo apuesto que era cuando sonreía —. Así me gusta, que seas obediente.

—Es mi deber obederte.

—Que no se te olvide —dijo con esfuerzo como si estuviera incómodo. Se movió en su interior y Sine abrió los ojos como platos por el placer que la recorrió de arriba abajo. —¿Me sientes? —Volvió a entrar en ella y sintió que se quedaba sin aliento. Aquello era lo más placentero que había experimentado jamás. —Eso es, preciosa... Relájate. —Movié las caderas de nuevo y su vientre empezó a tensarse con cada movimiento. No sabía lo que necesitaba, pero era tan intenso que quería más. Grant sintió como apretaba las uñas en sus hombros

y aceleró el ritmo entrando una y otra vez con contundencia mientras ella apretaba su miembro con cada embestida en su necesidad de satisfacerse. La presión sobre su sexo era tan exquisita que Grant levantó su cadera ligeramente con una mano para entrar más en ella y en ese momento sintió como su esposa se estremecía como una hoja de arriba abajo a la vez que gritaba en su liberación. La belleza de su rostro en ese momento le embriagó y se dejó llevar moviéndose más deprisa alargando el placer de su mujer. La tensión sobre su miembro fue tal que llegó al éxtasis con un grito que recorrió el bosque.

Con la respiración agitada se tumbó a su lado mirando el cielo. Nunca había sentido eso por una mujer. ¿Sería lo que llamaban amor? No, claro que no. Negó con la cabeza antes de mirarla. Ella volvió la cabeza hacia él y sonrió. —Me llamo Sine.

Él se apoyó sobre el antebrazo para mirarla frunciendo el ceño. —Sine. —Hizo una mueca. —Tendré que acostumbrarme a tener esposa.

—Y yo a tener marido. —Tímidamente alargó la mano para tocar su hombro y suavemente bajó las yemas de los dedos por su torso como si estuviera fascinada por su piel. A Grant se le cortó el aliento sintiendo como su miembro se endurecía de nuevo. —Preciosa, no hagas eso.

Sorprendida apartó la mano. —¿Por qué?

Carraspeó incómodo. —Estás dolorida y no puedes...

—¿No puedo?

—¡No, no puedes! —Se apartó molesto bajándole el camisón. Cuando vio el roto en su pecho gruñó cogiendo el Kilt y cubriéndola hasta el cuello. —¡Ahora duérmete!

—Está amaneciendo. —Volvió la cabeza para ver cómo se tumbaba a su lado. —¿Ya no me acaricias la espalda?

Él gruñó de nuevo cogiéndola para arrastrarla hasta pegarla a él y Sine sonrió apoyando la cabeza sobre su hombro. Disimuladamente miró hacia abajo para ver que eso que su abuela consideraba tan importante estaba tieso de nuevo. Cómo entendía a su abuela. Eso era importantísimo. Consiguió sacar la mano de debajo del kilt y suspiró cuando acarició su piel. Se sintió tan bien que insegura miró su rostro. Tenía la cabeza levantada mirándola como si hiciera algo mal. Apartó la mano de inmediato metiéndola de nuevo bajo el kilt. Él se relajó y Sine se mordió el labio inferior apoyando de nuevo la cabeza sobre su hombro. —Ahora vas a contarme cómo has llegado hasta aquí.

Vaya. Frunció el ceño. ¿Debía contárselo todo? ¿Y si se enfadaba? En realidad se había escapado de casa. Pero él y su padre eran enemigos. O casi. —

¿Sine?

—Pues... No quería casarme...

Él levantó la cabeza de golpe. —¿Cómo dices?

—Pues que no quería casarme con otro —dijo rápidamente.

—¿Qué otro? —gritó sobresaltándola.

Uy, uy... se sentó lentamente. —No le conozco. Padre...

—¿Iban a obligarte a casarte con otro y te has escapado? —Se sentó mirándola fijamente. —¿Es eso lo que me estás diciendo?

Sonrió radiante. —¡Sí! Eso es. Lo has entendido muy bien. Al parecer el golpe en la cabeza no te ha afectado.

Grant frunció el ceño. —¡Lo he entendido perfectamente, mujer! ¡Me has utilizado para escapar de un marido! —La miró asombrado mientras se sonrojaba. —¿Y por qué venías a mis tierras?

—Oh, pues... seguro que allí no me buscaría. Mi padre, quiero decir.

Él asintió. —Y al cruzar las tierras de los McAngus dijiste que eras mi prometida para que no te hicieran daño.

—En realidad lo dijo mi madre. —Jadeó llevándose la mano al pecho. —La recuperarás, ¿verdad? Nos separaron. —Le miró con rabia. —Si hubiera podido...

—No debes preocuparte por ella.

—¿Seguro? No sé dónde la tienen, pero...

Grant entrecerró los ojos. Ahora que ella había desaparecido, Calan McAngus no tenía que mantenerla con vida. De hecho, igual no se tomaba nada bien no haber encontrado a su hija en su escapada y puede que su madre pagara las consecuencias. No sabía si cuando llegara al clan McAngus aún estaría con vida. Y más si iban hasta su clan para dejar a Sine a salvo. Aun así sonrió para tranquilizarla. —No debes temer, la encontraré.

Sine sonrió radiante. —Claro que sí. Siempre cumples lo que dices. Eso es lo que comenta todo el mundo. —Se tumbó de nuevo mirándole aliviada con sus preciosos ojos verdes. A Grant se le hizo un nudo en el estómago porque era evidente que en muy poco tiempo confiaba en su palabra totalmente. Y sabía que iba a defraudarla.

—Debemos ponernos en camino.

—Oh, sí. Por supuesto. —Se sentó de nuevo encantada de irse. —¿Vamos a por mi madre?

—No, Sine. Te llevaré al clan antes de ir a buscarla.

Sine perdió la sonrisa poco a poco. —Pero... son muchos días. Ahora me

están buscando y aún no saben que eres mi marido. Seguro que el Laird no ha llegado a su casa aún...

—No voy a llevarte de vuelta. Primero te pondré a salvo a ti y...

—¡No! ¡Tienes que ir a buscarla! ¡La matará! ¡Ya le ha pegado! ¡Lo oí! ¡No voy a dejar a mi madre allí! ¡Me lo has prometido!

—¡No te he prometido nada! ¡He dicho que iría a buscarla y es lo que voy a hacer en cuanto te deje en el clan!

Asustada se levantó viendo como cogía el kilt del suelo y se lo ponía rápidamente. —Pero la matará... —Le dio la espalda para calzar sus botas e impotente fue hasta él. —Dijiste que me ayudarías.

Se volvió furioso. —¡No voy a llevarte de vuelta! ¡Si lo hago y solo además, porque mis hombres están sabe Dios donde, puede que me maten! ¡Y tengo un clan que me necesita! ¡Tengo obligaciones!

—No vas a ayudarme —dijo impresionada—. Me has mentido.

—No te he mentido. En cuanto reúna a mis hombres, volveremos y...

—¡Será tarde! —gritó mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. Y lo sabes tan bien como yo. —Dio un paso atrás de la decepción. —Si no vas a ayudarme no te necesito. Regresaré y...

—Ni se te ocurra pensarlo. —La cogió por el brazo con fuerza. —¡Eres mi mujer! Cuando te escapaste casi no tenías esperanzas de recuperarla. Ahora tienes al menos una. Harás lo que te digo y sino atente a las consecuencias.

Levantó la barbilla retándole con la mirada. —¿Qué consecuencias?

Tiró de ella hasta el caballo y Sine gritó intentando soltarse. La manta se cayó y se libró de su agarre. Corrió huyendo de él y Grant rugió volviéndose. Fue tras ella y alargó la mano para cogerla sujetando su melena. Sine gritó de dolor cayendo hacia atrás del impulso. La sujetó por el cuello levantándola y le gritó a la cara —¡No vuelvas a desobedecerme, mujer!

Se le cortó el aliento porque durante un segundo le pareció ver a su padre gritando a su madre. Grant sin saber lo que se le pasaba por la cabeza, la llevó hasta el caballo y la subió sin ninguna delicadeza. Su marido apretó los labios al ver un gesto de dolor y la sangre de su virginidad que había manchado el camión. Se agachó furioso cogiendo su kilt del suelo y se lo tiró encima. — ¡Cúbrete!

Agachando la cabeza mientras se sentaba tras ella se pasó el kilt por los hombros cruzándose por delante intentando reprimir las lágrimas. No se lo podía creer. ¿Cómo había podido ser tan estúpida como para confiar en un desconocido? Y ahora era su marido. Era su dueño para hacer con ella lo que le

viniera en gana. Había caído en el error del que huía como una estúpida y ahora su madre moriría. Todo era por su culpa. Por ser tan impulsiva. Su madre se lo había dicho miles de veces. Fue una equivocación irse de casa. Tenía que haberlo planeado mejor en lugar de arrastrar a su madre por las Highlands. Una lágrima cayó por su mejilla y se la limpió a toda prisa. Pero aún estaba a tiempo. Si regresaba con los McAngus puede que el Laird fuera benévolo con ella. No sabía que había estado con Grant. Sabía que se sentía atraído por ella. Podía entregarse a él hasta que se confiara y después huir con su madre. Lo planearía bien para irse bien lejos. Pero antes tenía que huir de su marido.

Grant tras ella miraba su cabello negro. Parecía abatida y odiaba que se pusiera así. —En cuanto te deje en casa, saldré a buscarla. Te lo prometo.

Se lo prometía. Sonrió irónica mirando al frente con odio. Las promesas de los hombres a una mujer no valían nada. Grant con su mano libre acarició su cabello y ella se apartó como si su contacto le asqueara. Y lo confirmó al mirar hacia atrás con un odio que le heló la sangre. Enderezó su espalda y cuando se volvía la cogió por la nuca para que le mirara. —Escúchame bien... ¡No sé a qué tipo de hombres estás acostumbrada, pero en mis tierras mando yo! Vuelve a mirarme así y te costará sentarte en unas semanas. Eso te lo juro.

Sine sintió que la rabia la recorría y le escupió a la cara. Grant la miró como si no lo creyera antes de que sus ojos grises se oscurecieran de furia. El bofetón que la tiró del caballo ni lo vio venir y gimoteó de dolor poniéndose a cuatro patas. Él subido a su caballo cogió las riendas girando su montura para mirarla de frente. La bilis le subió por la garganta al ver la sangre que salía de su boca. —Espero que hayas aprendido la lección. No vuelvas a hacerlo, Sine. —Extendió la mano. —Ven aquí.

—Muérete, cabrón. —Escupió en el suelo ante él levantándose y retándole de nuevo. Grant apretó los labios cuando Sine gritó desquiciada golpeando el costado del caballo que asustado salió desbocado.

Grant intentó dominar el caballo, pero le costó calmarle y pasaron unos minutos preciosos antes de regresar al lugar donde había dejado a su esposa. Vio la sangre en el suelo y cerró los ojos apretando las riendas entre sus manos. Miró a su alrededor. —Está bien esposa, no hemos empezado con buen pie. Sal y lo hablaremos. —Su silencio le puso nervioso. —¿Sine? —preguntó más alto—. Sal, ya sé lo que vamos a hacer. —Miró a un lado y a otro, pero como sus pies ya no sangraban no encontraba el lugar por donde se había ido. Además, no tenía a Stew que era el que mejor seguía los rastros de su clan. —¡Sine, sal de una vez! ¡Te vas a hacer daño!

Esa fue la última frase que escuchó de su marido antes de que el sonido del bosque amortiguara sus gritos. Se detuvo apoyándose en un árbol tomando aire. Que se iba a hacer daño. Sonrió irónica. Maldito cerdo. Esperaba no volver a verle jamás y si le veía de nuevo estaría preparada. Esa vez no iba a pillarla desarmada.

La buscó durante horas, pero parecía que se la había tragado la tierra, así que tardó otro día en encontrar a los suyos. Dos días después, Stew negó con la cabeza enderezándose al lado de un río viendo el rastro de sangre. Le miró a los ojos levantando un mechón de pelo negro lleno de sangre aún fresca. —Es mucha sangre, Laird. Ha debido atacarla un animal.

El grito del Laird atravesó el bosque y sus amigos se estremecieron por su furia y dolor. Durante esos días no había querido hablar de lo que había ocurrido y sabían que estaba muy preocupado por ella, pero ese grito les dejó claro a todos que acababa de perder algo muy preciado para él porque solo se lo habían oído otra vez y fue con la muerte de su padre, cuando falleció entre sus brazos por el ataque de los vikingos.

Stew se acercó a los caballos. —¿Quieres que continuemos? Si la encontramos no será agradable de ver.

El Laird apartó la mirada ocultando su dolor. —Tenemos que enterrarla. — Su amigo asintió subiéndose al caballo. —Date prisa. Debo ir a por su madre.

Le miraron sorprendidos. —¿Su madre? —preguntó Brice asombrado—. ¿Al clan McAngus?

—Le prometí que iría a buscarla. —Hincó los talones en su caballo y continuó río arriba siguiendo el rastro de la sangre.

Stew le siguió y Brice se puso a su lado. —Estará tan muerta como su hija. Calan estará furioso de haber perdido a la muchacha.

—Lo ha prometido. Irá a buscarla. Ya le conoces.

Brice asintió mirando la espalda de su Laird. —¿Se ha enamorado de esa mujer? —preguntó incrédulo—. Pero si ni siquiera la conoce.

Stew susurró —A veces con una mirada o un gesto basta para que suceda. Y por esa mirada hace que te mueras por estar a su lado.

Miró asombrado a su amigo. —¿Y a quién amas tú si puede saberse?

—Cierra la boca —respondió con rabia—. ¿Qué sabrás tú del amor?

—Pues más que tú.

Después de unos metros Stew detuvo el caballo y frunció el ceño porque vio

una pisada con sangre en una de las piedras en mitad del río. —Laird, alguien la ha ayudado.

Grant bajó del caballo y se metió en el río hasta la cintura a echar un vistazo a la huella. —No es un pie descalzo. Crucemos. Están al otro lado.

Sus hombres le siguieron y Grant no se subió al caballo, sino que siguió las huellas. Tocó una gota de sangre sobre una hoja y muy tenso la pasó entre sus dedos. Escuchó un grito de mujer a lo lejos y desenvainó su espada corriendo en esa dirección atravesando la pradera. Vio el humo antes de ver la choza al otro lado de unos árboles. Se escondió tras un gran tronco para ver salir a un muchacho de la casa y tirar agua llena de sangre antes de regresar para cerrar la puerta.

Grant miró a Stew y le hizo un gesto para que rodeara la casa. Sus hombres se distribuyeron a su alrededor y Grant se enderezó caminando hacia la puerta. La abrió de una patada y el grito de su mujer tumbada en una cama le puso los pelos de punta. El muchacho se apartó de la cama asustado con un cuchillo en la mano. —¿Qué haces? —gritó furioso.

—Intento curarla —susurró con temor.

Se acercó al catre y vio lo pálida que estaba, pero estaba tan contento de haberla encontrado que se agachó a su lado. Pero al darse cuenta de que estaba sin sentido temió haber llegado tarde. —¿Qué tiene?

—Se ha partido la pierna. Intenté enderezársela para que no la pierda, pero no tengo fuerza.

Él apartó la manta que la cubría para ver su pierna vendada. Ya estaba llena de sangre. A toda prisa sacó su cuchillo del cinturón y rajó la tela. Unas pisadas tras él le dijeron que sus amigos habían entrado en la casa. Tenía una herida abierta y aún se veía el hueso quebrado mal colocado. —Brice...

Su primo sin preguntar cogió el tobillo de Sine mientras que él fue hasta la cabecera de la cama cogiéndola por las axilas. Su primo le miró a los ojos tirando de su pierna con fuerza. Stew se acercó al fuego y el muchacho vio como ponía un puñal sobre las brasas. —Lo siento. Nunca había curado algo así y...

—Gracias por ayudarla —dijo el gigante rubio antes de hacerle un gesto al del puñal que se acercó a la cama para pasar el cuchillo por la herida para cerrarla.

—Necesitamos un unguento para que no se le ennegrezca, Grant. Si ocurre, morirá.

—¡No morirá! ¡Es muy fuerte! ¡Trae algo para vendarla!

Stew miró al muchacho que a toda prisa abrió un pequeño arcón cogiendo

una camisa. —Es lo que tengo —dijo tímidamente mirándole con sus ojos azules.

—Servirá. —La cogió de su mano y Stew frunció el ceño mirando al muchacho que se sonrojó alejándose todo lo que podía.

Con la camisa en la mano, se acercó a su Laird sin perderle de vista. Era un labriego, pero en lugar de usar el kilt de su clan, usaba una camisa y un pantalón roto que le quedaba demasiado grande, lo que indicaba que lo había heredado. —¿Vives aquí solo?

El chico con la mirada agachada asintió moviendo sus rizos castaños. Grant cogió la camisa y la rasgó. Brice se quedó impresionado con la delicadeza con la que envolvió su herida. —¿Cómo ha ocurrido esto?

El chico le miró de reojo. —Intentó robarme un pedazo de queso. La vi huir y la seguí. No me sobra la comida. Si se lo llevaba, yo no cenaba esta noche.

Brice asintió mirando a su alrededor. Era obvio que no le sobraba nada. —Continúa.

—Consiguió llegar al río y al saltar de una piedra a otra para llegar a la orilla su pie se resbaló. Vi cómo se quebraba la pierna y fui a ayudarla, pero se puso como una loca. Tuve que agarrarla del pelo para que me entendiera que solo quería ayudarla. Sangraba mucho y me costó traerla hasta aquí. Intentando enderezarla se desmayó. ¡Yo no he hecho nada!

Grant anudó la venda alrededor de la pierna y dijo pensativo —Debo llevarla a casa.

—Estamos a tres días de camino, Laird. Morirá si la trasladamos.

Él apretó los labios levantándose del catre, mirando el rostro de su esposa que estaba realmente pálido. —El clan McAngus está más cerca. Traeré a su madre y pediremos lo que necesitamos a la curandera. —Se volvió hacia Stew. —Tú te quedas. Que no se mueva de aquí.

—Jefe, creo que ahora no se irá a ningún sitio.

—Se iría arrastrándose si pudiera. No la pierdas de vista. No quiero que se dañe más.

—¿Está loca? —preguntó el muchacho intrigado.

—¡No está loca! ¡Solo enfadada!

—Ah... pues cualquiera la ve furiosa.

Cuando Grant gruñó saliendo de la casa Brice reprimió la risa. —Bueno, al parecer me toca la diversión mientras haces de niñera, amigo.

Stew miró al muchacho que apartó la mirada a toda prisa como si le avergonzara. —Tranquilo, sabré entretenerme.

—De eso estoy seguro.

Salió de la choza y Stew levantó una de sus cejas negras. —¿Y cómo te llamas, chico?

Se tensó respondiendo —Odar.

—Qué nombre más extraño. —Se sentó en una de las dos sillas que había en la mesa. —¿De qué clan eres?

—Fui McAngus. Pero a mi padre le echaron de la aldea por ladrón. O eso dijeron. Yo era muy pequeño. —Se acercó a la cama y arropó a Sine con un cuidado que solo tendría una mujer. Stew se tensó mirando sus manos. Manos demasiado delicadas para ser las de un hombre que trabajaba en el campo.

—Así que ahora vives aquí.

—Sí.

Le observó caminar hasta el hogar y al ver la curva de su trasero bajo sus pantalones carraspeó removiéndose incómodo. —Voy a cazar algo.

Le miró sorprendido. —¿Cazar?

—¿Acaso no sabes cazar?

—Mi padre me tenía prohibido salir a cazar por si nos veían los del clan. Temía que me mataran, así que nunca me enseñó. Pongo trampas para las liebres y voy a buscarlas de noche. —Parecía avergonzado.

—Si supieras cazar, tendrías comida en abundancia. ¿Cómo te arreglas en invierno?

—Como queso.

—¿Y de dónde sacas la leche?

—Tengo una cabra. —Se sonrojó con fuerza. —La robé.

Stew se echó a reír a carcajadas. —¿Y a quién se la robaste?

Divertido respondió —A los McAngus. Me acerqué una noche a la aldea y se la robé. Fue muy fácil...

—¿Y por qué no robas comida?

—¡Porque la cabra camina sola! —dijo indignado—. ¿Sabes lo lejos que está caminando como para cargar con peso?

Stew reprimió la risa. Estaba claro que no era tonta. Porque esa respuesta indignada era la de una mujer y una mujer preciosa por mucho que simulara que era un hombre. Sin darse cuenta miró sus pechos y ella se volvió de golpe tirando un lecho al fuego. —¿No ibas a cazar?

—Sí, por supuesto. —Fue hasta la puerta y la abrió mirando a Sine. —Si se despierta no le digas que estoy aquí. Asegúrate de que se crea segura.

—¿Acaso no está segura?

—Por supuesto que sí. Es la mujer de mi Laird. Daría la vida por ella. —
Sonrió divertido. —Por cierto, me llamo Stew. Llámame si me necesitas.

A Odara se le cortó el aliento viéndole salir y cuando cerró la puerta se la quedó mirando unos segundos pensando que nunca había visto hombres tan hermosos. El Laird era enorme e impresionante y el que se había ido con él otro tanto de lo mismo, pero los ojos negros de Stew... Se llevó una mano al pecho. Era tan hermoso que robaba el aliento. Miró a la mujer que estaba en su cama e hizo una mueca porque aunque tenía un morado en la mejilla y estaba pálida, tenía una belleza deslumbrante. Se llevó una mano a la mejilla. Ella había visto su reflejo en el río y sabía que no era tan hermosa. Se tocó sus rizos cortados por los hombros de mala manera. Como no tenía quien se los cortara, lo hacía ella con el cuchillo de su padre. Hizo una mueca y dejó caer los hombros sentándose a la mesa. Qué tonterías pensaba. Ese guerrero jamás se fijaría en ella. Sobre todo porque pensaba que era un hombre. Pero esos ojos negros... Esos ojos negros la habían hecho sentirse viva. Más viva que nunca.

Capítulo 5

Una risa la hizo abrir los ojos y confusa miró a su alrededor para ver a un hombre de espaldas hablando con la mujer a la que había robado el queso. Ambos estaban a la mesa y comían carne. Gimió sintiendo como le dolía la barriga y la pierna. En realidad le dolía todo, pero la pierna era horrible. Sabía que se la había roto y seguramente se quedaría coja de por vida si sobrevivía. Lo había visto antes.

Mirando el techo una lágrima recorrió su sien. No hacía más que equivocarse desde que había salido de su clan. Seguramente su madre ya estaría muerta, así que no tenía ninguna razón para vivir. Igual era lo mejor.

Debió emitir algún ruido porque el hombre la miró desde la mesa y sonrió tirando una costilla al fuego. —Vaya, vaya, mira quien ha vuelto.

Asombrada le miró y vio cómo se levantaba. Era imposible. El hombre se acercó a ella y cuando vio su perfil por la luz del fuego vio que era el hombre que acompañaba a su marido. El del puñetazo en los ojos. Ni se le notaba. Gruñó entrecerrando los suyos. ¿Cómo la había encontrado? Miró a su alrededor buscando a su marido y él sonrió cruzándose de brazos. —No está aquí. Ha ido al clan McAngus como te prometió.

Suspiró del alivio. Lo que le faltaba era tener que soportar sus gritos. Aunque seguramente la mataría por haber huido y haberle desobedecido. Y por haberle escupido. Y por haberse herido. Le había ordenado que no lo hiciera. Gimió tapándose la cara con las manos. Sí, debía empezar a controlar esa impulsividad. Aunque seguramente moriría por lo que había hecho en los últimos días, así que no tenía que preocuparse. Otra vez había fallado. —¿Al clan McAngus? ¿Está enfadado?

—No debes preocuparte.

Apartó las manos para mirarle como si estuviera loco y Stew se echó a reír mientras que la chica se ponía a su lado. Ésta sonrió. —¿Te duele mucho? No tengo nada para aliviarlo. Esa es otra de las misiones del Laird. Buscar algo que te alivie. Aunque... —Corrió hasta el baúl y levantó una tinaja que tenía un tapón de corcho. —Esto lo utilizaba mi padre. Decía que quitaba las penas.

Stew se lo quitó de las manos y tiró del tapón oliendo el contenido. La miró

asombrado. —¡Es whisky!

—¿El qué? —La chica frunció el ceño.

—Es una bebida que les emborracha y se ponen violentos.

—Pues a mi padre le daba por llorar. —La chica puso los ojos en blanco.

Stew miró a Sine. —¿Quién se ponía violento cuando lo bebía?

—Mi padre. Que se lo digan a mi madre que se ponía a temblar cuando bebía eso —dijo con desprecio mirando al otro lado—. No lo quiero.

—¡Esto te quitará los dolores! Claro que lo beberás. De hecho... —Apartó la manta que la cubría y empapó la venda con el líquido. Sine gritó de dolor arqueando la espalda y la chica intentó quitarle la garrafa. —¡Deja! ¡Es buenísimo para las heridas!

—¿De verdad? —Miró a Sine que se retorció de dolor.

El guerrero la sujetó por el muslo para que no se moviera y mojó la herida de nuevo. Sine lloriqueó de dolor y apretó entre sus manos la almohada intentando liberarse de esa tortura. Cuando el dolor fue remitiendo, Stew se sentó a su lado y la cogió por la nuca levantándola ligeramente. —Ahora bebe. Te encontrarás mejor, te lo prometo. —El líquido corrió por su garganta y reprimió una arcada por lo mal que sabía. —Tráele algo de comer. Tiene el estómago vacío.

Odara fue hasta la mesa y cogió el cuchillo cortando una tajada del jabalí que estaba al fuego. Partió la carne en pequeños trocitos y cuando se acercó con ella en un cuenco Stew se apartó para que se sentara a su lado y le metiera un pedacito en la boca. —Come, tienes que reponer fuerzas.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas emocionada porque aunque había intentado perjudicarla la había ayudado. Otro la habría matado. —Gracias.

—Shusss, come. Creo que necesitas estar lo mejor posible para cuando regrese tu marido. Está muy preocupado, ¿sabes? —La miró asombrada masticando la deliciosa carne y Odara asintió al ver la sorpresa en su rostro. —¿Qué te ha ocurrido?

Stew se cruzó de brazos. —Eso, ¿qué te ha ocurrido? Y si empiezas por el principio mucho mejor, a ver si así me entero de todo.

Se sonrojó con fuerza. —No tengo que hablar contigo de nada. —Cogió el cuenco de manos de la chica y se puso a comer ella sola.

Stew sonrió. Cuando la había visto por primera vez pensaba que era una aparición. No había visto una mujer con esa belleza en la vida y eso que había visto mujeres muy bellas de distintos clanes. Pero ahora que la iba conociendo y después de días persiguiéndola por las tierras de la McAngus, se daba cuenta que era una mujer de carácter. A su jefe le iban a salir canas intentando entenderse

con ella.

—Está bien. No cuentes nada si no quieres, pero bebe un poco más. —Le miró con desconfianza masticando. —¿Acaso no te encuentras mejor?

La verdad es que sí. La herida le ardía, pero había dejado de doler tanto y se encontraba algo laxa. Asintió y él acercó la tinaja a sus labios. Bebió un buen trago. Bueno, ahora solo había que esperar.

Sentados a la mesa mirando a Sine que al fin se había quedado dormida, Odara no salía de su asombro. —Está loca. Lo que yo decía.

—No está loca. Simplemente es una inconsciente. —Bebió un buen trago de whisky porque cuando su Laird se enterara de toda la historia, iba a estallar en mil pedazos del enfado que tendría. —Puso la tinaja boca bajo y no salió nada. —Vaya.

—Oh, tranquilo. Hay mucho más detrás —dijo ella levantándose—. ¿Te lo traigo?

Parpadeó sorprendido. —¿Cómo que tienes más?

—Claro, mi padre me enseñó a hacérselo. Es que era un poco vago, ¿sabes? Y bebía una de esas todos los días.

Él alargó la mano cogiendo la suya por encima de la mesa. —¿Sabes hacerlo?

—Sí... —Incómoda apartó la mano. —¿Por qué?

—¿Porque es el mejor que he tomado nunca! —No se lo podía creer. —En mi clan no saben hacerlo. Solo lo tomamos cuando estamos en otros clanes porque la última vez que alguien intentó hacerlo mató a tres de los nuestros con sus brebajes. El Laird prohibió que se hiciera de nuevo. Eso fue hace años.

—Ah, pues si queréis, podéis llevároslo —dijo incómoda dando un paso atrás mientras él la miraba como si fuera una aparición—. Hay mucho. —Carraspeó mirando a su alrededor. Ahora se arrepentía de haber quitado la cama de su padre cuando falleció para tener más espacio en la casa. Tendría que dormir en el suelo. Cogió una piel que usaba su padre en invierno de dentro del baúl y la extendió en el suelo sintiéndose observada. —Buenas noches.

Stew sonrió mientras ella se sentaba sobre su improvisada cama. —¿No necesitas salir antes de dormir? No hay problema. Yo me quedo con ella. ¿O quieres que te acompañe? Sí, mejor te acompañe no vaya a ser que te ocurra algo en el bosque de noche. —Se levantó y ella con los ojos como platos le miró. —Venga, ¿no querías dormir? —Casi le entra la risa al ver como su mente

intentaba encontrar la solución.

—No es necesario —farfulló forzando una sonrisa—. Además, no tengo ganas.

—Cuando quieras ir, avísame.

Odara asombrada vio cómo se quitaba el cinturón que sujetaba su kilt y se quedaba desnudo ante ella extendiendo su manta en el suelo y tumbándose ante el fuego. Sintió que se le paralizaba el corazón y se tumbó de golpe dándole la espalda. Gimió cerrando los ojos con fuerza. Estupendo, lo que necesitaba para no pegar ojo en toda la noche porque no había visto un cuerpo así en su vida. Abrió los ojos intentando que la imagen de su musculoso cuerpo desnudo iluminado por las llamas se le quitara de la mente, pero nada. Sería una imagen que no olvidaría nunca. Sin poder evitarlo sonrió y mordiéndose el labio inferior miró sobre su hombro. Stew había puesto su mano detrás de su cabeza y miraba el techo. Cuando sus ojos fueron a parar a su sexo, que estaba mucho más grande que el que le había visto a su padre una vez, apartó la mirada rápidamente. Madre mía, iba a ser una noche larguísima.

Sine se despertó al amanecer con unos dolores terribles y no solo le dolía la pierna, ahora le dolía la cabeza también. Gimió y antes de darse cuenta la muchacha estaba a su lado mirándola preocupada. —¿Te duele mucho?

—Dame más de eso.

—No deberías abusar. Padre no podía pasar sin ello.

—Me da igual. —Cerró los ojos porque no podía soportar la luz que entraba por la puerta.

Los pasos de las botas del guerrero acercándose a ella hicieron que abriera los ojos. Stew se sentó en la cama a su lado. —Grant no tardará en llegar.

Impotente por no soportar el dolor susurró —¿Eso crees?

—Traeré algo para el dolor, ya verás. —Miró a Odara. —Trae más whisky mientras tanto.

La muchacha asintió y salió de la casa a toda prisa.

—No recuerdo qué pasó después de cenar. ¿Es normal? —preguntó preocupada.

—No debes preocuparte. A mí me pasa mucho después de tomar whisky.

Le miró asombrada. —¿Y por qué lo haces?

Hizo una mueca. —Por divertirme, supongo.

—Pues yo no me estoy divirtiendo nada. —Gimió llevándose la mano a la

cabeza de nuevo.

—Esa es otra de las consecuencias de beber demasiado.

La chica entró muy contenta y ella la miró con desconfianza mientras quitaba el tapón de la tinaja tendiéndosela. —Toma.

—Dale tú un sorbo primero...

Stew se echó a reír cogiendo la tinaja y bebiendo en condiciones. Ambas levantaron las cejas al verle pasar una mano por su negra barba. —Exquisito. El mejor que he probado nunca.

Odara se sonrojó. —Gracias. —Puso los brazos en jarras. —¿Vas a beber o ya no te duele?

Gruñó intentando incorporarse y Stew la ayudó. —No te muevas demasiado. No queremos que el hueso se desplace.

—Me voy a quedar coja igual. —Bebió con ganas deseando que los dolores desaparecieran de una vez.

Stew apretó los labios sin poder negarlo porque era una lesión muy fea. Apartó la tinaja de sus labios. —Odar... seguro que tiene hambre.

—¿Odar? —Sine frunció el ceño. —Qué nombre más extraño. ¿Eres escocesa?

Odara se sonrojó con fuerza y Stew reprimió la risa levantándose. —Escocés. Es escocés.

Sorprendida la miró de arriba abajo. —¿Seguro?

—¿Acaso no te parezco un hombre? —gritó furiosa.

Parpadeó posando la cabeza sobre las almohadas. Si quería ser un hombre, ella no se metía. Cada uno con su vida... —Oh, claro que sí. Debe ser el dolor de cabeza que me hace decir disparates.

—¡Será eso! —Molesta salió de la cabaña y Stew se echó a reír por su cara de confusión.

—¿Acaso es un hombre?

—No. Pero seguro que ha simulado mucho tiempo que lo es.

Sine empezó a entender. —Para protegerse.

Stew asintió yendo hacia la puerta para mirar al exterior disimuladamente. —Vive aquí sola y seguro que antes su padre no servía de mucho para protegerla. Probablemente decidieron que era mejor que aparentara ser varón.

—¿Y ella sabe que tú...?

La miró de golpe. —¿Que yo qué?

—Pues que te agrada.

—¡Deja de decir disparates, mujer! ¡Está claro que el whisky te suelta la

lengua! —Enfadado gruñó pasándose la mano por la barba.

—¿Tú crees? —preguntó confundida—. Es peligroso ese brebaje. Dame más.

El guerrero se acercó y cogiendo la tinaja de la mesa le dio de beber de nuevo. —No abuses. Poco a poco. Deja que haga efecto.

Chasqueó la lengua cuando le quitó la tinaja de su alcance. —¿Puedes decirle a Odar que tengo que aliviarme? —preguntó intentando no sonrojarse.

Stew carraspeó pasándose la mano por la barba. —Es un problema. Yo no puedo mirar ahí.

—¡Por supuesto que no!

—Además mi Laird me mataría.

—Eso espero —dijo indignada.

—Pero se supone que ella es un hombre...

—¡Llámalas de una vez! ¡No aguanto más!

Caminó hacia la puerta. —Mujeres, solo dais problemas.

Jadeó sentándose de golpe. —¡Pues a mí solo me dais problemas los hombres! ¡Con las mujeres me llevo muy bien!

—¡Odar! —gritó desde la puerta—. ¡La comida de Sine!

—¡Dásela tú!

—Y ahora se pone rebelde. Lo que me faltaba. —Sacó la cabeza de la cabaña. —¡Qué vengas te digo! ¡Te necesita!

—¿Para qué?

—Nada, que me lo hago encima —dijo exasperada antes de mirar a su alrededor.

—¡Muchacho ven aquí si no quieres verme enfadado!

—¡Lo que me faltaba por oír! —escuchó que gritaba—. ¡Fuera de mi casa!

—¡Sácame tú si puedes!

Sine puso los ojos en blanco y al apretar los muslos gimió de dolor. Stew la miró asustado. —¡No te muevas! ¡Cómo te hagas más daño el Laird me matará! —Salió de la cabaña y gritó —¡Ven aprisa que se mea!

Se sonrojó de la vergüenza. —Qué delicado —dijo por lo bajo antes de ver como Odara entraba en la cabaña a toda prisa con la respiración agitada como si se hubiera acercado corriendo. —Tengo que... —Preocupada miró a su alrededor sin saber qué usar. —Ayúdame a levantarme.

—No puedes levantarte.

—Así no podré.

—Moverás la pierna. —Sin saber qué hacer fue hasta ella ayudándola a

sentarse en la cama.

—Trae ese cubo.

Al verla apurada Odara hizo lo que le mandó, pero la pierna herida quedaba más cerca del suelo porque la cama estaba pegada a la pared en el otro lado. —Llama a Stew para que dé la vuelta a la cama.

La chica sonrió y gritó —¡Ven, te necesitamos!

La puerta se abrió de golpe y se dio cuenta del problema de inmediato. Cogió la cama por cada lado y en tres movimientos estaba colocada mirando en el otro sentido. Se sacudió las manos antes de salir de la cabaña de nuevo. Odara suspiró viendo como cerraba la puerta. —¡Ya suspirarás por él después! —la apuró sacando la pierna sana de la cama y gimiendo de dolor cuando arrastró la otra.

Le puso el cubo debajo levantando su ruinoso camisón. —No suspiraba por él.

—Menuda mentira. —Gimió del alivio y cuando terminó la fulminó con la mirada. —Con él no tienes que disimular. No te va a hacer nada.

—No sé de qué hablas. —Dejó el cubo sobre el suelo y la ayudó a volver a la cama.

—Allá tú. Pero no se quedará mucho tiempo, ¿sabes? No son de aquí y estás perdiendo un tiempo precioso si te agrada.

—¡Qué no me agrada! —le gritó a la cara.

—Serás mentirosa.

—Oh, cállate. Qué sabrás tú de hombres.

Frunció el ceño. —Pues no mucho, la verdad. En mi clan casi no me hablaba ninguno y mi padre nunca ha sido de tener muchas conversaciones con las mujeres a no ser que fuera para gritar o pedir algo.

—Tu padre es un poco...

—¿Intratable? —Se dejó caer en la cama y gimió de dolor. Sus ojos se empañaron sin poder evitarlo porque todavía le dolía pensar en cómo su Laird la había traicionado.

Odara se acercó con un cuenco de comida. —¿Por qué casi no te hablaban los hombres?

La miró sorprendida. —Pues no lo sé. Siempre ha sido así. Supongo que porque era una niña. Siempre estaba con las mujeres de la casa.

La chica asintió. —Yo siempre he estado sola.

—¿Te sentías sola?

Agachó la mirada avergonzada. —Tenía a mi padre. Me contaba historias.

De niña intentaba entretenerme. Luego cambió.

—¿De veras? ¿Cómo cambió?

—Se volvió triste. Muchas veces ni se levantaba de la cama. Parecía que el whisky era lo único que le animaba, así que se lo hacía para que no le faltara. Pero si bebía mucho se echaba a llorar diciendo que era un desgraciado que había destrozado nuestras vidas. —La miró a los ojos. —¿Sabes que mi madre se quedó en el clan?

Se le cortó el aliento. —¿Qué dices?

—Echaron a mi padre por ladrón y ella decidió quedarse.

—¿Y tú?

—Le daba igual. Ya tenía cuatro hijos varones. Yo no le servía de nada. Le dijo a mi padre que me llevara con él. Que así cuando creciera le cuidaría.

No se lo podía creer. Qué zorra. Sintió mucha pena por ella. Criada allí en soledad por el egoísmo de esa mujer. —Lo siento.

—Bah, le robé una cabra. La que tenía. Que se fastidie. —Sine sonrió. —Y buena leche que me da para pasar el invierno. Aunque tiene mal carácter. El invierno pasado que la metí aquí durante las nieves, me mordió un pie cuando dormía. —Sine se echó a reír. —Y la muy bruja se me comió una de mis botas. Come lo que sea. Tengo que poner lo poco que poseo fuera de su alcance.

Sine miró el guisado de carne que tenía en las manos. —Gracias por ayudarme.

—No es nada. —Echó un vistazo hacia la puerta cerrada y agachó la mirada pasando el dedo por la superficie de madera de la mesa.

Sine observándola se metió la cuchara en la boca. Estaba delicioso. —Está muy bueno. Eres una cocinera excelente. —La chica sonrió. —Mi madre estaría encantada contigo.

—¿Cómo es?

—¿Mi madre?

—¿Cómo es tener madre? —Dejó la cuchara en el cuenco preocupada por ella y Odara al verla afectada susurró —No me contestes.

Emocionada la miró. —Es mi mejor amiga, mi confidente. Se lo cuento todo y siempre me protege. Incluso se enfrenta a mi padre por mí a pesar del miedo que le tiene. No sé qué haría sin ella.

Sine sonrió. —Tu marido la encontrará. No debes preocuparte. Seguro que el Laird McAngus no le ha hecho daño por miedo a la reacción de tu esposo.

—Han pasado días desde que me fui. —La miró sorprendida. —¿Lo sabes todo? ¿Te lo ha contado Stew?

Rió divertida. —Nos lo contaste tú anoche. Como todo lo demás —dijo con picardía.

—¿Todo lo demás? —Se sonrojó con fuerza. —¿A qué te refieres?

—Oh, pues a tu noche de pasión con tu marido y a cómo te has escapado de tu clan. Y quien es tu padre... —Se encogió de hombros—Lo sabemos todo.

—¡No!

—Yo no diré nada, pero Stew creo que piensa contárselo a tu marido. Sobre todo quien es tu padre. —La miró seriamente con sus ojos azules. —Eso le preocupó bastante. Teme una guerra de clanes por poseerte. Se lo vi en el rostro, aunque no me lo dijo así. Dijo que eras una inconsciente. —Suspiró mirando su comida. —Come. Necesitas reunir fuerzas antes de que llegue tu madre. Tienes que estar lo más repuesta posible para que no se preocupe. No querrás disgustarla, ¿verdad?

Cogió la cuchara y se la metió en la boca pensando en ello. Cuando su marido se enterara de quien era su padre y su prometido, seguro que la abandonaba allí. Esperaba que su madre le acompañara. Ya pensarían en algo si no la mataba por no contarle toda la verdad. Igual podía convencer a Odara para quedarse allí un tiempo.

Cuando terminó el cuenco su nueva amiga se acercó para recogerlo. Cogió el cubo en silencio y salió de la casita. Suspiró apoyando la cabeza en la almohada. No sabía cómo se lo iba a agradecer, pero tenía que buscar la manera. Cerró los ojos y se dio cuenta de que le dolía menos. Descansaría un rato y después lo pensaría. El sueño la invadió y lo último que pensó es que estaba deseando ver a su madre.

El sonido de la puerta al golpear contra la pared la sobresaltó y asustada se apoyó en sus manos mientras Odara se levantaba de golpe de su cama en el suelo. La respiración de Sine se alteró dándose cuenta de que era de noche y vio como su marido mirándola fijamente se acercaba a ella con grandes zancadas. Sin decir una palabra apartó las mantas. —Stew trae algo para sujetar la pierna.

—¿Qué ocurre, Laird?

—¡Date prisa!

Odara no se movió del sitio viendo como el tal Brice entraba con una herida en el brazo, pero parecía que no le molestaba nada porque llevaba su enorme espada en la mano. —¡Laird date prisa! ¡Tenemos que irnos!

—¿Qué ocurre? —preguntó Sine asustada.

—Nos siguen los McAngus. —Volvió la cara hacia Odara. —Te aconsejo que cojas lo necesario para irte porque cuando pasen por aquí no dejarán nada.

Odara palideció mientras Stew entraba en la cabaña a toda prisa y gritaba — ¡Apúrate, no hay tiempo!

Asustada cogió la piel del suelo y abrió el arcón. Sine vio como le ponían dos estrechos troncos a ambos lados de la pierna y Grant la miró a los ojos. — Esto va a doler.

Asintió viendo como cortaban en tiras la sábana y Grant pasó la cinta por debajo de su pierna haciéndola gemir de dolor. Él apretó las mandíbulas atando la tira a su alrededor con fuerza. Pálida vio como lo hacía dos y tres veces intentando reprimir los gritos hasta que la pierna estuvo asegurada. Sin más la cubrió con la manta y la cogió en brazos. Sine se agarró a su cuello temiendo preguntar —La ha matado, ¿verdad?

Grant no contestó sacándola de la cabaña y antes de darse cuenta estaba sentada sobre su caballo. Miró a su alrededor y al no ver a su madre gimoteó mirando de un lado a otro. Stew tiró de la mano de Odara sacándola de la cabaña. La subió a su caballo sentándose tras ella. Cuando su marido subió a la montura y rodeó su cuerpo para coger las riendas susurró —¿Está muerta? —Se volvió para mirarle con sus ojos verdes llenos de lágrimas. —Está muerta, ¿verdad?

—No, preciosa. Tres de mis hombres la sacaron antes de que nosotros pudiéramos salir. —Levantó el brazo ordenando avanzar. —¡No os detengáis por nadie! —Azuzó a su caballo y salieron a galope. El alivio de saber que su madre seguía viva se difuminó con el dolor que sintió cuando su pierna se balanceó de un lado a otro por el movimiento de la carrera. Su marido la cogió por la cintura pegándola a su pecho y ella agarró su mano con fuerza.

Grant sabiendo que estaban siguiéndoles los talones fue lo más rápido que pudo. Sintió como la mano de su mujer aflojaba su agarre hasta caer sobre su regazo y juró por lo bajo sabiendo que se había desmayado. Ni siquiera habían tenido tiempo para darle lo que le habían robado a la curandera. Esperaba que Brice no estuviera equivocado cuando la vieja les señaló las hierbas, porque si era así podían matarla. Tuvo que sujetarla con fuerza por miedo a que saliera despedida y cuando amaneció escuchó que Stew silbaba. Volvió la cabeza a su derecha y su amigo señaló una pequeña colina. Le siguió y los tres pasaron unos matorrales hasta llegar a lo que parecía una gruta. En cuanto detuvo el caballo, Brice se acercó para cogerla en brazos. —No lo ha soportado —dijo preocupado.

—Laird, ni tú lo hubieras soportado.

—¿Se ha desmayado? —preguntó Odara acercándose corriendo.

Stew volvió el caballo. —Esperadme aquí. Voy a borrar el rastro.

Grant asintió y descendió del caballo cogiendo las riendas del de Brice para esconderlos mientras que los demás entraban en la gruta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Odara arrodillándose para dejar la piel en el suelo. Brice tumbó a Sine sobre ella con cuidado. Afortunadamente la luz de la luna no les dejaba del todo a oscuras.

—Tuvimos que entrar de noche en la casa del Laird. Pero no sabíamos ni cómo era su madre ni dónde estaba. Forzamos la única puerta que estaba cerrada y la mujer se asustó al vernos pues somos desconocidos. Gritó antes de que pudiéramos evitarlo y se desató el caos. Ni sé cómo salimos de allí. Grant tuvo que tirarla por la ventana y tuvo la suerte de caer sobre el abrevadero. Pero se desmayó del susto y casi se nos ahoga. El Laird tuvo que cargar con ella hasta los caballos que habíamos dejado a las afueras de la aldea. —La miró a los ojos asombrado. —Y le han herido.

—¿Herido? No he visto ninguna herida aparte de la tuya.

El Laird entró en ese momento y se acercó a su esposa. —Trae las hierbas, Brice. —Al agacharse Odara vio la pequeña herida en la parte baja de la espalda al borde del kilt. No era grave, pero para su amigo daba la impresión de que fuera el fin del mundo.

Su amigo apretó los labios mirando a Sine y a Odara le dio la sensación de que si fuera por él la dejaría allí mismo. Confundida le vio salir de la gruta. El Laird apartó su cabello negro de su frente como si quisiera asegurarse de que estaba bien y se le cortó el aliento al ver como la quería. —Se pondrá bien —susurró ella.

El Laird la miró tensándose. —Claro que sí. Es muy fuerte.

Odara sonrió. —Sí que lo es.

Brice llegó en ese momento con un paño en la mano. —Esperemos que la curandera no nos haya mentido. O que yo no me haya equivocado —dijo pensando lo mismo que su Laird.

—Si ha mentido, sabe que volveré —dijo fríamente apartando la manta de sus piernas para empezar a quitar las vendas—. Y si te has equivocado... Ruego a Dios porque no te hayas equivocado, primo.

Odara ayudó en lo que pudo y cuando le pusieron el emplasto de hierbas volvió a cubrir la herida con delicadeza. Al menos tenía buen aspecto. Atando las tiras de nuevo a la pierna, Grant susurró —No puede masticar las hierbas hasta que no vuelva en sí.

—Déjala descansar, mi Laird —dijo Odara bajando su camisa—. El cuerpo es muy sabio.

Brice se miró el brazo y bufó. —Otra más. —Puso los brazos en jarras viendo como su Laird se sentaba al lado de su mujer y apoyaba los codos sobre las rodillas agotado pasándose las manos por la cara. —¿Cómo tienes la espalda?

—¡Estoy bien!

—¿Qué ocurre? Tampoco es para tanto —dijo Odara sin salir de su asombro.

—¡Cállate, chico! ¡Qué sabrás tú! —Señaló a Grant. —¡Es el Bendecido! ¡Nunca le habían herido y desde que la conoce ella le hirió en la cabeza y ahora esto! —Miró a su primo. —Sabes lo que dirá el clan.

—¡Me importa poco lo que diga el clan! ¡Es mi mujer! ¡Y cierra la boca de una vez!

—¿El Bendecido? Es cierto, no lo entiendo.

Brice apretó los puños y salió de la gruta sin responder. El Laird se apretó las manos preocupado y miró a su mujer que gimió ligeramente moviendo la cabeza hacia él. Grant sonrió al ver que parpadeaba abriendo sus preciosos ojos verdes. —¿Vas a castigarme? —preguntó ella como si estuviera agotada.

—En cuanto te recuperes, te pondré el trasero que no podrás levantarte en varios días.

Sorprendiéndole sonrió. —No estás enfadado.

—No, preciosa. —Alargó la mano y Odara le dio las hierbas que Brice había dejado allí. —Ahora tienes que masticar esto, pero no te las tragues, ¿de acuerdo? Son para el dolor.

Ella abrió la boca y le metió unas hojas. Sine frunció el ceño masticándolas. —Saben ácidas.

—Te vendrán bien.

Se miraron a los ojos y en los de su mujer vio el arrepentimiento. —Lo siento, pero la necesito. No puedo vivir sin ella.

Grant apretó los labios porque él la necesitaba a ella. En esos días se había dado cuenta de que nunca había necesitado a nadie tanto como a esa mujer y si le pasaba algo... —No te las tragues.

—Si quieres dejarme, lo entenderé. Ya has hecho mucho.

—Shusss, no hables. —Acarició su cabello y Odara se emocionó deseando que algún día alguien la amara de esa manera.

Se levantó en silencio y salió de la gruta para darles intimidad sintiéndose una intrusa. Y es lo que era. Una intrusa. Se abrazó a sí misma y escuchó un ruido que la asustó. Stew se acercó a ella y sonrió. —Lo conseguimos.

—Sí, lo conseguimos —susurró. Él iba a entrar, pero ella se interpuso—. Déjales solos un momento. Lo necesitan.

Capítulo 6

Grant y Sine se miraban a los ojos mientras ella seguía masticando. —Ya está bien —dijo él preocupado por si era demasiado tiempo—. Dámelas.

Las expulsó con la lengua y él las cogió tirándolas a un lado. —Siento la boca rara. Como dormida.

—¿No me digas? —preguntó divertido. Se agachó sobre ella cortándole el aliento —¿Entonces si te beso no sentirás nada?

Sin aliento miró sus labios. —¿Por qué no pruebas. mi Laird?

Grant perdió la sonrisa poco a poco. —No vuelvas a hacerlo, preciosa. Has puesto a toda mi gente en peligro. Si a mí me pasara algo, serían ellos quienes pagaran las consecuencias.

—Lo siento.

El besó su labio inferior. —Te perdono.

—Gracias por ayudarme —susurró contra sus labios antes de besar suavemente su labio superior. A Grant se le cortó el aliento y sintiéndose poderosa pasó la punta de su lengua por él—, marido.

Él gruñó posesivo y la sujetó por la nuca entrando en su boca para besarla de tal manera que se sintió suya. Acarició su torso respondiendo a su beso y su mano subió hasta su hombro para llegar a su cuello e intentar retenerle. Grant se apartó y levantó una de sus cejas rubias. —No está tan dormida como creía.

Sine soltó una risita sonrojándose. —Pues no.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí. Mucho mejor.

Grant rió y la abrazó a él. Sine disfrutando de su contacto respondió a su abrazo. Su mano acarició su espalda y al tocar algo húmedo levantó la mano para ver que era. Por la falta de luz vio que era algo oscuro y al pasar el pulgar por encima palideció sabiendo que era sangre. Estaba herido. Se apartó asustada. —¿Qué tienes? ¿Estás herido?

—No es nada. —La tumbó con cuidado.

—Dios mío, te han herido. Nunca lo habían hecho.

—Estoy bien —dijo divertido para quitarle hierro al asunto—. Además no es la primera vez, ¿recuerdas? Tú y la piedra... —Se echó a reír al ver que se

sonrojaba con fuerza. —No es nada. No debes preocuparte.

—¡No sabía que eras tú!

—¿Y si lo hubieras sabido no lo habrías hecho? Porque cuando te escapaste de nuevo intentaste...

—¡Cierra la boca!

—De hecho cuando te hice el amor lo intentaste de nuevo y... —Se tumbó a su lado acariciando su mejilla.

—No sé por qué estás aquí. Solo te doy problemas. —Apartó la cara, pero él la cogió por la barbilla para que le mirara. —¿Por qué me has ayudado? ¿Por qué te has casado conmigo?

—No hace mucho me recordaron que tenía que casarme.

—¿De veras? —Parpadeó asombrada. —¿Siendo el Laird te dicen lo que debes hacer?

—Más de lo que me gustaría. ¿Acaso tú no lo has hecho?

Se sonrojó de nuevo haciéndole reír. —¡No tiene gracia! Tú puedes decir que no.

—Cierto, algo que tú no vas a poder hacer nunca más porque ya has cruzado el límite, esposa.

—¿No podré decir que no nunca más? —preguntó asombrada. Él negó con la cabeza divertido—. ¿Es una orden?

—Lo ordena tu Laird.

Bueno, ya buscaría la manera de decir que no sin llegar a decirlo. —Podré hacerlo.

—No sé por qué, pero lo dudo. —La besó de nuevo en los labios. —Será interesante ver tu fuerza de voluntad.

—Tengo mucha, mi Laird. Si con ello consigo lo que me propongo.

El Laird se echó a reír y Odara sonrió desde fuera de la gruta sentada en una roca. —Se aman.

—Algo totalmente impensable. —Stew se sentó a su lado.

—¿Por qué?

—Hace apenas una semana quien le hablaba de casarse acababa mal parado, te lo aseguro. —Apoyó los codos sobre las rodillas. —Es increíble lo que puede pasar en tan solo un instante. —Volvió la cabeza hacia ella y Odara agachó la mirada como si estuviera avergonzada. —¿Cómo te llamas?

—Odara. —Le miró de reojo. —¿Y tú estás casado?

Stew hizo una mueca. —No. Tenía la misma opinión que mi Laird.

A Odara se le cortó el aliento. —¿Tenías?

Stew se acercó lentamente y ella separó los labios sintiendo que su corazón se le salía del pecho. Nerviosa dejó que se acercara sin saber qué hacer.

—¡Mierda, Stew! ¡Es un hombre! —Le miró como si no le conociera y él carraspeó levantándose. —¿Pero qué diablos te ocurre, hombre? ¡En este viaje están ocurriendo cosas muy raras!

—No es lo que piensas.

—¿No? ¡Ibas a besarle! —Escandalizado dio un paso atrás.

Stew se volvió hacia Odara que estaba muerta de la vergüenza. —¿No vas a decir nada?

—¿Tengo que hacerlo?

—¡Mujer! ¡No colmes mi paciencia!

Brice gruñó mirándola con los ojos entrecerrados. —¡No fastidies! ¿Eres una mujer?

—Sí, ¿qué pasa?

Asombrado miró a su amigo. —¿A ti también te han hechizado? ¡Porque tiene que ser eso para que te fijes en una mujer así! —preguntó Brice indignado mirándoles con los brazos en jarras.

Odara se sonrojó con fuerza levantándose. —¿Qué has dicho?

—Tenemos que irnos. Los caballos ya han bebido. —La fulminó con la mirada e iba a volverse cuando su Laird salió de la cueva con su mujer en brazos que parecía desmayada de nuevo.

—Se ha quedado dormida. Continuemos.

Odara corrió hasta la cueva y cogió la piel. Stew ya estaba sobre su caballo y alargó la mano subiéndola ante él. Brice al lado del caballo de Grant gruñó tirando de las riendas. —Menudo viaje de mierda —dijo por lo bajo. Su Laird levantó una ceja y su primo gruñó de nuevo cogiendo a su mujer para que se subiera al caballo. Cuando se la entregó le dijo —Desviémonos más al sur. Creerán que hemos tomado el camino más rápido.

—Debemos llegar cuanto antes para alertar a los nuestros.

—Ya nos hemos detenido mucho, Laird. Seguramente ya nos han adelantado.

Stew se puso a su lado y asintió. —Brice tiene razón. Seguramente ni se preocupan por el rastro porque saben a donde nos dirigimos. Los hombres que llevan a la madre de Sine llegarán con tiempo para avisar a Artek y estarán preparados.

—Eso si llegan a nuestras tierras —dijo el Laird.

—Es un riesgo que tendremos que correr, porque si nos sorprenden a su espalda nos matarán. Si vamos por el sur podremos llegar por la colina y evaluar

la situación.

El Laird lo pensó durante unos segundos y sabía que tenían razón. No debía precipitarse porque por una mala decisión podían morir todos. Si Artek estaba preparado, la empalizada que había construido para defenderse de los vikingos les protegería. Estaban preparados para soportar muchos meses. Eso si los hombres McAngus habían decidido adentrarse tanto en sus tierras, que lo dudaba. Calan sabía que si llegaban hasta allí, sus guerreros les matarían a no ser que hubiera enviado a un número realmente generoso y eso le extrañaba sin llamar a sus aliados. Seguramente solo se atreverían a seguirles hasta el límite de sus tierras. O al menos eso esperaba. —Muy bien, iremos por el sur. No perdamos el tiempo.

A pesar de haber dormido cuando abrió los ojos estaba agotada. Se quedó en silencio porque su marido estaba preocupado. Miraba a un lado y a otro como si en cualquier momento fueran a atacarlos, así que no quiso decir nada. Apoyó la mejilla en su torso y suspiró cerrando los ojos intentando olvidarse del dolor. Igual por eso se había despertado. Por lo que había visto era de tarde. Debían haber cabalgado todo el día.

—Preciosa toma.

Abrió los ojos para ver las hojas ante su boca. —N... —Se detuvo en seco y su marido sonrió. —Ahora preferiría beber si puede ser.

Retuvo la risa mientras Brice le pasaba una calabaza. Bebió ansiosa viendo de reojo que su primo la observaba fríamente. Estaba claro que las cosas habían cambiado mucho. No la quería allí. Se la devolvió y sonrió. —Gracias.

Sin responder se adelantó en su caballo y Sine apretó los labios.

—No te preocupes. Se le pasará. Ahora mastica.

—Me da sueño.

—Mejor que duermas. Queda mucho camino aún. Mastica. —Se las metió en la boca como si fuera una niña y frunciendo el ceño masticó.

En ese momento Stew se detuvo y levantó la mano para que hicieran lo mismo. Grant se tensó sacando su espada y susurró —No digas una palabra.

Le fulminó con la mirada. No era estúpida. Este marido suyo debía pensar que le faltaba un hervor, eso estaba claro. Dejó de masticar cuando escuchó los cascos de unos caballos acercándose a galope. Grant hizo un gesto hacia la colina donde había unos árboles y todos fueron hacia allí en silencio. Se escondieron como pudieron y detrás de un gran seto Sine vio como los hombres

de su padre pasaban a toda prisa como si alguien les persiguiera. Contó seis y entre ellos iba Avalbc. Sabía que su padre le enviaría a él para descubrir su rastro. Le extrañaba que ya estuviera por allí. Se mordió el labio inferior mientras los hombres de su marido salían de su escondite.

—Son del clan de los Calhoun. Me pregunto qué harán por aquí —dijo Stew levantando una de sus cejas negras.

Sine se sonrojó y miró a su marido que se había tensado. —Parece que huyen de algo y solo han podido ir a nuestro clan.

—Seguro que no ha ocurrido nada. Ninguno tenía heridas de lucha —dijo Brice cogiendo sus riendas sin darle importancia—. Y tampoco parece que hayan robado nada.

—Pero han ido por alguna razón —dijo su Laird intranquilo.

Stew levantó la otra ceja, pero ella agachó la mirada. Con todos los problemas que estaba dando, decir que era hija del Laird de los Calhoun complicaría más las cosas. Ya se habían ido y seguramente no volverían. Si quería, que lo contara su amigo. Miró a Stew de reojo que negó con la cabeza como si no se lo creyera antes de hincar los talones en su montura para seguir adelante. Odara la observó sorprendida mientras se alejaban y vio como susurraba algo al guerrero.

—¿Has masticado?

Sorprendida casi se atraganta y Grant preocupado le palmeó la espalda mientras tosía. —Escúpelas. —Lo hizo y con los ojos rojos del esfuerzo miró a su marido que acarició su mejilla. —En unas horas nos detendremos y podrás comer algo. Ahora duerme.

Se quedó en silencio sintiéndose una carga, pero lo único que podía hacer era no retrasar la marcha más de lo que hacía, porque sabía que su marido iba a ese ritmo porque no sufriera tanto. Que se comportara así la sorprendía un poco después de lo furioso que estaba cuando se escapó. Su padre le hubiera dado una paliza. Puede que a ella nunca la hubiera pegado, pero eso no lo perdonaría. Había cometido una traición a su clan y a su Laird. La ofensa era tan grande que solo la esperaba la muerte si la encontraba. Su marido debería haber reaccionado igual y sin embargo era tierno y amable con ella. No lo entendía muy bien. Estaba confusa. Incluso la había besado y había reído como si se alegrara de verla. Su corazón saltó en su pecho. ¿Eso sería amor? No, qué tonterías pensaba. ¿Cómo se iba a enamorar de ella y en tan poco tiempo? El herrero la amaba o al menos eso decía, pero la conocía desde niña. Sus padres no se amaban. Frunció el ceño. La verdad es que no conocía eso que llamaban el amor entre una pareja.

Los matrimonios de su clan se llevaban mal o regular. Había oído lo que era el amor por las canciones que a veces cantaba Aselma. Y ella tampoco había tenido un matrimonio feliz. Dio gracias al cielo cuando su marido murió despeñado cuando ella era aún una niña. En una de las canciones se decía que el hombre amado daría la vida por la beldad a la que adoraba. No conocía a ningún hombre que hiciera eso por su esposa. Se le cortó el aliento mirando a su marido. Era lo que había hecho él, ¿no? Había arriesgado la vida por ella y por su madre. De hecho lo estaba haciendo en ese momento cuando simplemente podía haberla abandonado a su suerte. Emocionada sonrió y su marido la miró. —¿Qué ocurre?

—¿Me amas? —preguntó sin poder evitarlo.

Grant se sonrojó mientras que sus amigos giraron las cabezas hacia ellos como resortes para no perder su respuesta. —Mujer...—siseó su marido molesto.

Parpadeó sorprendida. —¿Te he avergonzado?

—Serán las hojas, Laird. Que le hacen decir disparates —dijo Brice molesto.

—Sí, serán las hojas. —El Laird la ignoró y parecía interesado en los contornos, pero ella no se dio por vencida. Iba a decir algo cuando su marido susurró —Duérmete mujer o te pondré el trasero rojo antes de lo que piensas.

Sine chasqueó la lengua cruzándose de brazos y susurró también —¿Pero me amas o no?

Stew se echó a reír a carcajadas y Odara le dio un codazo en las costillas haciéndole gemir.

—No tengo por qué amarte —dijo orgulloso.

—Lo sé. —Sonrió porque no le había dicho que no y dijo sin pensar —Yo podría amarte.

La miró sorprendido. —¡Más te vale! —le gritó a la cara.

Odara soltó una risita. Sintiendo encantada preguntó —¿Quieres que te ame?

Incómodo se revolvió en la silla y dijo en voz baja —Eres mi esposa.

—Mi madre no ama a padre.

—¡Tú me amarás!

Su corazón voló y le miró ilusionada. —¿Y tú también a mí?

—Duérmete mujer. O te daré más hierbas.

—¿Y tendremos hijos? —preguntó en una nube.

Su marido sonrió. —Sí, tendremos muchos hijos.

—Y tanto —dijo Stew por lo bajo haciendo que su Laird le advirtiera con la mirada.

—Siempre he querido tener muchos hijos. Me encantan los bebés.

—Tendremos todos los que nos envíe Dios.

—Yo nunca he visto un bebé. —Todos miraron sorprendidos a Odara que agachó la mirada avergonzada. —Solo iba a la aldea de noche y nunca he visto ninguno.

—Son chillones y siempre están llorando —dijo Brice enfadado—. Deberíamos mantenernos callados.

Stew sonrió y le dijo algo a Odara que la sonrojó. Intrigada preguntó —¿Qué te ha dicho?

Su amiga iba a abrir la boca cuando Stew la pellizcó en el trasero haciéndola jadear. Odara le miró sorprendida. —¿Por qué has hecho eso?

—¡Mujer, lo que te digo no debes decirlo por ahí!

—Las amigas se cuentan cosas —dijo Sine por ella.

—¿Ah, sí? —preguntó Odara.

—Sí, y cuentan cosas que nunca le dicen a sus maridos. Secretos y esas cosas. Puedes contarme lo que quieras porque ahora somos amigas y yo no te traicionaré. Soy una tumba.

Odara sonrió ilusionada. —¡Tengo una amiga! —Sonrió a Stew como si fuera el mejor regalo del mundo.

Stew sonrió por lo contenta que estaba. —Me parece muy bien.

Sine decidió fastidiarle un poco por el pellizco. —A ti no te tiene que parecer muy bien ni mal. No eres su marido. El Laird es el responsable de ella porque es huérfana. ¿Verdad, marido?

—Sí, preciosa. Soy responsable de ella.

—Y él decidirá su futuro.

Odara sonrió loca de contenta mientras Stew fruncía el ceño. —¡Tengo clan y una amiga! —Abrió los ojos como platos antes de chillar. —¡Tengo colores!

Sine asintió. —Eres una McInnis. Ahora habrá que buscarte un buen esposo. Yo te ayudaré a elegir.

Stew la fulminó con la mirada. —¿Qué has dicho?

—Solo uno que te ame —dijo como si no hubiera escuchado nada.

Brice frunció el ceño. —Stew la iba a besar.

—¡Cierra la boca!

Asombrada miró a su marido que intentaba no reír. —Haz que la respete, marido.

—Yo me encargo. —Miró a Stew. —Respétala.

Stew sonrió. —Lo que digas, Laird.

—¿Hay muchos solteros en el clan?

—No, preciosa. Sobran las mujeres.

—Pero vosotros estáis solteros.

Brice carraspeó. —Acabo de recordar que no le he dicho a mi esposa que me iba.

Jadeó indignada. —¿Estás casado?

—¡Es que a veces se me olvida!

Le miró como si hubiera dicho un sacrilegio y Brice suspiró mientras Stew se echaba a reír a carcajadas. —Ya verás cuando vuelvas. Wynda te va a sacar los ojos.

—¿Y tienes hijos? —preguntó Odara intrigada.

—Aquí el único que tiene hijos es...

El Laird le interrumpió. —Va a tener el primero en unos meses. Por eso su esposa se enfadará.

—Oh, entiendo. Yo si fuera a tener un hijo, querría que mi marido estuviera a mi lado.

—¿Y cómo se hacen los niños? —preguntó Odara como si nada.

Los hombres carraspearon incómodos y Sine la miró como si no se lo creyera. Su amiga se sonrojó. —Ya me lo explicará mi marido cuando lo tenga.

Stew miró a Sine aterrorizado y ésta dijo —Pues eso que tienen entre las piernas te lo meten dentro. ¿Sabes de lo que hablo? Eso que les mide como hombres. Cuanto más grande mejor. —Los tres parecían horrorizados. —¡Eso dice mi abuela! Un hombre como Dios manda debe tener eso entre las piernas y bien grande.

—Vaya con la abuela —dijo Brice antes de reírse a carcajadas.

—Sé de lo que hablas. Stew me lo ha enseñado.

Sine jadeó. —¡Marido tienes que casarlos de inmediato!

El Laird gruñó mientras Stew quería que se le tragara la tierra. —No he hecho nada, jefe. ¡Decía que era un hombre y yo quería provocarla!

—¡Pero tú sabías que era una mujer!

—Sí, pero...

Sine le exigió con la mirada. El Laird tomó aire por la nariz. —¿No la tocaste?

—¡No! —respondió su amigo.

—Iba a besarla, Laird. Yo lo vi.

—Cierra la boca. ¡No la he tocado!

—Te fastidias. ¡Me endilgaste a tu hermana y menuda bruja está hecha!

Ahora te ha llegado el turno.

Estaba asombrada. Lo hacía por venganza. Stew volvió su caballo. — ¡Wynda no es una bruja!

—¡Siempre me está gritando! —exclamó indignado.

—¡Mi hermana es un ángel! Y tú no le guardas el respeto que se merece. ¡Un día voy a terminar partiéndote la quijada!

Ya tenía intriga por conocerla. Vio que Odara no sabía dónde meterse y además parecía decepcionada. Decepcionada con la reacción de Stew.

—¡Silencio! —gritó su marido—. Cuando lleguemos a casa solucionaré este asunto. ¡Mientras tanto quiero silencio!

Sine iba a decir algo, pero Grant la retó a que abriera la boca. La cerró de inmediato y se mantuvo en silencio como todos los demás durante un rato. El movimiento del caballo y que el dolor iba remitiendo hicieron que se le fueran cerrando los ojos cuando escuchó —Ya te pillaré cuando lleguemos —dijo Stew por lo bajo.

Medio adormilada abrió los ojos y vio algo en un árbol. Creyó que eran imaginaciones suyas y entrecerró los ojos intentando aclarar la imagen antes de susurrar —Marido ahí hay un hombre en un árbol.

Grant se tensó y Brice que iba detrás de él al ver su espalda se puso en guardia sin detenerse. Sin separar la mejilla del pecho de su marido luchó contra el sueño para ver a otro con una larga melena rubia que se escondía tras el tronco. —Ahí hay otro —susurró sin que su marido dejara de mirar el camino.

—Preciosa voy a tener que dejarte en el suelo si hay lucha.

Stew retrasó su marcha como si tal cosa y se puso a su lado. —Jefe...

—Son vikingos. Puede que nos dejen pasar al darse cuenta de que no tienen nada que robar.

—Si tienen algo que robar —dijo Stew helándole la sangre. Odara asustada la miró a los ojos sabiendo lo que quería decir.

Grant apretó las mandíbulas. —Para ellos solo hay una mujer y pueden ver que está impedida. No les sirve de nada.

Siguieron su camino con el corazón en la boca y asustada se abrazó a su cintura. —Haz que duermes, preciosa.

Cerró los ojos dejando caer la mano en su cintura como si estuviera dormida y cada paso que daba su caballo se le hizo eterno. No fue hasta después de muchos minutos cuando Brice dijo por lo bajo —Se han quedado atrás. Y son muchos, Grant.

El Laird ordenó muy serio. —¡Aprisa! Debemos llegar cuanto antes. Han

decidido entrar en nuestras tierras por el sur porque saben que no vigilamos esa parte de la costa. Van a atacarnos.

A partir de ese momento empezó una carrera desenfrenada por llegar al clan cuanto antes. Sine agradeció que las hierbas la hicieran dormir porque su pierna se movía de un lado a otro y si intentaba retenerla forzando la rodilla los dolores eran terribles, así que se dejó llevar.

Se detuvieron unos minutos para que los caballos descansaran y para aliviarse. Grant la ayudó a adentrarse en el bosque cogiéndola en brazos, pero ella exigió que la dejara sola. A pesar de que no quería, Odara se acercó cogiéndola del brazo para que se sujetara en su pierna sana diciéndole que ella se encargaba. —Avísame cuando termine —dijo preocupado.

Odara soltó una risita cuando se alejó. —Es muy protector.

—Sí, ¿verdad? —preguntó asombrada—. ¿Eso será bueno o malo?

—Se lo preguntaremos a tu madre cuando la veamos.

—No sé si ella sabrá la respuesta. No es que conozca mucho a hombres como estos. Conoce a mi padre que no tiene nada que ver. Eso sí, a él le ve venir de lejos.

—Sujétate en mí.

La cogió de los brazos ayudándola a inclinarse hacia atrás y después de aliviarse sonrió. —Gracias.

—No es nada. —Apretó las piernas mirando a su alrededor sin saber qué hacer con ella. —Necesito...

—¡Marido! —Grant apareció de repente y ella jadeó indignada. —¿Estabas espiando?

La cogió en brazos mirándola a los ojos. —Te olvidas de que ya lo he visto todo.

Se sonrojó con fuerza. —Marido...

Grant rió llevándola hacia el caballo. Stew frunció el ceño. —¿Y Odara?

—Viene ahora.

—Mujeres —dijo Brice por lo bajo—. Solo dan problemas.

—¿No decías que me casara? —preguntó Grant molesto—. ¡Pues deja de fastidiar!

—¡No con ella! ¡Solo nos dará problemas!

—¡Te juro que como no cierres la boca, te la cerraré yo! —gritó Grant furioso—. Respeta a mi mujer por la cuenta que te trae.

—Sí, Laird —dijo con rabia.

Pálida apartó la mirada mientras su marido se sentaba tras ella.

—¿Por qué tarda tanto? —preguntó Stew preocupado.

—Me tuvo que ayudar a mí —dijo distraída con sus pensamientos. Parecía que Brice la odiaba. No le extrañaba con todos los problemas que le estaba dando, pero enfrentarse a su primo por expresar su opinión le parecía extraño. Se notaba que se tenían mucha confianza. Como dos hermanos que discuten. Le miró de reojo. No le gustaría que se enfadaran por su culpa. Intentaría arreglarlo —. Os retraso. Lo siento.

—Por tu culpa salimos de nuestras tierras —dijo molesto—. Porque mentiste sobre nuestro Laird.

Se sonrojó porque tenía razón. —Estaba desesperada.

—¡Esa no es razón para mentir sobre quien era tu futuro marido!

—¡Pues ahora es mi marido! —gritó sacando su carácter—. ¡Así que no iba desencaminada!

Stew se echó a reír. —Pues tiene razón, amigo. No puedes negarlo. Al final se han casado. Y no tardó mucho en atraparlo.

Brice gruñó mientras su amigo se reía, pero el Laird no se reía en absoluto. —A mí no me ha atrapado nadie.

A Sine se le cortó el aliento girando la cabeza hacia su marido que estaba muy serio y en ese momento salió Odara corriendo hacia su caballo. Al ver que Stew fruncía el ceño preguntó —¿Qué ocurre? ¿Nos atacan?

La cogió por la mano para subirla ante él. —Al parecer estamos todos deseando llegar a casa de una buena vez.

—Y yo estoy deseando conocerlo —dijo emocionada—. Voy a vivir en un clan.

Todos sonrieron por la ilusión que le hacía. Todos menos el Laird que siguió tenso durante varios minutos. Sine sintió como se relajaba en su espalda a medida que pasaba el tiempo, pero se mantuvo en silencio.

Le miró de reojo, pero él aceleró el paso y su pierna golpeó contra el vientre del caballo haciéndola palidecer. Reprimió un gemido de dolor sintiendo que perdía el sentido. Odara volvió la cabeza hacia ella y apretó los labios al ver su estado. Iba a decirle algo a Stew, pero Sine negó en silencio. Debían llegar cuanto antes al clan y ella ya les había retrasado mucho. Además si estaban allí era por su culpa. Solo le faltaba que les atacaran los McAngus. Eso también sería culpa suya. La verdad es que desde que su madre había dicho esa mentira, había complicado mucho la vida de los McInnis. Se sintió algo culpable, pero ella no

le había pedido matrimonio a Grant. Se había empeñado él. No le había atrapado. Se podía haber ido y haberla abandonado en el bosque cuando la encontró por primera vez. Fue él quien la había perseguido. De hecho, fue él quien la había atrapado. Literalmente.

Otro golpe en la pierna la hizo perder todo el color de la cara y se mordió el labio inferior con fuerza rezando por dentro para que llegaran cuanto antes.

Capítulo 7

Retorcida de dolor porque las hojas ya no hacían efecto, sintió como se detenían. Agotada abrió los ojos para ver que estaban en lo alto de una colina y abajo en un precioso y amplio valle había una enorme fortificación de madera, que protegía lo que parecía una aldea que rodeaba a un castillo de piedra gris. Se le cortó el aliento. Nunca había visto ninguno. Era hermoso.

Odara sonrió encantada. —Es precioso, Laird.

—Bienvenida al clan —dijo Stew.

Grant que continuaba sin abrir la boca miró a su alrededor. —No se ve a los McAngus. Atentos. —Se lanzó a galope descendiendo la colina y sus amigos descendieron tras él galopando a toda prisa hacia la entrada. Grant silbó y las puertas se abrieron de inmediato mientras varios hombres vigilaban desde la empalizada. Entonces Sine se estremeció porque era obvio que estaban preparados para la batalla.

En cuanto entraron en la aldea la gente se arremolinó a su alrededor observándolas. Grant le hizo una señal a un hombre enorme que salió del castillo y éste se acercó de inmediato.

—Cógela —le apremió en cuanto llegó a su lado.

Apenas estuvo en sus brazos cuando escuchó el grito y asustada volvió la cabeza hacia atrás para ver a su madre bajar las escaleras corriendo. Iblis con lágrimas en los ojos se acercó a su lado. —Mi niña, ¿qué tienes?

—Estoy bien, madre. —Emocionada le cogió las manos con fuerza como si no quisiera perderla nunca más. Tenía un morado en el pómulo y un corte en la mejilla. —¿Estás bien?

—Muy bien. Aquí nos tratarán bien, ya verás.

—Iblis, tengo que llevarla dentro. Necesita atención —dijo el hombre haciendo que su madre se apartara de inmediato.

Sin perderla de vista se dejó llevar mientras todos las observaban. Odara se puso a su lado y el hombre levantó una ceja. —¿Y tú quién eres, muchacho?

—¡Muchacha si no le importa, buen hombre! —dijo indignada.

Sine sonrió agotada y se dio cuenta de que Grant no estaba a su lado. —¿Y mi marido?

El hombre se detuvo. —¿Tu marido?

—El Laird está dando órdenes a diestro y siniestro, Sine. Tiene quehaceres —dijo Odara dejando al hombre con la boca abierta.

—¿Marido? —gritó sobresaltándolas.

—Oh, mi niña... —Los ojos de Iblis brillaron de la emoción. —Eres la esposa del Laird. Como yo predije.

Prefirió no decir que seguramente ella había tenido la culpa. El hombre que debía tener la edad de su padre aún seguía sombrado. —¿Qué ve tan raro?

Carraspeó empezando a caminar de nuevo. —Nada. Nada en absoluto. Así que tú eres Sine. Tu madre me ha hablado mucho de ti.

Iblis soltó una risita. —Y eso que llegué ayer a la mañana. Teníamos que darnos prisa por si venían los McAngus. Ese hombre horrible quería abusar de mi preciosa hija, ¿te lo puedes creer Artek?

—Una rata, eso es lo que es. Y más sabiendo que era la prometida de mi Laird.

Sine puso los ojos en blanco porque parecía ofendido. Subieron unas escaleras de madera y su pierna se golpeó contra la pared de piedra. Se estremeció entre sus brazos y Artek susurró —Lo siento.

—No es culpa tuya.

Llegaron al piso superior y el hombre la llevó hasta una puerta al final del pasillo iluminado por dos antorchas. Iblis les adelantó para empujar la gran puerta de madera y a Sine le dio un vuelco el corazón por la gran cama que estaba cubierta de pieles. Un kilt del clan estaba sobre una silla labrada ante el fuego y una piel en el suelo la hizo imaginar que Grant estaba sentado en su silla mientras ella sentada en el suelo hablaban del futuro. Cuando la tumbó sobre la cama suspiró del alivio cuando su pierna descansó y cerró los ojos. Su madre se acercó inquieta y abrió el kilt que la cubría viendo su pecho desnudo. Artek carraspeó dando un paso atrás. —Voy a ver dónde está la curandera.

—Sí, por favor —dijo Odara acercándose por el otro lado—. Lleva con dolores mucho tiempo. No sé cómo lo soporta.

Iblis preocupada se sentó a su lado y rasgó su camisón mientras el hombre de su marido salía de la habitación cerrando la puerta.

—Madre... —Cogió su mano mirando de reojo a Odara. —¿Qué le has contado a ese hombre?

Su madre se sonrojó. —Nada...

—¿No le has contado quién es padre?

Iblis frunció el ceño. —Claro que no. No soy tonta. Le he contado que nos

asustamos y que dijimos eso a los McAngus para que nos dejaran en paz.

Suspiró del alivio, pero Odara negó con la cabeza. —No podrás ocultarlo. Stew lo sabe. Se lo contará a su Laird para que esté preparado.

Se tapó la cara con las manos. Con todos los problemas que había ocasionado decir quién era su padre no era lo mejor en ese momento. —Le he mentado.

—No le has mentado. Solo se lo has ocultado. La historia es la misma solo que no sabe quién es tu padre. Al parecer si fuera un hombre cualquiera le daría igual robarle a su hija casándose con ella. ¿En qué cambia la historia porque sea Laird?

Apartó las manos para mirar a Odara. —En que es Laird.

Su nueva amiga hizo una mueca. —Pero no sabe que estáis aquí.

—Que sus hombres hayan pasado por las tierras McInnis no es bueno —dijo preocupada.

Su madre sin escuchar la conversación siguió rasgando el camisón y apretó los labios al ver los morados en su cuerpo. Y los pies... Estaban llenos de heridas. —Dios mío.

—Madre, estoy bien.

—¿Cómo vas a estar bien? —preguntó atónita mirando su pierna. Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Esa pierna...

—Me pondré bien.

—¡Más te vale!

La puerta se abrió de repente y Grant entró en la habitación caminando muy serio hasta la cama con dos mujeres detrás. Una de ellas, que tenía una larga trenza blanca hasta la cadera, se acercó a la pierna sin decir una palabra mientras otra que parecía idéntica llevaba una jarra con agua. Parpadeó mirando a las dos mujeres. Estaba teniendo visiones. Al palpar su pierna gritó de dolor fulminando con la mirada a la mujer.

—Más cuidado, vieja —dijo su marido molesto.

—No está bien. Aún no está bien. —Negó con la cabeza mirando a su hermana que dejó la jarra sobre una mesa y se acercó de inmediato. La palpó con ambas manos y negó mirándola con unos ojos grises que ponían los pelos de punta. —Hay que enderezar de nuevo. Se ha movido el hueso.

Sine perdió todo el color de la cara. —¿Qué dicen?

—Saben lo que hacen, esposa. Hay que enderezar de nuevo. —Puso los brazos en jarras y su madre se echó a llorar al ver como quitaban la venda.

—Grant no...

Su marido se sentó a su lado y le dijo fríamente —¿Quieres quedarte coja o perder la pierna? —Le miró incrédula. —¡Pues harás lo que se te dice por una maldita vez!

Al ver su enfado se le cortó el aliento. —Lo sabes.

—¿Crees que mis hombres me ocultarían algo así? —le gritó furioso—. ¡Felicidades esposa, gracias a ti estoy en guerra con tres clanes muy poderosos! ¡Has puesto en peligro a los míos! —La cogió por el cuello con fuerza y Iblis asustada intentó impedirselo, pero su marido la empujó por el pecho tirándola al suelo. Miró a Sine como si le hubiera decepcionado. —Debería matarte por mentirme en algo así. ¡Esto solo me demuestra que eres una zorra egoísta que solo piensa en sí misma! No eres digna de ser mi esposa, ni en ser la esposa de un Laird. No eres ejemplo de nada para mi pueblo. —Apretó la mano que sujetaba su cuello y asustada le cogió por el antebrazo mientras se le retorció el corazón por la expresión de sus ojos que parecía que la odiaban. —Me has mentido desde que te conozco, sabiendo las consecuencias que traerían tus acciones. —La soltó como si le diera asco provocando que cayera en la cama. —Curadla. Y si no quiere enderezar la pierna, dejadla como está. Me importa poco porque en cuanto se cure, saldrá de este clan para siempre. Así que curadla cuanto antes.

Las hermanas asintieron mientras Iblis se echaba a llorar tirada en el suelo. Sine no era capaz de hablar. Ese no era su marido. Esa no era la persona que en la cueva se preocupó por ella y la cuidó. El que fue a buscar a su madre porque sabía que ella la necesitaba. No, ese hombre no era su marido y se preguntó si había sido un espejismo. Si el verdadero Grant era ese y el hombre que la abofeteó sobre su caballo. Pero estaba claro que ya no iba a descubrirlo nunca porque él salió de la habitación sin mirar atrás una sola vez y era evidente que no sentía ningún remordimiento sobre lo que había hecho.

Una lágrima cayó por su sien pensando en los hijos que ya no tendría nunca y Odara se arrodilló sobre la cama cogiendo su mano. —Está enfadado, eso es todo. Los hombres dicen cosas que no sienten cuando están enfadados.

Intentando reponerse del dolor que sentía en el pecho, miró a las mujeres y susurró —Enderezadme la pierna.

El grito de su mujer llegó al gran salón y Grant apretó la copa de oro que tenía entre sus dedos. —Que doblen la guardia en el bosque.

—Laird, no debes preocuparte.

Fulminó a Stew con la mirada. —¿No debo preocuparme? ¡Los McAngus, los Calhoun y los McGugan! ¡Tres clanes poderosos van a pedir explicaciones! ¡Eso por no hablar de las ratas del otro lado del mar que campan por mis tierras como si fueran suyas! ¡Dobla la vigilancia!

Stew enderezó la espalda mirándole fijamente y se levantó lentamente asombrando a los que les observaban. —Sí, Laird.

En cuanto su amigo se fue, Brice miró a su primo preocupado. —No es culpa suya.

—Debía habérmelo dicho de inmediato —siseó furioso—. ¡Hace tres días que lo sabe!

—¿Qué hubieras hecho? ¿Abandonarla a su suerte después de que su madre ya estaba de camino hacia aquí? No puedo decir que esté de acuerdo con este matrimonio, pero no la hubieras dejado en esa cabaña. Sobre todo porque eso hubiera sido un gesto de debilidad ante McAngus. —Brice suspiró porque aquel lío les iba a salir muy caro y su Laird lo sabía por cómo miraba su copa. —Mira, creo que todo esto ha sido un error, pero ahora es tu esposa. Tú hiciste que fuera así y ahora deberás defenderla ante sus enemigos como hiciste con McAngus.

Su amigo levantó sus párpados para mirarle fijamente a los ojos. —Su padre la reclamará. Ahora entiendo que los hombres de Calhoun atravesaran mis tierras. Estaban buscándola.

—Ya has oído a Artek, por aquí no han pasado.

Grant entrecerró los ojos. —Extraño, ¿no te parece?

Brice asintió. —Mucho, Laird. Sobre todo porque ella no había llegado. O su rastreador no sabe lo que hace o vinieron por una razón que desconocemos. Quizás deberías preguntarle a tu mujer por qué se dirigía hacia aquí y por qué eligió precisamente este clan para esconderse de su padre. ¿Por qué este clan entre todos los de las Highlands? Según ha dicho Stew, ella confesó cuando estaba bebida que ya venían hacia aquí cuando fueron sorprendidas por los McAngus.

Otro grito de su mujer le puso los pelos de punta. Miró de reojo a sus hijos. Grant estaba junto al fuego mirándole fijamente como si estuviera pendiente de cada uno de sus movimientos. Era el Laird, su clan debía ser lo primero. Los ojos verdes de su esposa torturaron su alma antes de decir fríamente —Ve a por su madre. Ella nos contará lo que queremos saber.

Sine abrió los ojos y una de las gemelas se acercó para darle algo de beber.

La cogió por la nuca incorporándola ligeramente. —Bebe.

Estaba sedienta. Tanto que ignoró el sabor del agua para beber con ansias. La mujer asintió y sonrió. —Ahora dormirás de nuevo.

—¿La habéis enderezado?

—Sí. —Dejó el vaso sobre una mesa de madera que había al lado de la cama. —Pero tardarás en caminar si...

—Si no se me ennegrece. Lo sé. —Suspiró porque le dolía mucho menos que durante ese horrible viaje. —¿Cómo te llamas?

—Leslie y mi hermana Paisley.

—Gracias por ayudarme.

—No me las des. —Cogió un plato y Sine vio que tenía algo de carne. Negó con la cabeza y Leslie sin hacerle caso cogió unos pedazos de carne acercándoselos a los labios. —Debes comer. Tu hijo necesita alimentarse.

La miró sorprendida separando los labios. —¿Mi qué?

—Vas a tener un hijo del Laird. Lo sé. Reconozco a una preñada a varias millas de distancia. No es de mucho, pero ha agarrado. No lo perderás. —Sonrió guiñándole un ojo. —Y es fuerte, muy fuerte.

—No es cierto.

—Sí que lo es. Eres muy fértil. Deberías tener muchos hijos.

Perdió todo el color de la cara porque parecía convencida de lo que decía — Pero me va a echar.

—No se lo voy a decir. Y tú tampoco deberías. Si logras sobrevivir a lo que te espera, entonces y solo entonces podrás decírselo. El Laird no debe saber en este momento que estás en estado. Lo veo.

—Eres bruja...

Una risa al otro lado de la habitación la hizo mirar hacia allí para ver a Plaisley mirando por la ventana. La mujer se volvió. —¿Bruja? Yo suelo decir que lo es. Pero no. No tenemos esa suerte. Vemos cosas que otros no ven, eso es todo.

Sine miró a su alrededor asustada. —¿Dónde está mi madre? ¿Y Odara?

—La muchacha está comiendo algo y tu madre está hablando con el Laird. Volverá enseguida —respondió Leslie muy seria—. Ahora escúchanos. No tenemos mucho tiempo, porque después tu madre será encerrada en esta habitación y no tendremos oportunidad de hablar a solas.

Miró sus ojos grises. —Eres familia de Grant.

—Somos hermanas de su abuela. Ella ya estaba casada con el Laird cuando nosotras nacimos. Hemos cuidado de la familia lo que hemos podido y lo

seguiremos haciendo hasta la muerte, pero hay cosas que no se pueden evitar. Como la muerte.

A Sine se le erizó la piel. —¿Qué quieres decir? ¿Hablas de la muerte de Grant?

Leslie sonrió. —Si no te importara ni hubieras pensado en él, pero lo has hecho antes de pensar en ti misma. Eso me indica que aunque no lo sepas ya le amas.

—¡No digas tonterías, mujer! —dijo rabiosa porque no pensaba amar a un hombre que no la quería.

Plaisley se puso al lado de su hermana y dijo —Date prisa. Su madre no tardará en llegar.

—Escúchame bien y sigue mis instrucciones al pie de la letra. Tendrás oportunidad de sobrevivir y mi Laird no perderá la vida.

—¡Habla de una maldita vez!

—Vendrán a buscarte en unas semanas. Retrasa tu curación hasta que vengan a por ti. No puedes dejar que tu marido te eche antes, porque si no estás aquí en ese momento, arrasarán el clan por encontrarte. —Se le cortó el aliento sabiendo que tenían razón.

Plaisley sonrió. —En cuanto el clan se vea rodeado, él se negará a entregarte por puro orgullo, pero tú deberás irte en ese momento y no tendrá más remedio que aceptarlo porque te ha repudiado ante testigos.

—Me matará. Mi padre...

—¡Si no lo haces así morirá mucha gente, Sine! Tendrás que arriesgarte a sacrificar tu vida por la de otros.

Sus ojos se llenaron de lágrimas pensando en su madre y en el hijo que crecía en sus entrañas. —¿Y mi madre? ¿Y mi hijo?

—Nosotras nos ocuparemos de tu madre. Y tu hijo... Solo Dios decidirá su destino y depende de lo lista que seas. Ahora come porque tienes que alimentarle.

Separó los labios mientras las lágrimas corrían por sus mejillas y dejó que le metiera la carne en la boca. —¿Qué debo hacer después?

—Eso no lo vemos. Vemos lo que ocurrirá si te quedas aquí cuando rodeen el clan —dijo Plaisley mirándola con pena—. He visto la muerte y la destrucción. No querrás eso, ¿verdad?

—No —susurró con la boca llena porque era incapaz de tragar. ¿Debía sacrificarse ella y a su hijo por un clan que no la quería? ¿Por un Laird que quería echarla y la repudiaba como esposa? Pero de todas maneras moriría igual

si su padre les atacaba. Cuantas menos muertes hubiera mejor. Nunca debía haberse escapado. Había sido una estúpida creyendo que tendría éxito.

—¿Ahora entiendes por qué conseguiste herirle? Has traído el principio de su destrucción y solo está en tu mano que su destino dé marcha atrás. Tú eres la única que puede remediarlo.

Asintió forzándose a tragar y susurró sin poder evitarlo —Lo siento.

—No es culpa tuya querer tener una vida mejor a la de tu madre —dijo Paisley sonriendo—. No te culpes por tener el valor de intentar tener lo que ella no pudo.

Siguió comiendo en silencio y las hermanas se miraron de reojo. Leslie le hizo un gesto a su hermana con la cabeza. —Averigua por qué tarda tanto su madre.

La gemela salió de la habitación a toda prisa y cuando terminó de comer la anciana dejó el plato sobre la mesa suspirando. —¿Quieres un consejo?

—¿Otro? —preguntó irónica sin poder evitarlo.

—Cuando salgas de aquí seguramente querrás morir en algún momento. — Otra lágrima surcó su mejilla. —Pero no te rindas. No te rindas jamás. —Se acercó y susurró —Deberás sobrevivir para encontrar tu futuro. Lucha, Sine. Será duro y querrás rendirte. No lo hagas. Recuerda mis palabras cuando tu padre te muela a golpes.

Pálida siseó —Yo nunca me rindo.

Leslie sonrió enderezándose. —Viendo el estado de tu cuerpo lo sé de sobra. Pero procura no olvidarlo en un momento de debilidad.

La puerta se abrió en ese momento y su madre con los ojos rojos de tanto llorar entró en la habitación sonriendo al verla despierta. —Mi niña...

—¿Qué ocurre, madre? —preguntó asustada—. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

—No, niña. El Laird solo quería saber los detalles de nuestras mentiras. Eso es todo.

—¿Los detalles? —preguntó confundida. Su mente se empezaba a nublar, seguramente por la bebida que la vieja le había dado—. ¿Qué detalles?

—Le he contado por qué nos escapamos y todo lo demás. No debes preocuparte. Todo va bien. Nos dará tiempo hasta que te repongas. No debes preocuparte, ¿me entiendes? No nos echará antes.

Intentó evitar el dolor de esas palabras y sonrió como si estuviera aliviada. —Eso es estupendo.

—¿Verdad que sí? He pensado que podemos ir al clan de mi hermano. No

nos echará, estoy segura.

Y ella estaba segura de que estaría horrorizado por enterarse de la razón de su visita. Las echaría a patadas con tal de no tener problemas con el clan de su padre. —Puede que lo hagamos, madre —susurró sintiéndose agotada.

—Duerme, mi niña. Ya verás como mañana todo es mucho mejor.

Esa frase se la decía mucho, sobre todo cuando su padre la había pegado y siendo niña preguntaba la razón. Nunca se la decía, simplemente la abrazaba susurrándole que mañana sería un día mejor. Pero nunca mejoraba y estaba claro que el mañana de Sine iba a ser muy negro. Pero no estaba en su naturaleza el rendirse sin luchar y lucharía hasta sus últimas fuerzas. Sobre todo por el hijo que crecía en su interior. Mirando los ojos grises de Leslie ya no tenía ninguna duda de que estaba en estado y lucharía por él. Vaya si lo haría.

Dos días después su madre estaba sentada en la silla a su lado después de cenar intentando entretenerla, pero ella estaba ya distraída con sus propios pensamientos. Su marido no había pasado por su habitación ni una sola vez, lo que indicaba que no quería ni verla. No recibía visitas y Odara no había vuelto, lo que le decía que seguramente se lo habían prohibido. La puerta se abrió sorprendiéndola y ansiosa levantó la cabeza hacia allí. Una niñita de unos cuatro años con unos preciosos rizos rubios metió la cabeza en la habitación y sonrió robándole el aliento. Su madre apretó los labios antes de sonreír. —¿Te has perdido?

—Madre... —dijo sin poder creérselo porque tenía los mismos ojos grises de su marido.

Su madre se levantó de inmediato yendo hacia la puerta. —No puedes entrar aquí.

—Quiero ver a mi mamá. —La niña corrió hacia la cama y se puso a su lado de puntillas para verla. —¿Estás malita?

Se le rompió el corazón mirando su preciosa carita y emocionada porque seguramente su hijo se parecería a ella susurró —No, me he quebrado un hueso.

La niña abrió sus ojos como platos. —¿Y te duele?

—Un poquito. ¿Cómo te llamas?

—Torrie. —Se subió a la gran cama y sonrió como si hubiera conseguido una proeza. —¿Y tú?

—Sine. —Alargó la mano y acarició sus rizos. —¿No tienes mamá?

Negó con la cabeza. —Grant si tiene y Bret también, pero yo no.

—Lo siento.

—Ahora sí tengo. Grant dice que ahora eres la mamá de todos. Aunque eso no le gusta. Está enfadado.

—Hija... —Su madre nerviosa miró hacia la puerta. —Si la ve alguien...

—¿Tienes muchos hermanos?

Asintió y tan fascinada como ella cogió un mechón de su cabello negro. —Padre está enfadado. —Frunció su precioso ceño. —Nos ha enviado a la cama.

—Está enfadado conmigo no contigo.

—¿Qué has hecho?

—Mentir.

La niña negó con la cabeza. —Eso no se hace.

—No, no se hace porque lo complica todo.

—¿No lo harás más?

—No. Te lo prometo.

La niña sonrió y se tumbó a su lado. —Me gusta tener mamá.

Su madre la miró emocionada y se tapó la boca volviéndose mientras la niña decía —Pero Grant no quiere que estés aquí. Ni los demás. Dicen que eres mala. No te quieren de mamá.

—No soy mala. No lo soy. Solo he cometido errores.

—¿Me enseñarás a coser? —No sabía qué responder a eso porque seguramente no la vería crecer. —A Isela la está enseñando su mamá. ¿Me enseñarás?

—Te enseñaré lo que pueda —susurró impotente.

—Me gusta tener mamá.

En ese momento un niño de unos siete años entró en la habitación y al ver a la niña sobre la cama apretó los labios antes de fulminarla con la mirada. — ¡Torrie!

Sonrió mirando a su hermano. —Mira Grant. Es mi mamá.

—No es nada tuyo. —Se acercó a ella y la cogió de la mano para bajarla de la cama. —Vamos, padre ha dicho que te vayas a la cama.

Le pareció increíble ver una réplica de Grant en ese muchacho. Tenía sus ojos y su expresión. Incluso el cabello lo tenían cortado a la misma altura, pero era lógico si quería imitar a su padre. —Hola —dijo ella desde la cama.

El niño la miró furioso. —¡No me hables, zorra! —Pálida vio que tiraba de la niña. —¡Vamos, te digo! Te pondré el trasero rojo como no me hagas caso.

La niña se echó a llorar. —¡Déjame! ¡Eres malo!

Su madre les miró impotente y Sine se sentó en la cama. —No le hagas daño.

¡Suéltala!

—¿Qué pasa aquí?

El grito de Grant en la puerta hizo que todos miraran hacia allí asustados. El Laird dio un paso dentro de la habitación y su hijo se enderezó. —¿No deberíais estar en la cama?

—Sí, padre. Pero Torrie se ha escapado.

Grant entrecerró los ojos mirando a la niña que seguía llorando. —¿Torrie?

—¿Sí, padre? —Sorbió por la nariz.

—¿Qué haces aquí?

—Quería ver a mamá.

Su marido la miró con furia. —¿Le has dicho tú eso?

—No. Me ha dicho que no tiene madre y...

Grant cogió a su hija en brazos y salió de la habitación sin decir ni una palabra. Su hijo le siguió corriendo y antes de cerrar la puerta la miró con odio. —¡Nunca serás mi madre y él no quiere una esposa! ¡A ver si te mueres de una vez!

Pálida miró a su madre que se acercó para abrazarla. —Está celoso. Lo vi en sus ojos cuando hablé con el Laird. Estaba al lado escuchando lo que hablábamos y me miraba así. No nos quiere aquí. Es el hijo bastardo de un Laird. Si su padre se casa y tiene hijos...

—Entiendo —susurró alejándose de ella antes de forzar una sonrisa—. No sé por qué me pongo así. Yo...

—No te lo dije para que no te disgustaras más. Tiene seis.

—Seis... Dios mío. No me lo había dicho. —Recordó sus palabras montados a caballo. Ella había preguntado si tenían hijos y él había dicho que Brice esperaba el primero. No le había dicho que no, pero ella había llegado a esa conclusión. Sonrió irónica agachando la cabeza. —Increíble. Y luego me llama a mí mentirosa.

—Olvídalo, hija. Nos iremos de aquí y no volverás a verles más. —Preocupada porque le habían hecho daño la abrazó de nuevo. —Nos tenemos la una a la otra.

En ese momento se abrió la puerta y Grant rabioso la señaló con el dedo. —¡Jamás vuelvas a hablar con mis hijos! ¡Cómo te vuelva a ver metiéndole ideas en la cabeza a mi niña, te despellejo viva, puta! ¿Me has entendido?

Su madre asustada intentó protegerla con su cuerpo. —Ella no ha hecho nada —dijo impresionada por la violencia que emanaba mientras que Sine ni sabía qué decir por el insulto.

—¡Cállese! —Miró de nuevo a su mujer. —Te aconsejo que te largues de mi casa cuanto antes. Vuelve a hablar con alguno de mis hijos y entonces no tendré ningún problema en echarte como estés a los lobos. —Salió de su habitación cerrando de un portazo y Sine sintiendo que su corazón se rompía en mil pedazos se estremeció de dolor. Cerró los ojos intentando soportarlo y su madre se echó a llorar por el sufrimiento de su rostro. —Lo sabía. Me di cuenta de que le amabas por cómo preguntabas por él cuando llegaste. Lo siento tanto...

Miró sus ojos negros. —No lo sientas, madre. Todo es culpa mía. Tenía que haber aceptado mi destino.

—No, cielo —dijo angustiada—. Jamás aceptes que nadie te haga daño. No seas como yo. Júramelo. Júrame que nunca serás como yo.

—¿Y eso de qué servirá, madre? Si no somos nada para ellos. —Se tumbó cerrando los ojos queriendo dormir para olvidar su destino. —No sirve de nada. Nunca seremos importantes para ellos. Nos venden a su conveniencia y si morimos no nos lloran porque les da igual.

Su madre iba a decir algo, pero no fue capaz al ver como una lágrima corría por su sien. Su hija, su fuerte hija estaba destrozada y no sabía cómo ayudarla.

Capítulo 8

Stew miró a los ojos a Odara mientras escuchaba los gritos de su Laird. La chica abrió los ojos como platos al escuchar como la llamaba puta. Él se apartó y susurró —No me esperes esta noche.

—Pero...

Apretó los labios. —Tengo que hablar con él.

—¿Puedo ir a verla? —le suplicó con la mirada. Stew sonrió porque estaba preciosa vestida de mujer. Iba a tener problemas como no se casara pronto con ella.

—Sabes que lo tienes prohibido. Vete a la cama.

—¡Mi amiga me necesita! —protestó, pero él la ignoró para salir de la habitación temiendo que su Laird se volviera a emborrachar como las dos noches anteriores.

Bajó los escalones que llevaban al salón y allí estaba en la cabecera dejando que Janet le sirviera otra jarra de cerveza. Juró por lo bajo al ver que la sentaba en sus rodillas y la besaba en el cuello mientras sus tías abuelas jadeaban por su descaro. Se acercó a él y se sentó frente a Artek que tampoco parecía muy contento. Brice entró en ese momento en el salón y parecía furioso. Otro que había discutido con su mujer.

Se sentó a su lado y gritó pidiendo cerveza.

Grant levantó una de sus cejas rubias apartándose del cuello de Janet. —¿Problemas, amigo?

—Esa mujer es insoportable —respondió antes de beber su jarra de golpe.

Stew se mordió la lengua. —Entonces haz como el Laird y repúdiala. Es muy sencillo. ¿No ves cómo manosea sin ningún pudor a otra mujer que no es su esposa en presencia de todos?

Grant se tensó y apartó a Janet de su regazo. —¿Qué has dicho?

Le miró sorprendido. —¿Acaso he dicho algo que no sea cierto, Laird? —Miró a Janet con desprecio. —Lárgate de aquí. Tenemos que hablar.

La chica jadeó. —¿Vas a dejar que me hable así, marido?

Grant giró la cabeza hacia ella. —¿Qué has dicho? —preguntó con voz lacerante.

Janet se sonrojó sabiendo que había metido la pata—. No, nada.

—¡Largo de aquí! —Golpeó la mesa con el puño y Stew sonrió divertido mientras se alejaba. Fulminó a Stew con la mirada. —No lo sé, pero me da la sensación de que quieres provocarme.

—Cuidado Stew... —le advirtió Artek muy tenso porque se estaba metiendo en terreno pantanoso.

—No me adviertas, amigo. Sé muy bien lo que hago. —Bebió de su cerveza antes de mirar a su Laird. —¿Putas? —Grant entrecerró los ojos. —¿Has llamado putas a tu mujer porque tu hija ha entrado en su habitación para conocerla?

—¡Métete en tus asuntos!

—No hace falta que la maltrates para afianzar tu rencor hacia ella y no sentir remordimientos cuando quede desamparada después de curarse —dijo con desprecio—. Al menos ten las agallas para echarla sin hacerla sufrir más.

Grant se levantó de su silla con tal fuerza que la tiró del impulso y se puso ante su amigo con los puños cerrados como si se estuviera conteniendo. Sus amigos hicieron lo mismo y Artek dijo —Contrólate, Laird. Es obvio que te está provocando.

—¿Provocando? —Stew se echó a reír bebiendo de nuevo. —Ni se me ocurriría provocarle. No vaya a ser que me repudie a mí también. Pero si lo ha hecho con la esposa que hemos perseguido por la mitad de Escocia y por una mujer que yo creía que amaba, a mí puede matarme ahora mismo e irse a dormir tan tranquilo. —Se echó a reír. —La llama mentirosa. Cuando ella fue sincera en lo que le dijo. Jamás le mintió. ¿No es cierto, Laird? —Artek le miró sorprendido. —Oh, sí. Lo que ocurre es que no dijo toda la verdad, pero no le mintió. Sin embargo, nuestro Laird sí que mintió a su mujer. ¿Lo recuerdas Brice? —Se echó a reír. —Le dijo que no tenía hijos. Tengo la habitación de al lado y pude escuchar la sorpresa de su mujer cuando Torrie le dijo que era tu hija.

Brice apretó los labios. —Es cierto que no se lo dijiste...

—¡Quería decírselo cuando llegara! —vociferó Grant furioso.

—Esa omisión no es tan grave como omitir quien es el padre de Sine —dijo Artek—. Hablamos de vidas en juego.

—Díselo a mi mujer —dijo Brice asombrado—. Le aparezco con seis hijos y me saca los ojos.

Stew se sorprendió por la defensa de Brice, pero no iba a rechazarla. Sine necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir. Miró a su Laird. —¿Ahora vas a pegarme para sentirte mejor? No vas a tener razón porque me des un puñetazo.

O quizás sí. —Se levantó suspirando. —Vamos, comprobemos el resultado.

—¡Te prohíbo que hables más de ella! —le gritó a la cara.

—Me lo prohíbes... —Chasqueó la lengua. —Bien, pero antes tengo algo que preguntar. —Su Laird se tensó aún más si eso era posible mientras todos retenían el aliento. —¿Por qué te casaste con ella?

Grant perdió el color de la cara. —¿Qué quieres decir?

—Podías haberla tomado en cualquier momento. Estaba sola e indefensa en un bosque. Pero la perseguiste desesperadamente. Vi tu sufrimiento cuando creías que había muerto. Fuiste a buscar a su madre. Te enfrentaste a un clan por ella. ¡De no querer casarse ni muerto, pasaste a no querer perderla bajo ningún concepto! ¿Por qué, Grant? ¿Qué hizo que te casaras si no tenías por qué? ¿Por qué la has cuidado y traído hasta aquí? ¿Por qué no abandonarla en el bosque? ¿O en las tierras de los McAngus? ¿Por qué traerla aquí donde está protegida por nuestros colores?

Todo el salón esperó impaciente su respuesta y Grant siseó —Creí que hacía lo que era mi deber.

—¿Cómo ahora, Laird? ¿Tienes que echarla para protegernos a todos? ¿Por nuestra seguridad?

—Fuera de mi casa —dijo con rabia dando un paso hacia él.

Stew le miró como si le hubiera decepcionado. —Muy bien. Pero yo sí que me llevo a mi mujer. —Se volvió y se sorprendió de ver allí a Odara al lado de Iblis que estaba pálida.

—¿Qué haces ahí! ¡Tienes prohibido salir de tu habitación! —gritó el Laird.

Se encogió de miedo. —Mi hija ha vomitado. Se encuentra mal —susurró casi sin voz.

Las gemelas se levantaron a toda prisa y cogiéndola por el brazo subieron todo lo rápido que podían. Stew alargó la mano y Odara se acercó a él corriendo. —¿Has visto esa reacción? —preguntó su amigo haciéndole palidecer—. ¿Esa es una mujer fría y calculadora que te ha manipulado para conseguir tu ayuda? ¿Cuando ni sabían si iban a salir con vida del clan de los McAngus? No, es una mujer asustada que busca sobrevivir y que ha criado a una hija valiente a pesar de las circunstancias. Entiendo tu postura, Laird. Debes cuidar de nuestro bienestar. Esa es tu función. Pero también eres un hombre y tienes un deber todavía mayor hacia tu mujer y tu familia. —Besó a su Odara en la sien. —Vamos, preciosa. Mi madre estará encantada de acogernos.

Grant pálido le vio salir del castillo y al mirar a los suyos estos agacharon la cabeza. —¡Largo de aquí! —gritó furioso—. ¡Todos fuera!

Brice y Artek fueron los únicos que se quedaron y vieron como Grant furioso cogía una silla y la estampaba contra la pared intentando sacar todo lo que se había reprimido con Stew. De espaldas a ellos y respirando agitadamente puso los brazos en jarras.

—Stew te quiere como a un hermano, Laird —dijo Brice preocupado—. No lo ha dicho en serio.

—¡Lo ha dicho muy en serio! —gritó volviéndose—. ¡Soy el Laird más temido de las Highlands y voy a echar a mi esposa de mis tierras por temor! ¡Temor por los míos y por perder lo que mi hijo heredará el día de mañana!

Brice apretó las mandíbulas porque era evidente que estaba sufriendo como aquella vez al lado del río cuando creía que estaba muerta, pero sabía que tenía razón. No tenía otra opción más que decir que no la había encontrado. —¿Y si llegan antes de que se recupere?

En ese momento bajó Plaisley y su Laird la miró como si esperara noticias. —Es por el tónico. No tiene importancia. Voy a por agua.

Artek la miró a los ojos y vio como asentía antes de alejarse. —Entonces tendremos que esconderla —respondió a Brice antes de sentarse—. Deberíamos hablar de ello seriamente. Laird, desde que interrogaste a su madre no hemos hablado de este asunto y no debemos retrasarlo más.

—No hay nada que hablar. Se irá en cuanto se reponga —dijo su Laird yendo hacia las escaleras como si no quisiera pensar más en su mujer.

Brice suspiró sentándose ante su amigo. —Sabía que nos daría problemas.

—Habla con Stew, Brice... Que no le presione más. Bastante se tortura él mismo como para que Stew le provoque.

Le miró sorprendido. —Stew no ha mentado en ningún momento.

—Lo sé. Precisamente por eso. La ama, aunque no quiera reconocerlo. Pero no es libre para elegir. No es libre para dejarse llevar. Tiene una misión en la vida y debe cumplirla a pesar de lo que siente. ¿Un clan? No es problema. Varios clanes aliados contra nosotros será nuestra muerte y no debe consentirlo. Ni por su mujer ni por nadie. Por mucho que la ame debe deshacerse de ella y lo sabe muy bien. —Se pasó la mano por la nuca. —Solo deseo que se recupere cuanto antes para que se vaya de aquí y todo esto acabe de una buena vez.

Brice miró su jarra pensativo y el rostro de su mujer apareció en su mente. Esa preciosa pelirroja que le hacía la vida imposible. Se levantó lentamente. —Me voy a casa.

—Descansa. Aprovecha mientras nuestros enemigos nos dejen.

Sine sacó las piernas de la cama y su madre cogió sus manos. —Vamos, hija. Es el momento de saber cómo está.

Se puso de pie con su ayuda y caminó lentamente. No sentía dolor lo que fue un alivio. Con cuidado fue hasta la chimenea y regresó a la cama. —Muy bien, hija —dijo su madre encantada. —Tienes que fortalecer la pierna antes de irnos. Espero que no nos echen antes. Practicaremos de noche que nunca nos molestan. —Guiñó un ojo arropándola de nuevo.

Asustada por lo que le depararía el futuro no dijo palabra y su madre la miró extrañada. —¿No estás contenta?

—Sí, por supuesto. —Cogió su mano y la acarició pensativa. Seguramente cuando se fuera no la vería más. La echaría tanto de menos... La miró emocionada. —Es estupendo. Casi no cojea.

Iblis sonrió. —Te recuperarás. Eres muy fuerte. —Amplió su sonrisa. —Estás hermosa.

—Mamá...

Su madre se echó a reír. —Has cogido peso y el descanso te ha venido bien. No hay mujer más hermosa en toda Escocia.

—¿Me buscarás marido?

Su madre perdió la sonrisa poco a poco. —No. No necesitas ningún hombre. Iremos junto a mi hermano y allí serás feliz. Ya verás como sí.

Asintió sin quitarle la razón, pero no podía decir la verdad. Esa terrible verdad que la torturaba día y noche. Entonces escuchó un sonido agudo y su madre se levantó de golpe corriendo hacia la ventana. Sine se miró las manos. Esperaba tener unos días más con ella antes de separarse para siempre. —Viene alguien —dijo su madre preocupada sin dejar de mirar al exterior. —Los hombres se están armando. —Se volvió para mirarla. —¿Serán los McAngus?

—No lo sé, mamá.

En ese momento se abrió la puerta y las gemelas entraron en la habitación con una tela entre sus manos. La dejaron sobre la cama en silencio y ella susurró —Gracias. Mi madre...

—La esconderemos. Diremos que ha muerto. Tú eres el centro de todo y es a ti a quien quieren. A tu padre le dará igual que haya muerto.

Iblis las miró sin comprender. —¿De qué habláis?

—Madre...

Asustada se acercó. —¿Qué ocurre? —preguntó poniéndose nerviosa.

—Hazles caso, madre. Quiero salir de aquí sabiendo que tú estás a salvo.

—¿Salir de aquí? ¿Nos vamos ahora?

—Me voy sola.

Iblis perdió todo el color de la cara. —¿Cómo que sola? —El cuerno volvió a sonar. —Dios mío, ¿quién está al otro lado de la empalizada?

Se levantó mirando sus ojos negros. —Padre ha venido a buscarme.

—¡No! —gritó Iblis llevándose la mano al pecho—. No puedes... ¿Estás loca? ¡Te matará por avergonzarle! —Miró a las mujeres buscando ayuda, pero estas agacharon la mirada. —¿Por qué? —gritó desquiciada.

—Madre, tranquilízate por favor —dijo asustada por ella—. Debo ir con él para proteger al clan.

—¿Qué clan? ¿El que nos echa? ¿Este clan?

—Ellos nos han ayudado en lo que han podido. No puedo dejar que nadie sufra por mi causa si puedo evitarlo.

Su madre la miró con lágrimas en los ojos. —Iré contigo y...

—¡No! —dijo tajante—. Padre te matará de inmediato mientras que a mí no me hará nada porque soy la prometida de McGugan.

—¡Te matará, solo está aquí por orgullo! ¡Como el maldito orgullo de tu marido, que te echa a los perros para salvar su trasero ante el clan! —gritó fuera de sí.

En ese momento entró Artek en la habitación y la miró muy serio. —Es la hora.

Asintió mientras su madre gritaba de dolor y cerró los ojos sin poder soportarlo. Artek se acercó a Iblis en dos zancadas y la cogió en brazos. —¡No! ¡Quiero ir con ella! ¡No! ¡Mi niña, sé fuerte! —gritó alejándose—. ¡Lucha! ¡Te quiero! ¡Eres mi vida! ¡Te esperaré!

Las lágrimas corrieron por sus mejillas e intentando ser fuerte se quitó el camión porque era hora de enfrentarse a su destino. Plaisley se acercó a ella y le tendió el vestido interior. —Haces lo correcto. No flaquees ahora.

Le arrebató el vestido siseando —Más te vale que cuidéis a mi madre porque si no...

La gemela sonrió. —¿Volverás? —La miró con rencor antes de ponerse el vestido. —Espero que vengas a comprobar su estado cuando todo esto haya pasado.

Sintiendo un nudo en la garganta susurró —Cuidadla, por favor.

—Te aseguro que aquí estará a salvo. No debes preocuparte por ella. Preocúpate por sobrevivir.

Grant caminó por la empalizada con la espada en la mano viendo el ejército que rodeaba su clan. Brice se puso a su lado. —Como suponíamos se han enterado.

—Era lógico. Los hombres Calhoun tenían que pasar por las tierras de los McAngus para regresar a casa. Era probable que pasaran allí la noche y se enteraran de todo. —Vio los colores de los McGugan. —Al parecer viene a por su prometida —dijo con desprecio.

—Debe haber uno de los nuestros por cuatro de los suyos o más —susurró Brice impresionado—. Nunca había visto nada igual.

—Seguro que los bastardos del otro lado del mar han salido corriendo. Algo bueno ha tenido esto —dijo irónico.

Brice le miró de reojo. —¿Qué hacemos?

—Nada de momento. Esperemos a ver qué hacen.

—Si todos atacan a la vez será imposible retenerlos, Laird. Deberíamos esconderla por si entran.

—No atacarán sin explicar sus motivos. No pueden estar seguros de que esté aquí. Que la escondan en el sótano de alguna de las casas antiguas. Allí no la encontrarán.

Mientras su amigo daba la orden tres hombres a caballo se acercaron desde distintos puntos del valle. Los Lairds. Grant apretó los puños con ganas de matar al ver a Cameron Calhoun. Tenía que haberle matado cuando le había visto la última vez. Al menos Sine hubiera sido libre.

—Mi caballo.

—No salgas, Laird.

—Quieren hablar. Veremos qué nos dicen.

En ese momento escuchó un grito y Grant se volvió para ver que dos hombres abrían las puertas. —¿Qué rayos están haciendo? —Corrió hacia las escaleras y cuando estaba a la mitad se detuvo en seco al ver como Sine salía del castillo vestida de verde y con su precioso cabello negro suelto. Cojeaba ligeramente, pero estaba tan hermosa que quitaba el aliento y sin poder creérselo vio como atravesaba la aldea intentando aparentar que era fuerte. Se le retorció el corazón por como levantó la barbilla mientras Artek le decía algo. Sine asintió sin detenerse. —¿Qué están haciendo? —gritó bajando los escalones que le quedaban para llegar abajo. Corrió hacia ellos y se interpuso en su camino sorprendiéndola. —¿Qué haces? —le preguntó a Artek que estaba a su lado—.

¡He dado orden de que se esconda!

Su hombre se enderezó en toda su estatura. —Ha decidido entregarse, Laird. Y creo que es lo mejor.

—¿Estás loca? ¡Te van a matar! —La cogió por el brazo. —Vuelve dentro.

—¿Y a ti por qué te preocupa mi destino? —preguntó con desprecio soltando su brazo—. No soy tu esposa, no soy nadie para ti. Solo una puta que te ha complicado la vida y que ha puesto a tu clan en peligro. —Le miró a los ojos antes de escupirle a la cara. —Soy libre para hacer lo que me plazca y antes de quedar desamparada como tú deseas, prefiero regresar con mi padre. Me he dado cuenta de que él sabe lo que es mejor para mí.

Sine pasó ante él viendo cómo se tensaba con fuerza apretando los puños como si intentara contenerse por su insulto ante su clan. Se pasó el dorso de la mano por la mejilla y el corazón de Sine se retorció en su pecho al ver como el rencor oscurecía sus ojos grises. De la que se alejaba susurró —Adiós, marido.

—Has hecho bien —susurró Artek a su lado—. No sé cómo darte las gracias... —Llegaron a la puerta y el hombre perdió el habla al ver a los tres hombres a caballo. Su padre sonrió con una maldad que ponía los pelos de punta mientras que el que debía ser su prometido la miraba entre la sorpresa y la furia. Solo el Laird McAngus se mantuvo con la mirada fría y sin mover el gesto. —Te acompañaré.

—No —susurró muerta de miedo—. No tienes por qué. No soy nada vuestro.

Él miró su perfil sorprendido y vio lo pálida que estaba. Sine se alejó lentamente sin dejar de mirar a su padre a los ojos, que enderezó la espalda sin perderla de vista. No pudo menos que admirarla. Caminó ella sola colina arriba para encontrarse con lo que seguramente sería su muerte y no mostró un solo signo de debilidad en ningún momento.

Grant apretó los puños viendo desde lo alto de la empalizada al igual que todos los demás como se acercaba a los que les amenazaban. Vio como tropezaba con su pierna herida subiendo la colina, pero apenas lo aparentó llegando hasta el caballo de su padre y deteniéndose ante él. Viendo cómo se observaban el uno al otro apretó la empuñadura de su espada sintiéndose un miserable porque sabía que la había abandonado por simple cobardía. Nunca se hubiera imaginado que se comportaría así con su propia esposa y ver como Sine se enfrentaba a todos le hizo sentirse un maldito cobarde que no podía ni proteger a su mujer cuando era su deber.

Sine miraba los ojos de su padre que con ese silencio solo quería ponerla nerviosa para disfrutar de su sufrimiento. Pero al ver que no movía el gesto perdió la paciencia como siempre acercándose hasta casi atropellarla con el caballo y dándole un fuerte bofetón que la tiró al suelo. Escupió la sangre sobre la hierba y mirándole con odio se levantó lentamente colocándose a su lado, ignorando los gritos de guerra desde la empalizada.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó furioso.

—Muerta. Murió en la huida del clan McAngus.

Su padre entrecerró los ojos. —Mientes. ¿Está dentro?

—No miento, padre. Sabes que nunca te he mentado.

Cameron entrecerró los ojos. —Sin embargo escapaste.

—¡A mí me mentiste! —dijo McAngus ofendido—. ¡No estabas comprometida con el Bendecido! ¡Tu padre me lo ha dicho!

Le fulminó con la mirada. —¡Le mentí porque quería abusar de mí, padre! ¡Tuve que decir que era la prometida de McInnis para que no me tocara!

El hombre se sonrojó. —¡Mientes, puta!

—¡Y se ha quedado con tus joyas, padre! Se las robó a madre la primera noche y la golpeó. ¡Por eso intenté escapar! ¡Buscando ayuda para madre y para mí! Los McInnis me acogieron. Por eso salgo para que no les dañéis porque fueron los únicos que me ayudaron como aliados tuyos que son.

Cameron volvió la vista hacia McAngus que negó con la cabeza. —Miente. ¡Es una zorra que ahora intenta librarse del castigo!

—¿Por qué no sale el Laird McInnis? —preguntó Brody McGugan.

Ella le miró. Sabía que era su prometido porque el Laird McGugan era mucho mayor. Lo sabía por lo que contaba su padre de las fiestas en su clan. Le miró atentamente y se estremeció por sus ojos castaños. Era un hombre que no perdonaba un error. Era un hombre como su padre. La mataría a palos si pudiera por haber escapado de él. De eso estaba segura.

—Se ha dado cuenta de que venís a guerrear y simplemente ha abierto la puerta para que comprobéis que él no tiene nada que ocultar. A mí no me retiene nadie —dijo retando a su padre con la mirada centrando en ella su furia.

Su padre hizo que su caballo se pusiera a su altura y la cogió por la melena furioso. —¿No te retiene nadie, hija? ¡No eres libre de elegir! —Tiró más de su pelo creyendo que se lo arrancaría y Sine cerró los ojos mordiéndose la lengua para no gritar. —¡Has provocado la muerte de tu madre y has huido de tu

prometido y de mí que te di la vida! ¡Esto lo vas a pagar! —Volvió su caballo sin soltarla y le preguntó a su prometido con desprecio —¿Todavía la quieres?

Brody entrecerró los ojos reteniendo su caballo. —Tu hija ya no es pura, Laird. No quiero que una zorra a la que ha tocado McInnis sea mi esposa. Se me revuelven las tripas solo de pensarlo. —Sacó su espada de la vaina y acercando su caballo se la puso bajo la barbilla levantando su rostro antes de que la punta de su espada bajara por entre sus pechos. Sine gimió al sentir el frío acero cuando pasaba por su vientre antes de dejar caer el brazo. —Es tan hermosa... pero eso no lo pasaré por alto.

—¿Ya no eres pura? —Tiró de su cabello de un lado a otro. —¡Mírame! —Asustada le miró a los ojos. —¿Eres pura? ¡Contéstame! ¡Y como me mientas, te juro que lo descubriré! ¡Atrévete a mentirme si te atreves! ¿Eres pura?

Si decía que no la mataría en el acto porque como acababa de decir ya no le serviría para nada. —Sí, padre. Lo soy.

—Miente, Cameron —dijo Brody divertido—. Es una zorra sibilina. Miente muy bien.

Su padre le dio otro fuerte bofetón que la tiró al suelo. Sine apoyándose en los antebrazos sintió que le había roto el interior de la mejilla y la sangre salió de su boca manchando su barbilla.

Los cascos del caballo de Brody se pusieron ante ella. —Nadie se creería que Grant el Bendecido no te ha tocado. No hay un solo hombre en las tierras de Escocia que se resistiría a tenerte con las piernas abiertas solo para su placer. Mientes. Has sido su amante, ¿no es cierto?

—¡No! —gritó sabiendo que no saldría viva de allí y pensó en su hijo. Sus ojos se llenaron de lágrimas de la impotencia levantando la vista hacia él—. ¡No me ha tocado!

Brody la miró furioso. —¡A tu padre puedes mentirle, zorra, pero a mí no!

Se bajó del caballo y la agarró por el cabello levantándola. Tiró de sus faldas hacia arriba y Sine gritó de miedo al ver que su padre observaba divertido desde el caballo mientras esa bestia le metía la mano entre las piernas, tocándole el interior de sus muslos hasta llegar a su sexo. Gritó cuando una flecha le atravesó la garganta y atónita vio como la punta de hierro había quedado justo ante su cara. Una gota de sangre cayó de la punta manchando su vestido verde y gritó empujándole por el pecho temiendo que le cayera encima. Sin aliento miró hacia la barricada mientras todos se tensaban sacando sus armas y las lágrimas corrieron por sus mejillas al ver a Grant con el arco en la mano. Su rostro estaba tenso por la furia y la miró a los ojos antes de alejarse dándole la espalda.

Asustada miró a su padre y dio un paso atrás al ver que tenía la espada en la mano. —Ven aquí —siseó él con ganas de matarla.

—No, padre. ¡Yo no tengo la culpa!

—¡Todo es culpa tuya! ¡Si no te hubieras escapado, esto no habría pasado!

—Cameron, se disponen a salir y esto no me gusta —dijo McAngus haciendo que su caballo retrocediera.

Los hombres McGugan emitieron un grito de guerra y se lanzaron al ataque. McAngus negó con la cabeza a sus hombres que se quedaron en su sitio.

—¡Maldito cobarde! —gritó Cameron antes de coger a su hija por la cintura para levantarla y colocarla ante él para evitar las flechas. —¡Al ataque! —gritó su padre estremeciéndola. Los hombres de su clan corrieron a la empalizada con las espadas y los escudos en las manos. No había podido evitar la lucha. Era culpa suya. Si no hubiera mentido ahora estaría muerta y el clan estaría a salvo. Su madre y Odara estarían a salvo. Y Grant y los niños.

Su padre se alejó a caballo y ella vio como varios de los suyos morían por las flechas McInnis. Impresionada por como intentaban trepar por la empalizada y les tiraban brea ardiendo apartó la mirada. —¡Van a morir todos! —gritó furiosa.

—¡Cállate! —Volvió su caballo para ver la lucha. —¡Esto es culpa tuya! ¿Crees que voy a dejar que ese cabrón me humille?

Los McAngus no se movían viendo como sus aliados morían. De estar en clara ventaja, con su cobardía había provocado que los otros clanes estuvieran cayendo uno por uno. Estaban claramente desorganizados y Grant daba órdenes desde la empalizada. Al ver como Avalbc caía de su caballo con una flecha entre los ojos su padre gritó —¡No!

—Sufres más por ese cerdo que por tu mujer —dijo con desprecio—. Eres todo un hombre.

La agarró por el cabello con furia y la tiró del caballo. —¡Puta! ¡Voy a matarte!

Gimió por el golpe que recibió su pierna y levantó la mirada furiosa. —Maldito cobarde. ¡Si quieres destronar al Bendecido, ten las agallas para luchar como un hombre y únete a tu gente!

Furioso levantó su espada y Sine cerró los ojos dispuesta a morir, pero cuando su espada no la traspasó le miró sorprendida. Su padre miraba tras ella asustado y Sine volvió la cabeza sobre su hombro para ver al menos a cuarenta hombres armados. Se le heló la sangre al darse cuenta por sus vestimentas que no eran escoceses. Iban con los torsos al aire y solo llevaban pantalones de cuero y botas de piel que les llegaban a las rodillas. Sus cabellos eran muy largos y

todos tenían barbas espesas. Eran vikingos y uno con un largo cabello rubio, grande como una torre, dio un paso al frente mirando a su padre con odio. —Nos has decepcionado, viejo.

—No ha sido culpa mía. ¡Hice lo que me dijisteis!

Asombrada miró a su padre. —¡Estás aliado con ellos! ¡Con unos asesinos y unos ladrones! ¡Eres un traidor a tu raza!

—¡Cállate!

McAngus se acercó a ellos sonriendo. El vikingo le tiró una saca y McAngus sonrió. —Muchas gracias.

—¡Perro! —gritó ella con rabia viendo cómo se alejaba con sus hombres, dando la espalda a la lucha y bajando la colina. No entendía nada. Asombrada vio cómo se iban en lugar de ayudar a los que estaban abajo. ¿Qué pretendían?

El vikingo se acercó furioso y su padre alejó su caballo asustado. —Todo ha sido una trampa. Querías mermar mis defensas.

—No me gusta hacer tratos con traidores. Suelen apuñalarte por la espalda. —Sonrió irónico. —Lo que no esperaba, era que ocurriera tan rápido y encontrarme a esta belleza.

Sine parpadeó sin entender una palabra.

—¡Se escapó de casa antes de la boda y de formar una alianza! Pero el resultado ha sido el mismo. Les hemos atacado. — A Sine se le cortó el aliento. Ella no le importaba en absoluto. Solo querían atacar a Grant para debilitarle ante esos monstruos.

El vikingo sonrió agachándose y sin quitarle la vista de encima a su padre, la cogió por el brazo levantándola. Sorprendida le golpeó en el pecho, pero él ni se inmutó. Chilló cuando un hombre la cogió por la cintura alejándola de ellos y se la llevó como si no pesara nada, dejándola caer entre los hombres que seguían muy tensos mirando a su padre.

—Sabía que no podía fiarme de ti. —El vikingo sonrió. —Así que querías matarnos después de matar a McInnis. Al parecer querías quedarte con todo.

—¡Eso es mentira! Te lo habrá dicho el cabrón de McAngus para que le dejarais en paz.

—¿Acaso tus hombres no pasaron por sus tierras en la última luna llena? —gritó furioso—. Después de nuestro acuerdo... —Negó con la cabeza. —Conmigo no se juega, viejo. Y ahora vas a pagar las consecuencias.

A Sine se le cortó el aliento viendo en sus ojos azules que su padre iba a morir de manos de ese hombre y no sentía ninguna pena por él.

—¡La buscaban a ella! —gritó su padre asustado. Miró hacia atrás como si

buscara ayuda, pero estaba solo.

—¡Mientes! ¡Solo fueron a comprobar las defensas McInnis como les ordenaste! ¡Y después fueron a ver a los McAngus para comprobar que seguían estando de su lado! ¡Fue cuando se enteraron de que tu hija había pasado por allí! No te importó encontrarla en ningún momento porque así tenías la ayuda de los McGugan por su desaparición. —Señaló la empalizada. —Y conseguiste lo que querías, pero no te ibas a detener ahí y a mí no me traiciona nadie.

Su padre asustado hizo caminar hacia atrás el caballo. —¡Estás equivocado, Hilmar! ¡No soy estúpido! ¡Solo quería ser el clan más poderoso de las Highlands! ¡Tú te hubieras quedado con sus riquezas! ¡Con las riquezas de todos como quedamos!

Sine apartó la mirada avergonzada de llevar su sangre. No solo era un perro traidor a su pueblo, sino que era un cobarde mentiroso porque su mirada le había delatado. Hilmar atravesó con la espada el cuello del caballo que se desplomó ante él y cogió de la barba a su padre poniéndole delante su corta espada. —Si hubiera sido así, nos hubieras esperado a mis hombres y a mí como quedamos, cabrón. McAngus me ha contado como al terminar aquí, pensabas ir a la costa donde atracarán mis barcos. ¡Querías tendernos una emboscada y quedar como héroes ante los vuestros, pero él no es estúpido y ha confesado! ¡Sabe que eres un maldito borracho que tiene aires de grandeza!

A Sine se le heló la sangre. Barcos. Dios, iban a invadirlos para robar todo lo que pudieran. Tenía que avisar a Grant. Dio un paso atrás y chocó contra un duro pecho. Asustada miró hacia atrás y tuvo que levantar la mirada para ver a un hombre con una espesa barba negra que gruñó. Sine forzó una sonrisa. —Perdón. —Él volvió a gruñir de nuevo. —¿Puedo irme? —El vikingo negó con la cabeza. —Me lo imaginaba. —El gemido de su padre le cortó el aliento y mirando los ojos del vikingo que tenía delante susurró —¿Ha muerto?

—Estás mejor sin él.

—¿Seguro?

El hombre asintió antes de mirar sobre su cabeza. —Hilmar, van a salir.

El jefe se volvió con la espada ensangrentada en la mano y Sine perdió todo el color de la cara al ver a su padre con el vientre abierto intentando retener sus tripas. Gritó del horror y Hilmar corrió hacia ella cogiéndola por los muslos para subirla a su hombro. Se sujetó a su cinturón y levantó la vista para ver como Grant salía a caballo por la puerta de la empalizada luchando con su espada para librarse de sus enemigos. Gritó asustada cuando un hombre con un hacha le atacó. Grant se inclinó hacia atrás esquivándole y le atravesó con la espada antes

de mirar hacia la colina. Escuchó su grito desde allí, pero le perdió de vista cuando los vikingos descendieron la colina corriendo. Gritó cuando sintió que volaba y gimió de dolor cuando se golpeó el costado contra el lomo de un caballo. Maldito bruto. Se subió tras ella y la sujetó por la espalda del vestido agarrándole el cabello. —Procura no caerte. No te recogeré.

Sine abrió los ojos como platos. ¡Era su oportunidad de escapar!

—¡Kjell! ¡A la cueva!

—Sí, Jarl.

Se lanzaron a galope y gimió cuando le tiró del cabello varias veces. Estaba saltando sobre el caballo. Aquello no debía ser nada bueno para su bebé. Se revolvió gritando cuando sintió que le arrancaba un mechón de cabello, pero aun así no se detuvo y cayó al suelo rodando sobre la hierba.

—¡Mujer! —gritó furioso deteniendo el caballo a unos metros y volviéndose.

—¡Jarl, se acerca!

Ella levantó la cabeza mirando hacia la colina y vio a Grant y a Stew descendióla a toda prisa. El vikingo se agachó intentando cogerla de nuevo, pero Sine se arrastró por debajo del caballo antes de levantarse y salir corriendo lo que podía con su pierna como la tenía. Chilló cuando la cogieron por el torso y se sujetó al brazo que la elevó sentándola ante él antes de salir a galope de nuevo. Miró hacia atrás y escuchó el grito de rabia de Grant. No debían acercarse. Era una locura. Eran muchos contra solo dos. Cerró los ojos mirando al frente y susurró sintiendo que el terror la recorría —No les matéis, por favor.

Tiró de su cabello hacia atrás haciendo que le mirara a los ojos. —¿Les quieres vivos? Pues haz lo que te digo o te juro por Odín que les destriparé como a tu padre. Vuelve a intentar escapar y no quedará piedra sobre piedra de ese maldito sitio.

Pálida asintió y él le soltó el cabello azuzando su caballo cuando llegaron a una pradera. Entonces sus hombres se dispersaron cada uno por un lado y ellos siguieron de frente. —¡No les matéis! —gritó temiendo que les tendieran una trampa.

—¡Cállate, mujer!

Asustada miró hacia atrás pero no les vio y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se adentraron en el bosque y supo que no les seguían. Su temor por ellos hizo que las lágrimas corrieran por sus mejillas. El vikingo no se detuvo y ella perdió la noción del tiempo sumida en sus pensamientos. Cuando aminoró la marcha vio un río ante ellos y el vikingo sin descender del caballo dejó que su montura bebiera. Ahí fue consciente de que estaban solos y empezó a asustarse porque él

no decía palabra. Miró la crin del caballo y se le cortó el aliento cuando él cogió un mechón de su cabello. —Eres hermosa. —No contestó sin saber qué decir. — ¿Eres suya?

Sabía que se refería a Grant y respondió rabiosa —¡Sí! —Con sorpresa escuchó su risa y sorprendida miró sobre su hombro. —¿De qué te ríes?

—¿Eres de un hombre que te ha expuesto a la muerte? —Se rió aún más. — Mujer eres demasiado fiel.

—¿Qué sabrás tú de fidelidad! —Apartó la mano de su cabello. —¡Y no me toques!

Él perdió la sonrisa de golpe y la cogió por la nuca acercándola a su rostro. —Sé mucho de fidelidad y sé mucho de muerte. ¿Quieres que te lo demuestre?

—¡Púdrete! —gritó en su rostro sorprendiéndole.

Hilmar miró su boca y ella chilló intentando apartarse, pero él atrapó sus labios haciendo que abriera los ojos como platos. No era desagradable del todo. De hecho... Él se apartó mirándola con el ceño fruncido como si estuviera furioso. —¡Abre la boca!

—¡No! —contestó indignada.

Gruñó atrapando su boca de nuevo y la besó cogiéndola por la cintura para pegarla a él. Sorprendida abrió la boca y la invadió saboreándola de una manera que le provocó un vuelco en el estómago. Sine frunció el ceño confundida antes de que acariciara su lengua y gimió cuando su mano llegó a su trasero amasándolo con pasión. Gritó asustada al sentir su miembro contra su muslo y él se apartó con la respiración agitada mirándola con esos ojos azules como si quisiera devorarla. —No eres suya. Aún no.

Sin más cogió las riendas y siguieron su camino. Confundida se llevó su mano temblorosa al cuello mientras miraba al frente. Sentía que su corazón galopaba. ¿Qué había ocurrido? Iba a tener un hijo de Grant. O eso dijeron las gemelas. Se había entregado a él. Era su marido. Aunque la había repudiado y la hubiera echado si hubiera tenido tiempo. Si su padre no hubiera llegado seguramente en unos días estaría con su madre por esas tierras sin tener ni idea de a dónde ir. Había dejado que saliera de la empalizada entregándola a esos perros. Dios... Confusa se pasó la mano por la frente. No sabía qué pensar. Es cierto que Grant se había interpuesto en su camino para evitar que se entregara, pero la había dejado ir por proteger a su pueblo. Ella no le importaba. Si les había perseguido seguramente fue porque eran vikingos en sus tierras. El Bendecido tenía fama de acabar con cualquier invasor del otro lado del mar. Les odiaba por haber matado a varios de los suyos incluido su padre. Agachó la

cabeza sintiendo que le traicionaba por haber dejado que ese hombre la tocara. Algo totalmente irracional porque él le importaba tan poco, que en todo el tiempo que se había pasado encerrada en esa habitación no había ido a verla ni una sola vez. No, se equivocaba. Había ido una vez y la había llamado puta y mentirosa, amenazándola para que no volviera a hablar con sus hijos. No, no le importaba en absoluto, pero él sí le importaba a ella, porque cuando en aquella cueva se habían mirado a los ojos, se sintió realmente feliz creyendo que la amaba. Puede que le doliera todo, puede que no fuera la situación ideal, pero al mirar sus ojos se sintió realmente amada y quiso sentir esa sensación el resto de su vida. ¡Tú me amarás! Las palabras de su marido se repitieron una y otra vez en su mente y sus ojos se llenaron de lágrimas muy confusa. ¿Le amaba? No sabía si con todo lo que había ocurrido realmente le había amado alguna vez o si lo que había sentido había sido un espejismo.

Capítulo 9

Durante al menos una hora el vikingo no se detuvo y la mente de Sine no dejaba de dar vueltas a todo lo que había ocurrido. Los ojos de Torrie aparecieron en su mente y sus palabras llamándola madre. No podía tolerar que a aquella niña le pasara nada si podía evitarlo. No podía dejar que su madre, con todo lo que había sufrido en la vida, muriera a manos de uno de esos salvajes o que le pasara algo aún peor. Si podía, debía impedirlo costara lo que costara. Tomó aire por la nariz mirando al frente y se sorprendió al ver el mar.

Él se detuvo al llegar a un acantilado y Sine disimuladamente vio por la posición del sol que habían ido al este. Se preguntó cómo habían conseguido los caballos si habían ido en barco hasta las tierras de Escocia, pero entonces se dio cuenta de que cualquiera de sus aliados podría habérselos proporcionado. Su captor bajó del caballo y Sine se tensó. Hilmar miró hacia ella alargando los brazos con intención de cogerla y reaccionó lo más rápidamente que pudo golpeándole con el pie en el pecho, haciéndole trastrabillar hacia atrás. Sine volvió el caballo y Hilmar furioso la señaló. —¡Ni se te ocurra, mujer! ¡Baja de ese caballo ahora mismo!

Sonrió maliciosa. —Se nota que no me conoces. Nunca me detengo cuando quiero conseguir algo, vikingo. —Hincó los talones en los costados del animal con tal fuerza que éste salió a galope. El vikingo se lanzó sobre ella sujetándole la pierna herida y Sine gritó por la fuerza con la que tiró debido a su peso. Casi cae del caballo y gritó temiendo que se la rompiera de nuevo cuando su bota se deslizó por su pantorrilla. Al ver que se le escurría el vikingo apretó con fuerza y Sine gritó de dolor antes de que la bota se le saliera del pie. Sine miró hacia atrás viendo como el vikingo rodaba por el suelo hasta chocar con una roca perdiendo el sentido y dio gracias al cielo porque eso le daría tiempo. Un tiempo precioso para avisar a los suyos.

Cabalgó lo más aprisa que pudo y al no encontrarse de frente con ninguno de los compañeros de ese besucón sintió alivio. ¿Unos cuarenta hombres y no encontraba a ninguno? Le dio mala espina. Entonces detuvo el caballo pensando

en ello y miró hacia atrás. Él había dicho que fueran a la cueva. ¿Y si su jefe no iba hacia la cueva? Les había ordenado a ellos ir, pero no implicaba que Hilmar la llevara allí. Miró al frente de nuevo. Claro, si querían vigilar a Grant tenían que hacerlo desde cerca de la aldea. Sintiendo que se le helaba la sangre, porque si esos salvajes rodeaban sus tierras iba a ser muy difícil pasar sin ser vista, pensó en qué hacer.

Dentro de la empalizada los McInnis estaban protegidos, pero sin aliados no conseguirían repeler un ataque vikingo si venían más barcos para atacarles. Necesitaban aliados para unirse a la lucha. ¿Pero quién era un aliado de los McInnis? Grant no podía fiarse de nadie, porque igual no les ayudaban para provocar su destrucción como había intentado su padre. Gimió pasándose la mano por la frente. Podía intentar llegar y avisarles, pero si la atrapaban estarían perdidos. Pero ahora eran cuarenta hombres. No sabía cuánto tardarían en llegar los otros. Puede que les diera tiempo a pedir ayuda después de deshacerse de los que ya estaban allí y para eso debía pasar su vigilancia sin ser vista y conseguir llegar a la empalizada.

Sine hizo una mueca. —Llevas jugándote el cuello lo suficiente como para que ya no tenga importancia. Tienes que intentarlo. —Azuzó a su caballo y supo que quedaba poco para el claro en que había visto a Grant por última vez. Descendió de su montura y escuchó antes de mirar las copas de los árboles. Su caballo se alejó unos metros para beber de un riachuelo y agudizó el oído. Nada fuera de lo normal. Se agachó arrimándose a un árbol y a otro hasta llegar al claro. Suspiró de alivio al no ver los cuerpos de Grant y Stew. Si les hubieran matado estarían allí. No se hubieran molestado en esconder los cadáveres. Entonces se le cortó el aliento. Si lo que querían era destruir a Grant y a su clan, ¿por qué no matarle? ¿Por qué no hacer que McAngus se uniera a la lucha y acabar con él cuanto antes? Después podrían haber atacado a su padre y haber terminado el asunto. Frunció el ceño pensando en ello. ¿No querían matar a Grant? ¿Por qué? Se enderezó preocupada. El vikingo estaba furioso. Su padre había alterado sus planes al seguirla hasta allí. Tenían que haber esperado hasta que llegaran sus hombres. ¿Por qué? Si con los tres clanes juntos podrían arrasar la aldea. Solo fue su desorganización y que McAngus no les había ayudado lo único que les había derrotado. Los McGugan no sabían dónde se metían. Solo el clan de su padre y McAngus habían llegado a un trato con los salvajes. Seguramente su padre tenía la misión de convencer al Laird McGugan para que le apoyara en derrocar a Grant. Y lo haría porque estaban cortados por el mismo patrón. Los tres les atacarían pero, ¿y los invasores? Movi6 la cabeza de un lado

a otro negando. No podía ser. Si solo los vikingos les habrían arrasado, ¿por qué aliarse con su padre y los demás? A no ser que no pensaran aniquilar solo el clan de Grant. Su padre le había dicho que se quedaría con la riqueza de los tres, pero igual no se refería los McAngus ni los Calhoun. Tampoco de los McGugan. Una alianza para destruir esa parte de las Highlands. En cuanto se asentaran allí no sería difícil conquistar lo demás. Se le heló la sangre porque su padre como un estúpido había caído en la trampa. Esos hombres querían mucho más que riquezas. Querían sus tierras.

Se llevó las manos a la cabeza intentando averiguar por qué no habían querido matar a Grant cuando tuvieron la oportunidad. Apartó las manos sorprendida. Solo había una manera de averiguarlo.

Escuchó a los hombres cantar alrededor de la hoguera y tras un árbol bien escondida porque era noche cerrada, esperó viendo como los McAngus bebían lo que debía ser algún licor porque varios parecían borrachos. Seguramente era algo parecido al whisky de Odara. Vio al Laird McAngus riendo al otro lado de la hoguera antes de darle un codazo a su hijo, que cayó al suelo haciéndoles reír a todos porque estaba borracho. El chico gruñendo se levantó y caminó de lado haciéndoles reír aún más. Se colocó el kilt sobre el hombro totalmente borracho y fue hasta el bosque. Iba a aliviarse. Entrecerró los ojos y caminó entre los árboles procurando no hacer ruido y se lo encontró de espaldas a ella aliviándose ante un árbol. Vio el puñal en su bota y no lo pensó. Le empujó con fuerza contra el árbol cogiendo su melena y golpeándole de nuevo. El chico perdió el sentido cayendo redondo ante el árbol. Se agachó cogiendo su puñal para meterlo en la única bota que tenía y le agarró por las muñecas tirando de él bosque adentro. Pesaba muchísimo pero no podía dejarle tan cerca de la hoguera. Al escuchar que gemía le dio una patada en la cabeza haciendo que se desmayara de nuevo. Hizo una mueca mirando hacia la hoguera y retuvo el aliento esperando que no la hubiera oído nadie. Pero seguían cantando y ni siquiera habían puesto guardias, lo que indicaba que se sentían muy seguros teniendo en cuenta de que seguían en las tierras de Grant. O al menos eso creía, que también podía estar equivocada.

Cogió sus muñecas de nuevo y tiró de él lo que pudo alejándole lo máximo posible. Ni le echarían de menos todavía. Con tantos hombres celebrándolo, su padre ni se daría cuenta de que su hijo no estaba a su lado. Pensaría que se había ido a dormir. Sacó el puñal de su bota y se sentó sobre él a horcajadas

colocándole el puñal en la garganta. Unos minutos después perdió la paciencia y le arreó un tortazo. Sonó como si fuera un rayo a través del bosque y gimió por lo bajo esperando que no la descubrieran. Cogiéndole por las mejillas susurró — Despierta, idiota. —Le dio dos palmaditas y nada. Mira que si se le fastidiaba el plan por ese imbécil. Frunció el ceño mirando su cara y se acercó para verle mejor. Nada, que no se despertaba. —Oye, que no tengo toda la noche. —¿No le habría matado? Sin quitarle la vista de encima por si se despertaba, pegó la oreja sobre su pecho apretando el cuchillo sobre su garganta. Al pegar bien la oreja tuvo que dejar de mirarle. No escuchaba nada. Movié la cabeza más hacia la derecha y después a la izquierda. Qué raro... Levantó la vista y siseó indignada. —¿No te habrás muerto? —Pegó la oreja de nuevo y nada. Gimió agotada. Llevaba dos días buscándoles y ahora se le había muerto el hijo del Laird. Se incorporó molesta y volvió a gemir al ver que le había cortado el cuello con el puñal de tanto apretar. Bueno, de todas maneras ya estaba muerto. Sí que estaba afilado ese puñal. Debía tener cuidado. Cogió la tela de su kilt y limpió el filo haciendo una mueca al ver su sexo de la que se levantaba. Su abuela no lo aprobaría. Guardó el puñal en la bota y frunció el ceño mirando los pies de McAngus. Igual le quedaban algo grandes, pero mejor que ir descalza otra vez... Se agachó de nuevo y se la desató dándose prisa. Debía buscar otra víctima a la que pudiera sonsacar. Se puso la bota y gruñó porque le sobraba un poco. Bueno, mejor se dejaba la suya en la otra pierna por si acaso. Con los brazos en jarras miró al muerto. —¿Y ahora qué hago contigo? Mira que morirte... Qué delicados sois los hombres. —Bah, le dejaría allí. Se agachó y le cubrió con unas hojas a toda prisa.

Miró hacia la hoguera y decidió acercarse de nuevo para ver cómo iba su celebración. Calan estaba en el mismo sitio riendo a carcajadas. Ella pasó la vista por sus hombres y vio a uno a unos metros sentado en el tronco de un árbol observando a los que estaban en la hoguera. Le conocía. Era quien le había dicho a Calan que estaba sangrando el día en que tuvo la desgracia de encontrárselo. Sí, ese hombre había sido uno de los encargados de llevarla a una habitación y el Laird había hablado con él en el pasillo. Parecía un hombre de confianza y era el único que no estaba bebiendo. Aunque parecía relajado tenía la sensación de que estaba alerta. De hecho, frunció el ceño mirando el bosque. Iría a buscar al chico. Estaba segura. Esperaba que él estuviera al corriente de lo que quería saber porque si no seguiría perdiendo el tiempo.

No tardó en levantarse y a Sine se le cortó el aliento por si daba la alarma. Entonces habría que correr, pero caminó hacia el bosque como si nada. Ese sería

más difícil porque no estaba borracho y era grande. Pero no tenía otra opción. Esperaba que no gritara porque si no estaría en un aprieto y gordo.

Se quedó muy quieta viéndole pasar a unos metros de ella. Su ropa oscura y su cabello negro ayudaban a pasar desapercibida. —¿Donald? —escuchó llamar al chico.

Caminó tras él lentamente y una rama crujió bajo su bota. Escondida tras un tronco esperó y le escuchó llamarle de nuevo más lejos que donde estaba el cadáver. Bien, se alejaba de la hoguera. Sacó la cabeza para mirarle y le vio volverse sin mirarla a ella directamente. —¡Chico, como te hayas perdido tu padre te va a pegar una tunda que no te levantarás en una semana! ¿No te habrás dormido? —Caminó de vuelta con paso firme y Sine esperó. —Maldito canijo, siempre dando problemas —le escuchó decir por lo bajo—. Ahora me tendrá toda la maldita noche buscándole mientras él duerme a pierna suelta.

Sine retuvo el aliento cuando pasó a su lado y ella se tiró sobre su espalda. —¡Serás idiota! ¡Bájate!

Volvió la cabeza para verla y sorprendido abrió la boca con intención de dar la alarma antes de que Sine le metiera el filo del puñal en su interior apretando la punta sobre su lengua. —Di una palabra más y te quedarás sin ella. Eso te lo juro por lo más sagrado —susurró ella con voz heladora. El hombre gimió—. Solo vas a asentir o a negar con la cabeza. Él asintió. —¿Por qué no habéis atacado a los McInnis? —Él levantó una ceja y Sine gruñó jurando por dentro. A ver cómo lo solucionaba ahora porque estaba en una posición algo precaria subida a su espalda.

—Suuelltadme... —dijo él en voz baja.

—Ya, claro. Es lo que estaba pensando, idiota. Quiero respuestas y tú me las vas a dar. Así te entiendo muy bien. Habla. —Apretó la punta en su lengua. — Pero grita y...

Él asintió. —Loo he encendido.

—Será entendido.

—Eso.

—Pues no me hagas perder el tiempo —dijo exasperada—. ¿Qué quieren de Grant? ¿Por qué no os habéis unido a la lucha?

—Quia el cuchiiillo. —Suspiró como si estuviera cansado y ella frunció el ceño. —No te voo a hace naadaaaa. Te lo juroo por Diozz.

—¡Serás sacrílego! Debería arrancarte la lengua por mentiroso —dijo furiosa—. Vas a ir al infierno, eso te lo juro, y más rápido de lo que piensas.

—¿Quierez saberlo? Puess deberaz arriesgarte.

Sine entrecerró los ojos y se bajó de su espalda sin sacar el cuchillo de su boca. Él no se movió en ningún momento mientras le rodeaba y alargó el brazo lo que podía mirando sus ojos castaños. —¡Júralo por tu madre! Que se muera ahora mismo si mientes.

—Mi mazdre murió hace muuuchos anos.

Más sincero no se podía ser. Apartó el cuchillo, pero no dejó de apuntarle con él al rostro. —¿Por qué ibas a colaborar conmigo?

Él apretó los labios. —No estoy de acuerdo en lo que ha hecho el Laird.

—Eso es traición.

—Soy un guerrero. Lucho por el bien de mi pueblo, no por matar inocentes. El Laird McInnis ha sido un buen aliado. No merecía esa traición.

—Cuéntame lo que sabes.

—Hace meses varios asesinos del otro lado del mar se presentaron en nuestras tierras acompañados de tu padre. Mi Laird desconfió de ellos de inmediato. La última vez que tu padre había estado en nuestras tierras había sido prácticamente expulsado de las de McInnis por ofenderle.

—¿Cuál fue la ofensa?

La miró sorprendido. —¿No lo sabes?

—No. Mi padre nunca nos contaba nada y si a él le dejaba en evidencia aún menos.

—Bebió de más y se sobrepasó con la madre de uno de sus hijos. El Bendecido impidió que la violara en el último momento y le insultó diciendo que no era un hombre si defendía a una mujer. Más siendo una sirvienta que solo servían para la satisfacción de los guerreros. —Sine apretó el puño alrededor del cuchillo. —El Laird le echó a patadas. Como a sus hombres. Llegó a nuestras tierras con ganas de venganza y no hizo más que despotricar sobre Grant McInnis durante toda su estancia. Cuando regresó, lo hizo con esos apestosos vikingos y mi Laird desconfió de inmediato. Todas las Highlands sabían que tu padre no era de fiar.

—Como tu Laird —dijo con rabia.

El guerrero hizo una mueca. —Sí, al parecer son tal para cual.

—Continúa.

—Solo entró el jefe en nuestra aldea, Hilmar. —Ella asintió. —El trato era simple. Tu padre conseguiría la ayuda de los McGugan con tu matrimonio que ya estaba apalabrado. El Laird de los McGugan odia al Bendecido y era una presa fácil para unirse a nosotros.

—¿Unirse en qué? ¿Para qué necesitaban tantos hombres?

—¿Todavía no lo entiendes? —preguntó divertido—. Las tierras del este son las más ricas de las Highlands y todo el mundo teme al Bendecido. Los vikingos solo querían dos cosas, regresar a casa con las cabezas de los hombres McInnis, llevándose a su jefe a sus tierras para que fuera torturado ante las familias que habían perdido a alguno de los suyos. Que han sido bastantes en estos años. —A Sine se le heló la sangre.

—¿Y qué otra cosa querían?

—Mujeres y el oro que encontrarán.

—Venganza, siervas y riquezas.

—Regresar como héroes. Para ello seis barcos cargados de hombres vendrán hasta aquí en dos lunas llenas. Teníamos tiempo de sobra para prepararlo todo. Las tierras del este nos las repartiríamos entre nosotros y los vikingos nunca volverían por aquí.

Se le cortó el aliento entendiendo lo que quería decir con las tierras del este. Se refería a todo el este de las Highlands. —¿Los McInnis no iban a ser los únicos atacados! —gritó con rabia—. ¡Por eso necesitabais tantos hombres! —Le miró fijamente y vio que era cierto. No se podía creer que tuvieran un corazón tan negro.

—Los Lairds les necesitaban por si el resto de los clanes se tiraban sobre ellos. Si se unieran contra nosotros solo los vikingos nos ayudarían. Seis barcos son muchos hombres... Y son hombres feroces.

—¿Por qué no participasteis en la lucha?

—Hilmar se enfureció cuando se enteró de lo que tu padre se proponía.

—¿Que era?

—Matarles después de que embarcaran de nuevo hacia sus tierras. Con bolas de fuego. Ya tenía preparadas las catapultas. Les echaría la culpa a ellos de la matanza y quedarían como héroes ante todos. Mi Laird se enteró de sus planes y no se iba a exponer a que en los próximos años viviéramos en guerra con un pueblo que son bien conocidos por su ferocidad. No sabíamos cuántos barcos podían regresar y eso le dio miedo.

—Así que vendió a mi padre por dinero.

—Le vendió por seguridad. La seguridad de nuestro pueblo. Pero traicionó a sus aliados y es algo que yo no veo bien. Tu padre rompió el trato que se había acordado en un principio, pero al ver la lucha en las tierras McInnis... —Negó con la cabeza. —Entre sus hombres había varios amigos y sentí que todo terminara así.

—¿Por qué se precipitaron? ¿Por mí?

—Los McGugan presionaron a tu padre para que te buscara y te diera la lección que te merecías. Como todavía no les había dicho nada del plan no podía ponerse a mal con ellos, así que envió a sus hombres a buscarte.

—Aparentemente.

—Nos contaron que fueron hasta las tierras McInnis para encontrarse con los salvajes. Tenían que asegurarse de que se sentían seguros de nuestro compromiso con el pacto, pero luego nos enteramos de que no era cierto. Fueron a comprobar las defensas McInnis. Al ir a nuestras tierras de regreso, encontraron a nuestro Laird furioso por la muerte de varios hombres, despotricando sobre que Grant no se merecía tal belleza de ojos verdes como prometida. Eso llamó la atención de los tuyos y más cuando dijo que ibas acompañada de tu madre. Avalbc pidió que te describiera y supieron que eras tú. Más cuando vieron las joyas que él te había robado. Mi Laird temió represalias, pero en lugar de eso se fueron de inmediato. Ya tenían la excusa que necesitaban para atacar a Grant sin parecer traidores ante todas las Highlands. Tú eras su excusa.

—¿Pero y Hilmar?

—Tu padre no pensó mucho en eso, creo yo. Además, tampoco les temía demasiado porque eran pocos hombres comparados con los suyos. Si había problemas con ellos, los tres clanes juntos éramos poderosos. Lo bastante como para acabar con todos sin tener que repartir ninguna riqueza. Y estaríamos preparados para cuando llegaran los demás vikingos. Si no había problemas, les utilizaríamos hasta que llegaran los barcos.

—Así que se lo pensó mejor. Era más conveniente quedarse con todo y serían héroes —dijo con desprecio.

El guerrero hizo una mueca. —Sí, ese era su plan. Aunque me di cuenta enseguida de que los McGugan solo estaban buscando a la prometida fugitiva y que no sabían nada del plan original.

—Todavía no había habido una alianza matrimonial.

—Exacto.

—Y cuando fueron a las tierras McInnis para atacarles, tu Laird informó a los vikingos.

El hombre asintió. —Hilmar y sus hombres sabían que serían traicionados antes o después. Y seguramente antes porque los clanes ya no les necesitaban. Fue simple. El vikingo le ordenó a mi Laird que no hiciera nada en absoluto. Que ellos se encargarían de tu padre. Y lo han hecho, ¿verdad?

—Esperaron para matarle a que sus hombres estuvieran distraídos intentando

salvar sus vidas —dijo sin sentir ninguna pena—. ¿Y qué tienen que hacer ahora?

—Mi Laird debe esperar órdenes. Dos lunas llenas. Como se dijo desde el principio.

Se le cortó el aliento. —¿Quién más se unirá a la lucha? Ahora os faltan dos clanes.

—No seas estúpida —dijo divertido—. Ahora todos los enemigos del Bendecido se unirán a la lucha. Era la excusa que necesitaban. Él roba a una mujer y su padre busca recuperarla consiguiendo solo su muerte y la de los suyos. —Sine palideció. —Y los aliados de McGugan también acudirán. Ya que el futuro heredero ha muerto de manos del mismo Grant McInnis.

—¿Y los vikingos?

—McAngus dirá que se han unido a la lucha para vengar la muerte de los suyos en el pasado. Ahora el plan es perfecto.

—¿Y los otros clanes?

—¿Qué clanes? Ya no quedan clanes con los que repartir. Todo será nuestro. Las tierras McInnis serán nuestras y los hombres de Grant serán aniquilados. Riquezas y mujeres. Todos tendrán lo que se propusieron al principio.

—¡Me refiero a los que ibais a aniquilar con los McInnis!

—Todos saben que son sus más fervientes aliados y por tanto enemigos.

Dio un paso atrás asqueada dejando caer el brazo. —Los vikingos pudieron atrapar a Grant y no lo han hecho.

—Es demasiado pronto. Seguramente decidieron esperar para tenerlo todo. No pueden regresar solo con el Laird. Buscan la gloria en sus tierras. Deben llevárselo todo.

Sintió un nudo en la garganta de la impotencia. —Están muertos, ¿verdad? Los McInnis están acorralados.

El hombre negó con la cabeza. —No tienen esperanzas. Ahora pocos les apoyarán. Las Highlands han entrado en guerra.

Entrecerró los ojos sin saber si debía confiar en lo que le estaba contando, aunque tenía todo el sentido. Y había visto la prueba palpable cuando el vikingo mató a su padre por su traición. —¿Por qué me lo has contado?

—Porque quiero luchar con igualdad. Siento que les estamos apuñalando por la espalda. Grant McInnis me salvó la vida una vez en un ataque vikingo y todo esto me da asco.

—Ven conmigo.

Él negó con la cabeza. —Mi mujer y mis hijos me necesitan. Si algo sale mal

deberé protegerles.

Sine lo entendía y asintió caminando hacia atrás. —Espero que todo os salga mal y haré lo que haga falta para evitar que consigáis vuestros propósitos.

—Lo sé. Será una lucha más justa.

—Intentaré que lo sea.

Se dio la vuelta y corrió por el bosque alejándose de él. Cuando llegó a su caballo, sujetó las riendas levantando el pie para meterlo en el estribo, pero se detuvo en seco al escuchar crujir una rama bajo su peso. Bajando la pierna miró hacia atrás. La brisa del viento le dio en el lado derecho de su cara y metió un dedo en la boca para sacarlo y exponerlo. El viento soplaba del noroeste. Entonces se le ocurrió. Si esos hombres morían no podrían contar lo que había ocurrido. No habría clanes que se enteraran de lo que había pasado. Su corazón se aceleró recordando los ojos del guerrero. Parecía buen hombre, pero debía pensar en su madre y todas las personas que vivían en el clan McInnis porque en ese momento se dio cuenta de que era una McInnis. Daría la vida por su seguridad y la razón era Grant. Se dio cuenta de que le amaba y que puede que él no la quisiera como esposa, pero ella sí que lo daría todo por él. Y no pensaba dejar a su hijo sin padre, así que no debía tener remordimientos. Todas las dudas desaparecieron en ese momento y recordando la caricia en la mejilla que le dio su marido en aquella cueva, empezó a recoger hojas secas.

Tardó horas en hacer un círculo alrededor del grupo con las hojas secas que encontró a su paso. Las fue empujando para amontonarlas, lo bastante alejada de ellos para que no se la escuchara. Hubo momentos en los que se desesperó porque creía que no le daría tiempo y miraba sobre su hombro continuamente por si la sorprendían. Fue un alivio cuando golpeó el cuchillo contra una piedra para conseguir las chispas que necesitaba y que así las hojas prendieran. El viento hizo que las llamas se extendieran rápidamente y los días que había estado sin llover ayudaron a que el fuego empezara a devorarlo todo. Se subió a su caballo viendo como las hojas iban formando el círculo mientras el viento empujaba el fuego en su dirección. Esperaba que diera resultado. Era lo único que podía hacer. Volvió su caballo y salió a galope sin mirar atrás porque debía llegar a su clan cuanto antes.

Capítulo 10

Desde lo alto de la colina apretó los labios viendo los muertos ante la empalizada. La imagen era grotesca. La hierba teñida de sangre oscurecía el suelo donde descansaban los cuerpos y olía muy mal. Llevaban allí siete días y nunca se imaginó ver algo tan horrible. Escondida tras un árbol vio a los vigías en la empalizada. No sabía si podría llegar a tiempo hasta la puerta porque estaba segura de que los vikingos vigilaban el clan. Sus tripas gruñeron con fuerza. Llevaba días sin comer y estaba agotada. Tomando aire regresó a su caballo que estaba tan agotado como ella. Se subió casi sin fuerzas y cogió las riendas. —Un último esfuerzo, Luna. —Le había puesto nombre porque durante esos días había necesitado hablar con alguien. Ya estaba creyendo que se estaba volviendo loca.

Miró a su derecha y apretó los labios. Necesitaba llegar al menos a la puerta para dar el mensaje. Seguramente tendría que esquivar flechas. Había escuchado a los hombres de su padre que ante esa situación había que ir de un lado a otro, pero no sabía si eso valdría porque no estarían tras ella. Lo pensó seriamente y decidió que lo mejor era correr lo más que pudiera.

Se mordió el labio inferior hincando los talones en su montura que cabalgó saliendo del refugio de los árboles. El sonido de un cuerno desde la empalizada la hizo levantar la vista y escuchó como varios gritaban. Una flecha rozó su vestido por su espalda y se agachó sobre el lomo de su caballo azuzándole. — ¡Vamos bonito! —gritó mirando hacia su derecha. Los hombres de Hilmar lanzaron las flechas desde la colina y rezó interiormente porque no la alcanzaran, pero una atravesó el vientre del caballo que cayó al suelo llevándosela con él. Sine rodó por el suelo chocando con un cuerpo que tenía varias flechas en el pecho. Se quedó sin aliento de la caída y escuchó los gritos en la empalizada. Abrió los ojos apoyando la palma de su mano sobre la hierba y gritó del horror al reconocer al nieto de Aselma. Impresionada porque le conocía desde niña gritó arrastrándose hacia atrás cuando alguien la cogió por la cintura elevándola. Histérica pateó intentando soltarse sin ver como varios hombres con escudos se colocaban ante ella para proteger a Grant que corría con ella hacia la aldea.

—¡Sine!

La cogió en brazos y la pegó a su pecho. Sin entender lo que ocurría le miró a la cara y Grant se tensó porque le pareció que no le reconocía. Con el corazón en la boca corrió con ella hacia el castillo mientras sus hombres cerraban las puertas. Iblis salió del castillo corriendo y gritó al ver a su hija antes de echarse a llorar del alivio. Se acercó a ellos, pero Sine no dejaba de gritar intentando soltarse hasta que vio a su madre y dio un grito que les puso a todos los pelos de punta antes de perder el sentido.

—No debes preocuparte, Laird. Tu mujer es muy fuerte. Ha tenido unos días muy duros, eso es todo. Se recuperará.

—¿Ha perdido la cabeza, mujer? —preguntó preocupado—. Parecía otra. Como si no me reconociera.

—Debemos esperar a que se despierte. —Plaisley le pasó un paño húmedo por la cara. —Hermana trae algo de comer. Está más delgada. Dudo que haya comido nada en estos días.

Grant apretó los puños viendo la cara pálida de Sine. Después de lo que le había hecho ni se atrevía a pensar en ella como su esposa. No tenían ningún derecho.

Iblis se sentó a su lado cogiendo su mano. —Mi pequeña, ¿qué te han hecho?

Pensar que había estado en manos de esos salvajes durante días le revolvía las tripas y se llevó las manos a la cabeza volviéndose porque era incapaz de mirarla. —Mi niña... —Los besos de su madre le estremecieron porque eso era el verdadero amor. Un amor puro y desinteresado por el cual darían la vida la una por la otra. Sin poder soportar su llanto salió de la habitación.

Llegó al salón y sus amigos estaban sentados a la mesa esperándole. Stew levantó la vista de su jarra de cerveza cuando se sentó en su silla de Laird. —¿Cómo está?

—No se ha despertado.

Brice apretó los labios. —Laird deberías tener cuidado.

Le miró sorprendido. —¿Qué quieres decir?

—Hace unos días arriesgaste tu vida y la de Stew por rescatarla. A una mujer que habías despreciado y que seguramente te odiará porque la entregabas a la muerte. ¿No te parece muy extraño que la hayan dejado con vida? Y que se la llevaran esas ratas de mar... —Negó con la cabeza. —Todos sabemos que no dejan a nadie con vida.

—Es hermosa. Puede que se la llevaran para desahogarse —dijo Artek sin

pelos en la lengua.

Sintiendo que la sangre le ardía de rabia Grant golpeó la mesa con fuerza haciendo que se callaran como el resto del salón. —Esperemos a que nos diga lo que ha ocurrido.

—¿Saldremos de nuevo a por ellos? —preguntó Stew con ganas de vengarse.

—Ya lo viste las veces que hemos salido. Se esconden en algún sitio que no logramos localizar. —Fulminó a Brice con la mirada. —Y te recuerdo que cuando ha llegado por poco la matan.

Brice asintió. —Pero no está muerta, ¿verdad? O a esa mujer no hay quien la mate o empiezo a pensar que está jugando con todos.

—¿A qué te refieres? —gritó furioso.

—¡Abre los ojos, Laird! Mintió a los McAngus. ¡Nos mintió a nosotros provocando esto y no sabemos lo que le dijo a su padre para provocar su ataque! ¡Viste como los McAngus no entraban en lucha y se iban! Y están aquí esas ratas. ¿No es mucha casualidad? ¿Y si su objetivo no éramos nosotros? ¿Y si su objetivo era llegar hasta ellos?

Le miró incrédulo. —Estás loco.

—¿Loco? ¡Nos utiliza a todos para conseguir lo que quiere! ¡Ahora su padre y su prometido están muertos! ¡Lleva días con esos cabrones y de repente aparece en el caballo de uno de ellos entrando de nuevo en nuestro clan! ¡Con nuestros enemigos fuera! —Negó con la cabeza. —Disculpa Laird, pero si no desconfías, es que has perdido el juicio.

—Es cierto, es la montura del hombre que se la llevaba —apostilló Stew dándole la razón a su amigo.

Grant sonrió sorprendiéndoles. —Está claro que no la conocéis. Luchará por conseguir lo que quiere hasta su último aliento.

—¿Y qué quiere? —preguntó Artek muy tenso.

—El bienestar de su madre. Es lo único que le preocupa. Es el único amor que ha conocido e intentará protegerla por encima de todo.

Sine abrió los ojos y confundida miró a su alrededor. Parpadeó al ver a Grant sentado ante el fuego que estaba encendido. Miraba pensativo las llamas y ni se había dado cuenta de que se había despertado. Parecía agotado. Como si no hubiera dormido en varios días y puede que fuera así. —¿Grant?

La miró sorprendido y sonrió. —Estás despierta.

—Lo dices como si fuera algo imposible.

—Has dormido mucho. Día y medio. —Sine se sentó en la cama e hizo un gesto de dolor. —Las gemelas no querían despertarte.

—Estás en problemas.

Él levantó una ceja. —Soy todo oídos.

—Los salvajes están esperando unos barcos. —Grant apretó los labios y suspiró de alivio porque parecía que lo entendía. —Quieren llevarte vivo hasta allí para torturarte.

—¿Te lo ha contado él? —preguntó con ironía—. ¿Te han contado sus planes? ¿A ti? ¿A una mujer? Te ha cogido mucha confianza, ¿no, preciosa? —Muy tenso se levantó. —¿Qué le has dado a cambio?

—¿A cambio? —preguntó sin entender.

—Sí, a cambio. —Se acercó y la cogió por el cabello de la nuca tirando de su pelo hacia atrás. Sine hizo un gesto de dolor mientras él con la otra mano la cogía con fuerza de la barbilla. —¿Te ha tomado?

Le miró con rabia. —No te importa. No soy nada tuyo.

—Precisamente por eso. ¿Si no somos nada el uno para el otro por qué ibas a avisarme de algo así? —Sine palideció por su desconfianza. —Has venido a por tu madre, ¿no es cierto? La quieres fuera de aquí cuando esos cerdos entren a arrasarnos. ¿O solo eres una distracción? —Tiró más de su cabello y Sine gimió de dolor sin poder evitarlo. —¿Eres una distracción, preciosa? ¿Ibas a encontrarte con ellos cuando te topaste con los McAngus y mentiste porque no podías decir a donde ibas? ¡Tu padre estaba hablando con ellos antes de morir! ¡Lo vi desde la empalizada! ¡Sabes que haré lo que sea por mi clan y si tengo que matarte para que me cuentes la verdad, no dudaré en hacerlo!

Su corazón se estremeció por la frialdad de sus ojos. No sabía cómo se le había pasado esa locura por la cabeza, pero parecía convencido. La decepción recorrió su alma y su orgullo le hizo decir —Tienes razón.

Grant perdió el color de la cara. —¿Qué has dicho?

—Solo estoy aquí por mi madre. Es lo único que me importa.

Él asintió soltándola. —Así que has mentido.

—No he mentado en nada. Vienen a por tu clan. De hecho, no son los únicos —dijo con ironía.

—Continúa.

Le miró furiosa. —A ti no voy a contarte nada más hasta que no vea a mi madre. Y más te vale que esté bien.

Grant se enderezó viendo el odio en sus ojos verdes. —Pero después...

—Después harás venir a Stew. Solo hablaré con él. Tú y yo no tenemos nada

más que decirnos. ¡Jamás! ¿Me has entendido? —gritó fuera de sí sin darse cuenta de que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Él apretó las mandíbulas viendo el dolor en su rostro. No podía disimular que le había decepcionado de nuevo y dio un paso hacia la cama. —Preciosa...

—¡No volverás a dirigirme la palabra! ¡Nunca más! ¡Júramelo o no os contaré nada y podéis pudriros todos! ¡Si estoy aquí solo es por mi madre! ¡Y si tanto te preocupa tu clan me lo jurarás por todos tus muertos, que serán muchos si no te digo lo que está ocurriendo!

Grant se maldijo por lo bajo sabiendo que no había vuelta atrás. La había perdido y nunca la recuperaría. Mucho menos después de lo que acababa de ocurrir. Las palabras que iban a salir de su boca eran las más difíciles que había pronunciado nunca. —Te lo juro.

Ella agachó la mirada como si no soportara ni verle y se tumbó en la cama dándole la espalda. Él cerró los ojos maldiciéndose y cuando volvió a abrirlos vio como pasaba una mano por su mejilla disimuladamente para limpiarse las lágrimas. Lágrimas que había provocado él. Sintiendo que la presión en el pecho que tenía desde hacía días empezaba a ahogarle, se alejó yendo hacia la puerta y la abrió lentamente. No se podía creer que se hubiera comportado así con ella después de lo que había sentido al verla en peligro días antes. Nunca ser Laird le había pesado tanto como en ese momento.

Stew bajó los escalones y Grant levantó la vista de su cena sin tocar para ver cómo se acercaba a la mesa. Se sentó en silencio a su lado y le hizo un gesto a los hombres que estaban a su derecha para que se fueran. Lo hicieron sin protestar y solo se quedaron en la mesa del Laird los cuatro. Artek se inclinó hacia delante. —¿Y bien? ¿Qué te ha contado?

—No os lo vais a creer —dijo impresionado—. Esta mujer no deja de sorprenderme con cada paso que da.

—Cuéntalo de una vez —dijo Brice impaciente.

Stew miró a su Laird a los ojos. —Se escapó al poco de que se la llevaran. — Sonrió irónico. —Estaba indignada porque ese cabrón la besó.

Grant se tensó. —¿Qué has dicho?

—Aunque al principio le gustó y estaba confusa.

—¿Y eso qué tiene que ver con la invasión? —preguntó Brice atónito.

—¡Cierra la boca! —le ordenó su Laird furioso antes de fulminar a Stew con la mirada—. ¿Qué?

—Pero después se le pasó. Estaba confusa, jefe. Es normal. De ser la esposa de un Laird, a que tu marido te expulse a los perros y después que tu padre intente matarte... No sabía qué pensar. Fueron muchas emociones, pobrecita.

—¡Cómo que le gustó! —gritó furibundo.

Parpadeó sorprendido. —Al parecer el vikingo besa bien.

—Laird, deberíamos centrarnos en lo realmente importante —dijo Artek viendo cómo se ponía rojo de furia.

Grant se tensó conteniéndose. —Continúa.

Stew les relató todo lo que Sine le había dicho tal y como ella lo había vivido. Artek impresionado como todos los demás se pasó la mano por la barba. —Es increíble.

—Eso mismo dije yo. —Stew bebió de su jarra.

Brice apretó los puños sobre la mesa. —Ahora entiendo por qué Calan McAngus se fue sin atacarnos, sobre todo después de que matáramos a sus hombres al rescatar a Iblis. Esa asquerosa rata....

—¿Crees que Sine les habrá matado? —preguntó Grant muy tenso.

—No lo sabe. Provocó el fuego que era lo único que podía hacer para intentar que no contaran lo que había ocurrido. Si lo hicieran como pretendían, tendremos a media Escocia en nuestra contra por sus mentiras.

—Espero que haya tenido éxito porque sino estamos muertos —dijo Brice.

El Laird le miró con rencor. —¿Ahora esperas que una mujer te salve el trasero? —gritó fuera de sí—. ¿Tú que no has creído nada de ella?

—Ahora no es momento de discutir, Laird —dijo Artek intentando apaciguar los ánimos—. Es momento de buscar una solución porque si no estaremos metidos en una guerra.

—Debemos salir a buscarlos —dijo Brice pálido por el enfado de su Laird—. Aniquilarlos antes de que lleguen sus barcos y después nos encargamos de los demás.

—No les encontraremos. ¡Hemos salido cuatro veces y se esconden tan bien que ni Stew puede encontrarles! —gritó su Laird.

—Pero su jefe quiere algo que tenemos nosotros. —Todos miraron a Artek sin entender. —Tenemos a Sine.

—¡Ha intentado matarla! ¡O acaso estás ciego, viejo!

—Cuando sabía que venía a contarnos lo ocurrido —añadió Brice—. Pero, ¿y si la ve escapar de nosotros? ¿Y si ve que huye del clan? Intentará cogerla y se mostrarán de una maldita vez. Podemos tenderles una trampa.

—¡No voy a arriesgar su vida de nuevo! —dijo rabioso levantándose y

tirando la silla contra la pared antes de salir del salón dejándoles a todos con la boca abierta porque nunca le habían visto tan furioso.

Artek preocupado miró a los hombres apoyando los codos sobre la mesa y suspiró. —El Laird tiene razón. Ella ya ha hecho mucho por nosotros. Si no hubiera sido por esa mujer ahora estaríamos todos muertos. Si no hubiera escapado de su clan, hubiéramos tenido los ojos cerrados hasta el momento del ataque de esos perros traidores. Le debemos mucho. —Miró a Brice a los ojos. —Es responsabilidad nuestra. Es nuestro clan y debemos ser nosotros quienes encontremos una solución. No vuelvas a sugerir nada por el estilo. Es una orden.

En el hogar Iblis se volvió con el cuenco de guiso de venado que iba a llevarle a su hija. Caminó entre las sombras como llevaba haciendo años para huir de su marido y subió las escaleras hasta el piso donde estaba la habitación del Laird. Sine ni sabía que su marido le había cedido su habitación como la vez anterior, y estaba segura de que lo había hecho porque era la más cómoda y la más amplia del castillo.

Caminó hasta el fondo del pasillo y abrió la puerta sorprendiendo a Paisley que le estaba curando un pie a su hija mientras ésta comía un pedazo de queso. Sine sonrió mientras masticaba. —¿Quedaba más guiso?

—Sí, cielo. Y hay más si quieres. No te quedes con hambre. —Su hija hambrienta cogió el cuenco con ansias.

Paisley le vendó el pie. —Estarás muy bien en unos días. —Al levantar la vista vio como Iblis se apretaba las manos inquieta.

Iblis forzó una sonrisa sentándose al lado de su hija y le acarició su larga melena negra. Quitó una hoja de uno de sus mechones. —Necesitas un baño.

Sus preciosos ojos verdes brillaron. —¿Un baño? Igual aquí no hay bañera. ¿La hay? —Miró a Paisley ansiosa. —¿Hay bañera?

La mujer se echó a reír. —¿Bañera? La madre de Grant tenía una... —Se llevó la mano a la barbilla. —Déjame pensar... ¿Dónde está? ¡Ah, sí! Es donde comen los cerdos. Les tiramos ahí los restos. —Hizo un gesto con la mano mientras ellas ponían cara de horror. —Pero nos lavamos. Somos muy limpios. Pero en la palangana. Es más rápido. Además, hay que calentar mucha agua —dijo indignada.

—No pasa nada —dijo Sine antes de llenarse la boca con el guiso y añadió mientras masticaba —La palangana está bien.

La puerta se abrió y las tres miraron hacia allí para ver a Torrie metiendo la cabecita, mostrando su mejilla tiznada. Sonrió abriendo los ojos como platos. —¡Has vuelto!

Aparte de su madre la niña era la única que se alegraba de verdad de verla.
—Hola Torrie.

La niña miró hacia atrás antes de entrar en la habitación cerrando la puerta y corrió hasta la cama subiéndose con sus sucias botas. —¿No deberías estar en la cama? —preguntó acariciando uno de sus rizos rubios.

—Me he escapado de la cena. Padre está enfadado y se ha ido. No habrá castigos esta noche. Puedo acostarme cuando quiera.

—De eso nada, niña —dijo Paisley poniendo los brazos en jarras—. A la cama ahora mismo.

—¡Mi mamá está aquí y ella dice cuando me acuesto si no está padre! — chilló exhibiendo un carácter que le demostró que era hija de su padre—. Díselo, madre.

Se puso como un tomate porque ella no era nadie para decirle cuando tenía que hacer nada. —Torrie... —La niña la miró con sus preciosos ojos grises igualitos a los de su padre y Sine forzó una sonrisa. —Tu padre me ha prohibido hablar contigo. Ni deberías estar aquí.

La niña la miró confundida. —¿Por qué?

—Porque no soy tu madre, cielo. —Se emocionó al ver la tristeza en sus ojos. —Nada me gustaría más que serlo, pero no lo soy. Lo siento.

Torrie agachó la mirada y se le rompió el corazón al ver que intentaba ser fuerte y no quería llorar. —Me voy a la cama —dijo con la voz congestionada apartándose.

Odiando haberle hecho daño, la cogió de la mano antes de que se apartara y la niña la miró. —Puede que no tenga la suerte de ser tu madre —susurró—, pero cuando me necesites, estaré aquí si tú quieres.

Una lágrima corrió por su mejilla. —¿Me lo prometes?

—Que me muera si te fallo. Te lo juro por mi vida.

Su madre se emocionó al ver la alegría de la niña. Sorprendiéndolas Torrie se tiró sobre Sine para abrazarla por el cuello con fuerza como si la necesitara en ese momento. Sine cerró los ojos abrazándola y pegándola a ella. Aparte de su madre y Grant, nadie la había abrazado nunca. La besó en la coronilla y susurró —Ahora a la cama.

—Sí, mamá. —Sonrió sin poder evitarlo porque era de ideas fijas y sonrió aún más cuando la niña la besó en la mejilla antes de bajar de la cama para correr hasta la puerta.

—Torrie... —La miró antes de salir. —Y mañana te bañarás.

Frunció el ceño como su padre como si lo estuviera pensando y dos segundos

después hizo una mueca. —¿Tengo que hacerlo? ¿Y si me enfrió? Padre se disgustaría.

Mira qué lista. —Tranquila, que no te enfriarás —respondió divertida.

—Bueno... —dijo como si le sacaran una muela. Abrió la puerta y gritó antes de salir—. ¡Pero el cabello no me lo lavo!

Se echaron a reír al verla correr y la gemela fue a cerrar la puerta. —Es maravillosa, pero a veces se siente algo sola.

—¿Sus hermanos viven aquí? —preguntó con curiosidad.

—Sí, viven en el castillo, pero casi todos duermen con sus madres. Solo Grant duerme con ella porque es el mayor y el Laird se volcó en él cuando nació. Adora a sus hijos, pero...

—Grant es su ojito derecho —dijo comprendiendo.

—Cuando murió la madre de Torrie fue él quien dijo que durmiera en su habitación. Son uña y carne, pero Grant tiene obligaciones y no puede estar siempre con él. Ahí es cuando más echa de menos a su madre.

—Es preciosa —dijo Iblis—, y parece algo pillastre.

Plaisley se echó a reír asintiendo. —Sí, lo es. Es muy curiosa y siempre se mete en líos. Grant se hace el loco la mayoría de las veces. No le gusta reprenderla demasiado.

—Entiendo.

Sine sintió pena por ella. Miró a su madre a los ojos. No quería ni pensar en lo que sentiría si hubiera vivido sin el amor de su madre. Aunque Torrie tenía a Grant y era obvio que adoraba a la niña, sentía que le faltaba algo y era triste que se sintiera así.

Iblis se sentó a su lado. —Debes dormir. Tu cuerpo no se ha recuperado y debes descansar todo lo posible.

Sabía que lo decía por si tenían la oportunidad de huir en un posible ataque. Suspirando se acostó y ella lo hizo a su lado. Se miraron a los ojos e Iblis cogió su mano como si quisiera asegurarse de que estaba allí. Plaisley sonrió al ver a madre e hija mirándose a los ojos. —Que descanséis.

—Buenas noches —dijeron a la vez.

Iblis acarició su mejilla con la mano libre. —No tenías que haber vuelto.

—No podía dejar que os pasara nada si podía evitarlo.

—Te has puesto en peligro de nuevo, hija. ¿Cuántas veces vas a librarte de la muerte?

—Las que hagan falta para que estéis a salvo.

—Cuando dices estéis...

—Torrie también tiene derecho a crecer y no ser secuestrada por esos cerdos. ¿Te imaginas su vida allí? Será una esclava. A merced de cualquiera... Se me revuelven las tripas solo de pensarlo.

Su madre se mantuvo en silencio y a Sine le dio la sensación de que le ocultaba algo. —¿Qué ocurre, madre?

—Nada.

—No me ocultes cosas. Sabes a lo que lleva que me ocultes lo que ocurre. — Le guiñó un ojo divertida. —Meto a clanes en guerra.

—Tú no tuviste responsabilidad de nada. La culpa fue de tu padre que era un cabrón sin corazón —dijo con rabia.

—Ahora ya está olvidado. Ya no te hará daño nunca más.

—Sí... —susurró pensativa.

Sine le apretó la mano. —¿Qué ocurre, madre?

La miró a los ojos antes de responder —No les encontrarán. Han salido varias veces a por ellos y no han dado con su escondite, hija. —Sine frunció el ceño. —¿Por qué crees que ni han salido a quitar los cadáveres? Tienen que salir armados hasta los dientes y no pueden distraerse recogiendo los por temor a una flecha. El otro día un vigía vio a uno en la colina tras unos árboles. Salieron de inmediato y le perdieron en el bosque. Son como ánimas porque desaparecen como si estuvieran hechizados o al menos eso les he escuchado decir. Odara me ha dicho que Stew ya está desesperado. Es su mejor rastreador y no puede encontrarles. Y ahora corre más prisa hacerlo porque el tiempo se acaba. Llegarán los barcos y si lo hacen...

—Les encontrarán antes.

Su madre negó con la cabeza. —No lo creo. Y el Laird tampoco. Le escuché en la cena. Por eso está furioso. Por eso y por...

—¿Por?

—Nada.

—Dímelo madre, no te calles ahora. —Se sentó en la cama al verla preocupada. —¿Qué más le enfurece?

—Uno de los hombres ha sugerido ponerte de cebo, hija. —Sine palideció. —Saben que ese salvaje está interesado en ti por lo de ese beso y creen...

—Que si salgo irá a por mí para capturarme.

—Has dicho que quieren mujeres y si le interesas lo suficiente...

Apretó los labios porque no se lo podía creer. —¿Acaso no creen que he hecho bastante?

—Eso mismo dijo el Laird. —A Sine se le cortó el aliento mientras su

corazón saltaba en su pecho. —Él dijo que ya habías hecho suficiente y que era un problema que debían solucionar ellos. Artek le dio la razón.

Más tranquila se tumbó a su lado. —¿Entonces? ¿Por qué te preocupas tanto?

Su madre suspiró. —Vendrán a ti. No tienen otra opción. Conozco a los hombres y sé que si pueden sacrificar a una mujer para conseguir sus propósitos, no dudarán en hacerlo. Tu marido ya lo hizo antes.

—No le llames así. No es mi marido. Me repudió, así que nunca más vuelvas a llamarle así —dijo con rabia—. Y sobre el clan tendrán que apañárselas porque yo no pienso mover ni un dedo más por ellos. En cuanto esto acabe, nos vamos al clan de tu hermano que seguro que nos acogerá porque padre ha muerto. Ya no tenemos que temer a nadie. Somos libres y eso haremos.

Iblis sonrió. —Dios te oiga, hija. Me encantaría regresar a mi clan.

—Pues espero que encuentren a esas bestias cuanto antes porque yo estoy dispuesta a irme ahora mismo.

El hijo mayor del Laird se separó de la puerta preocupado y se mordió el labio inferior dándose la vuelta. Torrie frunció el ceño mirándole desde la entrada de su habitación ya con el camisón puesto. Caminó hacia ella cogiéndola en brazos y entrando en la habitación. —Deberías estar acostada.

—¿Qué hacías ahí?

—Nada.

—¡No la trates mal! ¡Es mi mamá! —Sentada en la cama vio cómo se alejaba e iba hacia la suya tumbándose encima sin desvestirse. Torrie preocupada susurró —¿Grant?

—Duérmete.

—¡No, no me duermo! —Se levantó de la cama y fue hasta él sentándose a su lado. —Yo quiero tener mamá. Como tú. Como todos.

Grant sonrió con tristeza. —Lo sé, pero ella no será tu mamá. Se va a ir.

—¡No, no se va a ir! ¿Por qué mientes?

—No miento, Torrie. Se lo acabo de oír.

Su hermano no le mentía nunca y confusa susurró —Me ha dicho que si la necesito siempre estará ahí. Que si no que se muriera.

—Está harta de nosotros y de padre. —Suspiró mirando el techo. —Es normal. La hemos tratado mal.

—Yo no —dijo a punto de llorar.

Su hermano la miró enfadado. —¡No llores! ¡No solucionas nada llorando!
¡Te lo he dicho muchas veces!

—¡Sí que consigo! —gritó rabiosa—. ¡Me desogo!

—¡Es desahogo!

—¡Eso!

—¡Duérmete, Torrie!

La puerta se abrió lentamente y ambos miraron a su padre que apoyó el hombro en el marco cruzando sus poderosos brazos. Torrie corrió hasta su cama y se metió en ella a toda prisa. —¿Qué ocurre aquí? —preguntó su padre muy serio.

—Nada —susurró su hijo.

Entró en la habitación y se acercó a la niña que le miraba con los ojos llenos de lágrimas. —¿Qué ocurre, hija?

—No quiere ser mi madre. —Su labio inferior tembló. —No nos quiere.

Grant entendió enseguida lo que quería decir. —¿Has hablado con ella? Está enfadada. —Se sentó a su lado y pasó los pulgares por sus mejillas para borrar las lágrimas. —Si te ha hablado mal es por eso.

—No me ha hablado mal. Me ha dado un beso. Como una mamá.

—Le ha dicho que si algún día la necesitaba la tendría, pero se va a ir —dijo su hijo sorprendiéndole—. La he oído. Se lo decía a su madre. Quieren irse cuanto antes al clan de los Hobkirk. Con la familia de su madre. Dice que ahora que su padre está muerto son libres para irse a donde les plazca.

Grant se tensó. —Así que ha dicho eso.

—Si te casas con Janet ya no tendré madre. Ella no me quiere —dijo su hija rompiéndole el corazón.

—No me voy a casar con Janet.

—Y Monna tampoco me quiere...

—No me voy a casar con Monna —siseó intentando no alterarse—. Ahora duérmete.

—¿Por qué no te quedas con Sine? —preguntó su hija en su inocencia—. Ella me gusta y es muy hermosa. Todos lo dicen.

—Y valiente —añadió su hijo muy serio—. ¿O acaso conoces una mujer tan valiente como ella?

—No, no la conozco. Pero le he hecho daño y he jurado no hablarle nunca más. Debo cumplir la promesa.

—¡Pero lo hiciste por el bien del clan! ¡Yo lo oí! —protestó su hijo—. Creíste que mentía y ella quiso irse en cuanto llegó su padre.

—En aquel momento la hubiera echado en cuanto se recuperara. Creía que hacía lo mejor para el clan —dijo sintiendo un nudo en el estómago. Maldito nudo. Hacía semanas que no se libraba de el—. Tomé una decisión como el Laird que soy y ahora no es momento para arrepentimientos. He jurado no hablarle de nuevo como me ha pedido y lo voy a hacer.

—Pero...

El Laird miró a su hija que apretó los labios sabiendo que no daría un paso atrás en su decisión y preguntó sin poder evitarlo —¿Pero tú la quieres, padre?

Grant perdió parte del color de la cara y las llamas iluminaron su rostro cuando se levantó. —Dormíos. Es tarde.

Sus hijos le observaron ir hacia la puerta y cuando la cerró se miraron preocupados. Grant entrecerró los ojos. —Duérmete.

—¿Crees que la quiere?

—Eso ya no es importante.

Su hermana negó con la cabeza. —Estás equivocado. Es lo más importante de todo. Los mayores no sabéis nada.

Sorprendido vio cómo se tapaba con las pieles enfurruñada solo dejando a la vista sus rizos rubios. La expresión de su padre en el momento en que su hermana le había preguntado si quería a su mujer no se le podía quitar de la mente. Tenía la sensación de que esa pregunta le había dolido mucho. Como cuando le había dicho que se iba.

Él había visto a su Laird cuando Sine salió de la empalizada en dirección a su padre y estaba tremendamente preocupado. Tanto que se había puesto como loco cuando vio como el McGugan la tocaba metiéndole la mano entre las piernas. Mató a ese cerdo sin dudar, aunque con esa acción podía provocar un ataque. Todos se dieron cuenta de inmediato incluido él que era un niño. Fue un acto sin pensar, que si hubieran seguido siendo aliados y no hubiera existido aquel pacto entre esos traidores, hubiera provocado una guerra. Y puede que todavía la hubiera porque todo lo que ocurría a su alrededor hacía que media Highlands pudiera atacarles en cualquier momento. Pensó en Sine y en como demostró su valor al ir hacia su padre sabiendo que seguramente no saldría con vida. En cómo había ido hasta ellos matando a Donald para averiguar lo que había ocurrido y había atacado a los McAngus para que no dieran el aviso. Y había arriesgado su vida de nuevo yendo hasta ellos para contarles todo lo que había ocurrido. Eso sin recordar que se había escapado con vida de los vikingos. Sí, no conocía a una mujer tan valiente como ella. Y no le extrañaba nada que su padre la amara porque sería una digna esposa para el jefe del clan. Pero conocía

bien a su Laird y cumpliría su promesa por mucho que le pesara.

Capítulo 11

Negó con la cabeza cuando su madre le dijo que iba a por su desayuno. — No, madre. No estoy enferma para quedarme en cama. Bajaré si me encuentras un vestido o...

—Pero hija, debes descansar. Además, todavía no tienes bien el pie. —Su madre se apretó las manos preocupada. —Y bajar al salón...

—¿Acaso soy una presa como cuando tenía la pierna quebrada? ¿Se me ha prohibido bajar?

—No, claro que no. Todos saben que te deben mucho.

—Pues entonces no tengo por qué esconderme. No hace falta que me busques nada. Me pondré el vestido con el que llegué y...

—No, se lo pediré a Leslie. —Fue hasta la puerta. —Traeré unas botas también. Enseguida vuelvo.

Asintió sentándose en la cama y en cuanto su madre salió se quitó el camisón que le habían puesto y fue hasta la jarra que Iblis le acababa de llevar. Hizo una mueca porque el pie le dolió un poco. Bueno, ya se acostumbraría. Apretó los labios al ver que el agua estaba fría. Eso sí que lo echaba de menos. Le encantaría bañarse como hacía en su casa todas las semanas. Le extrañaba que nadie usara la bañera de la madre de Grant. Que la utilizaran para echar la comida de los cerdos era un sacrilegio. Gimió pasándose el agua fría por debajo de los brazos y al no tener un paño con el que secarse tuvo que hacerlo con el camisón. Ni jabón tenían. Frunció el ceño mirando a su alrededor y no vio la pastilla por ningún sitio. Las otras veces que la habían aseado ni se había fijado, pero le extrañaba que no tuvieran jabón. Qué clan más raro. Menos mal que se iría de allí cuanto antes.

Regresó a la cama y se sentó sobre ella cubriéndose con la piel por si su madre abría la puerta y pasaba alguien por allí. Aburrida bufó y vio un cepillo de plata sobre la piedra de la chimenea. Desnuda fue hasta allí y lo cogió pasándoselo por el cabello. Pensativa miró el fuego mientras se peinaba y sus mechones fueron cayendo sobre su espalda rozándole el trasero. Escuchó un crujido en la puerta que la sobresaltó y volvió la cabeza cubriéndose, pero la puerta estaba cerrada. A toda prisa regresó a la cama y se cubrió lo que pudo.

Esperaba que su madre no tardara mucho. Estaba hambrienta.

Vestida de azul y con unas botas que estaban forradas por dentro con piel de oveja lo que amortiguaba sus pisadas y aliviaba su dolor, bajó los escalones siguiendo a su madre hasta llegar al salón. Todo el mundo se quedó en silencio al verla aparecer y sin darse por aludida vio una mesa frente a la del Laird donde había varias mujeres que la observaban con la boca abierta. Como había dos sitios libres fue hasta allí sentándose como si nada y sonriendo dijo —Buenos días.

—Buenos días —susurraron las demás con asombro obviamente incómodas. Se miraron las unas a las otras antes de mirar la mesa del Laird. Él sentado a la cabecera la observó apretando los labios. Su madre le puso delante un cuenco de gachas y cogió la cuchara comiendo con apetito.

Alguien se acercó a ella por detrás y carraspeó. Levantó la vista para ver allí a Stew que parecía muy incómodo. —No puedes sentarte ahí. Tu mesa es aquella. —Le señaló la mesa del Laird.

—Estoy bien aquí. —Sonrió antes de meterse la cuchara de nuevo en la boca.

Una mujer que tenía enfrente se adelantó sobre la mesa para susurrar — Señora, esta es la mesa de las madres. No sé si comprende.

—Mi madre es madre y yo lo seré algún día. —Sonrió radiante. —¿Cómo se llama tu hijo?

—Se refiere a que son los hijos del Laird —dijo la que estaba a su lado muy sonrojada.

—Oh... —Ahora sí que no sabía qué decir. Sin poder evitarlo las miró una por una. Eran hermosas, de eso no había duda. Las había rubias, de cabello castaño e incluso una pelirroja. Le llamó la atención que ella era la única morena. Otra cosa que le llamó la atención fue que se sentaran allí solas. Frunció el ceño. —¿No estáis casadas?

La última que había hablado se puso como un tomate y no dijo ni pío. Al ver que una se levantaba y que las demás estaban a punto de hacerlo dijo —No os vayáis, por favor. Me iré yo si os incomodo.

Stew sonrió del alivio. —Allí estarás muy cómoda, señora.

Le fulminó con la mirada. —Me llamo Sine. No soy la señora de nada. ¿Me has entendido? —Se levantó cogiendo su cuenco.

—Mira hija, allí tenemos sitio —dijo su madre orgullosa yendo a una mesa

al lado de la chimenea donde estaban sentadas Leslie y Plaisley. De la que caminaban hacia allí su madre susurró —Hija, es que siguen siendo sus amantes, por eso no están casadas.

Se sorprendió tanto que dejó caer el cuenco al suelo mirándola con los ojos como platos. —¿Qué has dicho? —preguntó pálida como la cera.

—Sentaos —dijo Plaisley por lo bajo cogiéndola por la muñeca para sentarla en un taburete. Atónita ni protestó y asombrada miró hacia la mesa de las mujeres donde todas la observaban. Apartó la mirada a toda prisa de la vergüenza y de la humillación. Ahora entendía que no la quisiera. Si tenía cinco para elegir. En ese momento pasó una mujer preciosa que sonriendo irónica mirándola con descaro se sentó en la mesa del Laird y le dijo a una sirvienta que le pusiera el desayuno. La muchacha se puso en movimiento enseguida. —Es Janet. La favorita.

—¿La qué? —preguntó sin entender.

—Su amante favorita. No le ha dado hijos, así que no se sienta en la mesa de las madres.

Su madre gruñó sentándose a su lado mientras Leslie le ponía otro cuenco delante. Los hombres muy tensos observaban desde la mesa y sintió que Grant no le quitaba ojo. No sabía cómo comportarse. Era un insulto tan evidente que las amantes de su marido camparan a sus anchas por el salón delante de su esposa que ni sabía qué decir.

—Come, hija —susurró su madre preocupada—. Haz que no te importa. Y no debe importarte. No es nada para ti.

Enderezó la espalda escuchando esas palabras. Su madre tenía razón. No era nada para ella. Por mucho que le doliera ya no. Cogió la cuchara lentamente y la hundió en las gachas. Se le había quitado el hambre por completo, pero se obligó a metérsela en la boca a pesar de las náuseas que la recorrieron. Pálida se supo observada mientras masticaba y tragó sintiendo que comía serrín. Podía entender que las madres estuvieran allí, pero que esa Janet compartiera su mesa como si fuera su esposa... Dios, cómo deseaba irse de allí en ese momento. Pensar que alguna de esas mujeres había compartido su cama mientras ella se jugaba la vida para avisarles, le revolvía las tripas de una manera que ni pudo evitar una arcada. Plaisley la miró preocupada y la cogió por el hombro cuando se inclinó hacia delante. —Respira hondo.

—¿Qué ocurre? —preguntó su madre al ver su palidez—. ¿Estás enferma?

Sin poder responder tuvo otra arcada y Grant se levantó de su silla mirándola fijamente.

—¡Leslie un cubo! —ordenó Plaisley levantándose y pasándole la mano por la frente—. Respira hondo.

Tuvo una arcada de nuevo y antes de darse cuenta tenía un cubo debajo. Vomitó lo poco que tenía en el estómago y escuchó a una mujer susurrar —Otra que se ha quedado preñada.

Pálida levantó el rostro y suspiró del alivio al sentir un paño húmedo sobre la cara.

—¿Estás mareada? —preguntó la gemela.

—Sí —dijo cerrando los ojos.

—Stew, ¿puedes llevarla a la habitación?

Sintió que la cogían en brazos, pero no pudo abrir los ojos. Pero llegó hasta ella el olor de su piel y se tensó entre sus brazos antes de elevar los párpados para encontrarse con los ojos grises de Grant. Apartó la mirada asqueada y él apretó los labios antes de empezar a subir las escaleras. Cuando la tumbó sobre la cama ella se volvió dándole la espalda. Plaisley se acercó de inmediato poniéndole un paño húmedo en la frente. —Ponte boca arriba.

—Estoy bien.

—¿Está preñada? —preguntó Grant tensándola.

El Laird miró a los ojos a Plaisley que apretó el paño entre las manos sin saber qué contestar. Le había dicho en el pasado que no lo sabría por ella y había llegado el momento de saber si esa mujer era leal a su palabra o simplemente le había mentado desde que la había conocido. —No lo sé, Laird. Habrá que esperar.

—Tú siempre lo sabes. ¿Está preñada o no? —preguntó molesto.

Se volvió rabiosa y gritó —¡Fuera de mi vista! —Él apretó los labios y sintió una satisfacción enorme porque vio su impotencia al no poder responderle. — ¡Vete! ¡No quiero verte más!

Grant dio un paso hacia la cama tensándose. —Dile a mi esposa que...

Sine gritó de dolor poniéndoles los pelos de punta y furiosa se puso de pie sobre la cama dándole un fuerte bofetón que le volvió la cara. —¡Maldito cabrón! ¡Vuelve a llamarme así y te mato! ¡Te juro que te mato, cerdo traidor! ¡Yo confiaba en ti! —gritó desgarrada—. ¡Hiciste que confiara en ti para darme la espalda! ¡Quédate con tu clan y no te acerques a mí! ¡No vuelvas a tocarme! ¡Me das asco!

Grant palideció dando un paso atrás como si le hubiera golpeado de nuevo, pero al ver el dolor en sus ojos, se volvió saliendo de la habitación a toda prisa.

Plaisley se pasó una mano por la frente. —Dios mío.

—¡Fuera! —gritó con los nervios destrozados—. ¡Dejadme sola!

—Hija...

Cerró los ojos con fuerza, pero en ese momento no podía hablar. Se sentía tan dolida que no podía hablar con nadie. —Déjame sola, madre. Por favor. —Se tumbó sobre la cama y susurró —Solo quiero estar sola.

Salieron en silencio y Sine se echó a llorar sin poder evitarlo, odiándose aún más si era posible por dejar que todo aquello la afectara. La puerta se abrió lentamente sin hacer ruido y sintió que la cama se movía. Asustada levantó la cabeza para ver a Torrie mirándola muy triste. —¿Estás malita?

Negó con la cabeza secándose las lágrimas con la manga antes de forzar una sonrisa. —Estoy algo triste.

—Yo también estoy triste.

—¿Por qué? —Se sentó en la cama y alargó las manos para que se acercara, pero Torrie no lo hizo, aunque se moría por hacerlo. —¿Qué ocurre, pequeña?

—¿Te vas a ir?

Una lágrima cayó por su mejilla. —Este no es mi lugar.

—¡Entonces me mentiste! ¡Dijiste que no mentirías más! —dijo rabiosa.

—No te he mentido —dijo sorprendida.

—¡Dijiste que siempre te tendría si te necesitaba y te vas a ir!

Rayos... Cerró los ojos sintiendo que no podía con eso en ese momento. —Me refería a mientras estuviera aquí. —Se tumbó de nuevo y abrazó la almohada. —Siento haberte confundido. Lo siento de veras.

Torrie frunció el ceño al ver como una lágrima corría por su nariz. Se acercó a ella y pasó el pulgar por su nariz como hacía su padre cuando limpiaba sus lágrimas. Sine abrió los ojos. —Gracias.

—De nada. —La niña sonrió cruzando sus piernas y Sine no pudo evitar sonreír. —Pues me quedaré aquí por si te necesito mientras estés aquí. Para no perder el tiempo.

—Me parece muy bien. Pero si tu padre se entera...

—Bah, no pasará nada. No me reñirá. Está muy ocupado con el clan y esos cerdos bastardos que están al otro lado.

Jadeó sentándose de golpe. —¡Una dama no habla así, Torrie!

Parpadeó sorprendida. —¿Cómo?

—No dice esos... esas... —Carraspeó levantando la barbilla. —Debes ser más fina.

La niña levantó la barbilla. —¿Más fina?

—Sí, debes ser delicada en tu manera de hablar. Nada de insultos.

—Tú acabas de llamar cabrón a mi padre.

Se puso como un tomate. —Vaya, tienes el oído muy fino.

—Escuchaba al otro lado de la puerta. Además, estabas gritando.

Sine se echó a reír sin poder evitarlo. —¿No me digas?

La niña sonrió maliciosa. —¿Eso no es de damas?

—No, y lo sabes muy bien pillina. —Hizo cosquillas a la niña que se echó a reír a carcajadas y se inició algo en ese momento... Una unión tan sólida, tan férrea, que ni un ejército rompería.

Sentadas ante el fuego en el salón después de la cena, Sine le explicaba a su hija como debía bordar. Grant apretó la jarra que tenía en su mano al ver como se acercaba y le decía algo que hacía reír a la niña. El Laird admiró su perfil iluminado por las llamas y apartó la mirada al darse cuenta de lo que estaba haciendo para encontrarse con los ojos de Artek que no perdían detalle. —¿Qué?

—Nada, Laird. —Carraspeó incómodo. — ¿Entonces salimos al amanecer?

—Tú te quedas para cuidar el clan. —Bebió de su jarra y le indicó a una de las sirvientas que le llenara la jarra. Janet le arrebató la jarra acercándose, moviendo de manera descarada las caderas de un lado a otro, y él juró por lo bajo cuando llegó a su lado.

—¿Estás sediento, mi Laird? —preguntó seductora agachándose para llenar su jarra mostrando el inicio de sus senos—. Estoy aquí para servirte... en todo.

Incómodo miró de reojo a su mujer que hacía que no había visto nada. — Puedes retirarte.

Janet frunció el ceño. —Si es por ella, no le importa, Laird. No es tu esposa.

Grant se tensó. —¿Qué has dicho?

—Eso ha dicho a la madre de Grant esta tarde. Que entendía que estuvieran aquí por los niños. Que no era tu esposa, así que no debían sentirse incómodas con su presencia. Además, dijo que no eras nadie para ella y que nunca se atrevería a juzgarlas por compartir tu cama. —Le guiñó un ojo. —Y yo me siento sola, mi Laird...

Grant todavía estaba intentando asimilar lo que Sine había dicho de él, así que la miró sin entender. Ella alargó la mano y le acarició el hombro hasta la nuca. —Te echo de menos.

Apartó su mano molesto. —¡Déjanos solos! Tenemos que hablar, ¿no lo ves, mujer?

Janet jadeó ofendida y dejó la jarra de golpe sobre la mesa. —Muy bien, mi

Laird. ¡Lo que digáis! —Se volvió y señaló a una de las criadas. —¡Calienta agua! ¡Quiero un baño!

Plaisley que estaba sentada muy cerca de Sine gimió cuando ésta la fulminó con la mirada. —Así que la bañera servía para dar de comer a los cerdos —siseó molesta.

La mujer hizo una mueca. —Es que cualquiera se la quita. Tiene muy mal carácter.

—¿Tan malo como el mío?

La mujer dudó. —Más o menos.

Sin poder evitarlo miró a Grant con inquina antes de levantarse cogiendo a la niña en brazos. —Hora de irse a la cama.

—Mamá, ¿estás enfadada?

—Sí, mucho.

—¿Con padre?

—En este momento estoy enfadada con media Escocia.

La niña agarró un mechón de su cabello poniendo la cabecita sobre su hombro. —¿Conmigo no?

Acarició su espalda y sonrió. —No, cielo. Contigo no.

Grant la observó subir y vio como su hijo reía al otro lado del salón. Le hizo un gesto a su primogénito que estaba jugando con una espada de madera en la mano. Se detuvo en seco mirándole sin entender y Grant le indicó con la cabeza que fuera hacia la escalera. Vio como gruñía dejando caer la espada al suelo antes de seguirlas a regañadientes. Cuando llegó arriba Sine ya estaba entrando en su habitación y preguntaba cuál era su cama. Su hermana farfulló algo medio dormida y Grant dijo señalándola —Es esa.

Se volvió sorprendida y al ver quien era forzó una sonrisa. —Siento entrar en tu habitación así.

—Da igual. —Se sentó en su cama para ver como tumbaba a su hermana con mucho cuidado de no despertarla y la desnudó muy lentamente haciéndole sonreír. —Ahora no la despertaría ni una guerra.

Le miró sobre su hombro. —Nunca había hecho esto.

—Pues se te da muy bien.

Se sonrojó de gusto. —Gracias.

Él se mordió el labio inferior viendo como le ponía el camisón. —Lo siento.

Sine se volvió después de arropar a su hermana y le miró confusa. —¿Lo sientes?

Avergonzado se miró las manos. —Siento haber sido malo contigo y haber

deseado que te murieras.

Sonrió acercándose porque era obvio que estaba arrepentido. —A veces... pero no se lo digas a nadie, yo también digo cosas que no siento. —Se sentó a su lado. —Pero eso no significa que seamos malos. Solo que no controlamos nuestro carácter. Un error puede tenerlo cualquiera.

Él la miró de reojo. —¿De veras?

—Sí, pero debemos aprender a controlarnos porque podemos hacer mucho daño. En ese momento queremos hacer daño, pero luego nos arrepentimos y lo pasamos mal mientras que la otra persona puede pensar que no la apreciamos. —Al ver que iba a decir algo le interrumpió. —Eso no significa que tú me aprecies. No puedes apreciarme si no me conoces.

—Yo quiero conocerte.

Sine sonrió. —Y yo a ti también. ¿Empezamos de nuevo?

El niño sonrió. —Soy Grant. —Hinchó su pecho. —Soy el hijo mayor del Laird McInnis.

—Vaya... —respondió impresionada—. Yo también soy hija de un Laird. Pero no puedo sentirme tan orgullosa como tú de mis orígenes. Tú eres hijo del Bendecido.

—Es el mejor Laird de las Highlands.

—Bueno, no conozco a muchos... pero de todos los que he conocido sí que es el mejor.

—¿A que sí? Y nunca le han herido.

Ella hizo una mueca. —Sí, eso me han dicho.

—Y conseguirá expulsar a esos salvajes.

—Esperemos que así sea. —Al ver que entrecerraba los ojos rectificó a toda prisa —Sí, yo también estoy segura.

—Pues sí lo hará y seremos el clan más poderoso de las Highlands de nuevo.

—Me parece muy bien. Es normal que estés tan orgulloso.

—Lo estoy. Pero lo que no entiendo es que si tú piensas igual no quieras vivir aquí.

Vaya con el niño. Carraspeó revolviéndose en su asiento. —Pues... no me llevo muy bien con tu padre... no sería cómodo para ninguno. —Sobre todo porque si veía que se iba con alguna de esas mujeres les molería a palos a los dos. Eso sí que sería incómodo. Incómodo y vergonzoso porque no era su esposa como para protestar.

—Padre necesita esposa. Se lo he oído decir a los hombres. Tú valdrías.

Vaya, gracias. Sonrió divertida. —¿Tú crees?

—Y no hay Laird mejor. Tú lo has dicho.

Perdió la sonrisa poco a poco y decidió ser sincera. —Y es cierto. No hay Laird mejor porque su clan es muy importante para él, pero yo quiero que mi marido me ame y también sea importante para él. No necesito un Laird, solo necesito que me quiera lo suficiente como para no hacerme daño y se hace daño de muchas maneras.

—A mí me has perdonado.

Sine se levantó. —Pero hay cosas que no se pueden perdonar. Tu padre nunca ha confiado en mí y por una mentira me juzgó de una manera muy dura. Me repudió y esa afrenta podría perdonarse por las circunstancias, pero la que vino después a mi regreso no. Ya no hay más oportunidades. Nunca más. No debes confundirte. Que siga aquí es solo por las circunstancias no porque quiera. En cuanto pueda nos iremos y no regresaré jamás.

El niño asintió y Sine forzó una sonrisa. —Que descanses, Grant.

—Buenas noches.

Salió de la habitación y cerró la puerta lentamente. Al volverse se sobresaltó al encontrarse con Grant tras ella y se miraron a los ojos durante lo que pareció una eternidad. Su corazón voló por lo que parecía anhelo en sus ojos, pero apartó la vista avergonzada antes de rodearle para ir hasta el final del pasillo a toda prisa. Entró en su habitación sintiendo que el corazón latía desbocado y se sentó en la cama muy nerviosa. Inquieta por lo que había sentido, se levantó yendo hacia el fuego.

La puerta se abrió sobresaltándola y suspiró del alivio al ver que era su madre que se detuvo en seco. —¿Estás bien?

—Sí, por supuesto. Muy bien —dijo un poco decepcionada. Se molestó consigo misma porque en el fondo de su corazón hubiera deseado que esa puerta la abriera él y eso era algo que no podía permitirse. Levantó la barbilla sonriendo—. ¿Nos acostamos?

Sentados en el salón nadie abría la boca porque los hombres no habían regresado. La tensión era palpable y Sine llevaba de los nervios varias horas. Ya estaba oscureciendo. Se habían ido al amanecer y ya no sabía qué hacer para no preocuparse por ellos. Odara ni había cenado en un estado de nervios lamentable. No dejaba de repetir que le había ocurrido algo a su marido y Plaisley tuvo que darle un tónico para que durmiera. A ella también le gustaría tomar ese mejunje, pero no se atrevía a pedirlo. Se suponía que no tenía razones

para estar inquieta porque le odiaba.

Se levantó nerviosa y caminó de un lado a otro. Como si nada se acercó a la puerta donde Artek estaba sentado en uno de los escalones de piedra. Sin hablar se sentó a su lado. —Le he visto nacer, ¿sabes? Vi como su padre le dejó en la fría nieve y como se alejaba corriendo hacia el castillo después de que yo le llamara a gritos porque su esposa estaba a punto de morir y le reclamaba. Cuando íbamos a enterrarla el sonido de su llanto era fuerte. Tan fuerte que todos fuimos hasta él para verle sobre la nieve gritando a pleno pulmón. —Sonrió con tristeza. —El Bendecido. Rayos, es un hombre. Un hombre fuerte pero un hombre. —Los ojos de Sine se llenaron de lágrimas de la emoción. —Le quiero como a un hijo. Es el mejor Laird que este clan ha tenido nunca y he estado con él cuando ha pasado los peores momentos de su vida. Cuando murió su padre tenía diecinueve años. Sintió como se le iba la vida entre sus brazos y vi su dolor. —Suspiró pasándose la mano por la barba. —Dudó de sí en muchos momentos.

—Es lógico, era joven.

—Yo le dije que cualquier decisión que tomara estaría bien si era por el bienestar del clan. —La miró a los ojos con tristeza. —Pero me equivoqué. Le tenía que haber dicho que las decisiones del clan había que tomarlas con el corazón. Las cosas hubieran sido muy distintas. Hubieran sido muy distintas para vosotros.

Se le cortó el aliento. —¿Qué quieres decir?

En ese momento sonó el cuerno y varios hombres corrieron hacia la puerta de la empalizada para abrirla. Se levantó impaciente y bajó los escalones para ver entrar a los hombres a caballo. Había al menos cincuenta y cuando no vio a Grant palideció llevándose la mano al pecho. Buscó a Stew para preguntarle y se dio cuenta de que tampoco estaba cuando en ese momento entraron los tres a caballo pues Brice también les acompañaba. Sintió que el alivio recorría su cuerpo al ver su rostro. Hizo una mueca porque estaba furioso, lo que indicaba que no habían logrado su objetivo.

Una pelirroja muy embarazada se puso a su lado y con los brazos en jarras gritó —¡Brice! ¡A mí no me hagas esperar, que me pongo nerviosa! ¡Tu hijo no ha cenado por tu culpa! —Sine parpadeó mirándola asombrada mientras seguía gritando —¡Me tienes harta con tus idas y venidas! ¡Nunca estás en casa!

—¡Mujer, cierra la boca!

La pelirroja jadeó de la indignación. —¿Me estás mandando callar?

Sine miró hacia Brice que orgulloso enderezó la espalda. —¡Sí, Wynda! ¡A

ver si te callas de una vez! ¡Si no estoy tanto en casa, es por no escucharte!
¡Estoy por dejar que los vikingos se me lleven!

Los hombres rieron a su alrededor, pero Sine sintió pena por ella al ver el dolor que traspasó su rostro. —Tengo una idea mejor. ¿Por qué no sale ella ahí fuera, a ver si así tiene suerte y se la llevan? ¡Ayudaría a que les encontrarais porque es obvio que como rastreadores sois penosos! —dijo con rabia haciendo que los hombres se tensaran—. ¡Tendría más suerte un perro sordo, ciego y sin olfato antes que vosotros!

Varios la miraron asombrados dando un paso atrás, pero la pelirroja sonrió. —Cierto. Nunca había oído algo igual.

—Oh, por Dios. ¡Si están ahí fuera! Lo demuestra que intentaron atacarme cuando me acerqué a la puerta.

—Laird, ¿vas a dejar que nos hable así? —preguntó Brice furioso.

—¿Acaso no puedes defenderte solo que necesitas mi ayuda? —gritó furibundo.

Como no tenía la ayuda del Laird la fulminó con la mirada antes de decir —
¡Se esconden como ratas!

—Claro que sí. ¡Tenéis que hacerles salir! —Dio un paso adelante. —Por mucho que les busquéis ya habéis descubierto que saben esconder su rastro. ¡Tenéis que provocarles para que salgan!

—¿Y cómo vamos a hacer eso, Sine? —preguntó Stew interesado—. Si tienes una idea, estoy dispuesto a intentarlo.

Ella frunció el ceño. Eso le pasaba por abrir la boca para defender a esa mujer. Esa boca un día la iba a meter en problemas. Todo el clan la observaba y su madre preocupada dio un paso hacia ella. —Hija, vamos a la cama. Aún estás agotada.

Dio un paso adelante sabiendo que como no tomara el asunto en sus manos no saldrían de allí antes de que llegaran los barcos. —Que me traigan un caballo fresco.

Artek se acercó a ella y la cogió por el brazo volviéndola. —Mujer, regresa al castillo.

—¿Tienes una idea mejor?

—¡No! —gritó su madre—. Te matarán por escaparte anteriormente. Estarán furiosos porque consiguieras llegar hasta aquí.

—Madre, si llegan los barcos sí que estamos todos muertos. No sabemos cuántos hombres son, pero si reciben ayuda nos espera un futuro incierto al otro lado del mar mientras nuestros hombres mueren. —Hubo murmullos a su

alrededor y miró de reojo a Grant que estaba fuera de sí de la furia. —Haré que quiero huir hacia el oeste. Ellos me seguirán para impedir mis propósitos o para enterarse de ellos.

—Artek llévatela dentro —siseó Grant fuera de sí—. ¡Ahora! —gritó sobresaltando a los caballos que a sus amigos les costó dominar.

Artek tiró de su brazo. —Vamos dentro, Sine. Antes de que pierda del todo la paciencia.

Soltó su brazo. —¡No es mi Laird para darme órdenes! ¡Puedo decir lo que me venga en gana y soy libre para irme si quiero!

—¡Hija! —exclamó su madre asombrada—. Hija, entra en razón. Vamos dentro.

—¡Madre si no lo hago no saldremos de aquí vivas! ¡Nos matarán o lo que es peor, seremos sus esclavas! —Su madre palideció. —¡La única manera de regresar a tu clan es provocarles para que salgan! ¡Su orgullo les impedirá quedarse escondidos al verme porque les he dejado en ridículo! —Se volvió hacia el Laird. —¿O no?

La gente susurró a su alrededor y el Laird furioso bajó del caballo. Puso los brazos en jarras sin intimidarse cuando caminó hacia ella como si fuera a la batalla. La cogió por la cintura cargándosela al hombro y Sine gritó de la indignación golpeándole el trasero con los puños. —¡Suéltame! ¡No puedes mandarme! Tengo derecho a expresar lo que opino. —Una fuerte palmada en el trasero la hizo gritar de la rabia mientras pataleaba. Su madre gimió al escucharla gritar —¡Cómo me azotes de nuevo te arranco eso que es tan importante para ser hombre! Te lo juro por... —Otro fuerte azote hizo que abriera los ojos como platos. —¡Serás bruto! —Gritó de la rabia e intentó coger la antorcha de la que pasaba, pero se quemó la mano. —¡Ay! —Él gritó antes de azotarla con fuerza de nuevo. —¡Te odio! —gritó desgañitada antes de caer sobre la cama con tal fuerza que rodó sobre ella golpeándose contra el cabecero de madera. —Ay...

—Señora, dígale a su hija... —Tomó aire como si se estuviera controlando. —Que tiene prohibido salir del clan. ¡Y que cierre la boca! ¡Yo me encargaré de encontrar a esas ratas de agua! —Salió de la habitación dando un portazo que bien podía haberla hecho salir de sus goznes. Iblis movió la cabeza de un lado a otro mirando a su hija como si fuera un desastre.

—¡No me mires así! ¡Tengo razón!

—¿No me habías dicho que ya habías hecho bastante? —Sine se sonrojó con fuerza. —Lo que pasa es que querías ayudar a esa mujer y se te ha ido la lengua.

Levantó la barbilla. —Puede.

—Puede no, es lo que ha ocurrido. ¡Si el Laird no te hubiera encerrado, tu orgullo por no dar marcha atrás te hubiera metido en un lío bien gordo! —La miró furiosa. —¡Cómo sigas así me voy a quedar sin hija antes de que lleguen las nieves!

Se le cortó el aliento mirándola sorprendida. —¿Qué has dicho?

—¡Qué te estés quieta de una vez!

Pensó en ello sintiendo que su corazón se aceleraba y todo empezó a tener sentido. Se preguntó mil veces cómo era posible que hubieran llegado a esa parte de las Highlands sin ser vistos cuando todo el mundo sabía que el Bendecido vigilaba muy bien su costa. Habían dado por sentado que venían de más al sur, pero no podían estar más equivocados. Se levantó de la cama de un salto y corrió hacia la puerta.

—Hija, ¿no has oído a tu marido?

Se volvió furiosa. —¡No es mi marido!

—Y es una pena porque os hubierais llevado de maravilla. Solo hay que verlo. —Gruñó siguiendo por el pasillo. —Y tendríais unos niños tan guapos... Mira sus hijos, bien hermosos que son.

—¡Mamá déjalo! —Empezó a bajar las escaleras. —No puedo creer que me estés buscando marido con el lío que tenemos.

—¿Pero a que tengo buen ojo?

Exasperada siguió bajando y llegó al salón. Todos se volvieron para verla acercarse a la mesa del Laird. Se notaba que el enfado del jefe del clan no la afectaba demasiado. Grant apretó el mango del cuchillo que tenía en la mano antes de gruñir cuando se colocó a su lado. De repente ella sonrió de oreja a oreja haciendo que todos los hombres de la mesa la miraran atontados. Grant frunció el ceño golpeando la mesa. —¡Qué miráis!

—¡Lo he descubierto! —gritó emocionada.

Él gruñó de nuevo porque ninguno de los hombres se había inmutado por su exabrupto. La seguían mirando mientras se les caía la baba. Fulminó a su mujer con la mirada levantando una de sus cejas rubias y Artek reprimió la risa antes de decir —¿Qué has descubierto, mi señora?

Pasó por alto su manera de dirigirse a ella. —¡Sé dónde se esconden!

Todos la miraron atónitos y Grant volvió a gruñir. —A ver niña, explícate de una vez no vaya a ser que me dé algo con la espera.

—¡Bueno, donde se esconden exactamente no, pero se dónde lo han hecho! ¡Y de dónde vienen!

—Ya sabemos de dónde vienen —dijo Brice molesto.

—¡No tienes ni idea, idiota!

Brice se levantó de golpe y Stew le cogió del brazo para que se sentara de nuevo.

Ella le ignoró mirando a Artek. —Mi madre me dio la clave.

—¿De verdad? —preguntó tras ella asombrada.

—Sí madre, con lo de las nieves. —Al ver que nadie comprendía nada se exasperó. —Hace unos meses, antes del invierno, padre ordenó no adentrarse en el bosque. Allí estaba la casa de uno de los nuestros que había muerto recientemente. Se nos ordenó no adentrarnos hasta allí porque se habían visto lobos.

Su madre asintió. —Sí, es cierto. Lo recuerdo.

—Esta primavera se encontraron los restos de un barco en la orilla norte de nuestras tierras. —Los hombres se tensaron y ella sonrió radiante. —¡Han mentido! ¡Han mentido en todo! ¡No habrá más barcos! ¡Esos cerdos y mi padre embaucaron a los McAngus! Naufragaron por las tormentas y mi padre les iba a utilizar para buscar aliados. Convencieron a los McAngus de que vendrían refuerzos, porque ese clan os teme y necesitaban que creyeran que estarían respaldados. Los McAngus son cobardes, pero no estúpidos como demostraron al contarles a los vikingos los planes que tenía mi padre. Deshacerse de ellos cuando todo terminara y así quedaría como un héroe ante toda Escocia.

—¿Cómo sabe que no habrá más barcos? —preguntó Grant muy tenso a Artek que se encogió de hombros.

—¿No lo entendéis? Naufragaron. ¡Por eso nadie de tus tierras avistó su barco porque lo perdieron en las mías! Incluso conociendo a mi padre puede que le engañaran diciendo que vendrían más barcos, nunca lo sabremos, pero lo que sí sé es que si venían a una batalla, ¿por qué no venir todos los barcos juntos? ¿Por qué venir ellos delante para unirse a un clan que hasta ese momento había sido enemigo como todos los demás? No, naufragaron en una incursión como tantas otras. Así de simple.

—¿Naufragaron? —preguntó Brice sorprendido.

—¡Sí, por eso se unieron a mi padre! ¡Él les encontró!

—Y ambos se aliaron contra nosotros y después incluyeron a los demás —Sine asintió. —Así que querían destruirnos y utilizaron a los clanes para conseguirlo. Da igual cómo llegaron aquí. Su objetivo era el mismo —dijo Artek.

—¡Son orgullosos como vosotros! Si su objetivo fuera ese ya hubieran

buscado venganza. Y hubieran matado a Grant cuando tuvieron la oportunidad para debilitaros. —Miró a su marido. —Y tuvieron la oportunidad. No les importáis lo bastante como para arriesgar sus vidas. No, tenían que venir hacia aquí por otra razón, por eso este clan es su objetivo. Y la razón es que no tienen en qué regresar a casa. En mis tierras nadie tiene un barco como los suyos. ¿Acaso vosotros lo tenéis? No tienen cómo volver.

—No sé si lo entiendo muy bien. —Stew miró a su Laird que la observaba con el ceño fruncido.

Sine sonriendo continuó —Seguro que mi padre les mantuvo con vida para lograr lo que quería y en cuanto pudieron se libraron de él y del clan McAngus, que contento se alejó del conflicto esperando noticias de un ataque que no llegaría nunca. Se libraron de todos ese día. Si hubieran participado en la destrucción de este clan y tomaran posesión de él como decían que pretendían, no tendrían en qué regresar. ¿Qué harían con el oro? ¿Qué harían con las mujeres? Deberían ocupar el castillo y saben que tarde o temprano otro clan les aplastaría. No, solo intentan mantenerse vivos y de momento lo han conseguido destruyendo a dos clanes de paso. Por eso están en esta costa. Saben que si vienen los suyos esta es la zona más probable para que accedan a tierra. Por eso sois el clan más atacado de las Highlands, ¿no es cierto?

Artek entrecerró los ojos. —Es cierto.

Brice chasqueó la lengua. —Está especulando, el hombre de McAngus...

—El hombre McAngus sabía lo que había escuchado en la reunión. Una reunión amañada por su padre y por los vikingos que pudieron decir mentiras como puños —dijo Grant fríamente—. Puede que el Laird de los Calhoun supiera realmente lo que ocurría, pero ahora ya no puede contarlo. —Miró a Sine a los ojos antes de levantarse y decir —¡Artek dile a mi mujer que aunque no lleguen más barcos, esos hombres son una auténtica amenaza para mi clan! —le gritó a Sine a la cara—. ¡Y no les encontramos!

Sine parpadeó. —Pues no deberías matarles.

Varios jadearon del asombro.

—¿Qué has dicho? —preguntó furioso.

—¡Ellos no te han dañado! ¡Es más, te han librado de enemigos! —Levantó la barbilla. —Deberías dejarles libres. Darles alguna facilidad para regresar a casa. Estoy segura de que después de estar casi un año fuera están deseando regresar.

—¿Estás loca, mujer? —gritó a los cuatro vientos—. ¡Son asesinos! ¿A qué crees que vinieron aquí?

Se sonrojó con fuerza. —A mí no me han dañado.

—¡Si pudieran nos cortarían el cuello a todos!

—Puede, pero no lo han hecho. Y cuando veníamos de viaje, nos dejaron pasar. ¡Y el día de la batalla nos seguisteis y no os mataron!

—Es cierto, Laird. No os atacaron —dijo Brice pensativo—. Ni en las salidas posteriores.

—¿Es que estamos todos locos? —Grant parecía atónito. Señaló las escaleras. —¡A tu habitación!

—¡No puedes darme órdenes! ¡De hecho no puedes ni hablarme! —le gritó a la cara.

—¡Te hablaré lo que me venga en gana!

—¡No tienes palabra!

Todo el salón se quedó en silencio esperando la reacción del Laird por el insulto. Pálido apretó los labios antes de sisear con rabia —¿No tengo palabra?

Al darse cuenta de que le había dejado en evidencia ante todo el clan debía desdecirse de inmediato, pero algo en su interior se lo impidió contestándole fríamente —No, Laird —dijo con burla—. Ni como marido ni como Laird.

El bofetón que la tiró al suelo se lo esperaba y su madre se tiró sobre ella chillando de miedo. Sine levantó la vista mirándole con odio y sonrió escupiendo a sus pies la sangre que se acumulaba en su boca. —Creo que ya va siendo hora de que abandonemos el clan, madre. —Grant palideció por su odio. —Aquí hay un peligro mucho mayor del que hay ahí fuera.

—Sí hija, vámonos —susurró su madre muy asustada porque la matara en un arrebato. La ayudó a levantarse sin quitarle la vista de encima a Grant—. Ahora nos vamos.

—No.

La voz lloriqueante de Torrie la hizo volver la cabeza y al ver sus ojos grises llenos de lágrimas se emocionó. —Adiós, pequeña.

—¡No! —Su hermano Grant la cogió por los hombros sujetándola mientras ellas caminaban hacia la puerta.

Artek dio un paso hacia su Laird impresionado. —No pueden irse. Es plena noche y...

Su Laird sin hacerle caso caminó lentamente hasta la puerta para verlas atravesar la aldea. Sine mantenía la cabeza alta mientras su madre intentaba que se diera prisa mirando sobre su hombro como si temiera que la matara por la espalda. Apretó los puños sintiendo que se le retorcían las entrañas. Artek se puso a su lado y vieron como llegaban a las puertas que seguían sin abrirse. —

Dales caballos y comida.

—Pero Laird...

—Tiene razón. No he cumplido mi palabra. —Su corazón se retorció asqueado de sí mismo. —Es hora de dejarla ir.

Artek apretó los labios y asintió. Dio las órdenes de inmediato. Los caballos no tardaron en llegar y Paisley salió a toda prisa corriendo hacia ellas con un hatillo de provisiones para el viaje. Les dijo algo y se subieron al caballo mientras ella ataba el hatillo a la silla de montar de Sine. Cogiendo las riendas volvió el caballo y le miró fijamente mientras las puertas se abrían. Sine gritó hincando los talones en su montura antes de salir de la aldea a galope.

Capítulo 12

Sine dejó caer las lágrimas que estaba conteniendo mientras se dirigía hacia el oeste. Miró hacia atrás para ver a su madre tras ella intentando seguirle el ritmo.

—¡Sigue! —gritó su madre sabiendo que se jugaban el cuello.

Azuzó su caballo y se limpió las lágrimas con la manga mirando hacia atrás de vez en cuando. Se le cortó el aliento al ver por el rabillo del ojo que en la colina había dos hombres a caballo que las seguían. Asustada miró hacia su madre. —¡Nos siguen!

Iblis miró hacia allí y en ese momento se internaron en el bosque. Era muy peligroso ir a esa velocidad sin conocer el terreno y Sine aminoró la marcha poniéndose a su altura. Rodearon un árbol cada una por un lado e Iblis chilló cuando una flecha dio en el tronco.

—¡Solo quieren asustarnos! ¡No te detengas! —Miró hacia atrás y gracias a la luz de la luna pudo ver que Hilmar agitando las riendas con fuerza y sonriendo maléficamente se acercaba cada vez más. Sine juró por lo bajo al ver a dos de sus hombres colocándose tras él desde dos lados del bosque distintos. Miró al frente y entrecerró los ojos al ver una rama baja. Su madre asustada azuzó a su caballo adelantándola por un sendero que cada vez se estrechaba más y Sine levantó el brazo cogiendo la rama y tirando de ella hasta que se le escapó de los dedos. Miró hacia atrás y se echó a reír cuando uno de sus hombres salió disparado del caballo. Su madre gritó y asustada se volvió para ver a un hombre a caballo con su madre sobre su grupa y con un cuchillo en la garganta. Sine tiró de las riendas haciendo que su caballo levantara sus patas delanteras.

—Madre... —Asustada sintió que tras ella se detenían los demás, pero no dejó de mirar al hombre que tenía el cuchillo en su garganta. —Déjala ahora.

El vikingo se echó a reír con desprecio. —¿Qué has dicho, mujer? —Apretó más el cuchillo en su garganta. —Vuelve a decirme lo que debo hacer y la destripo aquí mismo.

—Jorgen, no seas grosero con nuestras invitadas.

Sine volvió su caballo para ver que Hilmar estaba disfrutando del momento enormemente. —Déjanos ir.

—Ni hablar.

—¡Nosotras no hemos hecho nada! ¡Solo queremos regresar a nuestro clan!

—Igual que nosotros. ¿A que es irónico?

—Así que es eso. Habéis perdido vuestro barco y no tenéis cómo regresar. ¡No es responsabilidad nuestra! —gritó furiosa.

Hilmar acercó su caballo hasta el suyo, pero ella levantó la barbilla sin dejarse intimidar. El vikingo sonrió. —Volviste a él. Con el hombre que te entregó a la muerte. Sí que eres fiel, preciosa.

—No me llames así —siseó con furia.

Él se echó a reír mientras los demás sonreían. Sine movió su caballo alejándose de él para ver que solo eran cuatro, pero puede que los demás estuvieran escondidos.

El vikingo miró hacia ellos divertido. —¿A que sería la esposa de un Jarl perfecta?

—Eso sería si te fuera fiel a ti, amigo —dijo uno de ellos a punto de reírse.

La miró a los ojos. —Oh, lo será. Solo necesita tiempo.

A Sine se le puso la piel de gallina. —Voy a tener un hijo suyo.

El vikingo perdió la sonrisa de golpe y apretó los labios como si eso no se lo esperara. Si era el jefe de su pueblo como acababa de deducir, seguro que no toleraría que su amante tuviera un hijo de otro. Él suspiró alejando su caballo. —Prendedlas. Serán buenas esclavas. Calentarán nuestros lechos mientras llegamos a casa.

Iblis gritó del horror por lo que esas palabras suponían y los hombres se echaron a reír mientras Sine palidecía. En ese momento se dio cuenta de su error porque para él ahora ya no valía nada y su deseo por ella había provocado que decidiera convertirla en su amante. Y cuando se cansara se la entregaría a los demás. Con los ojos llenos de lágrimas miró a su madre que seguía gritando histérica y el vikingo que la tenía entre sus brazos la cogió por la barbilla para besarla de una manera repulsiva. Furiosa se subió sobre su montura y se tiró sobre ellos. Los tres cayeron del caballo y fuera de sí agarró al vikingo por la cabellera golpeando su cabeza con fuerza contra el suelo una y otra vez. Hilmar se bajó del caballo y ella se levantó cogiendo el cuchillo que el vikingo tenía en su bota clavándoselo en el muslo. El Jarl gritó de dolor y los otros dos hombres bajaron del caballo para ver como ella le golpeaba con la empuñadura de su cuchillo en la sien provocando que cayera desplomado. Sacaron sus espadas mirándola con furia. —Estás muerta, puta.

—¿No me digas? Seguro que algún día llegará el momento de ver a mi

creador.

Su madre se puso a su lado con la espada del vikingo en la mano. Sine levantó una ceja porque era tan enorme que ni podía levantarla. —Coge algo más pequeño —siseó.

—Oh, sí. —La dejó caer para asombro de los hombres y corrió hacia el Jarl cogiendo el puñal que tenía en el cinto a la espalda. Cuando se puso a su lado sonrió. —Lista.

Los vikingos se miraron antes de echarse a reír a carcajadas. Y la verdad es que tenían para reírse porque les sacaban medio cuerpo y sus espadas eran enormes. Ellas se miraron antes de gritarse la una a la otra. —¡Corre!

Lo hicieron cada una por un lado y Sine saltando un seto vio como uno de ellos la seguía gritando como un poseso con la espada en alto. Ella chilló cuando casi le da con la punta de la espada. Rodeó un árbol y volvió por donde había venido esquivándole al pasar y él gritó furibundo. Madre e hija se encontraron en el camino de nuevo y Sine la cogió de la mano corriendo con ella sendero abajo de regreso al clan McInnis, deteniéndose en seco al ver al menos a sesenta hombres McInnis armados hasta los dientes. Grant estaba ante ellos y a Sine se le pusieron los pelos de punta al ver su rostro porque estaba transformado por la furia. Emitió un grito de guerra levantando su espada antes de hincar los talones en su caballo lanzándose a la batalla. Su caballo las rodeó y Sine temió por él porque era el único que se había lanzado al ataque mientras los demás simplemente observaban. Ambas se volvieron para ver que no tenían ninguna posibilidad. Desde su caballo lanzó un mandoble que abrió a uno de ellos por el vientre mientras la espada caía de nuevo sobre el otro cortándole entre el cuello y el hombro. Cayó al suelo de rodillas antes de darse cuenta de que le había herido. Sine se estremeció cuando la miró a los ojos antes de morir.

El caballo de Grant se acercó a Hilmar que estaba tendido en el suelo —¡No le mates! —gritó ella—. ¡Es su jefe! ¡Le llaman Jarl!

Grant entrecerró los ojos. —Prendedlo. Y a ese —dijo señalando fríamente al que había besado a su madre y que estaba desmayado—, a ese matarle. Solo le necesitamos a él para hacer salir a los suyos.

Preocupada se apretó las manos y Grant se acercó a ella cogiéndola por la cintura para sentarla ante él antes de emprender camino al clan. Sorprendida se volvió. —¿Qué haces?

—Vuelves a casa.

—¡No! —le gritó a la cara.

—¡Estás en mis tierras y harás lo que yo te diga!

—Maldito... —Él la cogió por la nuca besándola con pasión y sorprendida le agarró por el cabello intentando que la soltara, pero cuando entró en su boca Sine gimió por el rayo que la traspasó. Su marido apartó la boca y se miraron a los ojos. —Cabrón.

Grant miró sus labios y se agachó lentamente para besar su labio inferior con tal suavidad que el corazón de Sine saltó en su pecho. Separó los labios sin darse cuenta y acarició su labio inferior con la lengua sintiendo como cada fibra de su ser le necesitaba. Su aliento, su aroma la volvieron loca y acarició sus hombros para abrazar su cuello sin dejar de besarle. Su marido la giró elevándola y ella se sentó a horcajadas mirando hacia él abrazándole y pegándose a su cuerpo todo lo que podía. Se apartó para mirar sus ojos y en ese momento llegaron sus hombres a galope, pero a ella no le importó porque durante ese instante era el marido que había tenido en la cueva. Una lágrima recorrió su mejilla de la emoción justo antes de mirar sorprendida a su marido sintiéndose sin aliento. Grant gritó sujetándola por la cintura para pegarla a él mostrando la flecha que tenía en la espalda antes de lanzarse a galope mientras sus hombres les rodeaban. Apoyó su mejilla en su hombro sabiendo que era el final. Sus lágrimas mojaron su piel y susurró —Si hubiera deseado un marido, hubiera querido que fuera como tú.

—Shussss —susurró él apretándola más a su cuerpo recorriendo el valle lo más rápido que podía—. Te pondrás bien.

Sintió que el dolor era horrible y se aferró a él clavando las uñas en su cuello. —Sé que no me has entendido en todo este tiempo, pero te he hecho caso, ¿sabes? —Grant traspasó las puertas mientras sus hombres gritaban pidiendo ayuda. Detuvo el caballo ante el castillo y le apartó la cara con suavidad sin separarla de su torso. Sine sonrió sin fuerzas. —¿Quieres saber en qué?

—¿En qué, preciosa? Porque no me has hecho caso desde que te conozco.

Sus ojos se cerraron. —Te he amado. ¿Recuerdas que me lo ordenaste?

Grant la miró emocionado. —Sí, preciosa.

—Y no me arrepiento —susurró perdiendo el sentido.

Despertó al lado del fuego y gritó asustada al ver a Leslie sobre ella sujetándole el brazo con la rodilla. —¡No te muevas!

Gritó de la impresión al ver que el cuerpo de la flecha salía de su pecho y estaba cubierta de sangre. —Esto te va a doler —dijo cogiendo el pedazo de madera llena de sangre antes de tirar con fuerza. Sine gritó de dolor arqueando la

espalda sin poder evitarlo, sintiendo cada centímetro que recorría su carne hasta salir del todo. —Espero que no haya quedado algo dentro. —Se volvió cogiendo algo que le tendían y taponó el agujerito del que empezó a manar sangre en abundancia. Gimió de dolor cerrando los ojos con fuerza cuando sintió que alguien la cogía en brazos. Al mirar quien era sonrió a Grant sobresaltándose al ver sangre a un lado del pectoral cerca del brazo. —¿Qué es eso?

—No es nada, preciosa.

—¿Estás herido? —Asustada le miró a los ojos y gritó—¡Plaisley!

—No es nada, Sine. Me preocupas más tú —dijo la mujer tras ellos—. Déjala sobre la cama, Laird.

La tumbó con cuidado y sentándose a su lado agarró la tela del vestido desgarrándola para mostrar mejor la herida. Apretó los labios antes de taponarla con sus propias manos. —Vieja date prisa. Esposa como sigas así no te va a quedar una parte del cuerpo sano.

Ignorando su propio dolor susurró —Levanta el brazo. ¿Qué tienes?

—En cuanto terminen contigo me atenderán.

Leslie llegó con un cuchillo ardiendo en las manos y ella las miró con horror. —¡No!

—¡No hay otra opción! —gritó su marido apartando las manos y sujetándola por el torso con fuerza, antes de que la mujer posara el cuchillo sobre la herida haciéndola gritar de dolor. Sintió que su cuerpo se rompía de la tensión al resistirse. Su marido la volvió con cuidado, pero estaba tan agotada que ni se dio cuenta antes de que el dolor la traspasara de nuevo. Sin fuerzas y medio desmayada sintió algo frío en la herida antes de que la cubrieran con una venda que rodeó su hombro. Tumbada sobre la cama vio como su marido se agachaba y besaba su frente.

—Laird... —Plaisley se acercó y él gruñó levantándose. Elevó el brazo y Sine vio una protuberancia que estaba bajo su axila. Era la punta de la flecha.

—Has tenido mucha suerte Laird. Si hubiera sido más hacia la derecha te hubieras presentado ante tu creador.

—Saca la flecha, vieja. No me des sermones.

—¿Grant? —preocupada intentó moverse.

—Eh... Estoy bien.

Los ojos de su esposa se llenaron de lágrimas. —Es culpa mía. Siempre es culpa mía.

—¿No has oído a Plaisley? Si no hubiera sido por ti estaría muerto.

Era mentira y todos lo sabían. Si ella no le hubiera distraído seguro que no le

hubieran herido. Y ya era la tercera vez que pasaba. Sintió que el miedo la recorría mientras Plaisley acercaba un cuchillo a su piel rajándola para mostrar la punta de la flecha. Grant no emitió un ruido y ella cerró los ojos porque se sentía incapaz de mirar.

—Sine tienes que beber esto.

Abrió los ojos para ver a Leslie con un vaso en la mano. La ayudó a incorporarse y un sabor amargo entró en su boca. Intentó apartar los labios, pero Leslie se negó. —¡Bébetelo todo!

—¡Sine haz lo que te dice! —ordenó Grant preocupado a punto de acercarse. Porque no se moviera se lo bebió todo sin protestar y su marido sonrió viendo como descansaba la cabeza sobre la almohada, pero perdió la sonrisa y gruñó con fuerza mientras Plaisley le aplicaba fuego sobre la herida.

Asustada vio cómo se tambaleaba de dolor y Stew le cogió por el brazo enderezándole. —¿Estás bien, Laird?

—Joder... Esto duele como mil diablos —dijo antes de bajar el brazo.

—Está en una zona muy delicada, Laird —dijo Plaisley—. No bajes el brazo todavía. Voy a aplicarte el unguento y a cubrirlo. No quiero que te roce con el brazo y empeore.

—¿Dónde le habéis metido?

—Se ha encargado Brice y Artek. No te preocupes. No se escapará. Habrán doblado la guardia.

Grant asintió antes de mirar a su mujer que le observaba preocupada. —Duérmete mujer. Todo está bien.

—¿Dónde está mi madre? —Todos se quedaron en silencio y preocupada se sentó de golpe sobresaltándoles. —¿No la habréis dejado allí? —gritó asustada.

—¡Túmbate Sine! —Grant frunció el ceño mirando a Stew. —¿Dónde está?

—Pues verás, Laird...

—¿Dónde está? —gritó su Laird al ver que su mujer se estaba alterando.

Stew hizo una mueca. —La han reclamado. Como ahora es viuda...

Sine jadeó con los ojos como platos. —¿Qué ha dicho este gañán? —gritó indignada.

—Esto no está pasando —susurró Grant incómodo antes de fulminar a su hombre con la mirada—. ¿Qué has dicho?

—Artek está soltero. Al menos lo estaba. Ella es hermosa y... Como ha estado a punto de perderla se ha dado cuenta de que lo mejor es que se la quede. Está encerrada en su cabaña para que se haga a la idea.

Sine se quedó sin habla y miró a su marido con los ojos enormes sin salir de

su asombro. —Preciosa...

—¡Haz algo!

—En este clan es habitual que se reclamen a las viudas. O por otros viudos o por alguien de la familia del marido. Artek aprovechó su oportunidad antes de que alguien se le adelantara.

Parpadeó sin poder creérselo. —¿Me estás diciendo que si me quedo viuda puede reclamarme cualquiera? —gritó a los cuatro vientos.

—Por eso seguimos solteras —dijo Leslie por lo bajo haciendo gruñir a su Laird.

Grant frunció el ceño bajando el brazo a toda prisa. —No, claro que no —respondió a su mujer.

—Laird... —Stew levantó una ceja. —Sí que pueden.

—¡He dicho que no! —gritó a la cara de su amigo—. ¡Desde ahora esa costumbre se ha terminado!

—Desde ahora. Así que Artek no ha hecho nada mal. Ha seguido la ley. —Stew sonrió. —Menos mal, porque se llevaría un disgusto. Está encantado.

—¡Grant!

—¡Mujer, no puedo cambiar lo de antes! Debes entenderlo. ¿Sabes cuántos matrimonios hay así?

Asombrada miró a las gemelas que ante la chimenea pusieron los ojos en blanco. —Pero no puedes casarla con ese hombre —farfulló sin saber qué hacer.

—Pues ha tenido suerte —dijo Stew cruzándose de brazos antes de fruncir el ceño—. ¿Por cierto donde está mi esposa?

Sine puso los ojos en blanco antes de dejarse caer en la cama para gemir de dolor.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y Brice entró pálido mirando a las mujeres. —Mi mujer va a parir.

Las gemelas sonrieron. —Menuda noche —dijo Plaisley antes de salir a toda prisa.

Stew las siguió y cerró la puerta. Grant se acercó al lecho. —Preciosa...

—Ha tenido un mal marido durante muchos años. Estará asustada y...

—Artek es uno de los mejores hombres de este clan. Nunca le he visto tratar mal a nadie que no se lo mereciera. Será bueno para ella.

—Pero no le quiere —dijo angustiada.

Grant suspiró sentándose a su lado. —Tú tampoco me querías cuando me conociste.

—Ni ahora tampoco —dijo orgullosa levantando la barbilla.

Él sonrió y le acarició la mejilla. —No mientas, mujer. O tendré que calentarte el trasero.

—Quiero verla.

—Deberías dormir.

—Quiero verla.

Conocía lo suficiente a su esposa para saber que cuando se empecinaba en algo era imposible quitárselo de la cabeza. Sobre todo si era de su madre. —Esposa...

—¿Ahora soy tu esposa? —preguntó sorprendida.

—¡Sí!

Frunció el ceño. —Eres muy cambiante.

Grant tuvo la decencia de sonrojarse. —¡Sabes por qué lo hice! ¡Me enfadaste!

Chasqueó la lengua. —Quiero verla.

—Estará bien.

—Disculpa marido... —dijo con burla—, no es que no crea en tu palabra porque la palabra del Laird es sagrada...

—Mujer...

—¡Pero quiero verla! —gritó sin cortarse. Grant entrecerró sus ojos grises y gruñó antes de levantarse furioso murmurando algo sobre las mujeres que ella no llegó a entender—. ¿Qué has dicho?

—¡Nada! —Salió dando un portazo y Sine sonrió encantada poniéndose cómoda. Miró su hombro e hizo una mueca. Aquello dolía muchísimo. No tanto como la pierna cuando la tenía quebrada, pero ardía de una manera que dudaba que la dejara dormir en toda la noche. Se miró el vestido y bufó. Como siguiera así iba a arruinar el clan por las telas nuevas que tendrían que hacer.

Increíblemente empezó a quedarse dormida y se sobresaltó cuando la puerta se abrió. Su madre entró corriendo y se echó a llorar. —Mi niña, ¿estás bien?

—Sí, madre.

—Te vi y me asusté muchísimo pero ese bruto no me dejó venir. Dijo que allí estaba segura. ¡Me ha encerrado en su casa! —dijo indignada.

Por su manera de hablar se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que ocurría y fulminó a Grant con la mirada que se hizo el loco. Al parecer tenía que decírselo ella. La miró a los ojos. —Madre...

—Pero estás bien, ¿verdad? Te han curado y te repondrás.

—Esto no es nada después de lo de la pierna. —Iblis sonrió. —Madre...

—Dime, mi niña.

—Te han reclamado. —Su madre la miró sin comprender y gimió por dentro.
—Artek es ahora tu marido.

—¿Perdón?

—Aquí se reclama a las viudas, madre. Y tú eres viuda.

Iblis jadeó indignada llevándose la mano al pecho. —¿Estoy casada con ese bruto?

Grant carraspeó. —Es un buen hombre. De lo mejor del clan. Mi mano derecha. —Las dos le fulminaron con la mirada como si quisieran matarle. — Mejor me voy a beber algo. Tengo una sed...

Su marido salió a toda prisa y Sine siseó —Estupendo. Me deja a mí el problema. —Miró sus ojos negros. —Si quieres nos escapamos.

Iblis forzó una sonrisa algo pálida. —¿Y separarte de tu marido? Porque le amas. Sé que le amas. He visto como le mirabas antes de que te atravesara la flecha. Las circunstancias han estado en vuestra contra y has sufrido. Pero le importas.

—¿Tú crees, madre? —preguntó esperanzada—. Me ha llamado esposa, pero lo que ocurrió antes...

—Si te hubieras comportado así ante tu padre, te hubiera matado simplemente para no dejarse humillar ante los suyos. Y tú lo sabías. Lo hiciste a propósito para que te dejara marchar. —Se le cortó el aliento porque su madre la había descubierto. —Sabías que si salíamos esos cerdos nos seguirían. Tú misma lo dijiste minutos antes. Le provocaste como les provocaste al defender a esa pelirroja en cuanto llegaron a la aldea.

—Siento haberte puesto en peligro —dijo arrepentida.

—Hija, vivir tus aventuras es lo más emocionante que he hecho nunca. —La miró sorprendida. —Igual el destino me deparaba este marido. —Hizo una mueca. —Al menos es apuesto.

—¿Te agrada?

Su madre se sonrojó como una niña. —Es... grande. —Soltó una risita. —Y cuando me coge en brazos... Parece un oso.

Sonrió sin poder evitarlo. —¿Y cómo te habla? ¿Es dulce?

—Solo me ha dicho sube a mi caballo, mujer. Y después me ha dado una palmada en el trasero. —Soltó una risita. —Es un atrevido.

Increíblemente vio a su madre ilusionada. —Entonces te agrada.

—Sí, creo que sí. Pero aún tengo que conocerle. —Levantó la barbilla orgullosa. —Y conocerle mucho.

Sine cogió su mano. —Eso madre, tú resístete lo que puedas. Que te corteje

como es debido.

Asintió y la puerta se abrió de nuevo. Grant entró en la habitación. —Suegra no es por echarla, pero tu marido espera abajo impaciente por si me arrepiento de este matrimonio.

Iblis jadeó levantándose y prácticamente salió corriendo dejándola con la boca abierta. —Le agrada —dijo ella mientras Grant cerraba la puerta. Su marido sonrió acercándose y Sine perdió el aliento cuando se quitó el kilt quedándose en cueros ante ella. —Marido —dijo asombrada mirando su sexo erecto.

Él gruñó sentándose para quitarse las botas y se tumbó a su lado cubriendo su sexo con una de las pieles.

—¿No me desnudas? —preguntó casi sin voz.

—Será mejor que no —dijo con voz ronca antes de darle la espalda—. Que descanses, esposa.

Frunció el ceño porque hasta tenía las botas puestas. Se sentó lentamente apoyándose en el brazo sano y alargó el cuello para mirar su perfil iluminado por las llamas del fuego. —¿Ni las botas?

Él gruñó sentándose como si fuera una molestia y cogió uno de sus tobillos levantándolo de golpe, haciendo que cayera tumbada en la cama. Gimió de dolor y él la miró arrepentido. —Perdona.

—Si no quieres hacerlo, solo tienes que decirlo, esposo —dijo molesta—. Es que no puedo estirar este brazo.

—No me molesta —dijo en un gruñido tirando su bota a un lado antes de empezar a desatar la otra. Cuando terminó se tumbó de nuevo a su lado dándole la espalda—. ¡A dormir! —ordenó como si fuera uno de sus hombres.

Ella no le dio importancia y suspiró poniéndose de costado dándole la espalda para que no le doliera la herida con el roce de la espalda y el colchón. Su marido miró sobre su hombro. —¡Tapate mujer, vas a coger frío!

Antes de darse cuenta estaba cubierta de pieles y sonrió encantada. Cuando se tumbó a su lado ella susurró —¿Marido?

—¿Sí? ¿Te duele mucho?

—Bah, no es nada.

Grant sonrió. —¿Entonces?

—Te perdono.

Él frunció el ceño mirando sobre su hombro. —¿Cómo que me perdonas? ¿Qué tienes que perdonarme tú? —Se sentó de golpe. —¿Quién mintió, eh? ¿Quién mintió desde el principio?

—Tú.

La miró con asombro. —¿Yo?

Sine le miró sobre su hombro. —Pues sí —dijo indignada antes de sentarse de nuevo—. Yo no te mentí. Solo oculté información.

—¡Información muy importante! —le gritó a la cara.

—¡Tienes seis hijos!

Se miraron el uno al otro antes de besarse y Grant acarició su cuello hambriento de ella. La saboreó de tal manera que todo su ser tembló de placer y cuando se separó ni se dio cuenta aún con los ojos cerrados. Frunció el ceño alargando los labios, pero no recibió más besos, así que abrió los ojos y vio sorprendida que su marido ya estaba dormido. Estiró el cuello y dejó caer la mandíbula asombrada cuando soltó un ligero ronquido. Era imposible dormirse tan pronto. Muy bien. Ella tampoco estaba para muchas gaitas. Suspiró tumbándose de nuevo y sonrió ilusionada. Puede que todo cambiara a partir de ahora. ¿Debía decirle lo del bebé? No, mejor que no. Se mordió el labio inferior acariciando su vientre con la mano. Esperaba que estuviera bien. Habían sido demasiado sobresaltos en poco tiempo. No, mejor esperaba a que le creciera algo el vientre para asegurarse. Hizo una mueca. Mucha ilusión no le iba a hacer teniendo seis hijos. Suspiró de nuevo. Los ojos se le fueron cerrando sin darse cuenta. Esperaba que su vida allí fuera muy feliz.

Capítulo 13

El dolor la despertó apenas unas horas después. Le latía el hombro y gimió volviéndose para colocarse de espaldas. Grant se sentó como un resorte y ella forzó una sonrisa. —¿Te he despertado?

—Te duele.

—¿Y a ti? —preguntó preocupada.

—Voy a llamar a Plaisley.

—No la molestes. Es de noche.

—Seguro que la mujer de Brice todavía no ha dado a luz. Es la primera vez que Wynda va a parir.

Hizo una mueca porque era obvio que sabía más de partos que ella. Le observó vestirse y rápidamente fue hasta la puerta. —Vengo enseguida.

Asintió y cuando cerró la puerta se mordió el labio inferior dándose cuenta de que estaba sudando. Se pasó la mano por la frente limpiándose el sudor y apartó algunas mantas. Asustada por si tenía fiebres, se pasó la mano por la frente de nuevo y se dio cuenta de que estaba caliente. Rayos. Era lo que la faltaba para rematarla. Sería estúpido morir de fiebres después de todo lo que había pasado.

Se abrió la puerta y se sorprendió de que hubiera tardado tan poco. —¿No has...? —Se quedó de piedra al ver a Hilmar entrar en la habitación con una espada en la mano. Estaba lleno de golpes y tenía sangre en la barba.

Mirandola con odio se acercó a los pies de la cama. —Ni se te ocurra gritar.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó asustada por los niños. Se arrodilló sobre la cama.

—Levántate. Vas a sacarme de aquí.

—No saldrás vivo del castillo. Deja la espada antes de que regrese mi marido.

—Tu marido... —Sonrió con maldad. —Tu marido se va a quedar viudo como no te levantes de inmediato. Yo ya no tengo nada que perder.

—¿Y tu vida?

—¿Mi vida? Mi vida ya no tiene sentido si no regreso a mis tierras.

Mirando sus ojos azules se le heló la sangre porque demostraba que la

mataría si pudiera. —¡Ven aquí! —ordenó poniéndole la punta de la espada tan cerca del cuello que rozó su piel. Se levantó lentamente temiendo por Grant que llegaría desarmado. —¡Date prisa!

—¿Quieres volver? Puedo hablar con mi marido, puedo convencerle de que os ayude.

—¿Como ayudó a mis hombres? —gritó furioso.

—Intentaron matarme. Tuvo su venganza.

—¿Por una mujer que repudió?

Se le cortó el aliento. —¿Y tú cómo sabes eso?

—Escuché hablar a los hombres que me custodiaban —dijo con burla—. ¡No eres nada para él, Sine! ¡Solo te ha utilizado!

—¡No sabes lo que dices!

—¡Te ha utilizado para salvar su clan! Te echó a los perros y podrías haber muerto. ¡Arriesgaste tu vida para volver y avisarle y mira cómo te lo pagó! ¡Echándote de nuevo!

—¡No es cierto! —gritó con lágrimas en los ojos. Él la cogió por el brazo volviéndola para pegarla a su pecho sujetándola por la cintura.

—Pues ahora demostrará lo que le importas.

Se volvió hacia la puerta y Sine miró a su marido, que pálido levantó la mano lentamente. —Baja esa espada.

—¡Púdrete, cabrón! Ahora vas a abrir las puertas para que los míos vengan a por mí.

Plaisley apretó los labios mirando el rostro de Sine. —Está enferma, no te servirá de mucho.

—Me servirá para llegar a los míos.

—Mi marido te ayudará a llegar a tus tierras —dijo Sine dejándoles a los tres con la boca abierta.

—¡Ni hablar! —gritó Grant furioso—. ¡Suéltala antes de que pierda la paciencia!

Sine miró a los ojos a su marido. —No han hecho daño a tu clan. Solo quieren regresar a casa. Ayúdales. Tiéndeles la mano y...

—¡Jamás! —gritó furibundo haciéndola palidecer porque su vida estaba en manos de su enemigo y no daba marcha atrás—. ¡Estos cabrones solo vienen hasta aquí a robar y matar! Jamás, ¿me has entendido?

Hilmar la pegó a él con fuerza colocando la espada en su vientre. —Pues no verás nacer a tu hijo. Eso te lo juro por Odín. Ahora apártate.

—Me da igual, tengo muchos —dijo fríamente rompiéndole el corazón en

mil pedazos—. Pero tú no vas a salir vivo de aquí.

Sine no se podía creer que lo hubiera hecho de nuevo. La había vendido otra vez por conseguir lo que se proponía y una lágrima cayó por su mejilla sin darse cuenta mientras Hilmar se reía tras ella. —¿Ves, preciosa? No le importas nada. Te mataría si con ello llegara hasta mí. —Cogió su cabellera inclinando su cabeza hacia atrás y susurró —Elegiste mal. —La besó en la sien y Sine cerró los ojos dejando que las lágrimas acumuladas cayeran por sus mejillas.

—Mátame de una vez —dijo sintiendo que ya no quería vivir.

—No, preciosa. —Tiró de ella hacia atrás y la puso tras él alargando el brazo. —Abre la ventana.

Sine reaccionó y Grant gritó al ver que cogía el tablón que la mantenía cerrada —¡No, esposa!

Que la llamara así fue como si la traspasara un rayo y le miró con odio antes de abrir la hoja de la ventana. Era un piso, pero era una buena altura. —¡Ni se te ocurra! —gritó el Laird asustado.

—¡Salta! —Hilmar la empujó hacia la ventana y ella subió el pie para elevarse sentándose en la fría piedra. En ese momento vio llegar un carro cargado de paja y asombrada vio como se ponía debajo. Al mirar a la persona que lo arrastraba vio a Artek. Sin pensarlo más se tiró al carro y pudo escuchar desde abajo el grito de su marido. Gimió girándose porque había caído sobre el hombro malo. Artek la cogió con cuidado dejándola en el suelo antes de que Hilmar cayera al carro.

Se dio la voz de alarma y Artek susurró —Escóndete bajo el carro. —Ella se agachó de inmediato y se metió entre las ruedas. Tenía una plataforma oculta donde él ya se estaba metiendo y ella lo hizo a su lado. Artek colocó una tapa que les mantenía ocultos.

—Verán el carro desde arriba —susurró.

—No, preciosa. La habitación está en llamas. No se ha acercado a la ventana y para llegar hasta aquí tiene que bajar las escaleras del castillo.

El carro apenas se movió unos metros antes de escuchar a Artek que gritaba —¿Qué ocurre?

—¡No lo sé! —gritó Stew con voz agitada—. ¡No nos atacan!

—¿Dónde están? —gritó Grant retorciéndole el corazón.

—¿Quiénes?

—¡Ese cabrón se ha escapado! ¡Se ha llevado a Sine! ¡Buscadles! ¡Tienen que estar por aquí!

Artek dio las órdenes y Sine todavía no se podía creer que la mano derecha

de Grant le hubiera traicionado. Escucharon como los hombres corrían de un lado a otro. —Es imposible—dijo Grant a su lado. Se tensó y Hilmar cogió su mano con fuerza—. Con esa caída tendrían que haberse matado. —Escuchó que caminaba de un lado a otro. —¿Por qué este carro está aquí? —Sintió como se agachaba mirando debajo y Sine apretó los párpados reteniendo el aliento al escucharle jurar. —¡Maldito cabrón! —gritó furioso levantándose. — ¡Devuélveme a mi esposa!

Su esposa, si no fuera tan triste lo que había ocurrido se echaría a reír por lo delirante que era todo lo que le estaba pasando. En ese momento se dio cuenta de que simplemente tenía que haberse casado con ese hombre que le había elegido su padre y haber soportado los golpes, porque seguro que dolerían mucho menos que lo que su marido le hacía sentir cada vez que la traicionaba. Porque eso que acababa de ocurrir había sido una traición en toda regla y que la vida de su hijo no le importara en absoluto era algo que no iba a tolerar. Las lágrimas fluían sin darse cuenta y se le escapó un sollozo sin poder evitarlo. El vikingo acarició el dorso de su mano con suavidad. Y pensar que hacía unas horas ella creía que sería feliz al lado de Grant. Estaba claro que el destino no la dejaría. Escucharon como se alejaban y ella intentó soltar su mano. Él no se lo permitió y chasqueó la lengua molesta. La fulminó con la mirada y bufó.

—¿Quieres callarte? —susurró molesto.

—Cállate tú —le replicó mirándole con odio, aunque casi no le veía.

—Yo no tengo la culpa de que no te quiera.

Perdió todo el color de la cara y miró hacia arriba. —No, no la tienes. No la tiene nadie —susurró.

Hilmar apretó los labios. —Mantente en silencio.

Ella lo hizo y esperaron sin moverse. Cuando se quedó sin lágrimas se dio cuenta de que tenía los pies helados. Bueno, de todas maneras se iba a morir. Escucharon un golpe en el carro que les sobresaltó y la tapa se abrió de repente. Hilmar la empujó para que saliera y ella lo hizo a toda prisa. Artek puso un dedo ante los labios para que se mantuvieran en silencio y les tendió dos capas de mujer. —Ponéoslas. —Lo hicieron de inmediato e hizo un gesto para que les siguieran después de que Sine se cubriera la cabeza. Se dio cuenta de que Artek había movido el carro hasta un lateral del castillo y allí no había nadie que les viera. Los que estaban en la empalizada estaban atentos al exterior. Rodearon el castillo y al llegar a la esquina oeste se detuvo sacando la cabeza para mirar. — Están registrando las casas. La mía ya la han registrado. Caminad sin mirar a la empalizada. Grant está allí.

Como Artek era de confianza pasaron entre varios del clan que ni les miraron pues estaban ocupados intentando encontrar al vikingo. Al llegar a una casita de madera la puerta se abrió y entraron dentro a toda prisa. Iblis cerró la puerta con un tablón y la miró asustada. —¿Estás bien?

—¿Qué está pasando? ¿Por qué le ayudáis? —Miró al hombre. —Estás traicionando a tu clan.

—Es mi tío —dijo Hilmar dejándola de piedra.

Asombrada miró al hombre y era cierto que se parecían. —Hace treinta años vine aquí con mi gente y el padre de Grant me encontró medio muerto. Me habían abandonado los míos. Seguramente porque pensaban que no sobreviviría al viaje de vuelta. —Sonrió con tristeza. —Hizo que me curaran y quiso conocer qué nos traía hacia estas tierras. Qué buscábamos. Qué queríamos conseguir. Sin darnos cuenta nos convertimos en amigos y como yo no podía regresar con los míos, me ofreció quedarme dándole mi lealtad. Y lo he hecho durante todos estos años como el mejor de sus hombres. Pero cuando he visto a mi sangre... Él no ha hecho nada y sé que le iba a matar. El rencor que tiene contra los de mi raza no lo reprimirá jamás. Ha visto morir amigos, a su propia sangre por ellos y le entiendo, te juro que le entiendo muy bien, pero no puedo consentir que les mate porque solo quieren regresar a casa.

Agotada se sentó en la cama y Hilmar se acuclilló ante ella. —Te llevaría conmigo sin dudarlo. El barco ya está preparado y nos iríamos de inmediato, pero sé que no sobrevivirías. —Sine intentó reprimir las ganas de llorar porque tenía que quedarse allí. —Seguramente no entiendes por qué lo he hecho, pero sé que no te merece. Lo supe desde el principio porque a mí tendrían que arrancarme el corazón antes de hacer que te enfrentaras sola a tus enemigos. Tenía intención de llevarte, te lo juro por Odín y me da igual que estuvieras esperando un hijo suyo. Pero no voy a dejar que mueras de camino a mis tierras porque yo sí que te amo y si tengo que renunciar a ti por tu bien lo haré ahora y mil veces.

Su madre se echó a llorar y Artek pasó el brazo por sus hombros pegándola a él para que llorara sobre su pecho. —Sé que seguramente no me creerás después de decir que serías mi esclava, pero es que no puedo describir el dolor que sentí al escuchar que ibas a dar a luz al hijo de ese hombre cuando estaba deseando ver cómo te crecía el vientre por un hijo mío. —Se levantó mirándola fijamente. —Cuídate mucho, Sine. Espero que los Dioses pongan en mi camino una mujer tan especial como tú algún día.

Artek se apartó de su mujer y abrió la trampilla que tenía en el suelo, pero

ella ni se dio cuenta mirando sus ojos azules. Él dio un paso hacia el agujero cogiendo la antorcha que su tío le tendió y se detuvo dándole la espalda antes de decir —Me he alegrado de conocerte, tío. Si algún día quieres regresar, te recibiremos con los brazos abiertos.

—Ahora este es mi hogar, hijo. Les debo la vida.

Hilmar asintió y a Sine le dio la sensación de que se resistía a irse, pero fue hasta la trampilla dejándose caer al interior. Los tres vieron como la luz se iba alejando poco a poco hasta que desapareció de su vista. Artek cerró la trampilla y echó el cerrojo antes de cubrir la tapa con una piel. —Ese túnel le llevará al exterior.

Sonrió irónica. —No te fíes de ellos.

—Al principio algunos no me querían por aquí. Poco a poco se les fue olvidando mi proveniencia. Pero yo estaba preparado. Me costó hacerlo tres años y nunca he tenido que usarlo. Espero que no se haya derrumbado porque tendrá que regresar y entonces... —Se pasó la mano por la barba. —Le dije que era una locura ir a buscarte.

Iblis se acercó a ella. —Estás enferma.

—Tengo algo de calentura. Se me pasará.

—Puede ser normal después de tu herida —dijo Artek—. Necesitas a Plaisley o a Leslie. Voy a buscarlas. Diré que te encontré debajo de la casa de una vecina y que estabas desorientada como si te hubieran golpeado en la cabeza. —Sine asintió y Artek fue hasta la puerta deteniéndose antes de abrir. —Sine...

—No diré nada.

Iblis suspiró del alivio y cogió sus manos. —Dios, estás helada. —Agarró una de las pieles y la rodeó con ella. —Oh, la capa. —Se la quitó a toda prisa y la escondió bajo la cama antes de cubrirla con la piel. Se arrodilló ante ella frotándole las manos antes de coger sus pies y hacer lo mismo. —Como cuando eras niña, ¿recuerdas?

Sine sonrió emocionándose y se echó a llorar tapándose la cara. —Me ama.

—Sí, hija. —Se sentó a su lado y la abrazó. —Lo vi en su rostro cuando dijo que no se iría sin ti. —La besó en la frente y cerró los ojos al sentirla caliente. —Pero tiene razón. No sobrevivirías al viaje. Es un hombre como Dios manda, sí señor. —Abrazó a su hija mientras lloraba. —¿Qué ha ocurrido con Grant? ¿No le has perdonado? Creía que...

Se echó a llorar más fuerte y su madre se asustó apartándola para mirarla a los ojos. —¿Qué ha hecho ahora? ¿Te ha dañado?

La miró con sus ojos verdes enrojecidos de tanto llorar. —Sí, madre. Me ha dañado.

La puerta se abrió de golpe y su marido entró en la casa mirándola aliviado al verla allí sentada. —Menos mal que estás bien. —Se agachó a su lado. —¿Te ha hecho daño?

Ella le miró incrédula y apartó la mano cuando intentó tocarla. —Sine... —dijo asombrado—. Lo dije para que no se te llevara. Te juro que...

—No me jures. De ti ya no me creo nada.

Plaisley llegó en ese momento con un vaso en la mano y le dijo que bebiera. Lo hizo porque estaba sedienta y Grant se levantó mirándola como si no se lo creyera. —Te necesitaba para cubrirse. ¡Sabía que no te haría nada! ¡Solo quería que te soltara!

Ella apartó la vista asqueada y Grant palideció. —¡Te juro que es cierto! ¡Te necesitaba! ¡Solo quería que te dejara ir y que se enfrentara a mí!

—Que me dejara ir. —Con desprecio sonrió agotada emocional y físicamente. — Amenazaba mi vida y tú pretendías con tus desprecios hacia a mí, hacia tu esposa y hacia el hijo que llevo dentro que un fugitivo me dejara ir. —Le miró con odio. —Pues te equivocas. Quería llevarme con él, pero me ha dejado porque no resistiría la travesía. Es irónico que un enemigo piense más en mi salud y en la de mi hijo que mi propio marido.

—Sine...

—¡Me das asco! —gritó dejándole helado—. ¿Tienes muchos hijos? ¿Te sobra éste? Tranquilo que no eres su padre. ¡No eres nada para él, maldito cabrón! —Iblis jadeó tapándose la boca y se levantó enfrentándole. —¡No te necesita! ¡No te necesitará nunca! —Levantó los brazos y le golpeó en el pecho una y otra vez mientras Grant no se defendía. Plaisley la agarró para apartarla. —¡Para mí estás muerto! ¡Jamás te perdonaré lo que has hecho, cerdo retorcido! ¡A mí no me engañas más!

—Sine... —dijo atónito viendo su dolor—. No pretendía, no era...

Levantó la barbilla. —Ya no eres mi marido. Acabo de ver lo que es el verdadero amor y prefiero morir sola a vivir lo que tengo contigo. —Grant dio un paso atrás como si le hubiera golpeado.

—Laird, está enferma y no sabe lo que dice.

Sine se soltó de los brazos e Plaisley y gritó —¡Sé perfectamente lo que digo! —Se acercó un paso señalándole con el dedo mientras le miraba con todo el odio que tenía dentro y loca de dolor dijo —¡La vez que me llamaste puta tenías razón porque el hijo que llevo en mis entrañas no es tuyo! ¡Es del vikingo!

Su madre jadeó del asombro mientras Grant perdía todo el color de la cara. —Me estás mintiendo.

Ella se echó a reír sin darse cuenta de que lloraba. —Es algo que no sabrás nunca. ¿Pero en serio crees que hubiera ido a buscarme si no me considerara suya? —Le miró con rabia. —Y te puedo asegurar que él sí me hace sentir una mujer.

—Hija, por Dios —dijo su madre escandalizada.

Levantó la barbilla mirando a Grant con todo el desprecio del que se sentía capaz. —Me iré al clan de mi madre en cuanto pueda.

—¡No! —le gritó a la cara—. ¡Este es tu clan ahora! —La cogió por el cuello acercándola a él. —Y más te vale que tu hijo se parezca a mí porque si no...

La soltó con fuerza tirándola sobre la cama y ella gritó —¡Pues márame ya porque no es tuyo! —gritó desquiciada mientras salía de la casa—. ¡No es tuyo! —dijo desgarrada.

Su madre se sentó a su lado y la abrazó mientras lloraba. Plaisley sin poder creerse lo que acababa de presenciar negaba con la cabeza. —Niña, no tenías que haber hecho eso.

Siete meses después

Salió de su casita y bajó los escalones hundiendo los pies en la nieve. Se tapó bien con la piel antes de caminar hacia la casita de su madre. Sonrió a su vecina. —Buenos días, Blair. ¿Cómo te encuentras esta mañana?

—Me sigue doliendo la espalda, niña. —Y para demostrárselo se llevó la mano a los riñones inclinándose hacia atrás. —¿Y tú cómo estás?

—Muy bien. Hoy voy a ayudar a Odara con el whisky y ya he terminado la mantita del bebé. Ha quedado preciosa haciendo lo que me indicaste.

—Me alegro mucho. ¿Y la cuna? ¿Ya la tienes?

Se encogió de hombros. —A alguien le sobraría una. Madre me ha dicho que preguntará por ahí. —Llegó a la casa de su madre y en ese momento se abrió la puerta. Artek sonrió de oreja a oreja. —Buenos días. Te veo contento.

—Es el matrimonio, niña —dijo Blair desde su casa—. ¡Le ha cambiado la vida!

Aunque sonrió sintió algo en la boca del estómago que intentó disimular. Se alegraba mucho por ellos, pero no pudo evitar sentir algo de envidia. —Es

natural, se ha casado con mi madre.

Los dos se echaron a reír y en ese momento salió Iblis. —¡Buenos días, Blair!

—¡Le preguntaré a mi hija si aún conserva la cuna!

—Gracias. —Miró a su hija ilusionada. —¿Sientes algo?

—No, mamá —dijo exasperada antes de entrar en casa—. ¿Has hecho bollos? Tengo hambre.

Su madre y Artek se echaron a reír y es que últimamente se lo comía todo. Antes de que se dieran cuenta ya estaba sentada en la mesa con la boca llena. Artek le dio un beso a su esposa y una palmada en el trasero. —Voy hasta el castillo.

—Que pases un buen día. —Soltó una risita cuando la besó de nuevo y Sine gruñó desde la mesa.

Su madre entró cerrando la puerta. —Uff, qué frío. Espero que la hija de Blair tenga la cuna.

—No la tendrá. Nadie quiere darme su cuna, madre.

Cogió otro bollo metiéndoselo en la boca y su madre la miró asombrada. —¿Pero qué dices? Claro que te la darán si les sobra. ¿Para qué la quieren?

Su madre todavía no aceptaba que a ella no la podían ni ver después del desprecio de su Laird. Al parecer todos habían olvidado convenientemente que ella había despreciado primero.

—¿Sabes que el Laird ha recibido noticias de los McAngus?

La miró sorprendida. El día anterior casi no había salido de casa. —¿De verdad?

—Vino un grupo de jóvenes a pedir ayuda. Sus hombres habían desaparecido y buscaban ayuda para encontrarlos. —Hizo una mueca. —Empieza a haber rumores por las Highlands.

—¿Rumores?

—Dicen que los vikingos han matado a los más fuertes de tres clanes ya. Empiezan a estar asustados. Grant está contento porque así cubrirán mejor sus fronteras. Les ha dicho que nosotros encontramos cadáveres de dos clanes pero que de los McAngus no sabíamos nada. Que creía que había sido una disputa entre ellos dos y como ambos eran aliados no se había metido.

Ella agachó la mirada. Así que al final había tenido éxito y había salvado a su gente de los ataques de otros clanes. Eso la aliviaba, pero sentía un poco de pena por el hombre que la avisó. Él no merecía la muerte. Hizo una mueca. Estaba claro que debía estar sensible por el embarazo porque últimamente

pensaba cosas muy raras. Su madre seguía hablando mientras revolvía algo en el hogar. —Todos te están muy agradecidos, ¿sabes? —La miró de reojo. —Me han dicho que esta noche van a celebrarlo en el castillo y por supuesto eres la invitada de honor.

—No voy a ir. —Se levantó dando por terminada la conversación. —Voy a buscar a Odara.

—Oh, Wynda me ha dicho que te pases por su casa. Tiene cosas para el bebé que la niña ya no usa.

Sonrió porque la que ahora era una de sus mejores amigas, la había visitado en su casita la tarde anterior y se lo había comentado, aunque en realidad la había ido a ver para llevarle un pastel de manzana que había hecho con las últimas manzanas de la temporada. Se lo había comido de una sentada.

—Sí, iré a buscar la ropita cuando regrese. Ya me la tendrá preparada.

—Sobre la cena...

—Te veo luego, mamá.

Iblis se volvió exasperada con la cuchara de palo en la mano cuando vio que ya se había ido. —Esta niña...

Al bajar los escalones de la casa vio como los hombres salían del castillo para trabajar en el muro de contención de piedra que estaban haciendo alrededor de la empalizada. Vio que Grant miraba hacia ella, pero pasó de largo como si no les hubiera visto.

—Buenos días, Sine —dijo Stew con una sonrisa en el rostro.

—Buenos días.

Siguió caminando y Brice levantó una ceja. —Buenos días, Sine.

—¡Qué te zurzan!

Hizo una mueca mientras sus amigos se reían porque desde que Sine se había enterado de todo lo que ese hombre había hecho por ella en el pasado, no podía ni verle por muy marido que fuera de su amiga y cada vez que le veía le demostraba su odio.

Los tres la observaron ir hasta la casa de Stew y éste sonrió. —Van a hacer whisky. Esta esposa mía tiene unas manos... —Miró a su Laird que muy serio y tenso la miraba como si estuviera desesperado. —Si le dijeras algo...

—Cierra la boca. ¡A trabajar!

Camaron hacia la empalizada y Grant miró hacia atrás sin poder evitarlo. —Queda menos —dijo su amigo Stew mirándole de reojo.

—¿Menos para qué?

—Para el nacimiento.

Le agarró por la camisa pegándole a él. —¿No te he dicho que te calles? —le gritó a la cara.

—No, si yo solo te lo decía por si no te habías dado cuenta. Si es de cuando la fuimos a buscar a las tierras McAngus, pues toca ya. Pero si es de ese vikingo aún falta. Tardaron un mes en conocerse, ¿recuerdas? Se quebró la pierna en medio y...

—¡Cierra la boca! —gritó muy tenso. Le soltó y caminó hacia las piedras cogiendo una muy pesada y poniéndose a trabajar.

Brice suspiró al lado de Stew. —Será cabezota.

—La culpa es tuya.

—¿Mía?

—¡Sí, tuya! ¡Estabas en su contra y solo hablabas mal de ella cuando Sine nunca te ha hecho nada!

—¡Bastante tengo que soportar con que mi mujer esté todo el día con ese tema! ¿Yo qué culpa tengo de que el Laird dijera que no quería ese hijo? Hay que ser idiota. ¿Y para qué me hace caso? Nunca me hace caso en nada de lo que le digo. —Caminó al lado de Stew. —La culpa es suya. Es que ella piensa que no le importa en absoluto y cada día que pasa sin dirigirle la palabra, le demuestra más aún que no le importa. Es lógico que esté dolida. Le digo yo eso del bebé a Wynda y me saca los ojos y se hace una sopa con ellos. ¿Y lo de echarla del clan? Estaría bajo tierra. Por Dios si hasta ha matado a medio clan por nosotros.

Stew le miró sorprendido. —¿Qué dices? ¿Ahora estás de su parte?

—Se lo dije a mi mujer. Nosotros nos gritamos, chillamos, discutimos y así nos demostramos que nos queremos. A veces nos hacemos daño sin querer, pero antes de ir a dormir ya lo hemos arreglado porque nos arrepentimos. Pero él no le ha dicho nunca que se arrepiente de lo que hizo. Rayos, si ha salvado el clan. Hasta yo le estoy agradecido por las agallas que tuvo.

Los ojos de Stew brillaron mirando hacia su casa. —Claro, no lo han arreglado. Desde esa noche no han hablado. Ni se han mirado a la cara. Se evitan continuamente. El Laird ordenó construir su casa y darle alimento como a las demás mujeres. Ella se quedó con Artek mientras tanto hasta que se terminó la casa.

—Sí, estuvo enferma unos días y después hizo como si no existiera. Él la mira como un carnero degollado cuando cree que nadie se da cuenta y ella ni le mira. La verdad es que hay que tener valor para hablar con una mujer a la que has fallado tanto. Mucho valor.

—Sí, la verdad es que no ha estado muy fino. No ha hecho más que meter la

pata una y otra vez con su esposa.

Alguien carraspeó tras ellos y ambos gimieron interiormente antes de volverse para ver allí a su Laird con los brazos en jarras. Les miraba con furia y ambos se prepararon para recibir.

Cuando Sine y Odara salieron de la casa los tres estaban revolviéndose sobre el barro dándose de puñetazos. —¿Qué ocurrirá? —preguntó Odara poniendo la mano sobre los ojos para que no le diera el sol.

Ella miró hacia allí y se encogió de hombros cuando a Grant le dieron un fuerte puñetazo. —Se estarán ejercitando.

Odara sonrió. —Pues va ganando Stew —dijo antes de que el Laird se tirara sobre él haciéndole caer al suelo de espaldas—. Auchh, eso ha tenido que doler. Vamos a por el whisky que le vendrá bien para los dolores.

Caminaron hasta detrás del castillo donde Odara destilaba la cebada. Entraron en la casita que el Laird había ordenado hacer y se acercaron a la cebada que ya tenían seca y tostada de un color amarronado. —Vamos a calentar el agua —dijo Odara.

Cuando el agua estuvo caliente echaron la cebada molida que previamente habían hecho germinar y habían secado al horno. Ayudó a Odara a echar también las levaduras para que fermentara. —Esto lo dejamos reposar unos días. Ayúdame a colocar lo que hicimos el otro día para ponerlo a destilar.

—Y se destila dos veces.

—¡Sí! —exclamó sorprendida—. En nada de tiempo podrás hacerlo tú sola. Yo tardé mucho más en aprender.

Forzó una sonrisa porque no sabía si estaría allí mucho tiempo. La verdad es que ya no sabía qué pensar. Odara la miró de reojo mientras encendía el fuego bajo la destiladora que todos habían ayudado a hacer con sus instrucciones. —¿Estás bien?

—Oh, sí. Aún queda para que nazca —dijo como si nada.

—No me refiero a eso. Me refiero a si estás bien. —La miró a los ojos. —Tú.

—¿Sabes que te ha crecido mucho el cabello?

—No cambies de tema —dijo con cariño. Sine agachó la mirada y se limpió las manos—. Pareces triste. Aunque no me extraña con el marido tan idiota que tienes.

—No es mi marido —susurró.

Se volvió porque se emocionó sin poder evitarlo y Odara preocupada fue hasta ella. —A mí puedes contármelo, ¿sabes? No se lo diré a nadie. Las amigas se cuentan esas cosas, ¿recuerdas? Cosas que no les cuentan a sus maridos.

Sonrió sin poder evitarlo y sorbió por la nariz. —Es por el niño. Estoy algo tonta. ¿Continuamos?

Odara la observó y asintió porque era obvio que no quería hablar. Calentaron la mezcla y sonrieron cuando empezó a evaporarse para pasar por el tubo. —Ahora a esperar.

Sine miró los barriles que los hombres habían hecho encantados. En ese momento aún estaban vacíos. —Son muchos.

—Y más que voy a hacer porque el Laird me ha pedido que haga todo el que pueda. Cuantos más años tenga mejor. —Se encogió de hombros. —Al menos eso dice él. —Van a hacer otra casa aquí al lado para almacenarlo. Ya han sacado el que hice en estas semanas porque el otro día me llevé un susto.

—¿Qué pasó?

—Se quemó el whisky que salía de la destiladora. Si no llego a apartar la olla se hubiera quemado la cabaña. Si ves las llamas... casi llegaron al techo.

—Vaya... —Asombrada miró los barriles. —Así que se puede quemar.

—Para que veas lo que beben los hombres. Stew no quiere que esté aquí mientras esto está encendido. Tiene miedo de que reviente.

—¿Puede pasar?

—No lo sé. Padre nunca me dijo nada. Y lo que ocurrió el otro día fue la primera vez que lo veía. Aunque yo lo hacía en el exterior. No sé. Por eso el Laird quiere sacar esto de aquí en cuanto se haga. Por si hay un accidente que eso no provoque un desastre mayor. Lo almacenarán lejos del fuego.

—Me parece bien. Tu seguridad es lo primero.

—¿Vamos a ver a Wynda? Me ha dicho que está haciéndole un vestidito a la niña.

—¿No vigilamos?

—Ah, no. Después de lo del otro día no me quedo. No me voy a jugar la vida porque los hombres tengan con qué emborracharse. —Eché suficiente leña para un rato y salieron de la cabaña.

Caminaron en silencio hasta llegar a las casas y Odara susurró viendo de reojo que los hombres se habían puesto a trabajar —¿Has encontrado la cuna?

Hizo una mueca. —Al parecer nadie tiene.

—No es eso.

—Ya lo sé. No quieren dárme la.

—Pero no es por lo que piensas, Sine. Es que aquí la costumbre es que el padre haga la cuna.

Se le cortó el aliento. —En mi clan se las regalaban los unos a los otros.

—Es un gesto que tiene el padre hacia la madre. Como haciéndole ver que aunque ella lleva el peso del embarazo, él estará ahí apoyándola siempre.

El labio inferior de Sine tembló. —Entiendo.

—Y como no se sabe si es hijo del Laird...

—Nadie quiere ofenderle.

Su amiga asintió. —Te lo digo para que no pienses que no es que no te la quieran dar.

—Gracias por decírmelo.

Subieron los escalones de la casa de Wynda y escucharon el llanto de la niña. Odara llamó a la puerta. —Somos nosotras.

—Pasad. La estoy cambiando.

Entraron en la casita que Wynda tenía impecablemente cuidada y se acercaron a la cama donde estaba cambiando a la niña, que sonrió alargando los bracitos a Sine para que la cogiera dejando de llorar al momento. —Serás pillina. —Contenta la cogió en brazos para acariciar sus ricitos pelirrojos.

—Ten cuidado o te meará encima —dijo su madre divertida.

—Es una dama. No lo haría. —Miró sus ojitos azules. —¿A que no, bonita? No harías una cosa así.

De repente el agua mojó sus pies y las tres miraron hacia abajo. Sus amigas se rieron a carcajadas mientras que ella con los ojos como platos negó con la cabeza. —No ha sido la niña.

Wynda chilló cogiendo al bebé en brazos. —¡Odara ve a llamar a Plaisley! ¡Está de parto!

—Pues no siento nada —dijo con asombro mirando sus botas mojadas—. Tú siempre dices que duele como mil demonios.

—Ya te dolerá, ya.

Odara salió de la casa y Sine hizo una mueca. —Las espero en mi casa.

—¿No quieres tumbarte?

—¡No! Si estoy bien. De verdad, eres más exagerada...

Capítulo 14

Rodeada de mujeres que parecían muy ansiosas reprimió un grito de dolor mientras sudaba a mares. Iblis forzó una sonrisa pasándole el paño por la frente. —Ya pasó.

Molesta apartó la cara antes de sisear —Le odio.

—Lo sé, lo sé.

—¡Espero que le caiga un rayo y que le fulmine! ¡Espero que su hombría se le caiga a trozos y que se lo coman las aves carroñeras! —Abrió los ojos como platos. —¡Y que se quede calvo! Eso les fastidia mucho.

Odara hizo una mueca. —Pues con la cabellera que luce, lo vas a tener difícil. Deséale otra cosa.

Lo pensó un momento, pero el dolor que recorrió su vientre la hizo gemir arqueando la espalda. Agotada respiró hondo cuando el dolor cesó. —Que le salgan póstulas amarillentas que hagan que su piel se caiga a pedazos y cuando ya no tenga y su carne esté al aire retorcido de dolor, que se lo coman los perros. —Todas pusieron cara de asco. —¿Me he excedido? —preguntó indignada.

—No —negaron todas a la vez como si estuviera loca.

Suspiró cerrando los ojos y gimoteó acariciándose el vientre. —Esto duele mucho.

—Lo sé, hija. —Su madre le pasó el paño de nuevo por la frente. —Pero lo haces muy bien.

—¿De verdad? —La miró con sorpresa. —No me extraña que no hayas tenido más, madre.

—Te aseguro que contigo me basta.

La miró con desconfianza. —¿De veras?

—Sí, te lo aseguro.

Odara soltó una risita tras su madre y la fulminó con la mirada. —¡Quiere decir que soy tan especial que no echa de menos a otros hijos! ¡Yo la entiendo!

—Sí, hija. Exactamente eso es lo que quería decir. Como tu hijo será muy especial para ti y... —En ese momento escucharon un fuerte estruendo y todas se sobresaltaron. —Dios mío, nos atacan.

—¡No os mováis! ¡Aquí estamos seguras! —gritó Plaisley cerrando la puerta

por dentro con el tablón. Cogió un cuchillo de la mesa de la cocina y se puso al lado de su hermana que la miró asustada.

Con la respiración agitada se agarró el vientre intentando levantarse y se sujetó al hombro de su madre para sentarse en la cama escuchando los gritos en el exterior y los hombres corriendo de un lado a otro. —Ha sonado muy cerca —dijo preocupada—. ¡Salid, pueden necesitar ayuda!

La miraron como si estuviera loca y ella gruñó. Escuchó un grito de guerra que le puso los pelos de punta y susurró —Es Grant. —Asustada quiso levantarse. —¡Aparta madre!

—¡No te mueves de aquí! ¡Estás a punto de parir y bastante me has hecho pasar ya! ¡Tú no te mueves de la cama! ¡Deja que tu marido se encargue de una vez!

—¡Corred! ¡Traed agua! —gritó un hombre cerca de la casa.

—Han quemado la empalizada —dijo Odara asustada—. Si entran...

—No entrarán —dijo Plaisley convencida empuñando el cuchillo.

—Seguro que han usado catapultas —dijo Wynda asustada abrazando a su hija que estaba dormida—. Dicen que esas armas destrozan todo por donde pasan.

Sine frunció el ceño antes de mirar a Odara que se apretaba las manos inquieta. —¿No habrá ardidado el whisky?

Su amiga parpadeó. —¿Cómo va a arder si acabo de echar leña? Todo estaba bien.

—¡Aparta mamá! ¡Qué ésta va a quemar la aldea!

—¿Yo? —Su amiga la miró indignada. —¡Encima que te enseñe!

Exasperada apartó a su madre que gimió. —Hija, si es un incendio los hombres pueden encargarse.

Sine ya había salido de la cama y caminaba hacia la puerta descalza y todo. —¿Estás loca? ¡Hace un frío que pela! —gritó su madre cogiendo las botas mientras Plaisley cogía una piel para que se cubriera. Sine se puso las botas muy nerviosa porque seguía escuchando gritos pidiendo ayuda y se le pusieron los pelos de punta al escuchar a Grant ordenando que llamaran a Plaisley. —Hay heridos.

Apartó el tablón lo más rápido que pudo y salió todo lo aprisa que fue capaz con todas las mujeres detrás. Al mirar a su alrededor vio que todo el mundo corría hacia la parte de atrás del castillo. Asustada caminó aprisa sujetándose el vientre y Odara la cogió por el otro brazo. —Ha sido el whisky —dijo al ver un hombre con un cubo de agua.

Su amiga gimió manteniéndose a su lado y Plaisley se adelantó corriendo para ayudar en lo que pudiera. Cuando Sine llegó, vio a los hombres del clan sacando escombros que aún estaban humeantes. Grant apartó un tablón y a Sine se le cortó el aliento al ver el sufrimiento en su rostro. Dio un paso hacia él apartando a un hombre y viendo como cogían otro leño que debía quemarle en las manos, pero él lo apartó.

—¡Sine! —Se le cortó el aliento porque la buscaba a ella y vio como desesperado seguía apartando escombros al igual que Stew que llamaba a su esposa a gritos.

—Estoy aquí —dijo Odara impresionada.

Stew levantó la vista mientras los demás se volvían para mirarlas. Odara se sonrojó. —Sine está de parto.

Grant parecía atónito de verla allí de pie y aún pálido bajó de los troncos de la cabaña y se acercó a ella con grandes zancadas para abrazarla con fuerza. Aún impresionada por lo que acababa de ver ni se resistió escuchando como su corazón todavía retumbaba en su pecho. Y le escuchó susurrar para sí —Gracias, gracias...

—Laird, está de parto —dijo Plaisley cogiéndole del brazo—. Debe regresar a la cama.

Él se apartó mirándola fijamente como si aún se quisiera cerciorar de que estaba bien y sorprendiéndola la cogió en brazos. Su pueblo se apartó para dejarles pasar mientras se miraban a los ojos y rompiendo ese momento la atravesó un dolor que la dobló en sus brazos. Grant caminó más deprisa siguiendo a Plaisley que fue hasta el castillo. Sine gimió entre sus brazos sujetándose el vientre.

—Enseguida pasa, preciosa —le dijo por primera vez en meses.

—¡Voy a tener un hermanito! —gritó Torrie excitada que llegaba corriendo agitando sus rizos rubios.

—Sí, hija. Quédate abajo con tus hermanos.

Grant la cogió por los hombros mirando muy serio a su padre que estaba preocupado. —¿Estará bien? —preguntó la niña mirando a su hermano—. No se morirá como mamá, ¿verdad?

—Claro que no. Sine es muy fuerte. Ponte junto al fuego a esperar como te ha dicho tu Laird.

Sine abrió los ojos mientras subía los escalones y agotada después del dolor apoyó la cabeza en su hombro. —Siento haberte asustado —susurró sin poder evitarlo queriendo que se sintiera mejor.

—Llevas asustándome desde que te conozco, esposa.

A Sine se le cortó el aliento y entró en la habitación colocándola sobre una cama que era nueva. Impresionada miró a su alrededor. Había dos sillas enormes ante la chimenea cuando antes solo había una y la cama era aún más grande, pero lo que hizo que su corazón saltara en su pecho fueron las dos cunas que había al lado de la ventana. Sorprendida le miró y Grant sentado a su lado apartó un mechón de su cabello negro de su mejilla. —Plaisley me dijo que podían ser dos. ¿Te gustan?

Emocionada porque había hecho las cunas se las quedó mirando. Había grabado las iniciales de los dos entrelazadas en cada una de las cunas. —Nuestras letras —susurró.

—¿Sabes leer? —Sonrió acariciando su cuello como si no pudiera dejar de tocarla.

—Un cura me enseñó las letras. Iba a enseñarme a leer, pero mi padre borracho le echó del clan y no tuve tiempo.

—Te puedo enseñar si quieres. —Agachó la vista avergonzada porque no sabía qué decir y Grant perdió la sonrisa. —No fue culpa tuya. Todo ha sido culpa mía por no estar de tu lado desde el principio, preciosa. Sé que no lo entiendes, pero en el momento en que ese hombre te tenía entre sus brazos, creí que lo que le decía era lo mejor para que te soltara. Te lo juro por lo más sagrado. Cuando llegamos al castillo tú estabas sin sentido. Mientras cortaban la flecha que nos unía le escuché preguntar si estabas muerta y lo preguntó de tal manera que... —Negó con la cabeza. —Me di cuenta de inmediato de lo importante que eras para él, preciosa. Sabía que no te dañaría. Solo pretendía que te soltara. No sabía que mis palabras te harían tanto daño. —Cogió su barbilla suavemente para levantar su rostro y juró por lo bajo al ver sus lágrimas. —No llores, preciosa —dijo angustiado—. Lo siento, lo siento mucho.

—Te dije que no eran tuyos.

Grant sonrió. —Sabía que solo querías hacerme daño. Tanto como el que yo acababa de provocarte. Artek preocupado por si te había creído me lo dijo esa misma noche porque te escuchó hablar con tu madre mientras llorabas de dolor. Y Plaisley. —Parpadeó sorprendida y él rió. —Cielo, Plaisley me lo dijo mucho antes. Sabía que era mío. —Acarició su mejilla borrando sus lágrimas. —Pero te he hecho tanto daño —susurró pensativo—. No sabía cómo demostrarte que te amo porque seguramente no me creerías. Tenía miedo a fallarte y... no sé si lo haré de nuevo. —Se miraron a los ojos. —Sé que no merezco otra oportunidad después de todo lo que te he hecho sufrir. Sé que nunca he sido un marido que te

protegiera o que te amara como merecías. Has pasado por mil cosas tú sola y tienes razón, no he cumplido mi palabra. Pero nunca dudes de que te amo. — Una lágrima recorrió su mejilla mientras miraba sus ojos grises empañados de la emoción. —Te amé desde el primer momento en que te vi en aquel bosque intentando demostrar que tenías las fuerzas necesarias para conseguir tus propósitos. Amé tu tesón, tu entereza y rebeldía. Amé que mintieras diciendo que eras mía porque desde que te vi quise que lo fueras. Amé hacerte el amor porque eras parte de mí y cuando huiste, sentí el temor de perderte para siempre y ese temor sigue conmigo porque aunque estás aquí temo que me digas que no me perdonarás nunca y es algo que no sé si podría soportar, preciosa. Llevo meses queriendo hablar contigo, pero me aterrorizaba que asqueada porque me acercara, huyeras por el túnel que Artek tiene en su casa y no verte más. Y necesito verte, aunque sea unos minutos al día, mi vida.

Separó los labios sorprendida. —Lo sabías.

—Hilmar huyó esa noche. Solo tuve que encontrar la manera en que lo hizo. El propio Artek mostró el túnel cuando le dije que registraríamos todas las casas buscando una vía de escape.

—No me ha dicho nada —dijo indignada.

Grant sonrió. —Es que le ordené que no os dijera nada para que nadie supiera lo que había allí. Y no dirás nada, ¿me has entendido? Ni a él ni a tu madre. Ese tema no se ha tocado entre nosotros.

—¿No estás enfadado con él?

—¿Por salvar a su sangre? —Grant apretó los labios. —Ha hecho mucho más de lo que he hecho yo. No puedo culparle por haberle ayudado sin dañar a nadie. —Sine se dio cuenta de que él mismo se torturaba mucho más de lo que pudiera torturarle ella. Pero ya que estaban, le iba a hacer la vida imposible el resto de su vida. Sonrió maliciosa y a Grant se le cortó el aliento. —¿En qué piensas, preciosa?

—Tendrás que cargar conmigo. Esa será tu penitencia.

Grant la cogió por el cuello levantando su rostro. —Alguien malicioso diría que es una penitencia para ti, preciosa. Tendrás que soportarme.

—Cierto. Así que intenta compensarme el resto de mi vida, marido — susurró antes de que le besara, pero el dolor regresó y le agarró por el cuello clavando sus uñas en su piel mientras gritaba en su boca. Grant se apartó asustado y tuvo que arrancar su mano de su cuello mientras gritaba —¡Plaisley! ¿Dónde se habrá metido esa mujer?

La gemela entró en ese momento con su hermana e Iblis. Cargadas de cosas

entraron en la habitación mientras Grant acariciaba la frente de su mujer que jadeaba de dolor. —Enseguida salen, preciosa. Ya verás cómo será fácil.

—Contigo nada es fácil, marido.

Su madre sonrió al ver como se sonrojaba. —Laird deberías salir. Nosotras nos encargamos. Esto es cosa de mujeres.

Sine asustada le cogió de la mano. —Muévete de aquí y te mato.

Grant carraspeó sentándose de nuevo. —Mejor me quedo. Seguro que aún queda un poco.

—Como quieras, Laird. Pero no es agradable.

Siete horas después el Laird bajaba las escaleras pálido, pero con una sonrisa en la cara llevando a las dos niñas más preciosas que hubieran visto en el clan en mucho tiempo. Eran morenas y los hombres se echaron a reír porque nadie esperaba que lo fueran, pues todos sus hijos eran rubios. —Está claro que le gusta salirse con la suya —dijo Stew cogiendo a una en brazos.

Torrie se despertó en ese momento y se levantó de la piel que había ante la chimenea para correr hasta él trastabillándose en el camino. —¡Mi hermanito!

—Hermanitas. —Grant se agachó y le mostró el bebé. —¿Qué te parecen?

Abrió los ojos como platos al verlas muy rojas y con el pelo moreno. —Muy feas.

Todos se echaron a reír y Grant negó con la cabeza. —Tú también eras así de pequeña.

Levantó la barbilla. —Yo soy muy hermosa. —Apartó un rizo rubio. —Todo el mundo lo dice. —Salió corriendo. —Voy a ver a mamá.

—Está dormida Torrie, no la despiertes. —Miró a sus hombres. —Tiene que estar agotada de acordarse de toda mi estirpe durante horas.

Sus amigos rieron a carcajadas. Brice palmeó su espalda—Felicidades, amigo. Ya tienes ocho.

Grant hizo una mueca mirando a sus hijas. —Son un regalo del cielo.

En ese momento dos de sus hijas, Isela y María, empezaron a tirarse del cabello por una muñeca de trapo. Sus madres intentaron separarlas, pero tenían carácter de eso no había duda. —¡Basta! —gritó haciendo que se detuvieran en el acto, pero en ese momento empezaron a llorar los bebés.

Sus amigos reprimieron la risa. —Suerte, Laird —dijo Stew con burla colocándole a la otra niña en brazos—. La vas a necesitar.

—Se han dormido —dijo Sine arrojando a Helena antes de acercarse a la cama casi de puntillas. Sonrió subiéndose y caminó a cuatro patas hasta su marido, que la miró con desconfianza más aún cuando vio su canalillo acercándose. Su mujer se sentó a su lado sin perder la sonrisa y le acarició el antebrazo—. Esta noche estás tan guapo...

—Mujer...

—Tan guapo que te besaría entero. —Levantó una ceja esperando su respuesta casi sin aliento. La miró como si se lo esperara y simplemente gruñó. Pero ella no se dio por vencida. —Y cuando digo entero... Es entero, mi amor. De arriba abajo y sobre todo por el centro.

—¡Mujer! ¿Quién te ha enseñado eso? —le gritó a la cara sorprendiéndola.

—Mi madre me ha dicho que eso agrada a los hombres. —Apartó la piel mostrando su desnudez y su marido saltó de la cama como Dios le trajo al mundo. —Marido, si te vas tan lejos...

—¡No podemos! Acabas de parir, mujer. Tienes que esperar.

Frunció el ceño. —¿Esperar? Nadie me ha dicho nada.

Puso las manos en jarras y a Sine se le hizo la boca agua mirando su miembro. Se pasó la lengua por el labio inferior. —Es demasiado pronto.

Le miró a los ojos. —¿De verdad?

—De verdad. Tienes que recomponerte por dentro antes de hacer nada. —Se metió en la cama. —Ahora a dormir que mañana tienes mucho que hacer y las niñas te despertarán enseguida para comer de nuevo. —Le dio la espalda tapándose hasta el cuello con la piel.

Ella sonrió acariciando su hombro. —Me encanta que sepas tanto de niños, mi amor. —Acarició su espalda. —Y de lo que necesita una mujer... ¿Sabes lo que me ha dicho madre? Que si te beso ahí puedes derramarte en mi boca. —A su marido se le cortó el aliento. —¿Te agradaría? Porque yo quiero hacerlo. Tengo ganas de lamer todo tu cuerpo. ¿No quieres lamerme tú?

Asombrado la miró sobre su hombro. —Preciosa, ¿qué ocurre?

Ella dejó caer la mano exasperada y se sentó contra el cabecero de la cama entrecerrando los ojos. Grant suspiró volviéndose. —Solo hace un par de semanas que has tenido a las niñas. —Le miró de reojo y su marido sonrió. —No voy a compartir lecho con otra mujer.

—¿No? —preguntó insegura.

—No. —Se sentó y la abrazó por los hombros pegándola a él. —Crees que en estos meses he compartido lecho con otras y tienes miedo.

Levantó la barbilla orgullosa. —No tengo miedo. Me da igual.

Su marido reprimió la risa. —Esta noche le has tirado a Janet una jarra de cerveza. Y lo has hecho a propósito. ¿Estás celosa?

—No.

—¿No? ¿Eso significa que mientras te repones...?

—¡No!

—Entiendo. —Besó su cuello. —Nada me gustaría más que lamerte entera. —Se le cortó el aliento e inclinó el cuello para darle mejor acceso. —Tu olor me vuelve loco —dijo con voz ronca—. Te amo, preciosa. —Se apartó de ella. —Y cómo te amo no puedo tocarte hasta dentro de varias semanas más. Que descanses.

Jadeó indignada sintiendo aún los besos en su piel. Entonces escucharon un cuerno y Grant se tensó levantándose de un salto para coger su kilt. —No te muevas de aquí —dijo poniéndoselo a toda prisa.

El cuerno volvió a sonar. —¿Qué significa? —preguntó confundida.

Su marido se calzó una bota. —Un sonido es que llega alguien. Dos sonidos que vienen armados. —Cogió su espada y se agachó besándola en los labios antes de sujetarla por la nuca profundizando el beso para demostrarle todo lo que la necesitaba. —Les diré a los niños que vengan aquí. No salgáis hasta que alguien de los míos os avise —dijo mirándola a los ojos.

—Está bien. Ten cuidado porque mi corazón es tuyo.

Grant sonrió antes de salir de la habitación y preocupada fue hasta su vestido poniéndoselo encima de su camisón. Se calzó y temiendo lo peor se acercó a la ventana para ver qué ocurría. Vio salir a su marido corriendo hacia la empalizada. Subió las escaleras mientras varios hombres encendían hogueras en el patio. También vio a Artek ordenarle a su madre que fuera hasta el castillo y se preguntó si no estarían más seguras en su casa porque al menos allí tendrían una vía de escape en caso de necesitarla. Vio a algunas mujeres con sus hijos correr hacia el castillo. Nerviosa salió de la habitación y entró en la habitación de los niños donde Grant ya se estaba vistiendo mientras la niña seguía dormida como un tronco. El niño sonrió. —¿Ves cómo dormiría incluso en una guerra?

Cogió su vestido y la piel con la que se cubría, así como las medias de lana que le había hecho antes de cogerla en brazos. —A mi habitación.

—Yo tengo que luchar.

Se giró lentamente para mirar al niño a los ojos, que tenía la misma cara de empecinamiento que ponía su padre cuando se le metía algo entre ceja y ceja. —¿Luchar? Claro que sí. ¡Lucharás cuando yo diga que lo hagas! —exclamó

poniéndose firme—. ¡Ahora mueve el trasero hasta la habitación de tu padre si no quieres que te lo ponga rojo como las brasas!

El niño gruñó cogiendo su espada de madera. —Cuando sea Laird...

—Cuando seas Laird darás tú las órdenes, pero mientras tanto las doy yo cuando tu padre no está. ¡Aprisa!

Las madres de los hijos del Laird empezaron a llegar y ella les indicó con la cabeza la habitación del Laird. Tumbaron a los niños que estaban dormidos en la cama. Grant corrió hasta la ventana para mirar, estirando el cuello para poder ver todo el patio delantero. Se escucharon unos tambores y unas gaitas. Sine corrió hacia la ventana y el niño susurró —Es sonido de batalla. Vienen a matar.

—Dios mío —dijo su madre tras ellos—. Los clanes se han enterado de que hemos sido nosotros quien matamos a los suyos.

—Eso no puede ser. —Asustada fue hasta la puerta. —No puedo quedarme aquí sin enterarme de lo que sucede. —En ese momento llegó Odara con Wynda. La pelirroja con su hija en brazos se acercó a ella muerta de miedo. —¿Podemos quedarnos contigo?

—Entrad y cerrad la puerta por dentro. Voy a ver qué ocurre.

Odara entrecerró los ojos mientras su amiga entraba. —Voy contigo. Yo también formo parte del clan y si hay que luchar, lo haré como los demás.

La entendía y asintió porque en ese aspecto pensaban igual. Se volvió para mirar a las mujeres en la habitación. —Cerrad por dentro. —Miró a su madre a los ojos. —Te dejo con las niñas.

—No te preocupes, hija. Si se despiertan con hambre...

—Yo tengo leche —dijo la madre del pequeño Stew dando un paso al frente—. Todavía tengo.

—Y yo también —dijo Wynda tranquilizándola—. No te preocupes por ellas. Nosotras las cuidaremos.

Vio las cunas y se mordió el labio inferior. Pero si se iba también lo hacía por ellas. Para que estuvieran seguras. —Cerrad.

Se volvió sin pensarlo más y se apuró para bajar los escalones detrás de Odara que ya se había adelantado. Corrieron por la aldea que era un caos. Una mujer mayor agrupaba a sus hijos ante su casa viendo como su hombre se alejaba hacia la empalizada con un arco en las manos. Al ver que parecía que no sabía qué hacer y se ponía a llorar, ella gritó —¡Llevad a los niños al castillo! ¡Qué todos vayan al castillo!

Corrió hacia la empalizada y se recogió el vestido para subir las escaleras. Se puso al lado de su marido que miraba el valle muy tenso. A Sine se le cortó el

aliento al ver a tantos hombres montados a caballo y los estandartes de varios clanes que no conocía. Pero sí reconoció el kilt de los McGugan y vio que un hombre de la edad de su padre se acercaba en un caballo blanco. En ese momento encendieron varias hogueras ante ellos y las gaitas se detuvieron. El hombre se adelantó a caballo sin tener ningún miedo. Iba allí a morir o matar, eso estaba claro por la ferocidad de su mirada.

—¡McInnis! ¡Sal aquí y habla como un hombre!

Su marido se tensó. —Vuelve dentro, mujer. Esto va a acabar en derramamiento de sangre.

—Pero...

—¡Sine! —La fulminó con la mirada. —¡Haz lo que te digo y ve a proteger a las niñas como es tu deber! ¡Por una maldita vez hazme caso! —Apretó los labios mientras su marido gritaba alejándose —¡Traedme mi caballo!

Odara la cogió del brazo. —Vamos.

Preocupada por él negó con la cabeza. —Yo no me muevo de aquí —dijo pálida al verle subir a su caballo. Muerta de miedo observó impotente como salía de la protección de la empalizada. Varios arqueros las rodearon apuntando al Laird McGugan que seguía en su posición. Ninguno desenvainó sus espadas, pero no hacía falta porque tanto de un lado como de otro estaban preparados para matar al contrario solo por un mal gesto. Artek se colocó a su lado. Los Lairds discutían el uno con el otro de manera feroz. Desde allí no se escuchaba bien, pero sí que escucharon hablar del antiguo clan de Sine. —Lo saben —susurró el guerrero a su lado—. Haz caso a tu marido. Tampoco son tantos, podemos repelerlos desde aquí.

En ese momento llegaron dos carros a lo alto de la colina y a Sine le tembló el alma por el miedo que la recorrió. Catapultas. Dos enormes catapultas tiradas por dos carros de bueyes. Grant giró el caballo furioso mirando a su rival y gritó —¡Me defendí como me defenderé de ti si continúas en mis tierras! ¡Si quieres guerra, habrá guerra! ¡Prepárate para morir, viejo!

Vio como cabalgaba hasta la empalizada con el corazón en la boca por el miedo que la recorría por si le disparaban por la espalda. Pero al parecer el Laird McGugan tenía más honor que el cerdo de su hijo. El viejo miró hacia arriba con rabia y sus ojos se encontraron. Sabía que ella era la que había sido la prometida de su hijo porque todo su odio se reflejó en su mirada.

—Vamos, Sine —susurró Odara—. Tu marido subirá enseguida y se enfadará por no seguir sus instrucciones.

Sin hacerle caso bajó corriendo las escaleras para acercarse a su marido que

en ese momento descendía del caballo. —¡Grant! —Se acercó a él y le abrazó necesitando sentirle.

—Vete con los niños, cielo. Esto no podremos evitarlo. —La besó en la sien con fuerza.

—¿Lo saben todo?

—Su hijo venía hacia aquí y no ha vuelto. No hace falta ser muy listo para saber que aquí encontraron la muerte. Ha buscado a sus aliados y pretende venganza.

Ella levantó la mirada hacia sus ojos. —Tienen catapultas.

Apretó los labios y le acarició la mejilla. —Vete con las niñas. Es el sitio más seguro. Cuida de mis hijos.

Asintió dando un paso atrás y susurró —Te amo.

La agarró por el cuello y atrapó sus labios besándola como si se estuviera despidiendo. Cuando se apartó los ojos de Sine se llenaron de lágrimas y él se alejó hacia la empalizada mientras daba órdenes a sus hombres.

—Vamos con los niños, Sine —susurró Odara después de alejarse de su hombre que corrió tras su Laird—. No podemos hacer nada.

Se limpió las lágrimas molesta porque llorar no servía de nada. —Sí, vamos. Necesitamos armas.

—¿Armas? —preguntó sorprendida.

—Si logran entrar en esa habitación no voy a rendirme fácilmente.

Odara entrecerró los ojos. —Muy bien.

En ese momento el sonido de los tambores le pusieron los pelos de punta y corrió hacia el castillo. Estaba recorriendo el salón a toda prisa cuando vio a uno de los ancianos servirse cerveza de uno de los barriles. Ella le miró sorprendida y él sonrió levantando la jarra. —Mejor estar borracho cuando una de esas bolas de fuego nos caiga encima.

Odara sonrió dispuesta a subir las escaleras cuando Sine gritó sobresaltándola. Se dio la vuelta y vio que parecía ensimismada en sus pensamientos. —¿Qué?

La miró a los ojos. —¡El whisky!

—Yo no bebo de ese mejunje. Mejor busquemos las armas porque mi padre no atinaba si bebía y si llegan a nosotras uno de esos cabrones, quiero atinar. Puede que envíe a alguno al infierno si tengo suerte antes de que me mate.

—¡No! ¡El whisky! Puede quemar rápidamente, ¿no?

Su amiga la miraba sin entender. —¿A dónde quieres ir a parar? ¿Pretendes quemar la aldea?

—¡No! ¡Pretendo quemar las catapultas que son de madera! —Corrió escaleras arriba sujetándose las faldas y Odara la siguió a toda prisa. Aporreó la puerta gritando que la abrieran.

—¿Pero cómo piensas salir sin que ellos entren?

—Eso será fácil. —La puerta se abrió mostrando a su madre y ella entró en la habitación. —¡Madre, Wynda, búscame ropa de hombre, rápido! Algo holgado.

—¿Para qué? ¿Vas a luchar?

—Sí, madre. Vamos a luchar.

Plaisley y Leslie llegaron en ese momento y sonrieron. —Estamos dispuestas a ayudar.

—No, vosotras sois necesarias aquí para los heridos. Id a preparar todo lo que podáis necesitar. —Plaisley iba a irse, pero ella la detuvo. —Antes necesito las botas de piel de oveja que utilizan los hombres cuando salen a caballo. Esas que se usan para llevar el agua. Habla con las mujeres. Necesito todas las que puedan encontrar. Después preparad lo necesario para los heridos.

—Sí, Sine. —Las gemelas se alejaron y Sine se volvió hacia las mujeres. — ¡Daos prisa! ¡Tengo que salir antes de que monten las catapultas! —Cogió a Odara del brazo y cogió una daga que había sobre la chimenea. —Córtame el cabello como tú.

—¿Estás loca? ¡El Laird me matará!

—¡Hazlo! ¡Tengo que aparentar ser un hombre!

—Yo lo haré —dijo Grant acercándose muy serio—. Yo también quiero ayudar.

—Pues córtame el cabello. —Le tendió el puñal y se dio la vuelta. El niño se estiró todo lo que pudo agarrando su melena y acercó la hoja al cabello, pero Odara cogió su brazo. —Tu padre nos matará.

—Nos matarán esos de ahí fuera. Nuestras fuerzas no podrán con las catapultas. Si ella tiene una idea, voy a ayudarla porque ya nos ha sacado de apuros antes. ¡Ahora suéltame, mujer! —En sus ojos mostraba que ya no era un niño y Odara apartó la mano.

Cortó el cabello con facilidad y cuando terminó ella cerró los ojos al ver su melena a sus pies, recordando todas las veces que su marido sonriendo le había dicho que tenía un cabello hermoso. Ahora no era tiempo de lamentaciones, tenía mucho que hacer. Tomando aire se dio la vuelta justo cuando Wynda entró en la habitación con la respiración agitada. —He traído varias prendas de mis primos. Son un poco más grandes que tú.

—Perfecto —dijo Odara cogiendo unos pantalones de tela marrón—. Niño no mires. —Las mujeres que se habían quedado para cuidar a los niños sonrieron al ver su interés cuando cogió el bajo de su vestido. —¡Qué no mires!

—Éste va a salir igualito que su padre. —Le dio un capón en la cabeza y Grant bufó dándose la vuelta. —Así me gusta.

Se desnudaron a toda prisa y mientras se vestían Sine la miró de reojo. —¿Seguro que quieres venir?

—Quiero ayudar. Me da igual jugarme la vida ahí fuera que aquí dentro. Al menos si ayudo algo habré hecho en la vida.

Cuando terminó de vestirse asintió porque la amplia camisa color azafrán era parecida a la que llevaban en todos los clanes. Pasarían desapercibidas y parecían hombres jóvenes. —Vamos a por las botas.

Su madre llegó en ese momento y al verlas vestidas dejó caer las ropas al suelo mirándola asustada. —¿Qué se te ha ocurrido ahora?

—Algo que a mi marido no le va a gustar, madre.

Capítulo 15

En la casa de Artek ya preparadas se miraron la una a la otra y Odara hizo un gesto de dolor. —Pesan.

Las cuerdas que tenían atadas bajo los pechos apretaban bastante, pero no tenían otra opción. —Es la única manera de disimularlas debajo de la camisa.

—Pues no perdamos más tiempo porque me están despellejando viva.

—Opino lo mismo. —Se aseguró que de sus botas salían los mangos de los puñales que podían necesitar. Había que tenerlos a mano.

Su madre asustada tiró de la trampa y Sine cogió la antorcha. —No regresaremos por aquí por si nos siguen. Nos alejaremos todo lo que...

En ese momento se abrió la puerta de la cabaña de golpe sobresaltándolas y el Laird entró en ella con la espada en la mano y cara de querer matar a alguien. —¡Mujer! ¡Me colmas la paciencia! ¡Te lo juro por lo más sagrado! —Entonces vio su cabello y la miró espantado. —¿Es que te has vuelto loca?

Se llevó la mano al cuello. —¿No te gusta?

Odara puso los ojos en blanco. —¿En serio vamos a tener ahora esta conversación?

—Iblis cierra esa puerta —dijo furioso.

Iblis dejó caer la trampa de golpe.

—Hemos tenido una idea. —Forzó una sonrisa.

—En realidad la idea es tuya —dijo Odara rápidamente.

—¡Cómo siempre! —Su marido se acercó a ella mirándola a los ojos. —Te juro que si pudiera...

—Vendrías conmigo.

Grant sonrió. —Eso no lo dudes, preciosa. Te seguiría mientras me quedara aliento.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de la emoción. —¿De veras?

—¿Acaso no lo he hecho siempre?

Ella le abrazó por el cuello con el brazo libre, pero las botas de whisky le impedían acercarse, así que él se agachó atrapando sus labios. La besó intensamente y Sine supo que no había un amor como el que sentía por él y no lo habría jamás. Cuando su marido separó sus labios susurró contra los suyos —No

vuelvas. Puedes guiarles hasta el túnel. Corre hasta ocultarte en el bosque.

—Las niñas...

—Si tienes éxito no tendrás que preocuparte por ellas. Y si no lo tienes, preciosa... Si no lo tienes al menos sé que estarás bien. Huye al clan de tu tío. Allí estarás segura.

—Sí, hija —dijo su madre intentando no llorar.

—Pero el túnel...

—Una o dos personas no llamarán la atención, pero más... Sabes que no lo conseguirían. Les matarían antes de huir. Y escapar con niños es aún peor. Ten cuidado, por favor —dijo desesperado.

—Lo tendré.

—Veré tu triunfo desde la empalizada y en cuanto tengas éxito saldremos a acabar con esto de una vez y para siempre.

Sine levantó la barbilla. —Por los McInnis.

—Por los McInnis, esposa. Vive o muere, pero con orgullo.

Se emocionó yendo hacia la trampa y su madre volvió a levantarla. Con el brazo libre la abrazó con fuerza y antes de apartarse miró a su marido a los ojos queriendo grabar en su memoria ese momento porque nunca había estado más orgulloso de ella que en ese instante. Eso le dio fuerzas y escuchó decir a su madre —Que el señor os acompañe.

Odara miró a su Laird y susurró —Dile a Stew que nunca he sido más feliz que a su lado.

—Lo sabe. Él también es muy feliz. Acuérdate de eso si flaqueas.

—Sí, Laird. —Grant la cogió por el brazo y la hizo bajar al agujero. Sine le tendió la antorcha a su amiga antes de que su marido la cogiera por el brazo para hacerla descender.

Agachada en el suelo le miró a los ojos. —Volveré, no te librarás de mí fácilmente.

Su marido sonrió antes de que se cerrara la trampa. Odara empezó a gatear por el túnel y ella la siguió de cerca. Esperaba que la antorcha cubierta de brea las iluminara hasta la salida que no tenía ni idea de donde estaba. Mientras caminaban lentamente sonrió porque al menos le había podido ver antes de enfrentarse a la muerte.

El túnel era bastante ancho y era lógico porque Artek era muy grande. Eso les permitió casi ir a la par. Después de varios minutos notó como el túnel descendía bastante y Odara susurró —Debe ser por la empalizada.

—Ten cuidado al bajar.

A su amiga se le resbaló una mano y la antorcha se le escapó rodando por el túnel hasta quedar a varios metros de ellas. Frunció el ceño porque era evidente que a partir de ahí subían de nuevo. Le parecía que habían recorrido muchísima distancia, pero la antorcha estaba muy lejos y casi se habían quedado a oscuras. Entonces sintió sus pantalones mojados a la altura del muslo y juró por lo bajo. —Me estoy empapando de whisky.

—Y yo.

—Debemos tener cuidado o nos calcinaremos a nosotras mismas.

Su amiga susurró —Dios mío.

—Vamos, no podemos detenernos ahora. Aprisa o perderemos mucho whisky.

Gatearon más deprisa y al llegar a la antorcha su amiga alargó la mano, pero ella la agarró por la muñeca. —No. La cogeré yo.

—Yo no tengo hijos.

La miró a los ojos. —Pero los tendrás. Plaisley me ha dicho que estás en estado.

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

Sine sonrió al ver la ilusión que le hacía. —Otra razón para vivir.

—Otra razón muy buena para vivir. —Emocionada la abrazó. —¡Voy a tener un hijo!

—Shusss. —Ambas miraron hacia arriba pero no se oía nada. —Presiento que aún nos queda mucho. —Sine agarró la antorcha con cuidado y la alejó de ella todo lo posible. Entre el peso que llevaba colgado al torso y lo alejada que llevaba la antorcha, empezó a dolerle todo. Escuchaban las gaitas y los tambores a lo lejos. Parecía que cada vez se alejaban más.

—¿Dónde acaba esto?

—No tengo ni idea —dijo preocupada por si salían muy lejos. Cuanto más alejados más whisky perderían y no sabía si sería suficiente para sus propósitos. Pero no podía dejar de admirar a Artek porque había hecho un trabajo increíble.

Entonces vio una pared. Levantó la vista hacia arriba y alumbró con la antorcha para ver un montón de ramas. —Hemos llegado —susurró por si el enemigo estaba cerca.

—Dame la antorcha.

Con cuidado se la pasó a su amiga y se puso de pie apartando las ramas lentamente. —No escuchó nada cerca —dijo lo más bajo que pudo.

—Saca la cabeza.

Tomando aire sacó la cabeza rápidamente pero no vio a nadie. Era de noche,

pero no veía a los guerreros que les amenazaban. Frunció el ceño pensando en dónde diablos estaban cuando vio la colina. Abrió los ojos como platos. ¡Habían cruzado la colina! Impresionada se agarró en la hierba para salir apoyando la rodilla para darse impulso. Cuando se enderezó miró a su alrededor de nuevo antes de decir al agujero. —Sal, no hay nadie.

Su amiga le tendió la antorcha y la cogió con cuidado alejándola del cuerpo. Cuando Odara se colocó a su lado vio el asombro en su cara. —Sí, yo también he debido poner esa cara al darme cuenta de donde estamos.

Caminaron colina arriba y se agacharon viendo al ejército dándoles la espalda. Las catapultas ya estaban preparadas. Varios hombres estaban cargando enormes piedras en la cuchara. —Quieren derribar la empalizada.

—Apaga la antorcha —dijo su amiga.

La miró sorprendida. —La necesitaremos.

—Ahí abajo hay fuego. Si la llevamos colina abajo, podemos llamar la atención.

Su amiga tenía razón, pero las hogueras estaban en el centro del valle algo alejadas de las catapultas. Perderían un tiempo precioso. Además, eran dos. Deberían actuar a la vez en cada una de las catapultas porque solo tendrían una oportunidad. —Debemos separarnos.

Aunque estaba pálida del miedo, Odara asintió sabiendo que era lo correcto. —Yo a la derecha. Tú a la izquierda. Nos encontramos en el medio y después regresamos con las antorchas.

—No. Perderemos mucho tiempo. Antes de empezar iré a por una antorcha y regresaré a por mi catapulta. Tú ya estarás en la tuya. Cuando levante el brazo, tiras esta antorcha y corres. Corres todo lo posible hacia la colina, ¿me has entendido?

—Sí, Sine.

Asintió mirando de nuevo el valle. —Pues vamos allá.

Se levantaron asustadas y Sine se dio cuenta de que nunca había tenido tanto miedo porque ahora tenía mucho que perder. Pensando en sus hijas y en Grant se dijo que la necesitaban y eso le dio valor. Bajó la colina atenta a cualquiera que pudiera verlas. Odara susurró —Me muero de miedo.

—Y yo. —Miró hacia la empalizada y vio a sus hombres. No podía distinguir a Grant desde allí, pero sabía que estaba observando.

Fue un alivio llegar abajo y caminaron hacia los clanes sin que repararan en ellas. Sine frunció el ceño cuando un guerrero con unas largas barbas pasó ante ellas rascándose el trasero. Ambas le miraron con cara de asco antes de poner

cara de buenas cuando se volvió mirándolas de arriba abajo.

—Apestáis a whisky... Como se entere vuestro Laird... —Ambas forzaron una sonrisa sin saber qué decir. —¿Tenéis más?

Negaron con la cabeza y el tipo bufó alejándose. Respiraron del alivio y Odara cogió la antorcha. —Suerte.

—Si alguien te pregunta di que Ian te ha mandado revisar la catapulta.

—¿Ian?

—Siempre hay un Ian. —Le guiñó un ojo y caminó recto alejándose de ella, yendo directamente hacia una de las hogueras.

Pasó entre los hombres como si tuviera prisa intentando que las botas de whisky se movieran lo menos posible. Ya tenía los pantalones empapados y al pasar ante un grupo que repartía armas de un carro, un chico que no debía tener más de doce años le dijo —¿Te has meado? —Puso los ojos en blanco como si fuera un desastre y varios se rieron.

Se alejó lo más rápido que pudo. Llegó ante la hoguera sintiendo que su corazón latía desbocado y miró hacia la empalizada ahora mucho más cerca. Vio a Grant observándola y sonriendo cogió un leño ardiendo mientras susurraba — Te amo.

Grant apretó los labios acercándose más, sintiendo que la impotencia le recorría y vio cómo se volvía alejándose de él.

Artek se puso a su lado. —Cada vez la admiro más.

—Que los hombres estén preparados —dijo sin perderla de vista.

—Laird, todos se dejarán la piel para protegerla.

—¡Sí, pero ahora está ahí sola! ¡Qué estén preparados para salir de inmediato!

Artek asintió y dio las órdenes. Los hombres se subieron a sus caballos. Stew fue el primero en hacerlo cogiendo su hacha y las riendas con la mano libre, esperando la orden de su Laird.

Grant apretó los puños viendo a su mujer pasando entre aquellos hombres para llegar a su destino.

Sine sentía que su corazón iba a estallar con cada paso que daba acercándose a la catapulta. Un hombre cargaba una piedra en la cuchara y la catapulta se movió sobre sus ruedas debido al peso. No sabía muy bien cómo funcionaba, pero tenía la sensación de que si se quemaba la cuerda que sujetaba la enorme cuchara esas piedras saldrían disparadas. Angustiada miró hacia la empalizada y

suspiró del alivio porque aún estaban lejos. Seguramente para que no mataran a los hombres que cargaban la máquina. Levantó la pierna y cogió un puñal de la bota. Se acercó y frunció el ceño porque si pinchaba la bota y echaba el whisky alrededor de la catapulta no sería suficiente. Miró bajo la plataforma y se mordió el labio inferior acercándose a la catapulta. Disimulando vio como los hombres corrían a su alrededor gritando —¡Pretenden salir!

Asustada miró hacia la empalizada viendo como los hombres preparaban sus flechas. Miró a un lado y a otro y se decidió metiéndose bajo la catapulta y escondiéndose detrás de una rueda. A toda prisa se levantó la camisa y empezó a cortar las cuerdas. Rajo una de las botas y empapó con el whisky toda la madera que podía. Colocó botas sin abrir en las ruedas y salió a toda prisa.

—¡Eh, tú! ¿Qué haces ahí?

Levantó la vista hacia un hombre enorme. —Ian me ha dicho que revisara las ruedas para que no hubiera problemas. —Mirando de reojo el madero que llevaba en la mano y que aún tenía algo de llama asintió. —Y todo está bien. Igual necesitan algo de brea.

—Pues vete a buscarla —ordenó señalando un barril—. Date prisa. Nos moveremos en cuanto amanezca. ¡No queda mucho!

Sonrió mirando el barril de brea. No podía tener tanta suerte. Acercándose al barril que estaba apenas a un par de metros, miró a su alrededor antes de coger un cubo metiéndolo en el barril y tranquilamente volvió hacia la catapulta. Tiró el cubo sobre la madera de arriba antes de mirar a su alrededor. El hombre de antes frunció el ceño observándola con los brazos en jarras. —¿Qué haces, idiota?

—Darle brea. —Levantó el brazo que tenía la antorcha y se rascó el sobaco. —¿No era lo que me habías dicho?

—¿Yo? —Asombrado miró por encima de su cabeza y varios se pusieron a gritar. El tipo salió corriendo y ella tiró la antorcha bajo la catapulta antes de salir corriendo con todas sus fuerzas hacia la colina.

Miró sobre su hombro y chilló de la alegría al ver como su catapulta ardía con fuerza al tiempo que las puertas de la empalizada se abrían y sus hombres salían alzando gritos de guerra. No la seguía nadie y siguió corriendo. Volvió la vista hacia la izquierda buscando a Odara. Frunció el ceño al no verla y se detuvo con la respiración agitada volviéndose. —No, no. —Frenética la buscó con la mirada alrededor de su catapulta que aunque no ardía con tanta fuerza impedía a los hombres poder usarla. Recordó las palabras de Grant y a las niñas, pero no podía abandonarla. Empezó a bajar de nuevo corriendo hacia donde

debía estar y cuando llegó al valle gimió al no verla. —Diablos... —Corrió hacia la catapulta y vio a Stew arrancando una cabeza del cuerpo antes de gritar de rabia mirando a su alrededor. Le miró a los ojos. —¡No la encuentro! —gritó impotente.

Su marido gritó de dolor antes de matar a otro de sus enemigos con rabia. Sine miró la catapulta y se le cortó el aliento al ver a un hombre que a pesar de que tenía un puñal clavado en el vientre golpeaba a quien parecía un muchacho. Palideció gritando —¡Stew!

Él miró hacia donde Sine le señalaba y se lanzó a galope levantando el hacha. El hombre se volvió soltando a Odara antes de perder la cabeza que cayó al suelo al lado de su amiga. Sine se arrodilló a su lado y la cogió por los hombros asustada porque parecía estar muerta. Stew se agachó a su lado y la cogió en brazos. —Ya estás conmigo, mi vida —susurró muerto de miedo viendo su cara llena de golpes.

Los ojos de Sine se llenaron de lágrimas porque su mano cayó de su vientre y su marido gritó de dolor. En ese momento Odara abrió uno de sus maltratados ojos y forzó una sonrisa. Sine se echó a llorar de la alegría acercándose. —¡Está viva, Stew!

Su amigo la miró sorprendido y al verla despierta susurró nervioso — Enseguida llegamos a casa. Enseguida te curan.

—Estoy bien.

En ese momento un hombre salió tras Stew con una espada en la mano y la levantó sobre su cabeza haciendo gritar a Sine. Un caballo arrolló al hombre cuando iba a matar a Stew y Sine suspiró del alivio al ver a su marido mirándola furioso. —¡Mujer! ¿Qué te había dicho?

Corrió hacia él y cogió su mano. Grant la subió sobre su montura ante él y le abrazó asustada. —Estás aquí

—Claro que sí, preciosa. —La besó en la sien volviendo su caballo y preguntándole a su amigo —¿Necesitas ayuda?

—¡Ponla a salvo! —gritó corriendo hacia su caballo.

En ese momento Brice se puso a su altura y cogió a su mujer ayudando a su amigo mientras Grant se lanzaba a galope hacia la empalizada. Él gritó haciendo un arco con la espada y mató a un enemigo que se interpuso en su camino. Sine miró la batalla y gritó asustada al ver a Artek acosado por dos enemigos. Grant juró por lo bajo y ella gritó —¡Ayúdale!

Su marido giró el caballo acercándose a él, pero un caballo se interpuso. A Sine se le pusieron los pelos de punta al ver al Laird McGugan con el hacha en

la mano. —¿Esa es la puta por la que has entrado en guerra? —gritó con rabia—. ¿Por esa mujer murió mi hijo?

—Aparta, viejo. ¡Ríndete ahora que puedes! ¡Salva a lo que queda de tu clan!

—¡Prefiero morir a que ella y tú sigáis respirando! —Lanzó un grito de guerra y Sine se lanzó del caballo sabiendo que Grant no podría luchar así. Su marido la miró sorprendido y ella gritó de miedo, pero esquivó el hacha en el último momento antes de lanzar un mandoble que su enemigo repelió con la hoja del hacha. Sine gateó rodeando su caballo y vio que Artek había sido herido en un costado, pero que aún se defendía de esos dos. Furiosa cogió una de las dagas de su bota y se acercó al que estaba de espaldas a ella atravesando su espalda sin ningún remordimiento. Artek acabó con la vida del otro clavándole su espada en el vientre. Se volvió mirándola agotado. —Gracias, pequeña. Ya estoy viejo para esto.

—De nada. —Se volvió para mirar a su marido preocupada porque aquel hombre repelía todos sus mandobles. Se mordió el labio inferior y harta puso los brazos en jarras. —Cariño, ¿necesitas ayuda?

—¡No! —respondió furioso antes de insertar su espada en el hombro de su atacante. La miró como si quisiera pegarle una paliza—. Mujer, ¿me estás apurando?

Sine se sonrojó. —No, claro que no. —Grant arrancó la espada del hombro de McGugan antes de clavársela en el vientre al Laird que cayó del caballo a los pies de su esposa. Sonrió radiante. —Lo has hecho muy bien.

Gruñó cogiéndola por la cintura y subiéndola a la montura mientras Artek se reía a carcajadas. Su esposa la miró con amor y él la besó en los labios antes de abrazarla con fuerza. —La fortuna me sigue sonriendo, esposa.

—¿De veras? ¿Incluso después de conocerme?

Él se echó a reír azuzando a su caballo para entrar a través de las puertas donde los suyos les estaban esperando. —Esa ha sido mi mayor suerte, preciosa. Encontrarte porque no solo encontré una esposa, encontré una mujer increíblemente fuerte que ha salvado a mi pueblo y que me ama por encima de todo.

—Eso no lo dudes jamás. Daría la vida por lo que me haces sentir una y mil veces.

La advirtió con la mirada. —Eso no va a ser necesario.

Sine se echó a reír a carcajadas y su marido sonrió. —Ahora vuelve con las niñas. Estarán hambrientas.

—No dejes que te hieran.

—Ahora solo puedes herirme tú, mujer.

—Eso no volverá a pasar, mi amor. Te amo demasiado.

Epílogo

—¡Rayos, Sine! —Su marido se llevó la mano a la frente con un gesto de dolor y sorprendido apartó la mano para ver la sangre. Sí que era rápida. Ni había visto la jarra que le había golpeado. Al ver que su mujer desde el centro del salón se lanzaba sobre Janet que estaba a su lado y la agarraba de los pelos como una desquiciada tirándola al suelo hizo una mueca. Sí que estaba enfadada.

Con los ojos como platos se levantó viéndolas pelearse como gatas y cuando Janet alargó la mano sacando las uñas con intención de arañarla en la cara, se agachó sin poder evitarlo para agarrarla e impedirlo, logrando que su mujer le pegara un puñetazo que la dejó medio desmayada. —¡Basta! —La sujetó por la cintura y Sine gritó sin soltar su cabello. —¡Basta, mujer!

Los hombres reprimieron la risa mientras sus hijos animaban a Sine. Sobre todo Grant que gritó —¡Arréale, Sine!

—¡Basta he dicho!

—Padre, suéltala —dijo Torrie al lado de las gemelas que sentadas sobre las piernas de su abuela observaban la escena con la boquita abierta.

—Mira el ejemplo que le das a mis hijos —siseó dejándola en el suelo a su lado.

Sine aprovechó y le pegó una patada a Janet en el muslo y ésta gimió mientras su mujer gritaba desgañitada —¡Vuelve a tocarle un pelo y te despellejo viva!

Janet se apoyó en uno de sus codos incorporándose ligeramente y sonrió maliciosa. —Haré caso a mi Laird.

Eso sacó a Sine de sus casillas y se iba a lanzar sobre ella de nuevo cuando su marido la sujetó por la cintura. —¡No me ha tocado!

—¡Sí que lo ha hecho! —Se volvió para enfrentarse a él. —¡En el hombro! ¡Lo he visto!

Confundido miró a sus amigos que asintieron desde la mesa donde continuaban cenando. —¿Ah, sí?

—¡Sí!

Grant sonrió de oreja a oreja antes de mirar a su mujer. —Ni me había dado cuenta —dijo quitándole importancia.

Sine le miró con desconfianza. —¿De qué te ríes?

Perdió la sonrisa de golpe. —¿Me río?

Todo el clan asintió y ella le señaló con el dedo. —¿Te agrada que te toque?

Sus amigos vehementes negaron con la cabeza y respondió rápidamente —
No, claro que no. ¿Cómo se te ocurren esas cosas, mujer?

—¡Más te vale porque como me entere de que te gusta, te corto eso que mi abuela considera tan importante para ser un hombre! —Cogió el cuchillo que había sobre la mesa y lo clavó sobre la superficie de madera sobresaltándole por su cara de sádica. —¡Te lo juro por mis hijas! ¡Por las tres!

—¡Eso mamá! —gritó Torrie sonriendo de oreja a oreja, aunque seguro que no sabía ni de lo que hablaba.

—¡A la cama! —ordenó el Laird.

No se movió nadie y miró asombrado a su mujer. —¿Es que nadie va a hacerme caso en este clan?

—¡No hasta que le ordenes que me devuelva mi bañera! ¡Era de tu madre y me pertenece!

—¿Y qué tiene que ver eso con que mi gente me haga caso? —preguntó sin salir de su asombro.

—Me está buscando, marido... ¡Y si me busca, me va a encontrar! ¡Todos lo saben! ¡No me respeta!

Miró sorprendido a Janet. —¿Te atreves a provocar a mi mujer? ¿Acaso eres estúpida?

Janet se sonrojó. —¿Provocarla yo? Se provoca sola. —Entrecerró los ojos. —Creo que está algo loca.

Sine jadeó ofendidísima y varias mujeres también, levantándose de sus asientos y poniéndose a gritar defendiendo a su señora. —¡Es una mentirosa! —gritó la madre de Grant.

—Eso, madre. Dile la verdad al Laird. ¡Padre, siempre la provoca con la bañera! ¡Dice que tú se la has regalado y que no tiene por qué dársela!

Grant se sonrojó ligeramente y Sine le miró asombrada. —¿Se la has regalado? —preguntó sin salir de su asombro.

—No se utilizaba y...

Janet sonrió maliciosa levantándose. —¿Ves? ¡Yo no miento!

Grant se quedó de piedra al ver como los ojos de su mujer se llenaban de lágrimas dejándoles a todos helados antes de que saliera corriendo hacia las escaleras. Se hizo el silencio en el salón hasta que escucharon el portazo y Grant se quedó allí de pie impotente sin saber qué hacer. Stew movió la cabeza de un

lado a otro como si fuera un desastre antes de levantarse. —Buena la has hecho. —Palmeó su hombro antes de decirle a su mujer. —Odara vámonos a casa.

—Sí, marido —dijo acariciándose el enorme vientre mirando a su Laird como si hubiera cometido un delito imperdonable.

Su suegra jadeó ofendidísima saliendo del salón con una niña en cada brazo y subiendo las escaleras a toda prisa. —¡Torrie a la cama!

—Sí, abuela. —Miró a su padre con inquina arrastrando los pies hasta las escaleras. —¡Ya no te quiero!

Grant miró asombrado como casi todo su clan se iba del salón refunfuñando por lo bajo que no hacía nada bien. Miró a Artek y a Brice que hicieron una mueca antes de mirar sus jarras de whisky. Vio como su hijo agachaba la cabeza como si le hubiera decepcionado e iba hacia las escaleras sin mirarle siquiera. Sintió que le cogían por el brazo y sin salir de su asombro vio a Janet pegada a él mirándole con lujuria. —Puedes dormir en mi cama.

Se apartó de golpe. —¡No vuelvas a tocarme, mujer! ¡Búscate un hombre! ¡Lo ordena tu Laird o te lo buscaré yo!

Janet entrecerró los ojos. —¿Ahora tengo que buscarme un hombre? ¿Ahora que te he dado los mejores años de mi vida? —gritó antes de echarse a llorar cubriéndose el rostro con las manos.

Menuda noche estaba teniendo. Sus amigos bufaron al verle tan perdido y Artek carraspeó. —El herrero te tiene echado el ojo.

Janet abrió los dedos. —¿Qué?

—Es muy tímido y como eras la amante del Laird no se atrevería a... Bueno ya me entendéis. Pero sé que te ama.

—¿A mí? —Apartó las manos sorprendida para mirarle. Grant no se lo podía creer. Parecía que le hacía ilusión.

—¿Por qué crees que no se ha casado a pesar de lo que gusta a las mujeres?

Janet sonrió encantada. —¿De verdad? ¿Ralf me ama?

—Corre, mujer. Te recibirá con los brazos abiertos.

Ni se lo pensó. Si Grant hubiera parpadeado se hubiera perdido su partida del castillo. —¡Increíble! —gritó indignado.

—Lo que es increíble es que hayas metido tanto la pata con tu mujer —dijo Brice.

—¿Tú me vas a dar lecciones sobre el matrimonio?

—¡Oye, que mi Wynda y yo siempre arreglamos nuestros temas antes de dormir! Y tú hoy no vas a dormir en tu dormitorio. Te lo digo yo.

—¡Claro que sí!

Ambos levantaron las cejas sin creerle una palabra. —¡Soy el Laird! ¡Si digo que abra, abrirá la puerta! —Se sentó en la cabecera cogiendo su jarra y dándole un buen trago. Brice reprimió la risa. —¿Qué pasa? ¡Ahora no me apetece subir!

—Sí, Laird. Lo que tú digas...

Apretó la jarra entre sus manos y recordó los ojos de su esposa cuando le había dicho lo de la bañera. —Es que no entiendo por qué se ha puesto así. Se la regalé antes de conocerla. —Artek chasqueó la lengua y bebió media jarra. —¿Qué?

—No entiendes a las mujeres.

Brice negó con la cabeza dándole la razón. —No, no las entiende.

—¿Acaso las entiendes tú?

—¿Quieres que te diga por qué se ha puesto así?

—¡Sí! —le gritó a la cara—. ¡Dímelo!

—¡Porque a ella nunca le has regalado nada!

Parpadeó sorprendido y frunció el ceño. —Claro que sí. Le hice las cunas.

—Yo a mi esposa le compré una bonita tela hace una semana cuando vino el mercader. Y un peine de plata —dijo Artek dejándole con la boca abierta.

—Y yo le regalé unas agujas de hueso que al final están labradas con unos bonitos dibujos. Y le compré un espejo.

Recordaba ese día. Toda la aldea se había acercado al mercader, pero Sine no mostró interés y en ese momento le llamaron de la barricada porque se habían quedado sin piedra. Había regresado de noche cuando el hombre ya se había ido, pero si era sincero consigo mismo ni pensó en acercarse para buscar algo que regalarle a su esposa. Apretó los labios viendo el whisky en su jarra antes de darle un buen trago.

—Se siente dolida porque a esa mujer le has regalado algo que ella quería. Eso es todo —dijo Artek—. Está celosa.

Sí, eso había pensado él cuando la había visto tan furiosa porque Janet le había tocado y le había encantado que se pusiera así. Lo que no le gustaba era como se había puesto después porque sabía que le había hecho daño y no había sido su intención. Apoyó los codos sobre la mesa y se pasó las manos por la cara. Al apartar las manos vio la sangre en sus dedos e hizo una mueca. Estaba claro que era la única que podía herirle y también estaba claro que él podía herirla a ella. Que ella lo hubiera hecho a propósito no venía al caso porque se lo merecía por ser tan cafre.

Tomó aire por la nariz mirando a sus amigos. —¿Sugerencias?

Se miraron el uno al otro antes de mirarle a él. —Una bañera—contestaron a

la vez como si fuera idiota.

Entrecerró los ojos. —Sí... Una bañera.

Sine se despertó y miró al otro lado de la cama jadeando al ver que su marido no estaba. —¡No, si tenía que haberla matado! —exclamó indignada saltando de la cama. Fue hasta la puerta furiosa dándose cuenta de que aún no había amanecido y salió de la habitación con ganas de matar. Como les encontrara juntos...

Las puertas estaban cerradas, pero no se reprimió en abrirlas una por una. La habitación de Stew ahora la usaba Grant y estaba dormidito. Fue a la siguiente puerta e hizo una mueca al ver a su madre abrazada a Artek que roncaba como si quisiera tirar el castillo abajo. Estaba claro que esa noche se habían quedado por si ella necesitaba a su madre de noche. En la habitación de enfrente estaba Torrie que dormía boca abajo con la pierna fuera. Tapó a Torrie y salió de la habitación. El ama de cría que dormía al lado ni se había enterado de que abría la puerta. Puso los ojos en blanco. Ahora entendía de que Torrie la avisara cuando las niñas lloraban. En las cunas estaban sus hijas que ni la habían molestado en toda la noche. Cerró la puerta y siguió hasta la siguiente que tendría que estar vacía. Frunció el ceño porque lo estaba. Recorrió las tres habitaciones que quedaban en ese piso y todas estaban igual de vacías. Gruñó recorriendo el pasillo de nuevo dispuesta a ir a casa de esa bruja. Hacía meses que le había pedido a su marido que no quería a nadie viviendo en el piso de la familia y él lo había entendido. Excepto por el ama de cría, claro está. Ya casi no tenía leche para alimentar a sus hijas y ella había hecho la vista gorda. De esa manera las madres que antes dormían en el castillo ahora estaban ubicadas en chozas con sus hijos y estaban encantadas de tener su propio espacio. Y Janet como otras dos muchachas que ayudaban en la casa habían tenido que irse a una de las casas vacías. Habían sido de solteros que habían fallecido en las luchas, así que podían usarse perfectamente. A ella le había venido de perlas, pero ahora no lo veía tan claro. Fuera de sí bajó los escalones y una de las chicas de la aldea ya estaba preparando el desayuno. —¿Dónde está el Laird? ¿Le has visto?

—No, Sine. No ha bajado.

Ni ha subido, pensó para sí saliendo del castillo. Estaba caminando hacia la choza de Janet cuando escuchó unos golpes. Frunció el ceño volviéndose y se dio cuenta de que venían de la parte de atrás del castillo. Se agarró las faldas y caminó rodeándolo mientras pensaba que alguien debía estar robando el whisky.

Había mucho listo suelto.

Vio un enorme tronco que le llegaba hasta el pecho ante la choza donde se hacía el whisky y se acercó estirando el cuello cuando vio la pierna de su marido al otro lado. Caminó hacia él viendo como tenía una especie de cincel en la mano y un martillo en la otra. Estaba tan concentrado que ni la escuchó llegar mientras sacaba una viruta de madera.

—¿Qué haces?

Su marido se enderezó de golpe sonrojándose y ella miró el enorme tronco. —¿No pensarás hacerte un barco? —preguntó indignada—. ¡Nada de ir a buscar vikingos, marido! ¡Te lo prohíbo!

—¿Me lo prohíbes?

Puso las manos en jarras. —¡No cambies de tema! ¿Dónde has pasado la noche?

—¿Que yo cambio de tema?

Ella se acercó y le olisqueó. Grant la miró asombrado. —¿Qué haces?

—Hueles a sudor.

—¡Es que he estado trabajando!

—¿Toda la noche?

—Sí.

Le miró como si no se creyera ni una palabra. —Lávate... —Dio un paso atrás con desconfianza. —Más te vale que no me mientas.

—¡No miento!

—Si tú lo dices... Pero no te perderé de vista, marido.

Grant levantó ambas cejas. —Pues muy bien.

Ella miró el tronco de nuevo. —¡Nada de barcos! ¡Además sería muy pequeño para ir por mar!

—¿Acaso sabes algo de barcos?

Ella levantó la barbilla. —Pues no sé hacerlos, pero me lo imagino. Con esto viene una ola y te hundes.

Grant gruñó volviendo a su trabajo. Cuando ella se quedó allí mirando, él levantó las cejas interrogante. —¿Algo más?

—Sí, ¿qué haces?

—Mujer, ¿no tienes nada que hacer?

—Pues no.

Grant pensó rápidamente. —Es un nuevo depósito para el whisky. Me lo ha pedido Odara y se lo estoy haciendo. No podía dormir.

—Ah... —Sonrió encantada. —¿Te ayudo?

—No. Preciosa, ¿seguro que no tienes nada que hacer? Me distraes.

—Pero no has dormido en toda la noche. Por cierto, ¿cómo veías cuando no había luz?

—¡Por la noche traje el tronco, Sine!

—Ah... —Observó la corteza. —¿Has ido a cortar este árbol tú solo?

—Me han ayudado Artek y Brice. ¿Algo más?

Parecía molesto y se mordió el labio inferior. —No. —Ahora se sentía algo tonta por desconfiar de él. Era obvio que trasladar ese tronco había sido una tarea pesada y que les había llevado toda la noche. —¿Quieres algo de desayunar?

—Ahora entro —dijo mirándola de reojo.

Estaba claro que quería que se fuera, así que dio un paso atrás pero no quería que se enfadara con ella por la discusión de la noche anterior y era obvio que estaba molesto porque no había dormido en toda la noche. Arrepentida por dejarse llevar por sus estúpidos celos cuando sabía que la quería se apretó las manos. —¿Cielo?

—Ummm —dijo él sin dejar de trabajar cogiendo un pequeño hacha del suelo.

—¿Estás enfadado conmigo?

Grant la miró sorprendido y dejó caer el hacha al suelo antes de acercarse para acariciar su mejilla. —No, preciosa. —La besó suavemente en los labios y Sine suspiró de gusto. —No es culpa tuya que te pongas celosa. Eso es que me quieres mucho.

Jadeó apartándose. —¿Celosa yo? ¿De dónde has sacado esa absurda idea? ¡Estás de lo más equivocado! —Agarró sus faldas y se encaminó hacia el castillo. —¡Muy equivocado, marido! —gritó indignada haciéndole reír—. ¡No puedes estarlo más!

Celosa ella, no tenía ni idea de lo que hablaba.

Sentada a su lado en la cama después de supervisar una toma de las niñas, entrecerró los ojos viéndole dormir a pierna suelta. Gruñó tumbándose en la cama y dándole la espalda. No le había visto el pelo en todo el día. Éste le ocultaba algo. Normalmente siempre hacían el amor después de comer con la excusa de acostarse un rato. Ese día se había levantado de la comida diciendo que tenía mucho que hacer. Y esa noche le había dicho que estaba cansado y se había quedado dormido antes de que ella pudiera protestar. Y tenía mucho que

protestar porque la noche anterior también la había desatendido porque no había dormido en su cama. Golpeó la almohada y volvió a gruñir. Esperaba que mañana se le pasara porque si no iban a tener problemas y muy graves. Vaya que sí.

Sine estaba que bufaba. Una semana. Una semana sin que le tocara un solo pelo. Aquello ya pasaba de castaño oscuro y tenía una cara de cabreo que cualquiera que se cruzara con ella salía huyendo. Literalmente. ¡Y encima él parecía tan relajado! Sentada a su lado en la cena vio asombrada como bromeaba con sus amigos por una presa que se les había escapado. ¿Y cuándo se le había escapado a ella la presa si podía saberse? Pensó en ello. Todo había cambiado con su ataque de celos. Porque había sido un ataque de celos en toda regla y estaba mal que se lo negara a ella misma. A los demás podía negarlo, pero a ella misma era mentirse y una pérdida de tiempo. Estaba celosa, ¿y qué? ¡Y ahora con más razón! Miró el salón y no vio a Janet por ningún sitio. La verdad es que desde que habían tenido su pequeña disputa no le había visto el pelo.

Gruñó revolviéndose en su asiento y su marido la miró interrogante. Ella sonrió como si nada y siguió comiendo la liebre que le sabía a madera. No podía haber dejado de quererla, ¿o sí? La verdad es que no sabía mucho de amores masculinos y no tenía ni idea de cuanto les duraba.

Observó a Artek que hablaba con su madre. Ésta soltó una risita estúpida demostrando que sí que le quería. Odara sentada al lado de su marido acarició su vientre y levantó una de sus cejas castañas interrogante. Negó con la cabeza como si no pasara nada, pero justo en ese momento vio como Stew acariciaba su espalda hablando con Grant como si se asegurara de que estaba a su lado. Sine fulminó a su marido con la mirada. ¡Él nunca hacía eso! Uy, éste ya no la quería. ¡Pues tendría que cargar con ella el resto de su existencia! ¡Estaría bueno!

Torrie llegó en ese momento corriendo y se apoyó en su muslo. —Mamá...

—Sí, cielo. —Dejó el hueso en el plato y sonrió antes de mirarla. —¿Qué ocurre?

—No sé... —Agachó la mirada y Sine frunció el ceño porque no era propio de ella callarse nada.

La cogió por la barbilla para mirarla a los ojos y vio que tenía las mejillas muy sonrojadas. Asustada le pasó la mano por la frente. —Estoy cansada, mamá. ¿Me llevas a la cama?

—Sí, preciosa. —Miró a su marido de reojo y susurró —Haz que llamen a

Plaisley.

Grant se tensó al ver que la cogía en brazos levantándose. —¿Qué tiene?

—No lo sé. Que la llamen.

Le dio un beso en la mejilla a su hija de la que la llevaba hacia la escalera. —
¿Te duele algo?

—No, mamá —dijo abrazándola por el cuello.

No estaba muy caliente pero mejor que la viera Plaisley para asegurarse. Nerviosa, aunque intentaba no aparentarlo, esperó a la mujer mientras le ponía a la niña el camisón. Después de unos minutos parecía la Torrie de siempre hablándole de todo lo que había hecho durante el día con sus hermanitos. Incluso las mejillas perdieron ese color sonrojado y estaba tan normal. Llegó Plaisley con su hermana Leslie cuando ya se había quedado dormidita. Preocupada se apretó las manos cuando se acercaron. —No sé... Parecía que tenía calentura, pero ahora... Se ha quedado dormida.

—Seguro que no es nada —dijo Plaisley al verla tan preocupada. Se sentó al lado de la niña y le tocó la frente—. No, no tiene calentura. Seguro que se ha puesto muy cerca del fuego para jugar y ahora está normal.

Suspiró del alivio. —Como me dijo que estaba muy cansada me he asustado.

—Los niños tienen estas cosas. Ya verás los sustos que te van a dar las gemelas —dijo divertida—. De todas maneras, si ves algo extraño durante la noche, porque sé que vendrás a verla varias veces, no dudes en llamarnos.

—Sí, Sine... vale más prevenir que lamentar.

—Gracias, ahora estoy más tranquila.

—Descansa tú también. Estos días te veo con un humor extraño —dijo Plaisley reprimiendo la risa.

—¡No tiene gracia!

—Será el bebé, hermana.

Se volvió sorprendida y al ver sus sonrisas de oreja a oreja gimió. —¿Otra vez?

—Nunca fallamos, ya lo sabes —dijeron a la vez pasando ante ella para salir de la habitación.

—¿Esta vez será niño? —Se hicieron las locas mientras iba hacia las escaleras. —¡Vale, gracias por darme la noche! —Gruñó mirando la puerta de su habitación. —¡Esto es culpa de mi marido, como siempre! Que tiene hijos en cada esquina. —Caminó hacia su habitación como si fuera a la guerra y entró dando un portazo sobresaltándose al ver a su marido metido en lo que parecía media cáscara de nuez gigante y que estaba llena de agua humeante. Dejó caer la

mandíbula del asombro. —¿Qué rayos es eso?

Grant se sonrojó. —Una bañera.

Parpadeó asombrada acercándose. Era enorme. No como la que había tenido en su antiguo clan en que solo podía sentarse con las piernas dobladas. Allí cabían los dos bien estirados. Los reflejos del fuego le mostraron que tenía grabados en los laterales y se le cortó el aliento al ver sus iniciales. Emocionada le miró a los ojos. —¿La has hecho para nosotros?

Grant sonrió. —Sí, preciosa. Ven aquí.

Soltando una risita se agarró el vestido sacándoselo por la cabeza y antes de que él parpadeara ya se había quitado las botas y se acercaba desnuda. Grant cogió su mano para ayudarla a entrar. —Ni te atrevas a bañarte sola, te ahogaría —dijo chistoso.

Ella metió la pierna en el interior y soltó una risita al rozar su muslo. —Esto me encanta.

—Entonces el esfuerzo ha merecido la pena. —Sine se tumbó sobre su cuerpo y le miró a los ojos. Grant besó sus labios suavemente. —¿Te gusta tu regalo?

—Mucho. Y que podamos compartirlo me gusta mucho más. —Acarició su pecho con la voz ronca antes de besar su tetilla cortándole el aliento. —Has trabajado mucho, marido... Gracias.

—Tengo la sensación de que me va a gustar esto de bañarme contigo— dijo antes de cogerla por la nuca y atrapar sus labios hambriento. Ella respondió con toda el alma y gimió cuando la agarró por la cintura acercándola más a su boca.

Sine abrió las piernas colocándose a horcajadas sobre él y le acarició los hombros mientras su sexo rozaba el suyo que estaba endurecido. Movié las caderas sobre él y a Grant se le cortó el aliento cerrando los ojos como si el placer fuera exquisito y ella repitió el movimiento sin poder evitarlo. —Sí que va a gustarte —susurró antes de elevarse y coger su miembro llevándolo a su sexo para sentarse sobre él de un solo movimiento.

Grant la agarró por los glúteos mirándola como si la adorara y se sintió tan querida que acarició su nuca antes de elevarse lentamente para empezar a moverse sobre su eje. Él se inclinó hacia delante y arqueando su espalda besó sus pechos. Sine suspiró de placer cuando mordisqueó sus pezones y su interior exigió más provocando que acelerara el movimiento. Su marido gruñó amasando sus glúteos antes de abrazarla a él como si no quisiera perderla jamás. Fue como si un rayo les traspasara y el placer que les recorrió fue tan exquisito que se estremecieron sujetándose el uno en el otro.

Cuando su respiración se normalizó, sonrió contra su cuello. —Presiento que vamos a tener muchos hijos.

Su marido rió. —Igual tenemos suerte y...

Ella se apartó mirando a su esposo con una ceja levantada. Grant palideció. —¿Otra vez?

—Eso mismo dije yo.

—Lo siento, preciosa. —La besó en los labios suavemente.

Confundida se apartó. —¿Por qué lo sientes? Los hijos son un regalo divino.

—Pero es que ya tengo ocho y... —La miró preocupado. —Temo por ti.

Se echó a reír. —¿Crees que no puedo parirlos?

—¿Puedes?

—Consigo todo lo que me propongo, ¿recuerdas?

Él sonrió acariciando su espalda. —Sí, preciosa. Pero te amo tanto que no quiero perderte.

Le miró emocionada. —Yo tampoco quiero perderte, marido. Lo siento.

—¿Qué sientes? —La besó en el cuello.

—Ser una esposa celosa y regañona —dijo avergonzada.

—De otra manera no serías tú.

—¡Eh!

Grant se echó a reír y se miraron a los ojos. —No quiero que dudes que te quiero por encima de cualquier cosa, mi amor —dijo muy serio provocando que sus ojos se llenaran de lágrimas—. Sé que casi nunca te lo demuestro, pero tú y mis hijos sois lo más importante en mi vida.

—¿Incluso más que el clan?

Una lágrima cayó por su mejilla y su marido palideció abrazándola con fuerza. —Lo siento preciosa, no sabes cómo siento como me comporté contigo en el pasado y no tendré vida para arrepentirme de mi decisión.

—Pues no te arrepientas, marido. Hiciste lo correcto. Ambos lo hicimos.

Él frunció el ceño y la apartó para mirarla. —¿Qué quieres decir?

—Ibas a impedirlo, ¿no es cierto? No querías que saliera a enfrentarme a mi padre, pero Plaisley me había advertido que como no saliera provocaría la destrucción del clan. —Agachó la mirada. —Y no podía consentirlo. Por eso te dije que tenía que salir.

—Da igual, tenía que habértelo impedido.

—No lo impediste esta última vez. Sabías que era lo mejor para todos y me dejaste ir.

Grant asintió. —Sí, porque sabía que moriríamos y así tendrías una

oportunidad. Pero en la otra ocasión no tenía que haber dejado que te enfrentaras a tu padre tú sola. Tenía que haber salido y haber dicho que era tu esposo. Debí haberte defendido.

—Eran las mismas circunstancias. No te arrepientas. Todo lo que vino después nos ha llevado a donde estamos ahora. Yo soy feliz de haberlo vivido porque estamos juntos.

La besó desesperado y la abrazó a él. —Tengo una suerte enorme al tenerte. Fue una suerte encontrarte y que entraras en mi vida.

—Por algo te llaman el Bendecido, mi amor.

—Te amo.

—Demuéstramelo otra vez.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz

- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor

- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)

- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)

- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes

- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikinga)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna

3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.